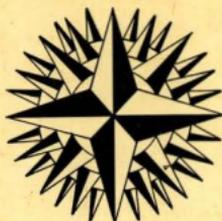


EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS



BOLETÍN
DE
RESEÑAS
BIBLIOGRÁFICAS



PLAN CULTURAL

Núm. 1

Julio 1977



BOLETÍN DE RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

1

Director literario:

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

Director científico:

CARLOS BOSCH MILLARES

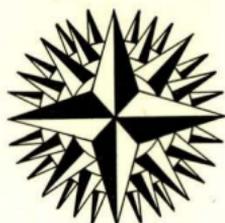
Coordinador:

MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

Secretaria:

MARÍA JESÚS GONZÁLEZ

EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS



BOLETÍN
DE
RESEÑAS
BIBLIOGRÁFICAS



PLAN CULTURAL

Núm. 1

Julio 1977

© EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS
PLAN CULTURAL, 1977

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

DEPÓSITO LEGAL: v. 2.711 - 1977

Imprime:

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - JÁVEA, 28 - VALENCIA (8) - 1977

NOTA PRELIMINAR

La presentación de una nueva revista en el ámbito español en general, y en particular del insular, siempre ha de hacerse con temor y prudencia, puesto que la experiencia de tipo literario, erudito o científico nos muestra cómo nacen y mueren las revistas o cómo se detienen sus números y se retrasa su publicación durante años. Sin embargo, las esperanzas de una empresa nueva nos lleva a pensar que esta oportunidad y, abiertos a todas las opiniones, esperamos hacer de nuestra revista de reseñas bibliográficas un centro en donde todos nos encontremos en el amor a los libros que es el punto de partida específico de esta revista, pero que llega desde este punto a todos los aspectos del interés humano. Es, además, este tipo de revista una novedad en nuestro medio, aunque algunos de los que ahora vamos a trabajar en ella ya hemos practicado esta misma labor en otros países, y todos en general, o casi todos los colaboradores y redactores que nos han prometido sus aportaciones a ella, hayan practicado la crítica o la reseña de libros en los más diversos medios de comunicación social, sobre todo en la prensa diaria o en otras revistas especializadas en diversos aspectos del saber humano. Esta introducción es no sólo presentación sino petición de colaboración a todo aquel con quien hasta ahora no hayamos tomado contacto por razones no de olvido sino sencillamente de capacidad de relacionarnos con todos y cada uno de los que de alguna manera pudieran colaborar en el campo científico, literario e histórico del análisis bibliográfico.

Cara al exterior es un medio de asimilar y de hacer presente en nuestro medio la opinión y los libros que se publiquen en cualquier parte del mundo y cuyo análisis nos sea enviado. En cuanto a su repercusión en nuestras islas es además un intento de unión con la cultura y la investigación de todas las clases, que en el mundo de hoy cada día necesitamos más.

AGUILAR PIÑAL, FRANCISCO. *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*,
Textos y estudios del siglo XVIII, núm. 4, Cátedra Feijoo, Facultad
de Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo, 1974. 426 páginas.

Después de leer el presente trabajo, no se me ocurre, para caracterizarlo global y debidamente, otro calificativo que el de apasionante. Expresión que puede resultar chocante, si no inconveniente o inoportuna, dado el especial carácter del libro, pero que en el presente caso resulta por lo menos verdaderamente reveladora. En efecto, estamos ante un libro de erudición en el que no se pretende hacer alarde alguno de ensayismo o de literaturización, y sin embargo, el libro resulta apasionante. Y ello es por dos razones fundamentales: su contenido, que habla de problemas de fondo de nuestra cultura, aunque aparentemente trate cuestiones circunstanciales de ella, y su redacción, clara, ordenada y profundamente explicitadora de esos problemas aludidos. Por otra parte, hemos de agradecer a Francisco Aguilar, cuantos nos interesamos por la suerte del teatro español en el siglo XVIII, el tiempo empleado en esta investigación, poseedora de una cualidad que nadie podrá regatear: la de su utilidad absoluta. Ventaja ésta indisputable que poseen los libros de erudición (de auténtica erudición) sobre los de mero ensayismo. De esta manera, por las razones aludidas, la presente obra cumple objetivos que suelen disociarse en los libros de mera investigación: el interés y la utilidad.

Permítasenos, antes de entrar en el análisis del estudio, que seamos reiterativos y consignemos un hecho personal que ojalá tenga proyección colectiva: que su lectura nos ha interesado a tal extremo que con dificultad la hemos ido interrumpiendo llevados de otras ocupaciones más apremiantes.

La contribución de Aguilar a la historia del teatro (y en general a la de la cultura) del siglo XVIII español es impagable. Ya conocíamos otros estudios suyos sobre la Universidad, la Academia de

Buenas Letras, etc., de la misma ciudad; éste de ahora puede servir de ejemplo de lo que sería necesario hacer en otras provincias españolas. Es urgente, sin duda, completar el panorama de nuestra vida teatral del siglo XVIII, que a duras penas si se puede llenar con las monografías muy conocidas de Cotarelo, y algunas otras, como la de Ruiz-Lagos para Jerez de la Frontera, y Juliá Martínez y Arturo Zavala para Valencia (más afortunada en esto); pero, que sepamos, hay ciudades importantes carentes de estudios semejantes, así Cádiz, Granada, Santiago, Zaragoza, etc.

El estudio de Aguilar Piñal se remonta al recuerdo de los Siglos de Oro en un capítulo preliminar, en donde ya observamos las tentativas más o menos afortunadas de los campeones de la "moral" por prohibir el teatro, cuestión que va a ser central en el siglo XVIII y en donde veremos anidar intereses varios y complejos de la sociedad de entonces en torno a tal hecho.

En el capítulo primero Aguilar trata de señalar cómo la historia escénica de Sevilla es muy distinta de la madrileña (salvo en algunas cuestiones que luego indicaremos). El desprestigio del teatro viene dado ya por los precedentes prohibitivos del siglo anterior. Las actitudes en contra se radicalizaron, si cabe, en el siglo XVIII. Desde un escrito del P. Gaspar Díaz en el que afirmaba que todos cuantos intervienen en la representación teatral, actores y espectadores, "están en pecado mortal y se les debe negar el sacramento de la Penitencia" (pág. 20), hasta las opiniones de celosos obispos de Murcia, Toledo, Pamplona, etc., el panorama empieza a ser digno de preocupación; pero, como ha visto Aguilar Piñal, el hecho de que las autoridades eclesiásticas reiteren las solicitudes de prohibición contra las comedias, habla de una presión popular por restablecerlas. Dos fuerzas antagónicas, la una ayudada del prestigio que confiere la autoridad espiritual, la otra con la fuerza que da el derecho legítimo y las aspiraciones naturales. Los mejores ilustrados, como veremos, tomaron partido por los derechos del pueblo que es el derecho de todos, aunque, como era lógico, desde la perspectiva que les confería su espíritu renovador, reformista y eminentemente didáctico. Aguilar Piñal detalla también algunos aspectos acerca de los pleitos que hubo sobre el Coliseo sevillano.

En el capítulo segundo se plantean diversos problemas de interés. Por ejemplo, el hecho de que tres generaciones de sevillanos entre los siglos XVII y XVIII no tuvieran la oportunidad de saber lo que era una representación teatral, lo cual no fue obstáculo para que sustituyesen, al menos, esta experiencia, por la de la lectura, pues parece que el reinado de Felipe V fue muy propicio para la impresión de

“comedias sueltas” en Sevilla. Aguilar Piñal nos da una referencia amplia de las comedias que se imprimieron con más insistencia. El más favorecido es Calderón con más de cincuenta comedias. Al señalar las comedias más reimprimadas, según un criterio de géneros, me temo que se haya caído en un ligero descuido, así sucede al conceptuar como comedia de “intriga amorosa” la obra de Bancos Candamo *El esclavo en grillos de oro*, porque si bien la peripezia amorosa no está ausente de ella (no lo está en casi ninguna obra de su autor, si mal no recuerdo), no es el núcleo dramático más relevante de la misma, la cual es claramente una obra de carácter político-didáctico. También —¿es una errata?— hay que corregir el título de la obra de Calderón *Los empeños de un caso* por *Los empeños de un acaso*, como exige el mismo octosílabo que forma dicho título y el propio sentido (*vid.* pág. 28).

Importancia, sin duda, tuvieron los teatros “de colegio”, hecho cultural que se distinguía grandemente de las representaciones “populares”, pues aquél tenía fundamentalmente intención panegírica y moralizante.

También tuvo señalada trascendencia la aparición del teatro musical (estudiado en el capítulo tercero de esta obra). Varias piezas de este tipo se imprimieron e incluso llegaron a representarse en Sevilla en la década de los sesenta. Insensiblemente, pues, se introdujo este tipo de espectáculos en Sevilla que contaba con la protección del Asistente, por entonces don Ramón de Larumbe. El repertorio predominante era italiano, como en el resto del país. El éxito de la ópera envalentonó a un empresario, José Chacón (*vid.* cap. IV), quien consiguió cédula real para establecer su compañía de cómicos cerca de la ciudad. La llegada de Aranda a la Presidencia del Consejo en 1766 facilitó las ansias de teatro de los empresarios y el público, dada la política ilustrada del Conde. Aranda era protector del teatro y parece que acogió con agrado la iniciativa de Chacón. Aguilar Piñal nos describe todos los avatares de la pretensión del empresario, transcribe su interesantísimo memorial y analiza la actitud de Aranda.

Lo que, según parece, hay que corregir es el precipitado juicio de R. Esquer cuando afirmó que el reinado de Carlos III era “indiferente hacia el teatro” (*Segismundo*, 2, 1965, pág. 204). Aguilar Piñal decide que, en estos años en que la pública diversión es “entendida como una acción política”, no cabe hablar de indiferencia, aunque quizá la afirmación de Esquer en su contexto tenga un sentido no radicalmente opuesto a la afirmación de Aguilar Piñal: creo que él señalaba la “indiferencia” desde el punto de vista de

las prohibiciones, pues creyó que en este reinado se mantuvo una línea sostenida en lo referente a ese problema.

Aguilar Piñal destaca muy principalmente, en lo que a las actividades fomentadoras del teatro en Sevilla se refiere, la figura de Olavide (cap. V). Olavide organizó en esta ciudad el primer baile de Carnaval, pero la fulminante denuncia a la Inquisición no se hizo esperar; así esta fiesta se celebraría en cinco temporadas, pero, nada más ser sustituido Aranda en la Presidencia del Consejo, se prohibió. La suspensión de las máscaras afectó a todo el reino.

En el capítulo VI se nos relatan diversas circunstancias en torno a la defensa del teatro por Olavide y su persecución inquisitorial. También se nos habla de las tertulias de Olavide donde su prima hermana Gracia de Olavide tenía intervenciones destacadas. Sabido es que en ese ambiente de emulación literaria nació la vocación dramática de Jovellanos.

También se nos habla de las actrices y actores que intervinieron en los teatros de Sevilla, y de la constitución de un verdadero conservatorio de arte dramático por obra del Asistente (cap. VII). Poco a poco el teatro de Sevilla vino a tener una auténtica realidad gracias a los empeños de unos pocos ilustrados. Se construyó el teatro de la calle San Eloy (cap. VIII), pero las prohibiciones estaban a la vuelta de la esquina. Con la prisión y condena de Olavide “quedaron abandonados todos sus reformadores proyectos, pero ninguno quedó más desacreditado que el de la normalización de la vida teatral sevillana” (pág. 119).

Aguilar Piñal nos da una interesante documentación acerca del repertorio de obras de Sevilla (cap. IX), de las preferencias del público por géneros específicos: las comedias de magia, las bíblicas y de santos; el gusto por la espectacularidad, por los decorados, por la música y por cierto tipo de diversiones, como los volatines. También se nos habla (cap. X) de la influencia del teatro italiano (Metastasio, Goldoni), y el gusto por las traducciones de autores dramáticos franceses. También hace mención de la tragedia política *La Raquel*, de García de la Huerta, siguiendo la conocida tesis de René Andioc, obra aquella que representaba todo lo contrario de lo que deseaba Olavide para el teatro al iniciar su campaña de protección del mismo.

El capítulo undécimo se dedica al nuevo Coliseo o Teatro de Medina Sidonia. El Duque del mismo título parece que era amigo y contertulio de Olavide. El edificio no llegó a construirse por entero, pero consta que hubiera sido obra muy importante, y, a juzgar por Matute en sus *Anales de Sevilla*, “el mejor de Europa”.

Después de relatarnos la guerra que emprendió Fray Diego de Cádiz contra las comedias (cap. XII), realizada con un encarnizamiento fanático verdaderamente asombroso, Aguilar Piñal nos refiere la actitud de los nuevos Asistentes: Lerena (1783) y Abalos (1785), meditando también acerca de los proyectos de reforma de los ilustrados y las razones que los empujaban: no privar al público de un beneficioso espectáculo, sino reformarle eliminando los defectos de que adolecían las representaciones habituales. Estos eran los intentos de Aranda, de Olavide, de Jovellanos, de Moratín.

En 1793 los estudiantes de la Universidad de Sevilla prepararon una función: la representación de la *Zayda* de Voltaire (cap. XIII). Esta aparente contradicción con el espíritu inquisitorial y prohibitivo, parece dar la razón a Aguilar Piñal cuando considera cómo era aceptado el “teatro de colegio” e igualmente las representaciones privadas, porque lo que estaba mal considerado verdaderamente era la presencia del pueblo iletrado en los espectáculos teatrales públicos.

En 1795 tuvo lugar la inauguración del Teatro Cómico; en esta coyuntura se solicitó de Forner una *Loa* que sirviese de introducción para la reapertura del teatro, ocasión verdaderamente excepcional, pues hacía tres lustros largos que había pasado Sevilla sin comedias. Forner escribe unos versos contra los adversarios del teatro. Los pormenores de este episodio son relatados por Aguilar Piñal en el capítulo XIV de su obra.

Continúa en el capítulo siguiente el relato del acaecer de las representaciones en el Cómico y de la clausura del mismo por una epidemia que hubo en 1800. En el capítulo XVI y último se destaca la importancia del matrimonio de Lázaro Calderi y Ana Sciomeri, cuya empresa teatral fue continuada por su hijo Joaquín hasta mediados del siglo XIX. A causa de unos episodios protagonizados por la Sciomeri, que tuvieron repercusión judicial, nos enteramos del tipo de medio social que solía acudir al teatro. Por estas fechas el gusto por el teatro en Sevilla seguía revistiendo las mismas características que en Madrid. Se continuaba prefiriendo las obras “de teatro”, de aparatosa escenografía, las comedias de magia, las refundiciones de clásicos, las traducciones de extranjeros, las óperas. Señala Aguilar Piñal también los estrenos más característicos, y cómo “los grupos sociales privilegiados se mostraron tenazmente opuestos a cualquier tipo de reforma que pretendiese modificar las costumbres tradicionales” (pág. 224). Finalmente menciona cómo José Bonaparte favoreció la diversión teatral y cómo en 1823 la reacción absolutista hizo saquear el Teatro Cómico, que quedó en estado ruinoso.

Unas claras Conclusiones cierran la parte de investigación del presente estudio, conclusiones que vienen a ser un resumen, estructurado en apartados, del contenido relatado antes: 1) Dificultades morales y políticas del teatro en Sevilla, 2) Teatro efectivo en la Sevilla del siglo XVIII, 3) Locales, 4) Asistencia al teatro, 5) El repertorio y 6) La obra del Asistente Olavide. Siguen unos Apéndices documentados (en número de doce), entre los que hay que destacar el interesantísimo Apéndice II, que es el *Memorial* de José Chacón, antes mencionado, y el número VII, que es el Repertorio teatral de Sevilla entre 1767 y 1778. La obra posee además un índice onomástico y abundantes láminas relativas a documentos teatrales diversos y a planos de teatro realizados en época dieciochesca.

En esta, quizá morosa, relación, es posible que cuestiones importantes hayan quedado en el interior del libro, sin que hayamos sabido o podido desvelarlas, pero ya advertimos un hecho: que la presente obra no es sólo exposición de datos cuya enumeración nos "informe", creemos que tras ellos se halla la pulsación adecuada de un momento histórico, la visión conflictiva de una cultura cuyas raíces estaban arraigando en aquellos momentos, y cuyas ramificaciones todavía florecen, como residuos de viejas querellas, porque no fue un problema estrictamente teatral el que movió en Sevilla tantas opiniones, en su base estaba una concepción de la vida en crisis, que admirablemente ha sabido expresar Aguilar Piñal, sin aducir para ello más que los datos objetivos necesarios. Valga su libro, pues, como testimonio teatral de una época en Sevilla y como indagación del quehacer cultural de un pueblo que ha sufrido, como pocos, dificultades para su desenvolvimiento.

ENRIQUE RULL

ACUÑA LUCO, LUIS GUSTAVO. *Copihual Chilenische Gedichte-Poemas chilenos*, München, 1975, 132 págs.

El autor nos ofrece, en este su segundo libro de versos, una especie de antología bilingüe castellano-germánica, ya que en él aparecen varias composiciones de los *Poemas* (1946-1966) publicados en 1970, también en Alemania.

Este nuevo libro lleva el extraño título de *Copihual*, que el prologista define como conjunto o bosque de “caphues”, liliácea americana de color rojo, rosa o blanco, flor nacional de Chile. Está justificado el título, al menos en su primera parte, pues ésta está formada por las evocaciones nostálgicas de un chileno exiliado hace años de su tierra dolorida, que recuerda, evoca o exalta en las cosas más cotidianas y comunes, como son el baile de la “cueca”, la flor del “copihue”, o la empanada chilena.

También son evocaciones históricas y humanas de Chile los poemas dedicados al “viejo indio mapuche” (pág. 30), “esfinge de una raza olvidada”, o la referencia que contiene el soneto dedicado a una escultora de su país, donde canta a las viejas maderas de los bosques ancestrales, convertidas, en sus obras, en “corazón de la selva elaborado” (pág. 34), y donde resuena los sonoros nombres araucanos con los españoles como en este endecasílabo:

Radal, mayu, talgüen, quillay, espino...

o también en el soneto a Pablo Neruda, al que invoca desde sus entrañables orígenes en las selvas de Temuco o en las aguas del Mapocho:

Tú, forjador de la palabra airada,
te adiestraste al carbón y a la madera

El poeta intenta fundir, en su lenguaje directo y acendrado, lo esencial castellano y araucano, reconociendo su procedencia hispánica, en su soneto en alejandrinos dedicado a “Castilla” (pág. 56), como se confirma desde el primer cuarteto:

Nutrido con el zumo de mi lengua bravía
vengo desde un tumulto de pasiones hispanas

Otro aspecto de la poesía de Acuña Luco es su sensibilidad y su sensualidad americanas y rubendarianas, que se manifiestan en la temática y en las formas de expresión que se enlazan con la de los simbolistas franceses (dedica un poema a Baudelaire), como se ve en muchos de sus versos de gran riqueza expresiva, como en éste, gracias a la combinación de líquidas y sibilantes:

Ya la seda resbala su insinuante caricia

Buena prueba de ello y del signo erótico que guía algunos de sus poemas son la “Danza ritual” (pág. 86) o “Istancia amorosa” (pág. 94), dignos de las más refinadas delicadezas decadentes y amorosas de las casidas orientales.

Pero el poeta —de temática muy variada— sabe elevar su poesía a lo ultraterrenal, como el poema de la “Semilla cósmica” (pág. 114), desde cuyo mundo se siente identificado con el mar, las piedras y la luz, cuyos elementos primigenios canta en los más expresivos sonetos del libro, que cierra con la fe del poeta que afirma:

Mi cuerpo estuvo muerto hace millones de años
y seguiré viviendo en la luz de los astros.

En resumen, un libro de desigual textura y valor poéticos, pero que significa un logro dentro de la tradición y la cultura poéticas chilenas, inserta en la hispano-araucana, en el marco bilingüe de lo germánico-europeo.

SEBASTIÁN DE LA NÚEZ

AMIN, SAMIR; ALEXANDRE FAIRE, MAHMOUD HUSSEIN, GUSTAVE MASSIAH.
La crisis del imperialismo. Barcelona, Editorial Fontanella (Libros de Confrontación, Economía 3). Traducción del original francés *La crise de l'imperialisme*; Les Editions de Minuit, Paris, 1975.

Este libro podría haber sido titulado con más exactitud con el siguiente epígrafe: *La reconstrucción del imperialismo*. Y aún, con mayor concreción, con este subtítulo: *El restablecimiento del capital monopolista norteamericano*. En efecto, una parte sustancial de tres de los cuatro ensayos contenidos en la obra analiza la contraofensiva desarrollada a partir de 1973 por los Estados Unidos con el objetivo de afirmar su hegemonía mundial y de restaurar los cimientos —relativamente agrietados en los años posteriores a 1965— de su imperialismo. Tres autores que pueden encuadrarse en la que se llama “escuela tercermundista” —dentro de la cual S. Amin se une, indiscutiblemente, a las figuras de A. Emmanuel y Gunder Frank y en la que también habríamos de incluir parte de la obra de un teórico tan brillante como Frank Hinkelammert— ofrecen una nítida radiografía de las circunstancias políticas y económicas de la crisis, precedida de un *flash-back* de las características que han definido los últimos decenios y completada con un conjunto de hipótesis futuristas, de un futuro a plazo relativamente corto, sobre las perspectivas del imperialismo en la supresión de aquélla. Un cuarto trabajo, firmado por M. Hussein, se concreta a la acción del mundo árabe como ejemplo de un “papel activo de la periferia”. Aquí nos ocupamos sólo de los tres citados ensayos de Amin, Faire y Massiah.

EL ANÁLISIS

Por separado y con escasas variantes, los tres autores coinciden en su interpretación de la evolución económica y política del mundo en los últimos treinta años: Desde 1945 a 1956 tuvo lugar el ascenso

indiscutible de los EE.UU., que se afirmaron como imperialismo dominante en una fase caracterizada por la inversión pública internacional (Plan Marshall, ayuda internacional, etc.). De 1956 a 1965 tiene lugar la hegemonía del imperialismo norteamericano. El retorno a la convertibilidad de las monedas (1958) permitió el despliegue de la inversión privada internacional, lanzándose las firmas multinacionales americanas al asalto de Europa y del sudeste asiático. Durante este período, los EE.UU. imponen la coexistencia pacífica, aceptada como un imperativo táctico por la Unión Soviética. El imperialismo americano interviene cada vez que unos intentos reformistas o populistas ponen en peligro a las burguesías locales aliadas a las firmas estadounidenses (Bolivia, Brasil, Santo Domingo, Zaire, Ghana, etc.). Acontecimientos políticos característicos de este período son la negativa de China y Albania a seguir la orientación de la URSS, la revolución cubana —que tendría como ulterior contrapartida la política de intervencionismo “preventivo” sistemático de los EE.UU.— y la “negativa” gaullista a la hegemonía norteamericana. La etapa vive una gran expansión, que se inicia en 1948 y comienza a declinar veinte años después con la crisis monetaria internacional. Las industrias motrices de esta fase de fuerte crecimiento de la economía mundial fueron los bienes duraderos, especialmente el automóvil y la urbanización funcional que le acompaña. A nivel mundial se modifica el modelo de división internacional del trabajo. En África y Asia, y en América Latina, las fórmulas neocoloniales sustituyen a las antiguas fórmulas imperiales. Hace su aparición el embrión de los subimperialismos. Es indiscutible el predominio absoluto de los EE.UU. en los terrenos industrial, financiero y militar: una vida internacional fuertemente jerarquizada caracteriza el período; el dólar es la moneda internacional y triunfa el atlantismo. Sin embargo, en una fase siguiente —entre 1965 y 1973— el proceso de crecimiento de Europa occidental y el Japón llevó a poner en entredicho la preponderancia norteamericana. En los años inmediatos a la posguerra, los EE.UU. disponían en todas las industrias de un adelanto que les daba una superioridad absoluta en términos de competitividad; dicho de otro modo, la diferencia de productividad jugaba en favor suyo porque era todavía más fuerte que la de los salarios. Pero poco a poco esta relación se invirtió, por lo menos en cuanto se refiere a determinado número de industrias europeas —sobre todo, alemanas— y japonesas. La tendencia al excedente permanente de la balanza de pagos americana fue sustituida por una tendencia inversa. La crisis del capitalismo norteamericano fue el resultado del funcionamiento de

mecanismos fundamentales relacionados con la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia. La revolución del valor que produce el capitalismo con su arsenal científico y técnico no es permanente. Los períodos en los que la progresión de la plusvalía relativa se aminora son períodos de crisis. Durante los años sesenta la economía norteamericana dio profundos síntomas de agotamiento, por diversas razones, entre ellas porque el elevado nivel en el desarrollo capitalista hace que el avance sea más difícil en ausencia de salidas tecnológicas que pudieran desempeñar un papel motor comparable al que protagonizaron en otra época el ferrocarril, el automóvil o la computadora. El reparto de un pastel casi fijo entre salarios y beneficios se fue haciendo cada vez más difícil y la inflación —que permite a los sindicatos obtener acuerdos salariales aparentemente ventajosos y luego alcanzar y superar en los beneficios los citados aumentos de los salarios nominales— es lo que permitió aplazar el problema. En veinte años, la parte de los EE.UU. en la producción del mundo occidental se redujo del setenta por ciento en 1950 al cuarenta y nueve por ciento en 1970. El ascenso europeo en el campo de la producción fue, de todos modos, menos notable que en el terreno del comercio o en la reconstrucción de trusts y firmas multinacionales competitivas a nivel mundial. Simultáneamente, el Japón había llevado a cabo una serie de milagros económicos y, al iniciarse la crisis petrolífera, se encontraba en posición de candidato a superpotencia mundial. Por otro lado, el papel de gendarme internacional que desempeñaban los EE.UU. —con un fracaso tan importante como el del Vietnam— constituía una costosa operación que agravaba el déficit de su balanza exterior. La acentuación de la inclinación deficitaria de la balanza de pagos norteamericana determinó que la crisis estallara en el terreno del sistema monetario internacional y se manifestó en la caída del dólar. Pero los EE.UU. fueron capaces de plantear una estrategia de contraofensiva, que se formuló primero en los terrenos ideológico y político antes de desencadenarse en el campo económico (aumento de los precios del petróleo y de las materias primas, así como de los precios agrícolas). Los objetivos de la contraofensiva estadounidense fueron diversos: debilitar a Europa y Japón y restablecer la situación anterior a la crisis monetaria internacional; arrancar los países subdesarrollados a la influencia de Europa y Japón; sellar la coexistencia pacífica y el reparto de influencias en el mundo con la URSS; tratar de resolver el problema energético norteamericano; intentar consolidar centros secundarios o subsidiarios de desarrollo industrial (Brasil, Irán, Nigeria), dependientes de los monopolios americanos. Sin duda,

lo que permitió estabilizar el dólar a una cotización más elevada fue la elevación del precio del petróleo bruto.

LA INTERPRETACIÓN

Muy sintetizado, este es el análisis que ofrecen nuestros autores sobre la crisis contemporánea del imperialismo. Ellos sostienen la tesis de que la crisis actual del sistema capitalista no constituye una recesión coyuntural más o menos grave, sino una crisis estructural.

Esto significa —escriben— que la contradicción principal por la que se manifiesta el conflicto entre las fuerzas del capitalismo y las fuerzas del socialismo que actúan a escala del conjunto del sistema capitalista mundial, es la que opone el capital de los centros imperialistas desarrollados a los pueblos explotados de la periferia dominada. Esto no es nuevo: desde que el capitalismo se ha convertido en imperialismo, la extensión de la dominación de los monopolios a escala mundial ha situado este aspecto de la contradicción en el primer plano de las luchas revolucionarias.

Este estadio del capitalismo es el que Michel Rocard y Jacques Gallus denominan “economía de dominación”.¹ en contraste con la etapa, desaparecida, de economía de concurrencia. Un estadio que ya fue definido con exactos perfiles por la teoría clásica del imperialismo; Lenin decía: “el imperialismo, por su esencia económica, es el capitalismo monopolista”.²

“El imperialismo —añaden Amin, Faire y Massiah— organiza bajo la dominación del capital de los monopolios una pirámide completa de formas de explotación del trabajo, en cuyos distintos niveles participan todas las burguesías y las clases explotadoras del sistema mundial, encontrándose todas ellas, pues, estratégicamente en el campo del capitalismo. Explota a los proletariados del centro y de la periferia, como explota, bajo diversas formas, a todos los productores organizados en unos modos de producción no capitalistas integrados en el sistema capitalista”. En la interpretación general y en el análisis particular, los autores conceden singular importancia a las alianzas de clases en los centros imperialistas, en los centros secundarios y en las formaciones sociales periféricas. Singularmente, el trabajo de Gustave Massiah, posiblemente el más interesante de los contenidos en el libro, presta la mayor atención al respecto.

¹ MICHEL ROCARD y JACQUES GALLUS: *L'inflation au coeur*, Gallimard, Paris, 1975, pág. 33.

² V. I. LENIN: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Obras escogidas, I. Akal-Ayuso Editores. Madrid, 1975, pág. 793.

Teniendo presente que esta revista va dirigida fundamentalmente al lector hispano, particularizamos en la situación de los países latinos en el marco de las alianzas de clases, tal como se analiza en el libro. Massiah distingue entre formaciones sociales dominantes, principales o secundarias, en las que la alianza socialdemócrata (que integra a parte de la clase obrera mediante la utilización parcial de los superbeneficios) es una alianza dominante (EE.UU., Alemania Federal), y formaciones sociales dominantes en las que la alianza socialdemócrata tropieza con dificultades para imponerse completamente (Italia, España).

En este sentido, Faire recuerda las diferencias fundamentales que separan a la Europa septentrional de la Europa meridional, incluyendo en esta última a Francia, Italia, España y Portugal: la naturaleza y el papel de la pequeña burguesía y de la burguesía media y las relaciones entre las capas obreras cualificadas y la burguesía. "La historia ha permitido a la pequeña y mediana burguesía tradicional rural y urbana, sobrevivir en Europa del sur. En Francia la amenaza proletaria —la Comuna— ha sellado una alianza de clases que ha aislado a la clase obrera." Esta alianza consiste en un compromiso entre el gran capital y los capitales pequeños y medianos tradicionales, que tienen intereses divergentes.

No obstante —prosigue Faire—, el desarrollo capitalista se traduce por una constante erosión de las capas burguesas pequeñas y medianas tradicionales. El gran capital domina cada día más en el seno de la alianza de clases en el poder, pero no es hegemónico y debe cuidar a sus aliados tradicionales, esperando que termine su lenta desaparición y que las capas burguesas pequeñas y medias modernas (cuadros, salarios elevados, aristocracia obrera), que el gran capital puede controlar con más facilidad, se hayan desarrollado lo suficiente para reemplazar a las tradicionales capas de apoyo. Las contradicciones internas de la burguesía son de la misma naturaleza en el resto de Europa meridional. En cambio, estas contradicciones se han superado desde hace tiempo en Europa septentrional, en donde el gran capital ha podido permitirse hacer concesiones a una fracción importante de la clase obrera. Mediante un reformismo consecuente, ha sabido comprar una paz social que sólo está amenazada de manera marginal —las alternativas políticas actuales se sitúan todas en el marco del reformismo burgués— y que es un elemento esencial de la prosperidad económica.

LAS HIPÓTESIS

Sobre las perspectivas que se avizoran a la situación actual y las opciones que tiene el imperialismo para superar la crisis, nuestros autores desarrollan diversas hipótesis centradas, respectivamente, en

el aspecto estructural y la división internacional del trabajo, en la salida a las luchas interimperialistas y en el marco de las alianzas de clases.

S. Amin considera que en la actualidad es posible una nueva etapa en el desarrollo de las fuerzas productivas sin poner en entredicho los fundamentos de la sociedad de clases. Nuevas industrias podrían constituir la base de un modelo de acumulación renovado: la energía atómica y solar, el espacio, la genética, la producción de alimentos de síntesis, la explotación de los fondos marinos, etc.

En su opinión, si el capitalismo se perpetúa alcanzará un nivel de centralización y de abstracción desconocido hasta ahora. Lo que ya se ha iniciado y ha sido descrito como el complejo militar-monopolista llegaría a ser esencial en la vida económica: cristalizaría la hipótesis que S. Amin denomina "1984", como referencia directa al libro de Orwell.

La perspectiva "1984" incluye dos variantes:

a) Una modalidad se caracterizaría por una división del trabajo en la que el centro capitalista se reservaría la totalidad de las nuevas industrias, mientras que relegaría a la periferia la totalidad de las industrias "clásicas" y contaminantes (siderurgia, química, industrias ligeras). Las masas de la periferia, proletarizadas y explotadas por el capital central gracias al control de la tecnología, producirían el excedente consumido por las masas del centro. En tal perspectiva se generalizaría el fenómeno de los subimperialismos. Es la hipótesis más verosímil.

b) La otra modalidad excluye una división internacional del trabajo. Las industrias nuevas y las tradicionales estarían todas concentradas en el centro y la periferia estaría completamente marginada. Se impondría el genocidio, bajo una y otra forma, de la población del Tercer Mundo actual.

Indica Amin que ambas modalidades presentan un carácter común: el de un mundo simplificado, reducido al modo de producción capitalista.

Por su parte, Faire escribe que, para evitar una crisis brutal, parecen posible a medio plazo dos vías de reordinación del imperialismo:

a) Un mundo de dos bloques: Estados Unidos y el bloque soviético. Para ello sería indispensable que estuviera asegurada de una forma duradera la reactivación de la economía americana y que se mantuviera el debilitamiento de sus competidores más peli-

grosos. Habría una división internacional del trabajo bien definida: EE.UU. tendría el monopolio de la nueva tecnología y centros de producción secundarios serían Europa, Japón, los países del Tercer Mundo que alcanzaran el despegue y los nuevos polos-relevo de dominación americana. Esta hipótesis entraña elementos perturbadores (relaciones de EE.UU. con la URSS, movimientos de liberación, reacciones a una pronunciada dominación norteamericana, reunificación alemana) que dificultaría su realización o pondrían en peligro su continuidad.

b) Un mundo multipolar, que incluye, además, como potencias a Europa y el Japón.

Por último, para Gustave Massiah la crisis del sistema capitalista inaugura un período de transición, bien al socialismo, bien a una nueva etapa del capitalismo. El sistema imperialista, para evitar la salida de la revolución socialista, puede tratar de escapar de la crisis intentando perpetuarse tal como existe, si es preciso mediante la instauración de regímenes fascistas, o elaborando una alianza de clases renovada.

Estas son las perspectivas que se ofrecen al imperialismo, como fórmula para perpetuar su dominación, según las contemplan estos autores. Al respecto, Faire recuerda que las dos últimas grandes crisis que ha conocido el orden económico imperialista han conducido ambas a dos "accidentes" —la revolución soviética y la revolución china— que marcan una ruptura fundamental dentro del sistema.

Las distintas hipótesis expuestas se completan entre ellas mismas. Por citar un ejemplo cercano, con lo sustancial de esta visión coincide en buena parte Eduardo Fioravanti, un documento teórico español de la economía internacional. No obstante, Fioravanti señala dos opciones fundamentales: una sin ruptura del modo de producción capitalista y la otra con ruptura de éste; y, a su juicio, la ruptura tendría que llevarse a cabo en los mismos centros de producción capitalista y no sólo en la periferia.³

Como tema colateral me parece oportuno añadir que Fioravanti⁴ pone en tela de juicio la teoría del valor en la producción internacional de mercancías, expuesta por S. Amin en su libro

³ EDUARDO FIORAVANTI: *El capital monopolista internacional*. Ediciones Península. Barcelona, 1976, págs. 415 y sigs.

⁴ E. FIORAVANTI, ob. cit., págs. 232 y sigs.

El desarrollo desigual,⁵ la cual refuta a la luz de varios textos de *El capital*. La crítica tiene su interés, puesto que la formulación de Amin —que recoge la expuesta por A. Emmanuel en una obra⁶ anterior— es uno de los puntos que sostienen el desarrollo de sus planteamientos.

LA CRÍTICA

Lo expuesto resume el cuadro que sobre la crisis del imperialismo aporta el análisis de los autores del libro. Se trata de un estudio sugestivo que ofrece un instrumento de trabajo muy actual sobre el tema. Para el especialista constituye una interesante documentación. Y para el no especialista una valiosa síntesis sobre el actual estadio del desenvolvimiento mundial. Creo que en el presente caso se justifica, en tal sentido, una reseña informativa y por ello me ha parecido oportuno recoger aquí las líneas maestras del trabajo.

Digamos, al respecto, que la interpretación marxista desarrollada en el libro no se sujeta en ningún sentido a una ortodoxia dogmática y que incluso se pone en tela de juicio aspectos estructurales de la fórmula soviética, cuando no su papel en la política internacional. Respetando la profundidad y las múltiples sugerencias que nos traslada el trabajo de Amin, Faire y Massiah, se me ocurren, no obstante, dos consideraciones que, en principio, parece redundante añadir a planteamientos elaborados por teóricos de la llamada “escuela tercermundista”.

La primera se refiere a una, por lo menos aparente, sujeción a la teoría clásica del imperialismo (Hobson, Hilferding, Bujarin, Lenin), en la medida en que el análisis se hace a partir de la situación y evolución de los centros capitalistas, olvidando en cierto sentido el desenvolvimiento de la periferia. Se habla, sí, de la desaparición de las actividades precapitalistas en los países no industrializados, pero el análisis no contempla —salvo en la mención a los “subimperialismos”— la situación y perspectivas de evolución propia de los países del Tercer Mundo. Acerca de este extremo es conveniente recordar las observaciones de Frank Hinkelammert⁷ sobre

⁵ *Le développement inégal*, Paris, 1973. Traducción española: Ed. Fontanella, Barcelona, 1974.

⁶ ARCHIRI EMMANUEL: *El intercambio desigual*. E. Siglo XXI, 1973.

⁷ FRANK HINKELAMMERT: *La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista*, en *Economía Política en la Unidad Popular* (Materiales de los Cuadernos de la Realidad Nacional, 1970-1973). Presentación de Manuel Antonio Garretón. Fontanella, Barcelona, 1975, págs. 20 y sigs.

“la transformación del mundo no industrializado en periferia”. Mientras que todavía la teoría tradicional del imperialismo concibe la existencia de una alternativa real entre vía capitalista y vía socialista de desarrollo, frente a las cuales hay la posibilidad de una opción, Hinkelammert afirma que la vía socialista es hoy la única posible para el desarrollo del mundo subdesarrollado. Una vez destruidas sus estructuras económicas tradicionales, el intercambio materias primas-bienes manufacturados y la industrialización ha convertido en periferia a todos aquellos países que en el siglo XIX eran económicamente atrasados. Y la “transformación en periferia no posterga simplemente la industrialización capitalista, sino la imposibilita”. “El subdesarrollo —dice Hinkelammert— no es una categoría independiente al lado de la dicotomía capitalismo/socialismo y de las luchas de clases, sino, al contrario, la apariencia que toma esta dicotomía.” Acaso los ensayos de Amin, Faure y Massiah miren excesivamente al centro, como modelo fundamental de desenvolvimiento del conjunto.

La segunda consideración alude a la ausencia en el libro del debido énfasis sobre la realidad social y cultural de la periferia, acaso olvidando sus autores ser enteramente consecuentes con lo que el propio M. Hussein denuncia: la deformación de tomar “el papel de los pueblos de la periferia en función de los meros datos de la economía —abstraídos de su contexto político e ideológico—, en función sobre todo, de los problemas que plantean en el centro del sistema económico mundial”, o lo que Gunnar Myrdal planteó en *Asian Drama*⁸ como enunciado general que ha de anteceder a cualquier análisis económico sobre la India, o el sur de Asia: “un análisis realista debe abordar los problemas en función de las actitudes e instituciones” y tomar en cuenta las mentalidades, la realidad social y las condiciones peculiares del país.

En este sentido, y para finalizar, personalmente estimo que en la actual fase de desarrollo del imperialismo merecen ser subrayadas las posibles perspectivas de una propia alternativa de la periferia. Quizás podríamos convenir en que la única alternativa al subdesarrollo ha de proceder posiblemente del desenvolvimiento de una propia cultura y de fórmulas de acumulación socialista, por parte de los países que integran el Tercer Mundo.

ALFREDO HERRERA PIQUÉ

⁸ GUNNAR MYRDAL: *Asian Drama. A inquiry into the poverty of nations*. An abridgment by Seth S. King of the Twentieth Century Fund Study, New York, 1971. Trad. esp.: “Ariel”. Barcelona, 1974, págs. 21 y sigs.

ARON, RAYMOND. *La lutte de classes*. Paris, Ed. Gallimard, 1975, 292 págs.

Entiende el sociólogo francés Raymond Aron, autor del libro que se comenta, que el problema de las clases sociales radica en la simple determinación técnica del trabajo, en la función, abogando por la coexistencia ideológica y sociológica comparada de regímenes que permiten pasar al diálogo histórico, al reconocimiento del derecho del adversario a coexistir.

En base de *El Manifiesto comunista* y *El 18 Brumario de Luis Napoleón*, entiende el autor del libro que resultan totalmente falsas las siguientes tres proposiciones establecidas por Marx, en su teoría de clases sociales: la vinculación de las clases sociales a cierta fase histórica; la lucha de clases conduce a la revolución; la sociedad sin luchas advendrá tras la revolución proletaria.

Para el autor del volumen, la noción de clase comporta la problemática de las tres vertientes a continuación especificadas: aspectos relativos a la condición económico-social de los individuos, determinada por criterios múltiples, formando conjuntos; los criterios socioeconómicos definen estos objetivos conjuntos; se duda de si estos conjuntos toman conciencia de ser cada uno opuesto a los otros, de si toman conciencia de sí mismos.

Las clases y la movilidad social se enfocan, por Aron, como reclutamiento de los titulares de las funciones superiores y como intento de establecer la frecuencia en los casos de movilidad vertical, ascendente y descendente.

Las principales ideas de Aron sobre las funciones de la clase obrera son éstas: trabaja en las fábricas, pero jamás ejercerá el poder, ni regentará el Estado, pues si la revolución obrera triunfa, un partido político, en nombre de la clase obrera, toma el poder absoluto e incluso el proletariado mismo puede ser la clase dirigente. Se insiste en que la clase obrera no ejerce el poder y millones

de hombres continuarán trabajando en las fábricas. Con frecuencia, se estima, las clases sociales son enemigas, porque pretenden la posesión del poder.

El autor del volumen formula una original división de las clases sociales: burguesía, sin apenas unidad y coherencia; clases medias, especie de cajón de sastre donde cabe todo cuanto no esté específicamente incluido en las otras tres clases sociales contempladas; campesinado, compuesto por arrendatarios propietarios y obreros agrícolas; clase obrera, grupo menos unificado de lo que parece, con tendencia a la progresiva desintegración de su fuerte realidad.

La descripción de la profesión de sociólogo no se confunde con la del economista ni con la del psicólogo. El sociólogo no busca interpretar o conceptualizar la conducta de los hombres por referencia a las incitaciones, ni se limita a analizar la lógica de las preferencias de los sujetos económicos, sino que pretende, simultáneamente, comprender las conductas de los individuos en sociedad, los sistemas de preferencia, los sistemas de valores que determinan las conductas y la forma peculiar que toman las incitaciones estudiadas por los psicólogos.

Señala que la sociología es, por definición, general. La historia está más allá de la sociología, puesto que alcanza lo singular y lo concreto, por lo que la función del historiador es suprema, pero debe llenar las condiciones de filósofo, desde luego la de sociólogo y, sobre todo, la de economista.

La sociología, opina finalmente Aron, se esfuerza en dar a los problemas planteados, por la filosofía política, la transformación precisa, así como las respuestas posibles.

C. P. Y.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

ARONSON, ELLIOT. *Introducción a la Psicología Social*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, 340 págs.

El presente trabajo de Elliot Aronson, claramente inscrito dentro de la escuela empirista norteamericana sobre la investigación, es fruto de los estudios experimentales que llevó a cabo hace unos cuatro años en el Centro para Estudios Superiores en Ciencias de la Conducta de la Universidad Californiana de Stanford. Tras citar someramente la escasa tradición histórica del fenómeno de la psicología social, que se remonta prácticamente a este siglo (Triplett, Kurt Lewin y C. Hovland), el autor reafirma el carácter eminentemente investigador y experimental de sus estudios y conclusiones, sin pretender en absoluto ser un catálogo enciclopédico de teorías sobre psicología social, sino un libro claro, pensado para estudiantes y personas poco iniciadas en las técnicas utilizadas en psicología social y que sin embargo tanto inciden sobre nuestras actitudes y comportamiento colectivo.

1. ¿QUÉ ES LA PSICOLOGÍA SOCIAL?

Antes de entrar a definir concretamente la materia de estudio, Aronson nos presenta varios ejemplos, cosa que hará siempre durante todo el desarrollo del libro, sobre la influencia social de unas personas sobre otras, tanto en contextos reducidos (grupo de amigos), como en ámbitos sociales amplios (cambios de actitud sobre un tema concreto en toda una sociedad). De esta forma queda evidenciada su definición sobre psicología social: "Influencias que las personas tienen sobre las creencias o la conducta de otros".

El resto de este primer capítulo-introducción es en realidad un anticipado resumen de los temas que son objeto de estudio en los sucesivos.

2. CONFORMISMO

Aronson cree que una consecuencia de la sociabilidad del hombre, estriba en vivir en un estado de tensión entre valores asociados a la individualidad y valores asociados al conformismo. Transcribe para ello un pasaje de James Thurber donde pone de manifiesto que cuando uno o dos sujetos emprendieron una caminata hacia un lugar determinado de la ciudad, poco después cientos de personas corrían en la misma dirección, y al gritar alguien: ¡La presa se ha roto!, provocó un pánico colectivo totalmente ficticio. Otro experimento, de Stanley Schachter, le lleva a afirmar que el grupo “establecido” o modal tiende a preferir a los conformistas antes que a los inconformistas. Más adelante, pasa a definir el conformismo como: “Un camino en la conducta u opiniones de una persona como resultado de una presión real o imaginada de personas o grupos de personas”. Para apoyar su tesis explica el experimento de las “líneas rectas” ideado por Salomón Asch y saca también la consecuencia de que, la presión de los juicios ajenos tiene poco o ningún efecto sobre los juicios privados de los sujetos experimentales.

Se analizan después las variables que incrementan o reducen el conformismo: poseer “aliados” dentro del grupo; la propia estima del individuo respecto a sí mismo; la propia composición del grupo (inducirá más al conformismo si lo forman expertos o éstos son importantes para el individuo); y la seguridad en sí mismo. Tras analizar el papel que juegan las recompensas (aceptación) y los castigos (rechazo o ridículo) en el conformismo, Aronson pasa a examinar detenidamente los tres tipos fundamentales de respuesta a la influencia social: sumisión, identificación e interiorización.

En la *sumisión*, el individuo se conduce movido por el deseo de obtener una recompensa o evitar un castigo. Esta conducta dura tanto como la promesa de recompensa o la amenaza de castigo (poder). La *identificación*, responde a la influencia social provocada por el deseo que una persona tiene de parecerse a quien le influye. Aronson lo llama “fenómeno del bueno-viejo-tío-Charlie” (atractivo). La *interiorización* de un valor o de una creencia es la respuesta más permanente y de más profundas raíces a la influencia social. El móvil para interiorizar algo es el deseo de estar en lo cierto. Una vez que forma parte de nuestro sistema se independiza de su fuente y se convierte en algo muy resistente al cambio (credibilidad de la fuente).

El autor acaba este capítulo analizando el conformismo de los espectadores “no comprometidos” ante un suceso trágico (asesinato

o accidente), ya que se produce el fenómeno de la “difusión de la responsabilidad”, aunque esto puede variar según demuestra Aronson cuando los espectadores tienen la sensación de compartir un “destino común” o se encuentran cara a cara con la víctima y sin escapatoria posible.

3. COMUNICACIÓN DE MASAS, PROPAGANDA Y PERSUASIÓN

Al principio del capítulo Aronson pone de manifiesto la sutil influencia que pueden ejercer sobre nuestras opiniones y actitudes la TV y los medios de masas, con el pretexto de darnos entretenimiento. También sugiere que la TV puede ser un medio poderoso de seducir a los votantes para que voten la imagen del candidato antes que al candidato mismo (elecciones americanas Kennedy-Nixon). El autor traslada también el tema de la persuasión al terreno de la publicidad y piensa que la influencia debida a la mera familiaridad se hace menos importante según los asuntos van siendo más importantes.

Después de resaltar el problema de la distinción entre educación y propaganda, Aronson pasa a examinar los tres factores que incrementan la eficacia de una comunicación:

a) *La Fuente de la Comunicación*: Su credibilidad; fiabilidad, que aumenta si defiende posturas aparentemente contrarias a su interés o que parece no intentar convencernos; “identificación” en asuntos triviales, aunque sepamos que trata de influirnos.

b) *La Naturaleza de la Comunicación*: Apelaciones lógicas o emocionales; argumentaciones unilaterales o bilaterales, según sea la inteligencia del público y su posición inicial respecto al comunicante; orden de presentación, que está en función del tiempo que transcurre entre dos comunicaciones, y el de la segunda, el momento en que el público debe decidirse definitivamente; tamaño de la discrepancia con el público, si es pequeña aumenta el cambio de opinión, pero si es muy grande el cambio remite siempre que el comunicante sea poco fidedigno.

c) *Características del público*: Sexo; propia estima; estado de ánimo, que será receptivo, si se siente feliz y tranquilo, y no receptivo, si se le advierte de antemano que alguien intentará persuadirle.

Dentro de este apartado, Aronson demuestra la importancia del “efecto de inoculación” o presentación bilateral del tema en forma de ataque moderado a las creencias de una persona, ya que ello produce resistencia ante la persuasión posterior, porque la persona

encuentra una motivación para defender sus creencias y al hacerlo adquiere una práctica inmunizadora.

El autor acaba este capítulo preguntándose: ¿Hasta qué punto funcionan bien los principios?; y concluye afirmando que los *individuos se resisten a cambiar de actitud* (opinión con componente evaluativo y emocional), por eso las comunicaciones que amenazan las actitudes existentes tienden a influir menos.

4. AUTOJUSTIFICACIÓN

Después de ponernos un ejemplo de sugestión hipnótica, Aronson afirma cómo la mayor parte de las personas tienden a justificar sus propias creencias y sentimientos. Cuando una persona hace algo intentará convencerse a sí mismo y a los demás de que era una cosa lógica y razonable. A continuación, desarrolla la teoría de Leon Festinger sobre la *disonancia cognitiva*, es decir, el estado de tensión que se produce cuando un individuo mantiene simultáneamente dos cogniciones o certezas (ideas, actitudes, opiniones o creencias) psicológicamente incompatibles. En este sentido señala cómo el individuo fumador trata de justificar su conducta minimizando cognitivamente el peligro o exagerando la importancia de la acción, de esta forma logra construirse una actitud o cambiar una actividad. Ahondando en el tema, su teoría sugiere que gran parte de nuestra conducta no es racional, aunque desde dentro pueda parecernos muy sensata.

Más adelante, aplica la disonancia como resultado de tomar una decisión, destacando la importancia del pequeño compromiso como vía a una mayor participación (escalada) y de la irrevocabilidad como reductora de la disonancia, al no poder hacer nada después de tomar una decisión determinada.

Al referirse a la justificación inadecuada, Aronson afirma que si un individuo enuncia una creencia difícil de justificar externamente, intentará justificarla internamente, acomodando sus actitudes a esa declaración. Más adelante da un paso más: para producir un cambio efectivo en las actitudes, cuando mayor sea la recompensa, menos probable es que se produzca ningún cambio de actitud, y viceversa, cuando menor es la justificación externa en términos de dinero, mayor es el cambio de actitud.

En el apartado de las recompensas inadecuadas en educación, se demuestra que cuanto menos dura es la amenaza, menor será la justificación externa y por tanto habrá una mayor necesidad de justificación interna y de desarrollo de valores positivos. La teoría de la disonancia predica también que si una persona atraviesa una

experiencia dolorosa para conseguir una meta o un objeto, éstos cobran más atractivo que si no le han supuesto esfuerzo alguno.

Después de señalar la importancia de la propia estima como reductora de la disonancia y de los efectos psicológicos y motivacionales, el autor acaba este capítulo afirmando la imposibilidad de vivir dentro de la pura consonancia.

5. LA AGRESIVIDAD HUMANA

“El hombre es un animal agresivo. A excepción de ciertos roedores, ningún vertebrado mata de modo tan sistemático y frenético a miembros de su propia especie.” Partiendo de esta creencia generalizada, Aronson define la agresión como “la conducta cuya meta es causar daño o dolor”. Pasa después a analizar la controversia existente entre psicólogos, fisiólogos, etólogos y filósofos, sobre si la agresividad es instintiva o por el contrario una conducta agresiva (Rousseau, Freud, Storr, J. P. Scott, K. Lorenz, L. Berkowitz), y llega a la conclusión de que, aunque la agresión puede tener en el hombre un componente instintivo, lo importante para el psicólogo social está en el hecho de que es modificable por factores situacionales.

Uno de estos factores es la *frustración*, que actúa como el mayor instigador de la agresión, si un individuo se ve obstaculizado en su caminar hacia una meta, la frustración resultante incrementará la probabilidad de una respuesta agresiva, aunque no siempre. El aprendizaje social de modelos agresivos puede incrementar también la conducta agresiva, especialmente en la infancia.

Más adelante se plantea el tema de si realmente es necesaria la agresión, como algunos tratadistas (Konrad Lorenz) han puesto de manifiesto, ya que según ellos “sería parte esencial de la organización instintiva preservadora de la vida”. Sin embargo Aronson opina que la agresión abierta ya no es necesaria para la supervivencia humana, y está de acuerdo con Peter Kropotkin que ya en 1902 llegó a la conclusión de que la conducta cooperativa tiene un gran valor de supervivencia para muchas formas de vida.

En realidad, la exaltación de la agresividad y competencia que tanto se dan en la sociedad norteamericana hoy día nos parecen totalmente desfasadas.

La última parte del capítulo se dedica a estudiar la teoría psicoanalítica de la *catarsis*, es decir, la expresión de nuestra hostilidad como medio de descargar la fuerza agresiva que llevamos dentro. Aronson señala tres caminos para ello: a) Gastarla en actividades

físicas; b) Mantenerla a nivel de fantasía o ensueño, y c) Mediante una agresión directa, atacando al frustrador por todos los medios posibles. Nuestro autor, tras una serie de pruebas basadas en la teoría de la disonancia cognitiva, difiere de la tesis psicoanalista al afirmar que la agresión directa no reduce nuestros instintos agresivos hacia la víctima, sino que, por el contrario, los incrementa y por tanto puede desembocar en una mayor agresividad futura.

Se acaba el capítulo con la exposición de algunos sistemas para lograr la reducción de la violencia: pura razón, castigos, recompensas y fomento de la empatía hacia los demás.

6. PREJUICIO

El prejuicio y el estereotipo son actitudes hostiles o negativas hacia un grupo determinado, y se basan en generalizaciones derivadas de una información simplista, errónea o incompleta. Se apoyan en rumores o imágenes distribuidas por los medios de masa, o se generan dentro de nosotros como modos de justificar nuestros propios prejuicios y nuestra crueldad. Aronson afirma también que la persona de prejuicios muy arraigados es prácticamente inmune a la información, y que todos los tenemos en mayor o menor grado (étnicos, nacionales, personales, etc.).

Al analizar las causas del prejuicio se señalan como fundamentales, la necesidad de autojustificación de nuestros actos y la de lograr un *status* o poder. También se analizan detalladamente otras cuatro:

- a) La competencia o conflicto económico y político.
- b) La agresión desplazada (chivo expiatorio).
- c) Necesidad de personalidad (autoritarismo).
- d) El conformismo con las normas sociales existentes.

Después de señalar los estragos sociales que producen los prejuicios (segregación racial), y el fracaso de las campañas de información en asuntos importantes como éste, ya que chocan contra sus creencias y provocan una fuerte resistencia al cambio, Aronson nos propone la eliminación del prejuicio (actitud) a través del cambio de *conducta*. Esto puede lograrse con el contacto directo y paritario de la *dependencia mutua*, es decir, provocando una situación donde los individuos se necesitan entre sí para alcanzar una meta.

7. ATRACCIÓN: POR QUÉ SE QUIEREN LAS PERSONAS

Aronson, generalizando el tema, opina que: “Queremos a las personas cuya conducta nos proporciona la máxima recompensa con el mínimo costo.” De esta manera, queremos más a las personas guapas porque nos dan una recompensa “estética”, y sentiremos afecto por las personas que tienen opiniones similares a las nuestras ya que nos confirman nuestras creencias, y la atracción mutua aumentará cuando las personas colaboren entre sí, ya que nos dan ayuda y comparten nuestras cargas. Sin embargo, esto es sólo parte de la teoría sobre la atracción, hay otros motivos esenciales que también son aquí analizados detalladamente: los efectos positivos y negativos de la alabanza y los favores; los atributos personales (competencia y atractivo físico); el compromiso ideológico, inseguridad; complementariedad de caracteres; ganancia y pérdida de estima, etc.

El capítulo octavo lo dedica nuestro autor a explicarnos detalladamente la finalidad y el funcionamiento de los denominados *Grupos T* o de adiestramiento y afinamiento de la sensibilidad. Estos grupos, que se han puesto recientemente de moda en Estados Unidos, sirven para que las personas aprendan algo más sobre sí mismas y sobre sus relaciones con los demás del grupo. Son dirigidos por un instructor especialmente adiestrado para ayudar a establecer una atmósfera de confianza y de investigación entre los participantes. Estos se encierran y aíslan durante unos días a exponer sus opiniones respectivas sobre los demás (a los que no conocían anteriormente) y sobre ellos mismos. Esto provoca un *feedback* muy efectivo e inmediato entre ellos, y el instructor actúa únicamente como catalizador, defensor y estimulador de los miembros del grupo. De esta forma cada participante obtiene intuiciones muy valiosas sobre el impacto de sus acciones y afirmaciones, logra conocerse mejor a sí mismo, incrementándose de esta manera la autoconciencia y la comprensión mutua.

El *noveno* y último capítulo, está dedicado a destacar el carácter eminentemente científico de la psicología social, y a resaltar la importancia de los experimentos de laboratorio, siempre que su control sea plenamente verificado, los sujetos puedan ser asignados de manera aleatoria a las diferentes situaciones, y se asegure el realismo o los experimentos a base de enmascarar el verdadero propósito del estudio con el fin de que el sujeto actúe con plena naturalidad.

El libro termina planteando los posibles escrúpulos morales que se le pueden presentar al experimentador al utilizar el engaño en

sus estudios, y por eso da una serie de normas que sirvan para proteger a los sujetos experimentales de su intimidad y de posibles traumas físicos y psíquicos.

Introducción a la Psicología Social de Elliot Aronson, es un libro importante por cuanto supone de agudo análisis y divulgación de unas técnicas de comunicación e influencia social que, bien utilizadas, pueden ayudar a una mayor comprensión y acercamiento humano. La metódica exposición empírica y su lenguaje claro y atractivo, hacen a este libro muy útil para todo aquel que tenga interés en conocerse un poco más y, en definitiva, ayudarle así a una mejor comunicación con los demás.

JOSÉ LORENZO GARCÍA

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

ARTILES, JOAQUÍN. *El libro de Apolonio, poema español del siglo XIII*. Madrid, Editorial Gredos, 1976, 220 págs. (Biblioteca Románica Hispánica).

Decía un gran maestro, historiador del libro, erudito y paleógrafo, al regresar de América, después de cierto tiempo, que el avance de la investigación europea sobre la Edad Media, en el tiempo que el había estado ausente, había sido tan arrollador, que nos obligaba a estudiar de nuevo ese tan debatido período por el que pasó el mundo a la caída del Imperio Romano y por consiguiente a la desaparición presunta de la Cultura de la Antigüedad. Sin embargo, la tradición grecolatina jamás desapareció de Europa aunque a veces el péndulo se inclinase a hacer mitos de las cosas que en otro tiempo fueron reales, y otras a hacer novela de lo que fue historia, o magia de lo que fue ciencia, o religión de lo que había sido veraz investigación del pensamiento o tragedia de lo que había sido una muy clara lucha de clases sociales que habían estado presentes en el ágora. Ernst Robert Curtis publicó en alemán en Berna, en 1948, su *Literatura europea y Edad Media Latina*, cuyos dos tomos de la edición española en México son para estarlos consultando y releendo toda una vida, no sólo por el dato curioso que aportan a cada paso, sino por ese regusto de encontrarse a sí mismo al que no podemos negarnos. Con este humanismo estamos frente a don Joaquín Artiles con su *Libro de Apolonio* en la mano y la tradición clásica y medieval que comporta su texto y su contexto, pues en las raíces de nuestra cultura, tanto importa el latín de Ovidio y de Horacio, de Cicerón y Tácito, que ese último gótico que sale de Europa para asentarse en tierras extrañas. Gótico que por otro lado aún resplandece en Canarias, en Telde y en Las Palmas, y que a pesar de ser una reminiscencia cultural de valor universal, tiene tantos *enemigos*.

Don Joaquín Artiles comienza por declarar que sólo trata de analizar algunos aspectos de la mencionada obra y comienza diciendo

que el *Libro de Apolonio* es una novela bizantina versificada, metida en cánones de cuaderna vía. Su autor debió ser un clérigo, dada su habilidad para infundir aliento cristiano a un tema de la paganía. Sobre el trasfondo de la cultura de la Antigüedad Pagana, brillan los mosaicos de Bizancio, y sobre ellos los manuscritos de la Edad Media, en lucha entonces contra otra de las formas del bizantinismo: la Cultura Islámica. A una prudente distancia la serpiente se mordía la cola.

Uno de los aciertos más importantes que tiene el estudio de don Joaquín Artiles sobre el *Libro de Apolonio* es el haber escogido como un claro equilibrio los temas tratados que demuestran una clara orientación ecléctica, pues no se deja atrapar ni por la superficial estilística —que siempre da ello una sensación de poca profundidad en el crítico— ni por un retoricismo excesivamente clasicista, ni por un formalismo que llegue a absorber toda observación de las circunstancias externas a la obra.

En la estructura unitaria del poema, don Joaquín nos dice, la trama novelesca del *Libro de Apolonio* tiene un desarrollo rectilíneo, de ordenada fluencia cronológica con tres quiebras en este limpio proceso: la maquinación de Antioco contra Apolonio, la historia de Luciana de Efeso y la de Tarsiana en Tarso y Mitilene. Apolonio no sólo es protagonista de la acción principal sino que además está siempre presente en todos estos ramales.

Los personajes del *Libro de Apolonio* van apareciendo gradualmente sin amontonarse, sin confundirse, dice el Dr. Artiles. Esta toma de conciencia de la importancia que tienen los personajes y la nitidez de los mismos en esta obra medieval es una clara percepción de lo que el formalismo de las estructuras profundas significa, sin exagerar su consistencia y su veracidad. Antes del formalismo, todo lo que se hacía en el campo de la analítica literaria del cuento o de la novela, tenía claramente el carácter de ensayo metafísico o de diletantismo literario. Pero aquí aparece el Rey Apolonio, que tiene de común con la cuentística universal —como siempre lo es el protagonista— bondadoso y cortesano. No estamos ante una novela de caballería o ante un poema heroico. También como en toda la cuentística se resalta en esta obra un íntimo poema de amor: el de Apolonio y Luciana —novela de amor, la llama don Joaquín—. En este momento el autor de la crítica nos da el esquema fundamental de la obra. Este poema del *Mester de Clerecía* contiene cinco intrigas de muy diversa índole en torno al amor: el del malvado Antioco y su hija; el de Apolonio y la hija de Antioco, que se hace imposible; el amor conyugal de Apolonio y Luciana; el amor filial

de Apolonio y Tarsiana, y el del amor de tutela de Atinágora y Luciana.

Es una realidad indudable que en torno a toda la narrativa amorosa de todos los siglos, sea ésta popular o culta, se ha fraguado también siempre en un entorno antropológico cultural y que por lo tanto las terminologías de parentesco —como diría Levi-Strauss— forman un sistema susceptible de ser sometido a un análisis científico, como lo son también las pautas de comportamiento asociadas a estos parentescos o relaciones, con el sistema que construye, también susceptible de ser sometido a un riguroso análisis. Es el de la crítica literaria un campo en donde cada situación de un personaje frente a otro, es claramente dilucidado. Otro de los grandes aciertos de esta crítica es el haber enfrentado a los personajes positivos con los personajes culpables. En las relaciones culpables de Antioco y su hija es en donde se pone de relieve la condena del incesto. Y en cuanto a su estructura interna aparecen, en esta obra, las bases de un cuento popular, pero sin las sutilezas a que acuden los cuentos populares para encubrir la realidad del quebranto de la prohibición. En los cuentos populares la hija de hermosura singular es pedida en matrimonio por muchos príncipes y héroes que tienen que cumplir con unas condiciones muy difíciles para conseguir la mano de la princesa. En el *Libro de Apolonio* este argumento subyacente aparece descarnado y en toda su realidad. También tiene una clara implicación de crítica formal científica el que los bienhechores de Apolonio aparezcan perfectamente agrupados en esta crítica. Sería interesante analizar todos los aspectos estilísticos y los contenidos formales que el crítico ve en esta obra, pero ello alargaría demasiado esta reseña que ha querido ser breve.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

AUBERT, FRANÇOISE. *Sylvain Maréchal. Passion et faillite d'un égalitaire*. Pisa, Goliardica, 1975, 184 págs.

Este trabajo forma parte de la serie de estudios sobre la igualdad en el pensamiento de la Ilustración francesa, publicado por un grupo de investigadores italianos, bajo la dirección competente del profesor Corrado Rosso. A Françoise Aubert le ha caído en suerte (a no ser que se trate del resultado de una preferencia) la figura pintoresca de Sylvain Maréchal (1750-1803): figura de segundo orden, cuando no de tercero, pero que ilustra perfectamente las apetencias confusas, el desgarró sentimental y la impotencia básica de toda una clase de soñadores, peligrosos sólo porque creen en la eficacia práctica de la filosofía.

A la autora no le deslumbra la imagen de su personaje, como tampoco le asustan o molestan sus teorías, en que hay mucho de aguachirle. Esta objetividad de buena ley le permite esbozar un retrato exacto, que en realidad caracteriza mejor la obra que al escritor. Este último no sale del examen engrandecido, ni disminuido, pero el hecho es que lo conocemos mejor.

Por ejemplo, como con razón lo indica la autora desde su primera frase, a Maréchal se le sigue considerando como un representante calificado del babouvismo o socialismo comunitario, mientras la Sra. Aubert demuestra que su paso por el babouvismo, simple episodio bibliográfico, no tiene la importancia que se le concede ni representa el fondo de su pensamiento. En lo demás, este pensamiento no resulta muy diferente del análisis tantas veces emprendido por otros críticos. Dado el interés peculiar y la orientación de este trabajo, era natural que se dedique una atención especial a las tres tesis de Maréchal más directamente relacionadas con estos problemas, la igualdad, el papel del padre de familia y el de la mujer. De hecho, estas tres ideas forman la base del sistema utópico imaginado por el escritor.

Maréchal es muy de su siglo, en el sentido que deja hablar el sentimiento y la intuición, alguna vez con grave daño de la lógica y del realismo. Para él, los problemas de la sociedad son de los que se solucionan, como para los utópicos, por medio de la simetría y, como para los poetas, gracias a la buena voluntad de la imaginación. La nueva ordenación social que propone es un retorno al Siglo de Oro, no sin retoques, pero que mantiene el orden económico al nivel pastoral y agrícola tradicional. El retoque es muy interesante: la propiedad es un derecho natural, su carácter es sagrado y su finalidad es la igualdad introducida y garantizada por una justa repartición de los bienes. Si, a pesar de todo, hay desigualdades en el mundo, los dos culpables son la religión y los reyes. La falta de igualdad entre los hombres es una prueba contundente que Dios no existe; en cuanto a los reyes, se sabe que Maréchal ha reclamado, durante la Revolución, el juicio y la muerte de los soberanos y que, al no poder hacer más, imaginó la muerte de todos los reyes del mundo en una obra teatral que tuvo el honor de representarse por primera vez el día siguiente a la ejecución de María Antonieta.

Eliminadas las causas de la desigualdad, Maréchal ve la familia como única estructura posible de la nueva sociedad. Los poderes arrebatados al trono y al altar se concentrarán en la persona del *pater familias*, sola autoridad necesaria. Naturalmente, la pregonada igualdad se reduce a una igualdad entre padres, porque la de los hijos no puede situarse sino en un nivel subalterno. Por otra parte, las mujeres no pueden pretender a ser iguales a los hombres. La misma naturaleza las ha destinado a una posición de dependencia y de servidumbre púdicamente disimulada bajo las rosas de la virtud y de la maternidad. La naturaleza es un magnífico pretexto, pero no puede arreglarlo todo. El mismo Maréchal, quien quiere prohibir a las mujeres toda intervención en la política, por falta de capacidad, aconseja a las esposas negar su estima y sus caricias a los maridos que no demuestren suficiente ardor revolucionario. Se sabe también que fue autor de un opúsculo intitulado *Proyecto de ley que prohíbe a las mujeres el aprender a leer* (1801), para evitar males mayores.

Maréchal ha escrito, seguramente sin quererlo, la crítica de su propio sistema, al reducirlo a una serie de contradicciones e incompatibilidades. No es este el lugar para profundizar estos fallos en la articulación de su sistema. Pero hay una pregunta que me habría gustado ver planteada por la Sra. Aubert. Sólo ella podría responder, con su exacto conocimiento de las cosas, si Maréchal creía de veras en lo que hacía. La verdad es que no era ni tonto ni loco: y, al no serlo, no es posible que no se haya dado cuenta de los problemas

que dejaba sin solución. Por otra parte, admirador de la Revolución, ha sido también crítico de la misma y en su vida privada no ha aplicado ninguno de los principios que sostiene en sus escritos. En fin, no es raro verle ensalzar, por interés, lo que acaba de maltratar. La impresión que se desprende de toda esta serie de datos es que Maréchal es un escritor totalmente falto de sinceridad, que escribe por escribir, y por consiguiente es capaz de decir cualquier cosa, porque vive de una pluma que no rinde mucho.

ALEJANDRO CIORANESCU

BARTRA, AGUSTÍ. *Antología de la poesía norteamericana*. Selecciones de poesía universal, Plaza Janés, Barcelona, 1974. 508 págs.

El poeta catalán Agustí Bartra presenta en esta ocasión la edición española de su *Antología*, que ya conoció en México dos ediciones y que, por el criterio de selección de poetas y poemas, merecía su inmediata difusión entre nosotros. Una empresa como la presente exige no sólo un conocimiento cabal de un tan amplio panorama como es el de la poesía norteamericana desde sus inicios, sino, me atrevería a decir, un conocimiento de los ríos subterráneos, de las *direcciones* de esa poesía.

Un extenso prólogo nos informa acerca del criterio seguido a la hora de la selección, y de los vacíos que el antólogo ha preferido dejar con vistas a una mayor representatividad y amplitud de otros poetas o tendencias poéticas más cercanos a nosotros en el tiempo.

La labor de antologizar —afirma Bartra— es siempre arriesgada, y en el caso presente el riesgo se acrecienta porque el antólogo se dobla de traductor. En todas las antologías se lamentan ausencias y presencias. No creo que ésta escape a dicho destino, aunque he procurado colocarme equidistante del catálogo promiscuo y de la afinidad entrañable.

Así sucede, de hecho, con la poesía de E. A. Poe, que, en las antologías americanas suele figurar con Emily Dickinson y Walt Whitman, iguales en importancia, y que no figura en la *Antología* que comento, cuyas páginas se abren ya con Whitman. El antólogo ha prescindido también de los dos siglos que abarcan los orígenes de la poesía norteamericana, pero de los que se nos da suficiente cuenta en el Prólogo; siglos que Bartra divide en tres períodos, con figuras tan relevantes como Anne Bradstreet, Philip Frenau (de

ascendencia francesa) o William Cullen Bryant, éste último considerado como el poeta que dio el “gran tono” a la poesía norteamericana.

Wallace Stevens escribió en cierta ocasión: “Nada sería más inapropiado para la literatura americana que su fuente inglesa desde que los americanos no son ingleses en sensibilidad”. No es ciertamente una antología de este tipo la encargada de dilucidar en qué momento (y en qué sentido) se produce lo que Stevens entendió como una *diferencia* de sensibilidad entre Inglaterra y Estados Unidos. Acaso éste haya sido el criterio de Bartra al iniciar su *Antología* con la voz de Whitman. Sea como sea, el lector tiene ahora oportunidad de acercarse a los primeros momentos del Imaginismo, a la poesía *beatnik* y aún a distintos representantes de la poesía negra a través de traducciones generalmente muy ajustadas y perfiladas. Lógicamente, nos falta el hilo conductor, una idea de las *direcciones* a que me referí al comienzo de estas líneas. En la homónima *Antología* preparada por Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal —que me figuro la primera de las que dieron a conocer entre nosotros la poesía norteamericana— se echa de ver el mismo problema. En este sentido, nada más apropiado que sugerir al lector la lectura de una y otra antologías a la luz de un ensayo tan sugestivo y exhaustivo como el titulado *Lectura de la poesía norteamericana*, que debemos a Serge Faucherau. Nada más imprescindible, a la hora de entender el *sentido* de un panorama poético, que la lectura de un ensayo que nos proporcione una idea del desenvolvimiento de las líneas mayores de una poesía que un autor como Stevens deseaba perfectamente autónoma de sus modelos o fuentes inglesas. El lector obtendrá, con la confrontación a que acabo de referirme, lo que acaso pensó encontrar en esta *Antología*.

El gran “solo” de la poesía norteamericana de este siglo fue el que desde distintos ángulos estéticos, estuvo compuesto por poetas como Pound, Eliot, Stevens, Cummings y William Carlos Williams. De todos ellos encontrará el lector ahora excelentes muestras, traducidas en ocasiones con sorprendente acierto y belleza. Pocas son las observaciones que cabría hacer en lo relativo a la selección de autores; no dejaré de lamentar que el panorama no se prolongase hasta poetas como los de la escuela de Nueva York (John Ashbery o Frank O’Hara) o que quedara absolutamente ausente una figura como la de Elizabeth Bishop. Sin duda, esto último se debe a que, pese a la notable incorporación de materiales nuevos que han enriquecido esta *Antología* respecto de su edición anterior, no se ha cambiado o ensanchado la perspectiva o el criterio; así sucede con

las notas críticas y biográficas con que se cierra el volumen, que no han sido actualizadas. Mejor criterio se ha tenido, sin embargo, en añadir una *addenda*, titulada “La voz Aborigen”, que recoge unas muestras de la antigua poesía de los indios de la América del Norte anterior a la colonización.

A. S. R.

BORGES, JORGE LUIS. *Otras Inquisiciones*. Alianza Editorial, Madrid, 1976. *Discusión*, Íd. íd.

Varios autores. *Jorge Luis Borges*. Ed. Taurus, Col. El escritor y la crítica. Madrid, 1976.

Hay períodos en la vida de un escritor en que se exige a sí mismo la revisión profunda de su actividad. Mi continuado trabajo crítico a lo largo de más de diez años ha llegado, en los últimos meses, a desembocar en una confusión y un vacío alarmantes, a los que difícilmente he podido sustraerme. Escribir estas líneas supone contravenir la promesa que me he hecho de abandonar, al menos temporalmente, esta labor, para preguntarme sobre la verdadera función del trabajo crítico, y hasta qué punto la servidumbre impuesta por la empresa editorial o la rutina de unos esquemas expresivos manejados día tras día, no son una barrera insalvable para la espontaneidad, y la libertad, críticas.

Parto, pues, de una situación personal; de una situación delicada, en la que el decrecimiento y el cansancio han podido más que todas las incitaciones (bien pocas, por otra parte, en los últimos tiempos) que haya podido proporcionar la literatura a un crítico de literatura. Parto también de una lectura reconfortante (reconfortante y demoledora): los ensayos críticos de Jorge Luis Borges. Reconfortante porque evidencia una fe firmísima en la creación literaria (son ellos mismos creación), que uno ve alejarse de sí mismo poco a poco; y demoledora porque esa actitud diferente, al margen de teorías esterilizadoras (“Se ha generalizado tanto esa inhibición que ya no van quedando lectores, en el sentido ingenuo de la palabra, sino que todos son críticos potenciales”, *Discusión*, pág. 40), abandonada a la libre sugestión, pero basada sobre todo en la serenidad y en la imaginación, se nos muestra como un ideal inalcanzable, incommensurable, para un crítico literario español de esta hora, que se debate

entre la crispación y la incredulidad. Dar noticia, pues, de un Borges menos difundido, de un Borges no sé si del todo comprendido, es en esta ocasión, para mí, un acto de reconocimiento y de penitencia.

Advierto que los ensayos recogidos en estos dos volúmenes (1) están fechados entre los años treinta y cuarenta; que sólo algunos datan de los primeros cincuenta, pero que, en cualquier caso, su vigencia hoy, aquí, me parece fuera de toda duda (me apresuro a corregir: el lector de estas páginas es libre de poner límites a esta rotunda afirmación mía; puede incluso considerarla fruto de esta situación personal y excepcional que me ha llevado a la lectura de las páginas de Borges).

¿Dónde la ejemplaridad de estos artículos, recogidos de aquí y de allá, y que tratan de los más variados temas: desde la política a la literatura y desde la matemática a la filosofía? Pues yo creo que —por encima de todo— en la actitud general que ponen de manifiesto: Borges se enfrenta a las relaciones culturales de su época no de una forma subordinada (tratando tan sólo de explicarlas con suficiencia escolástica, sin más), sino que observa esas formas culturales como posibilidad de acceso a una revelación. Jaime Alazraki, estudioso de la obra de Borges, explica así esta cuestión:

/para Borges/ las ideas —lo sustantivo del ensayo— se estiman o califican con teorías que contradicen a las primeras en el sentido de despojarlas de todo valor trascendente con respecto a la realidad histórica, pero a la vez (...) devuelven a esas ideas (...) el único valor que las justifica: su carácter de maravilla o de creación estética (2).

Ya sé que estas afirmaciones, y la misma actitud crítica de Borges, hará rasgarse las vestiduras a más de uno, hará pensar, a más de uno y a más de dos, que esa prescindencia de *lo histórico*, es la prueba irrefutable de la falacia de la crítica borgeana, de su misma intrascendencia. Y, en cierta manera, la crítica de Borges es intrascendente, siempre y cuando entendamos el término como revulsivo frente al dogmatismo castrador, frente a las teorías críticas frustradoras de la capacidad imaginativa, frente a la “cultura de cátedra”, como escribió Ezequiel Martínez Estrada.

La crítica de Borges, como la de su otro par americano Octavio Paz, empieza a ser eficaz, precisamente, cuando descubrimos que no los mueve ningún afán meramente interpretativo; cuando descubrimos que no nos obligan a aceptar sus razonamientos, sino que nos los proporcionan como medio de favorecer nuestro trabajo de lectores, para incitar nuestra curiosidad a traspasar los límites de la obra como tal “(La música, los estados de felicidad, la mitología,

las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares, quieren decirnos algo, o algo dijeron que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo; esta inminencia de una revelación, que no se produce, es, quizá, el hecho estético”, *Otras inquisiciones*, (pág. 12); cuando descubrimos, en fin, que Borges nos conduce directamente hacia la obra en cuestión, o hacia el autor, y nos facilita el acceso, pero que nos abandona para que continuemos solos (aquí se pierde la mayoría, claro; incluso yo mismo, que estoy haciendo rigurosa y ortodoxa interpretación crítica en este momento), nunca nos permite arrobarnos en las teorías perfectamente construidas por un petulante o vanidoso crítico. No tiene necesidad, por tanto, de pasar de cuatro o cinco páginas, no tiene necesidad de abundar en palabrería y retóricas para ser indiscutiblemente certero, y mostrarse rigurosamente comprometido con su trabajo.

Quisiera hacer, por último, algunas precisiones sobre la temática de esta obra crítica. Nuevamente nos encontramos con unas materias básicas, generales: desde el problema de la realidad y la invención, del creador y la obra, hasta la literatura autóctona y popular, pasando por la propia actividad crítica o el concepto de classicismo en la literatura. (Excluyo de esta referencia los temas filosóficos, especialmente referidos al tiempo y al espacio, porque carezco de elementos de juicio suficientes para valorarlos, y por considerar a los primeros más directamente vinculados a esa problemática actual de nuestra crítica, que ya señalé al comienzo).

Un escritor comúnmente tachado de individualista atroz puede sorprender cuando nos apunta con una claridad meridiana, y no menos palpable desasosiego, inquietud y hasta inseguridad para consigo mismo, que el acto de creación poética es un acto de confluencia, en el tiempo instantáneo de la revelación, de voces dispares y distantes; que el poeta son los poetas, que la misma voz está en todos de forma misteriosa, lo que les permite colaborar en la revelación del poema:

El poema *Feards and Scrubles* de Robert Browning profetizaba la obra de Kafka, pero nuestra lectura de Kafka afina y desvía sensiblemente nuestra lectura del poema. Browning no lo leía como nosotros ahora lo leemos. En el vocabulario crítico, la palabra *precursor* es indispensable; pero habría que tratar de purificarla de toda connotación de polémica o de rivalidad. El hecho es que cada escritor *crea* a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro. (*Otras inquisiciones*, pág. 109).

Un escritor comúnmente considerado como elitista, se empeña, una y otra vez, en convencernos de la inutilidad de las ideas adqui-

ridas y de la urgencia de oponerles el criterio de la libre investigación: un rastreo de las fuentes originales en donde nace la creación. Es igualmente ejemplar ver de qué manera reconoce Borges la incertidumbre del lenguaje como única arma válida para no caer en su trampa (“La preferida equivocación de la literatura de hoy es el énfasis. Palabras definitivas, palabras que postulan sabidurías adivinas o angélicas o resoluciones de una más que humana firmeza —único, nunca, siempre, todo, perfección, acabado— son del comercio habitual de todo escritor”. *Discusión*, pág. 42); cómo confirma la debilidad del concepto de lo clásico según se viene entendiendo (“Las emociones que la literatura suscita son quizá eternas, pero los medios deben constantemente variar, siquiera de un modo levisimo, para no perder su virtud. Se gastan a medida que los reconoce el lector. De ahí el peligro de afirmar que existen obras clásicas y que lo serán para siempre”. *Otras inquisiciones*, pág. 191); y cómo rebusca en ejemplos (obras y escritores) pertenecientes a la otra literatura, al mundo de los creadores heterodoxos que se han movido siempre más allá de los límites establecidos, que han corrido el riesgo de la trasgresión, y que lo han pagado a costa de su olvido o de su rechazo.

Pero el tema que más me interesa de los expuestos en estos libros, y del que quisiera hablar con algo más de detenimiento, es el de la literatura autóctona. Cuando elegí a Borges para redactar estas notas, no sólo lo hice impulsado por la petulancia de una moda coyuntural (los escritores hispanoamericanos), ni siquiera instintivamente ante la situación personal que atravesaba, sino porque su situación en el contexto de la literatura escrita en castellano me podía servir (temo que de muy poco: el grado de escepticismo al que he llegado en este orden de cosas es más que notable) para advertir cómo la diferencia reside no en negar esa historia cultural y lingüística, sino modificarla, transformarla o subvertirla con sus propios elementos, toda vez que no existe en la literatura española de América el peso dogmático, la servidumbre y la seguridad de un modelo indiscutible:

Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga; podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos, sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas. (*Discusión*, pág. 136).

Y lo hace enfrentando críticamente su propia literatura, no enarzándose en una estéril polémica con la lengua metropolitana. *La poesía gauchesca* y *El escritor argentino y la tradición* son dos capítulos de obligada lectura. Borges denuncia en ellos tanto la

posición viciosa y voluntariamente subordinada o colonizada de la literatura argentina ("*Don Segundo Sombra*") (...) para que nosotros tuviéramos ese libro fue necesario que Güiraldes recordara la técnica poética de los cenáculos franceses de su tiempo, y la obra de Kipling que había leído hacía muchos años; es decir, Kipling y Mark Twain, y las metáforas de los poetas franceses fueron necesarios para este libro argentino, para este libro que no es menos argentino, lo repito, por haber aceptado esas influencias."

Quiero señalar otra contradicción: los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina, pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo". (*Discusión*, pág. 134), como la estúpida concepción falsamente popular de la literatura autóctona. "El pueblo (...) cuando versifica, tiene la convicción de ejecutar algo importante, y rehúye instintivamente las voces populares y busca voces y giros altisonantes". (*Discusión*, pág. 130).

Termino con unas palabras del último de los ensayos señalados, y termino pensando que —una vez más— estos folios serán inútiles, como lo es el trabajo en que nos hallamos empeñados, hasta que no seamos consecuentes con una idea fundamental, imprescindible para empezar a discutir: el compromiso contraído por el escritor lo es con las formas, por ellas y con ellas puede alcanzar, siquiera medianamente, una revelación; el compromiso del crítico, por su parte, es incitarnos a traspasar esos límites y a no detenernos en la complaciente aceptación de las obras ejemplares. Y ahora, las palabras de Borges:

Por eso repito que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad, y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara (*Discusión*, pág. 137).

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

BRAMWELL, DAVID Y ZOE. *Flores silvestres de las Islas Canarias*. Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria. 1976. XVI + 278 págs. y 66 láminas en color.

Formato de 21 × 14 cm., encuadernado en tapas duras, primera edición en castellano, publicada por el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, en asociación con Stanley Thornes (Publishers) Ltd., Cheltenham, Inglaterra. Las dos primeras publicaciones, en lengua inglesa, fueron editadas en 1974, la 2.^a realizada por el Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, que al no estar en nuestro idioma, no tuvo la difusión merecida entre el público canario. El libro está dedicado a la memoria del botánico sueco Prof. E. R. Sventenius, fundador y primer Director del Jardín Botánico Canario "Viera y Clavijo".

La traducción de la edición que nos ocupa, que se ajusta idóneamente al original inglés, fue facilitada por el Aula de Cultura del Cabildo tinerfeño, siendo realizada por Lázaro Sánchez-Pinto y Eduardo Olivera Croker, conocedores tanto del idioma como del tema tratado. Prólogo de don Lorenzo Olarte Cullen, Presidente del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.

Su autor, también de las ilustraciones en color, es el botánico inglés, Doctor por la Universidad de Reading, David Bramwell, actual Director del Jardín Botánico Canario. Los dibujos, en blanco y negro, se deben a su esposa, licenciada en Biología, Zoë Bramwell.

El mejor aval de la obra que hoy presentamos, es la reconocida autoridad científica en el campo de la botánica macarronésica de su autor, conocedor a fondo de la flora de las Islas Canarias y de los restantes archipiélagos vecinos.

Comienza la obra con una breve pero concisa historia de la exploración botánica en las Islas Canarias. Clima, zonas de vegetación y comunidades de plantas, orígenes de la flora canaria, plantas vinculadas al folklore y conservación son temas tratados.

Desde el punto de vista práctico, tiene relevancia el capítulo dedicado a las zonas de interés botánico, en el que se citan las localidades donde podemos encontrar el mayor número de especies endémicas. Estos lugares se relacionan con las principales vías de comunicación, para facilitar el acceso al visitante. Dos mapas de cada isla acompañan la exposición.

Una página está dedicada a bibliografía para estudios complementarios de aspectos generales, históricos y botánicos del archipiélago.

Contiene una clave dicotómica para la clasificación de todas las plantas canarias endémicas, lo que le da un valor científico inestimable. Los 118 dibujos en blanco y negro y las 206 fotografías en color, de plantas canarias, de una parte y de otra un glosario ilustrado de los términos botánicos más usuales, que facilitan la comprensión del texto, permiten, al simple aficionado, identificar las especies más características. Para cada especie se citan los lugares de las Islas en donde se encuentra. En el índice se relacionan las especies tratadas, con sus nombres científicos y vernáculos, así como las localidades citadas.

El precio, 750 pesetas, dado el carácter de la obra y la calidad de su presentación, es razonable.

Para el conocimiento de las plantas no endémicas (nativas o naturalizadas) que crecen en las Islas, completando su flora, debe consultarse una flora mediterránea y publicaciones sobre plantas de jardinería introducidas en Canarias.

Con *Flores silvestres de las Islas Canarias* se da fin a la enorme dificultad existente para identificar las plantas que crecen espontáneamente en el archipiélago, debido a su alto porcentaje de endemismo. La bibliografía existente hasta el presente han sido publicaciones científicas muy dispersas, mayoritariamente en lenguas foráneas. Estas razones hacían de la botánica canaria un campo vedado para los no especialistas en el tema. Si intentásemos clasificar las abundantes tabaibas o el manifiesto cardón, utilizando floras afines (mediterráneas), veríamos, con desaliento, que no pasaríamos del nivel del género al que pertenecen. Con otras especies autóctonas, ni siquiera seríamos capaces de identificar su género.

Por su trascendencia, en la doble vertiente científico-divulgadora, consideramos, con razón, esta obra, indispensable en centros de enseñanza y bibliotecas insulares, ya que viene a llenar una de las tantas lagunas existentes en el conocimiento de nuestra región.

VÍCTOR MONTELONGO PARADA

BROSSA, JOAN. *Maneres. Poesia d'hui*. Barcelona, 1976, 64 pág.

Es un libro que, entre otros aciertos, tiene el valor de ser una de las aproximaciones más completas a la trayectoria creadora de Joan Brossa —y que suelo recomendar a quienes se interesan por un primer acceso a la obra del poeta catalán,¹ el autor de *El Saltamartí* contestó de este modo a la pregunta “¿Qué es un poema lírico?”: “Una concentración de lenguaje y un ensayo de correspondencias. El valor de un poema lo determina el número de ventanas que abre al lector. La imagen poética sólo es válida cuando establece una relación profunda entre el símbolo y la verdad psíquica”. A la vista de *Maneres*, el último libro de poemas de Brossa por el momento, hemos de partir de esta definición. Interesa, sin embargo, conocer bien la evolución, la trayectoria en que este nuevo libro se inserta. No deja de ser bien significativo que *Maneres* sea un libro escrito en el año 1959. No conviene insistir, acaso, en una circunstancia que el lector ya conoce: Brossa fue un poeta practicante desconocido hasta la publicación, en 1970, de *Poesia Rasa*, volumen en el que se recogían diecisiete libros seleccionados de un proceso que abarcaba dieciséis años (1943-1959). La condición selectiva de *Poesia Rasa* dejó inéditos algunos libros que han ido viendo la luz aisladamente; así, *Cappare* o *Càntir de càntics* o *La barba del cranc* y, ahora, *Maneres*. Mucho me temo, sin embargo, que es imprescindible conocer *Poesia rasa* para acceder al libro que motiva estas líneas.

Efectivamente, desde *Me hizo Joan Brossa* (1951), el poeta destruye toda ornamentación y toda retórica con el fin de arribar a una poesía esencial. Despojamiento, sencillez, lenguaje coloquial: una

¹ JORDI COCA, *Joan Brossa o el pedestal son les sabates*. Editorial Pòrtic, Barcelona, 1971.

poesía en las antípodas de lo discursivo. En el prólogo a *Me hizo Joan Brossa*, Cabral de Melo habla de “realismo”, pero no de un realismo didáctico o “modélico” sino más bien “encuadrador” de la realidad, es decir, sintético: escenas y asuntos que, en función de su poderoso despojamiento, destruyen en la escritura toda elaboración, todo manierismo. Por otra parte, Brossa es un poeta que ha llevado a extremos insólitos los modelos estróficos tradicionales: sonetos, odas sáficas, sextinas. Su “poesía sintética” ha de ser entendida a la luz de una aventura de experimentación formal. Mi experiencia de traductor de la poesía sintética brossiana me ha llevado a conocer muy diversas opiniones acerca de este aspecto de la obra del poeta catalán: no pocas de esas opiniones coinciden en admitir teóricamente esta clase de poesía, pero coinciden igualmente en dudar acerca de los resultados. Flagrante contradicción: se admira a un Fontana o a un Tàpies en el terreno de la pintura, es decir, a pintores del absoluto despojamiento, pero se sigue exigiendo a la poesía un grado de elaboración y retórica... A mi modo de ver, sólo un poeta como Brossa ha sabido obtener en la aventura de la poesía sintética espléndidos resultados: el envés de la cotidianeidad, la fragmentación testimonial, la explicitación de la conciencia ordinaria: la crítica y el encuadramiento de la experiencia diaria.

El lector encontrará en *Maneres* —como ya pudo hacerlo en el tercer libro de *Cappare, Vint-i-set poemes*— el ejemplo extremo de una escritura que reproduce el habla: desde los usos lingüísticos más corrientes hasta la anonimidad del letrado oficial o público. Se trata, ahora más que nunca, de una transcripción en bruto y no, como en otras ocasiones, de una transcripción seguida de una apostilla final cuyo efecto no es otro que el de la más sorprendente, negativa o irónica yuxtaposición, no exenta de ludismo. Doy aquí, a modo de ejemplo, un poema que combina sencillez y crítica del lenguaje, concreción y paradoja; es el titulado “Uso”:

Mesa.

(No me refiero al nombre,
sino a lo que designa.)

—

Mesa.

(No me refiero a aquello
que designa, sino al nombre.)

Poema lírico: relación entre el símbolo y la verdad psíquica. Estos poemas de *Maneres* vienen a decirnos que la “verdad psíquica” es, ahora, la proporcionada por la conciencia de la experiencia

ordinaria: una poesía que destruye la distancia entre arte y conciencia cotidiana. Brossa acaba por decirnos que no es necesaria la compleja simbología de la experiencia de excepción, como viene a decirnos —con una poesía que ya ha sido recordada a propósito de la del poeta catalán: la poesía clásica china y el haiku japonés— el budismo. Brossa, en el extremo de la síntesis, acaba por decirnos que

Se trata en este caso de una
simplicidad absoluta.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

BUTOR, MICHEL. *Repertorio. Estudios y conferencias*. Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1970, 443 págs.

Repertorio (Sobre *Literatura* III) es, como los otros dos tomos del mismo título, *Literatura* I y II, de Michel Butor, una serie de estudios y conferencias sobre distintos temas y autores diversos. En él Butor hace investigaciones no sistemáticas acerca de arqueología, pintura y literatura. Analiza e interpreta a través de sus obras a pintores, como Hans Holbein el Joven, Caravaggio, Hokusai, Claude Monet, Picasso, Mondrian, Rothko, y a literatos, como Rousseau, Diderot, Víctor Hugo, Balzac y Apollinaire.

Los estudios y conferencias no están agrupados por materias, pero podemos agruparlos para mayor facilidad al hacer esta reseña.

Literatura. Comienza el autor exponiendo un tema general: *La crítica y la invención*. Afirma "que crítica e invención aparecen como dos aspectos de una misma actividad". Toda nueva obra literaria que viene a insertarse en un mundo saturado de literatura es de por sí una crítica de esa literatura de la que nace. Sirve para interpretar los modelos y temas ya existentes, pero vistos con nuevos ojos, con actualidad. Lo cual lleva necesariamente implícita una crítica de la sociedad entera donde nacieron y una "crítica de la crítica" que acerca de esta literatura se hizo en su tiempo. Hay un descubrimiento de nuevos aspectos; sobre todo, se llega al convencimiento de que esa literatura no fue bien conocida ni su fecundidad bien apreciada, quedando incluso desfigurada a través de sus deformaciones.

Pero al mismo tiempo y precisamente por eso, "toda crítica es una invención". El crítico, para llevar a cabo su obra, tiene necesariamente que "prolongar la invención del autor que critica completándola a través de notas, glosas, comentarios, introducciones, estudios y complementos". La obra que se critica es siempre como un "fragmento de una obra más clara, más rica, más interesante". La

crítica será entonces “como una floración”, que la actividad crítica hará surgir. *Una isla al fin del mundo*. Se nos muestra un Rousseau preocupado por la corrupción universal del mundo y de la sociedad e intentando purificarla. Para ello se necesita volver al origen, al hombre natural y desde aquí fundamentar una sociedad nueva. Intenta conseguirlo a través de la novela. Es la novela el lugar idóneo para comenzar esta renovación purificadora. Esa novela que leen las señoras de provincias.

La redacción y la publicación de la *Nouvelle Heloise* es la solución al problema que Rousseau plantea. El reformador Rousseau teme, según nos indica en sus *Dicours*, por el presente y porvenir de la sociedad. La civilización actual desembocará —según él— en una nueva y atroz barbarie; por eso es necesario que se produzca una revolución razonable, que solamente se conseguirá cuando los hombres hayan recibido antes una educación razonable, según el modelo descrito en su *Emile*. La *Nouvelle Héloïse*, o la novela razonable es indispensable para dar este paso. Y he aquí a Rousseau víctima de la novela.

En su geografía y paisajes vemos nacer una nueva sociedad. Las orillas del lago de Ginebra, las islas imaginarias son la cuna del lenguaje y de la sociedad, de los sentimientos y de la felicidad. Se perfila un nuevo nacimiento de la historia humana. “La isla de Clarens con su Elysée en el centro, es una representación de la tierra entera donde se beben los “vinos del universo entero”. Incluso, nacerá una nueva religión, “la religión cívica” que absorberá al cristianismo, cuando la tierra esté cubierta de repúblicas igualatorias federadas, que suplanten las sociedades actuales. Entonces una sociedad razonable habrá aparecido en la tierra.

Diderot el fatalista y sus sueños. Diderot puritano y corruptor, por una parte preocupado por el puritanismo, por la moralidad pública, como defensor celoso de la censura oficial con relación al arte y la literatura. Es necesario —dice— impedir oficialmente que las gentes se degraden con publicaciones y obras de arte obscenas. Pero por otra parte se nos muestra como el máximo propagador clandestino de ideas y criterios libertinos, aunque siempre lo haga con escrupuloso cuidado. Le vemos vigilar su lengua y su pluma, y siempre tendrá presente a qué personas se dirige, y según este criterio adoptará la postura necesaria y conveniente. “Jamás fui el que veis ahora”, nos dirá a propósito de las sesiones de pose en casa de Van Loo, cuando éste le hizo un retrato en 1767; y “esto es verdad no sólo para el retrato de Michel Van Loo, sino también para cada una de las obras de Diderot tomadas aisladamente”.

Defiende la decencia pero con términos indecentes. Nos dirá que no son los libros malos o las estatuas voluptuosas los que influyen perniciosamente en las costumbres, sino solamente son la expresión de la incapacidad de las costumbres para adaptarse a las reglas morales impuestas. Aunque provocan la explosión de una sensualidad perpetuamente reprimida y maldita, esto es fruto de la represión que las obras denuncian. Los hombres satisfechos y conscientes de su sexualidad nunca son atacados por la literatura y el arte.

Glorifica la libertad clásica en la consideración del cuerpo humano, disfrazándolo de parodia cristiana con un vocabulario eclesiástico. Para él el arte antiguo es un hecho de civilización. Procura engañar la censura de sus destinatarios, a los que iban dirigidos sus escritos, dando a su pensamiento la forma más blasfematoria en la interpretación de los dogmas y arte cristianos. “Las figuras desnudas no nos ofenden... evocan una edad más inocente y sencilla”.

Esta imagen del desnudo debe ser trasladada al teatro, donde al quitar los velos, al levantar el telón se nos ofrecerá la imagen directa de los hombres. Así “el teatro, podría ser, para la sociedad, una toma de conciencia, de conocimiento de sí misma, y una purificación de las costumbres”.

“La franqueza sexual y la libertad civil están estrechamente unidas”. Toda censura tiene relación con una esclavitud del hombre para el hombre; el poderoso considera al escritor como una propiedad suya. De este modo el escritor se convierte en criado, aunque criado distinguido. “El envilecimiento del autor pornográfico no es más que un caso particular de este servilismo” del cual podemos pensar que Diderot jamás tuvo tanta conciencia como cuando estuvo en la cárcel de Vincennes.

Balzac es estudiado en *Les Parisiens en Province*. A través del análisis de su obra descubre la técnica que éste utilizó en su composición. Encuentra como una serie de capas “geológicas” en su producción.

A Víctor Hugo le dedica dos estudios. El primero *La voz que surge de la sombra y el veneno que exhalan los muros*, trata de la revalorización de su teatro, y el segundo, *Semilla de Tinta*, nos muestra a un Víctor Hugo como lector insaciable y cantor de los grandes personajes que sobresalieron en la historia de la cultura.

Para conocer a Víctor Hugo no sólo debe estudiarse a través de sus poesías, sus obras críticas y políticas, sino también a través del teatro. Y penetrando en su obra analiza cada una de las técnicas que Víctor Hugo empleó: sus versos alejandrinos incompletos, compensados con una voz que sirve de acompañamiento, la importancia de los

apartados, los gestos que utiliza, los silencios en las obras, la música, la función de los retratos, incluso, las sombras, consiguiendo así unos “cuadros vivientes” en cuanto que sus personajes nos hablan no sólo con su presencia, sino también a través de su nombre, de sus retratos, de sus escudos, como con sus costumbres y gestos.

Analizadas sus técnicas, pasa a darnos la significación social de este teatro, que si en su origen es obra de un conservador, sin embargo busca y encuentra su aspecto revolucionario.

En el segundo estudio que le dedica, *Semilla de tinta*, nos presenta a Víctor Hugo apasionado lector y cantor de grandes figuras. Sus lecturas le proporcionaron un gran conocimiento y erudición según se refleja en la interpretación personal que hace de cada uno de ellos. Desde los grandes hombres de la Biblia hasta los clásicos griegos y romanos, desde Shakespeare hasta Mirabeau. Estos hombres no sólo son goznes que nos abren las puertas de sus grandes obras, sino también “hombres cíclicos”, ya que nunca podemos decir que hemos acabado de leerlos. Incluso son como “constelaciones” a cuyo alrededor otros hombres giran traduciéndolos, adaptándolos, aunque siempre, al hacerlo, debilitan la luz que de ellos reciben.

Apollinaire aparece como constante buscador y observador del lenguaje, en *Un monumento de nada para Apollinaire*. Desea captar todos los matices, todos los acentos, todas las tonalidades expresivas. Por eso recorre los ambientes escuchando y mirando. Quiere, antes que nada, oír las palabras que salen de los labios de las gentes, de todas las gentes y ver su imagen. Con una conciencia aguda de la realidad del lenguaje cultiva no sólo su capacidad visual, “porque el lenguaje no es sólo algo que se oye, que se comunica con todo lo audible sino que, desde el momento en que se convierte en algo escrito, puede considerarse también como algo que se ve y se comunica con todo lo visible”. Dos facetas del lenguaje que él llevará después a su obra aprovechando la sonoridad de las palabras y las técnicas tipográficas y su disposición para composición e impresión de sus obras, dándonos un lenguaje que se oye y se ve.

Un mundo subconsciente, poblado de castillos con sus fantasmas terroríficos, sus asesinatos y drogas, se nos ofrece en *Heptaedro Heliotropo*. Podríamos decir que es una especie de psicoanálisis de una creación imaginativa, donde hay símbolos e imágenes del mundo de los sueños. Un largo recorrido por fortalezas llenas de misterios, de sombras y pesadillas.

En *Lecturas de infancia*, Butor, nos advierte sobre la importancia que en una persona tienen las lecturas que se hicieron en la niñez.

Estas lecturas nos marcan para toda la vida, permaneciendo siempre imborrables.

“La ópera, es decir: el teatro, es una reivindicación de la música dentro del teatro. Estudia las relaciones entre la ópera, las veladas teatrales y los conciertos sinfónicos. “Cuando la oposición entre lo cantado y lo hablado va siendo menos clara, cuando la teoría musical evoluciona... toda la organización se echa abajo ya desde las propias bases.” “No puede haber espectáculo sin música, real o subyacente, sin organización de sonidos”. Incluso, el diálogo “realista” es ya música, aunque él sólo no constituya un espectáculo. Es necesario, pues, volver a un teatro donde la música ocupe un lugar preferente.

En el último ensayo del libro, titulado *La literatura, el oído y la vista* estudia la ayuda y la potenciación que una literatura puede recibir de las técnicas tanto auditivas como visuales. Los signos ortográficos, los dibujos, las ilustraciones, por una parte, y las modulaciones y entonaciones, por otra, contribuyen a hacernos la literatura más inteligible y más eficaz.

Pintura. — *Un cuadro pormenorizado* es un estudio de “Los embajadores de Francisco I en la corte de Enrique VIII”. A través del análisis y descripción del cuadro de Hans Holbein el Joven, nos sumerge en la tensión de la Europa de entonces. Se advierte en los personajes y en los objetos que componen el cuadro todo un mundo de preocupaciones y esperanzas. Europa se halla en momento de crisis, tanto cultural como espiritualmente. Roma y Lutero, cristianismo y herejía protestante, están enfrentados. El cuadro es un testimonio viviente de aquellos momentos. La iglesia de Inglaterra está a punto de romper con Roma.

A Caravaggio le estudia en *El cesto de la Ambrosiana*. Analiza el cuadro “El cesto de frutas” fijándose de una manera especial en el color natural de los frutos, en la sensación de profundidad lograda en el cuadro, en el realismo que dan al cuadro las gotas de agua esparcidas por todo el lienzo. Estos motivos los estudia en su génesis a través de otras pinturas de Caravaggio y de alguno de sus comentaristas para mostrarnos un cuadro lleno de realidad ante nuestra vista.

La pintura japonesa está representada por Hokusai en *Treinta y seis, y diez vistas del Fuji*. Hokusai, gran revolucionario en las técnicas del dibujo, logra en estas vistas captar desde todos los ángulos de vista posibles tanto en el tiempo como en el espacio (para lo cual se trasladará constantemente de lugar), la belleza impresionante de la montaña sagrada, distinta en cada momento en que es observada y desde cada lugar desde donde se la contempla.

Hokusai no sólo hace una exploración temporal, topográfica y formal, sino que también añade a su cuadro una visión poética. Estas “treinta y seis, y diez vistas del Fuji”, son como las múltiples invocaciones de las letanías cristianas en honor de la Virgen, o como los innumerables milagros y Madomas del culto cristiano en Italia o casi tan diferentes como las diosas de la antigüedad.

Catorce cuadros de Claude Monet son comentados en *Claude Monet o el mundo al revés*. Nos da un Monet en busca de lo fugitivo, de lo dinámico, siempre al acecho de temas en evidente inestabilidad. En sus cuadros hay movimiento continuo.

La continuidad de las imágenes nos habla de Picasso en permanente evolución. Sus cuadros mutuamente se iluminan y explican. Hay en ellos una gran continuidad no rota por períodos. “En la conciencia de Picasso se lleva a cabo un considerable progreso, pues, se trata de la integración a la obra de arte de su propia historicidad”.

Mondrian y sus técnicas pictóricas están estudiados en *El cuadrado y su habitante*. La utilización del cuadro y el rectángulo en sus telas, con profusión de ángulos rectos y la presencia de la escuadra forman el armazón de la obra del pintor holandés Mondrian. Se palpa su eficacia constructiva y su optimismo, pues, cada una de sus telas parece una ventana abierta al porvenir. Las capas del color son muy espesas; la organización del cuadro está en función de una cruz descentrada para evitar toda posible asociación cristiana a sus pinturas. Este descentramiento implica la negación de toda simetría.

En *Las mezquitas de New York o el arte de Mark Rotho* intenta demostrar que este pintor es original y que su inspiración la encuentra en la urbanística impresionante de New York con sus redes de líneas horizontales y verticales. Su arte “responde a una ciudad amontonada”. Su pintura se encaminará a “instaurar un espacio de ventilación, de purificación y de crítica en medio de esa sociedad que no le satisface.

Por último tiene dos estudios sobre la significación de la arqueología. En el primero de ellos “sobre arqueología” puede condensarse en este pensamiento: los descubrimientos arqueológicos nos causan admiración y nos descubren que nuestros conocimientos históricos son siempre relativos, aproximaciones. Cada uno de ellos nos hace conocer mejor a los hombres del pasado y con ellos a nosotros mismos.

En el segundo *Emplazamientos y paisajes*, trata de la íntima relación en la Grecia antigua tenían los monumentos religiosos con el paisaje. Los templos levantados a los dioses no responden a con-

sideraciones económicas o estratégicas sino a consideraciones estéticas, y como lo estético es manifestación de lo religioso, paisaje y templo se identifican. “Únicamente se intalaban una nueva ciudad, templo o santuario en un lugar religiosamente apto”. En Grecia el paisaje mismo se convirtió en monumento. Comparando los templos griegos con los de la Edad Media se podría decir que los de la Edad Media se construían para que la gracia descendiera en aquel lugar; en Grecia, el dios siempre estaba allí. La ciudad y el templo evidenciaban al dios, o a los dioses y los griegos solamente se podían sentir en Grecia en la medida que se sabían rodeados por sus dioses. Situados en las rutas, estos templos eran punto de orientación, a la vez, geográficos y mitológicos. “Así, pues, toda la religión griega podía cerrarse en una inmensa metáfora: la tierra se parece al cielo”.

FRANCISCO GALLEGO GALÁN

CAMPO, SALUSTIANO DEL; JUAN F. MARSAL y JOSÉ A. GARMENDIA. *Diccionario de ciencias sociales*. Redactado bajo el patrocinio de la UNESCO, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975, 1186 páginas.

La primera reacción del estudioso de las ciencias sociales al encontrarse con esta ambiciosa obra hecha ya una realidad no puede ser otra sino la de admiración y congratulación a sus editores. Desde ahora contamos con un instrumento de consulta y de trabajo que se había venido echando de menos a lo largo de unos decenios en el amplio área de la cultura de habla hispana. Contábamos últimamente con obras similares, pero que, sin embargo, adolecían de una tara: al haber estado elaboradas por autores o equipos de trabajo extranjeros, interpretaban la realidad social desde una perspectiva desconocedora de nuestros usos y costumbres, y técnicamente recogían exclusivamente el material bibliográfico producido por sus escuelas, sin hacer referencia alguna a la literatura de habla castellana.

Esta obra ha podido culminar finalmente en libro impreso, gracias a la constancia de su comité editorial, presidido por el Dr. del Campo, quien en la introducción expone las mil peripecias y vicisitudes por las que ha tenido que pasar la redacción de un libro cuyos orígenes se remontan al año 1952, cuando la Séptima Conferencia General de la UNESCO decidió elaborar un diccionario que definiese con la mayor aproximación posible la diversidad de contenido que tenía en cada país el lenguaje utilizado por los sociólogos. La amplitud lingüística del español, con la consiguiente necesidad de la creación de un equipo de autores latinoamericanos, si resultaba desde un punto de vista científico una gran ventaja, desde el punto de vista de su redacción ha sido una de las causas de su relativo retraso. Pero el resultado final ya está ahí, probando la posibilidad de una alianza cultural entre hombres de acá y allá del Atlántico. Y los estudiantes y estudiosos de la sociología y sus ciencias afines tienen ya una fuente

segura donde acudir para conocer el significado exacto que los diversos autores han venido dando a lo largo de la historia a cada uno de los conceptos claves de la sociología, sin tener que beber sus conocimientos en fuentes extranjeras o en simples traducciones.

Es verdad que en estos últimos dos años se había dado un salto cualitativo, pues, de tener que acudir a diccionarios en inglés, francés o alemán, se había operado una verdadera explosión editorial, que había llenado el mercado español de traducciones en castellano de las mejores obras existentes. Entre ellas se impone destacar la publicación por la editorial Aguilar de la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, editada en inglés por MacMillan y que hasta el momento no se ha publicado completa. La escuela alemana estaba representada por Helmut Schoeck con su *Diccionario de sociología*, traducido por la editorial Herder de Barcelona en 1973. De la escuela francesa, además de la *Guía Alfabética*, titulada *La Sociología*, editada en castellano por editorial Anagrama de Barcelona en 1973 y dirigida por Jean Duvignaud, donde se recogen sólo una treintena de artículos, contamos este año 1975 con el diccionario *La sociología*, editado en España por Ediciones Mensajero de Bilbao. Esta obra, realizada bajo la dirección de Jean Cazeneuve y David Victoroff, ofrece grandes ventajas dentro de su relativamente corta extensión. Además de la definición y explicación de los conceptos, incluye una reseña de los principales autores, junto con diez artículos sistemáticos sobre los temas más relevantes de la sociología moderna. La edición castellana ha sido enriquecida con un valioso apéndice escrito por José Luis Iturrate sobre la sociología en España: notas para su historia. Y no en forma de diccionario, sino de tratado introductorio a la sociología, Ediciones Península nos había traducido en 1974 la *Guía del estudiante de sociología* de J. Cazeneuve.

Los tratados generales también habían proliferado últimamente. Pero a excepción de las obras de S. Giner, M. A. Durán, J. F. Marsal, L. Sarries y L. G. Betés, que por otra parte tienen un valor meramente introductorio, los nombres de estos tratadistas traducidos al castellano eran Alberoni, Virton, Fichter, Smelser, Horton-Hunt, Chinoy, Caplow, Bottomore, Gurvitch, MacIver, Mendras, Rocher, Walner, Faris, Munné, Green y Johns, entre otros. La producción de diccionarios en castellano estuvo reducida durante muchos años al único manual existente, el *Diccionario de sociología* del americano Henry Pratt Fairchild, publicado en Méjico y Buenos Aires por el Fondo de Cultura Económica en 1949, desconocido incluso por los propios especialistas, como lo prueba que en el concepto "Depresión" del

diccionario que comentamos, el autor cita la edición original inglesa en vez de la castellana.

La única salida para quienes no disponían de la *International Encyclopedia of Social Sciences* era acudir al *Dictionary of the Sciences* de Gould y Kolb, que, por su precisión, claridad y cita de fuentes, hacía de magnífico punto de referencia para los estudiosos de sociología. Precisamente éste es el que ha servido de modelo, ya que también había sido patrocinado y encargado por la UNESCO y llevaba ya diez años en el mercado. La que no sabemos que aún haya aparecido es la edición francesa.

Siguiendo este esquema del diccionario en lengua inglesa y dada su primera finalidad de clarificación de los términos, cada concepto se abre comúnmente con su significado y origen etimológico desde una perspectiva meramente lingüística, haciendo siempre referencia a la acepción común que el Diccionario de la Real Academia Española da del vocablo estudiado, pasando ulteriormente al sentido científico que cada una de las ciencias sociales atribuye al término en cuestión. Ni la edición inglesa ni la española incluyen la traducción del vocablo en otros idiomas. Cada artículo viene a ocupar una página, si bien resulta sorprendente la larga extensión que se dan a términos como “Bogotoza”, “Cristero”, “Chicano”, “Charrismo”, “Golpismo” y “Gorilismo” y otros de origen latinoamericano. Contrasta también que mientras el término clave de “Cambio Social” o el de “Capitalismo” se tratan sólo en tres páginas, el de “Campesino”, “Campesinado” absorban quince páginas de la obra. Achacaremos esta desigualdad de tratamiento y la dificultad de establecer una fórmula de equilibrio entre el grupo latinoamericano y el grupo español. Así, por ejemplo, mientras que se estudia el fascismo latinoamericano, se omiten conceptos de la misma relevancia ideológica como puedan ser el corporativismo y el falangismo, o el anarquismo español.

La obra, que originalmente fue concebida por la UNESCO, es el resultado de casi veinte años de trabajo que culminan con la formulación de 1.440 conceptos, redactados por noventa y ocho autores pertenecientes al grupo español, que han dirigido sucesivamente el fallecido profesor E. Gómez Arboleya, Manuel Fraga Iribarne y Salustiano del Campo, quien, vinculado desde el primer momento a la empresa, es el que ha logrado felizmente llevarla a cabo. El grupo latinoamericano estuvo inicialmente constituido por miembros de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, y ulteriormente bajo los auspicios del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), a quien quedó

encomendada la preparación de 180 términos de alcance más bien regional. El primer equipo (FLACSO) está compuesto por trece colaboradores, entre los que aparecen G. Briones, E. Fonseca, E. Fuenzalida, H. Larrain, J. Medina Echevarría, A. Métraux, L. Ratinoff y otros. El equipo del CLACSO lo componen sesenta colaboradores, entre los que cabe mencionar a C. Arriola, R. Avila, R. Franco, J. Hodara, T. Kawata, L. F. Lara, E. Lavandera, A. Lira, E. Oteiza, P. Pirez, Carlos M. Rama, C. Sánchez Aizcorbe, M. Tanaca, C. Wainer, al frente de los cuales se encontraba y ha hecho de coordinador Juan Francisco Marsal. Entre los noventa y ocho españoles aparecen primeras autoridades en cada una de sus especializaciones, que han logrado ofrecer sintéticamente en una o varias columnas todo un resumen de sus amplios conocimientos. Sin ánimo de ser ni selectivos ni exhaustivos baste mencionar, como botón de muestra, los nombres de L. Sánchez Agesta, M. Alonso Olea, A. Álvarez Villar, J. Bugeda, J. Caro Baroja, J. Castillo, B. Cores, R. Díaz Zoido, J. Díez Nicolás, J. Garcés, F. Garrido, M. J. Gil Alonso, J. Jiménez Blanco, M. Jiménez de Parga, L. Legaz Lacambra, C. Lisón, P. Lucas Verdú, J. M. Maravall, R. Moragas, C. Moya, R. Perpiñá, J. J. Toharia y J. Xifra. El representante y coordinador directo del grupo español era José A. Garmendia, infatigable y siempre meticuloso luchador en esta empresa que supone una conquista para la ciencia sociológica, a la que tendrán muy en cuenta las sucesivas generaciones de estudiantes de las ciencias sociales.

Este sentido de indisciplina, que por un lado habrá planteado serias dificultades, es lo que marca y define la esencia de este libro, que adquiere a veces la categoría de enciclopedia. Como el objeto de las ciencias sociales es coincidente, pues su análisis se centra en la interacción de los hombres entre sí y esta interacción se puede estudiar desde la perspectiva histórica, económica, política, jurídica, psicológica, demográfica o antropológica, con el subsiguiente cortejo de ciencias auxiliares, en el diccionario confluyen todas estas disciplinas, en el supuesto de que no se puede conocer o explicar la sociedad humana si no se logra presentarla como una unidad coherente y sistemática. Algunos de los conceptos se prestan más que otros para dar esta visión de conjunto. Por eso esperamos que el segundo tomo en palabras tales como sociología, sistema u organización, aparezcan más nítidamente estas visiones generales.

La variedad de autores implica también que la obra no pueda quedar afiliada rígidamente a ninguna escuela particular, dentro de la pluralidad que existe hoy día de corrientes sociológicas. Los autores conocen bien tanto la corriente funcionalista-estructuralista

como la marxista y proponen las explicaciones que tanto desde una perspectiva como desde otra se ofrecen hoy día al estudioso de las ciencias sociales. Si una de las conquistas de la sociología es haber logrado una metodología peculiar, que le da la categoría de ciencia, esta obra que comentamos ofrece abundantes referencias a los diferentes métodos y procedimientos que se emplean en toda investigación sociológica. No presenta, sin embargo, en apartados distintos el estudio de los autores principales que han construido esta ciencia y a los que se hace continua referencia en cada artículo. Asimismo, la bibliografía de las obras básicas consagradas ya como clásicas, en vez de presentarse al pie de cada artículo, se incluye en el cuerpo del texto, pero sin hacer una referencia valorativa. Sorprende que la misma obra aparezca unas veces citada en su texto original y otras en su traducción castellana. Parece que un diccionario en lengua castellana tenía obligadamente que mencionar las traducciones siempre que éstas existieran. Todavía se está a tiempo de mejorar estas lagunas. Como el tomo primero, que cuenta con 1.186 páginas, abarca solamente de la A a la I, se pueden incorporar estas observaciones al final de la obra, donde nos gustaría encontrar al menos un índice de autores, una guía de orientación bibliográfica y un diccionario multilingüe. También parece que se puede exigir a un libro de esta envergadura un mayor cuidado tipográfico.

Resulta inútil o superrogatorio acumular adjetivos a esta obra a la que bastará, como resumen, calificar de científica y objetiva.

CARLOS GINER DE GRADO

CASTAÑÓN, JOSÉ MANUEL. *Mi padre y Ramón Gómez de la Serna*.
Editorial Casuz, Caracas, 1975, 114 págs.

La figura de Ramón Gómez de la Serna es una de las más importantes señales de partida de la literatura del siglo xx en España. Un verdadero puente entre la generación de 1900 —de la que habla d'Ors— y las generaciones posteriores, sobre cuyos nombres nadie se ha puesto de acuerdo hasta ahora. José Manuel Castañón ha realizado en esta obra una meritoria labor de bibliófilo, pues la edición en sí, en forma de pliegos sueltos, presentados en carpeta, es ya una obra de arte bibliográfico. En cuanto a su contenido, encierra un aspecto poco conocido de Ramón y que es estudiado por José Manuel Castañón —hijo del corresponsal de Ramón— en las cuarenta y tres páginas iniciales. Se trata de la vinculación de Ramón en sus estudios, y en los primeros años de su juventud, a la Vetusta que ya había perdido a Clarín, pero que aún conservaba su espíritu. Allí es donde hizo amistad Ramón con Guillermo Castañón. Y creo que no ha dejado de mantenerse, a lo largo de toda la visión en blanco y negro, en violentos aguafuertes, de la cosmovisión ramoniana, este contacto con *La Regenta* aunque fuese post-mortem. Guillermo Castañón muere en 1961 y entonces la familia le envía a Caracas, a José Manuel Castañón, las cartas que ahora acaba de publicar. Es la segunda época en la juventud y ya en toda la vida de Ramón, pues estas cartas son las enviadas a Guillermo Castañón desde Madrid hasta la última desde Buenos Aires. En estas cartas habla Ramón de la revista *Prometeo*, de las tertulias de entonces de los amigos literatos como Fernando Frotín, Rivas Cherif, o Colombine, que alguna relación tuvieron con los canarios del Madrid de aquellos años, o de obras suyas que le envía, como *Utopía*, *El libro mudo*, *Doctor...* o se interesa por la vida y milagros de Ramón Pérez de Ayala en su época ovetense. Apuntaba al mundo

surrealista. En la botillería de Pombo se iba a celebrar un banquete a Don Nadie, y envía su invitación a Castañón como una imposible llamada.

En cierta manera José Manuel Castañón, hijo de Guillermo Castañón, amigo de Ramón, escribe estas líneas llenas de amor filial que rebosa sobre todo cuando recibe el elogio de la novela más importante que José Manuel ha publicado, *Moletu-Volevá*, cuya crítica hice ya en algún lugar de América. Pero Castañón plantea otra cuestión viva, muy viva, hoy en día: que la literatura española al concentrarse en Madrid, se empobrece, y que sería una experiencia nueva que en provincias se fueran creando esos núcleos literarios que enriquecerían nuestra literatura de una manera distinta.

La reproducción facsimilar de las cartas y algunas fotografías llenan el resto de las páginas.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

CAZENEUVE, JEAN, y otros. *Guía del estudiante de sociología*. Barcelona, Ed. Península, 1974, 268 págs.

El traductor y presentador de la obra, Faustino Miguélez, señala que en el laberinto de definiciones formuladas sobre sociología, quizá la única vía que pueda servir sea la relativa a la praxis: la sociología no es concebible sin la presencia, en mayor o menor grado, de las disciplinas de la demografía, economía, geografía, psicología e historia. Y agrega que se trata de praxis de interdisciplinariedad, tan imperante hoy en el complejo y pluriforme fenómeno social, que se dirige en doble vertiente: como especialista, en la comprensión de la grupalidad, familia, clase social, etc.; como análisis de aportaciones, puntos de vista del demógrafo, historiador, economista, etc., en concepto de coordinador, como experto, de los distintos aspectos que componen el fenómeno.

Respecto de las escuelas y orientaciones de la sociología contemporánea, los autores del libro estudian, principalmente, las siguientes corrientes doctrinales:

El estructuralismo, con su principal fuente de inspiración en las obras de Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, y de Michel Foucault, *Les mots et les choses*, es el medio, preconizado por todos los teóricos, de introducir el estructuralismo aplicado a la etnología, el rigor matemático en el análisis de los fenómenos sociales, pero sin correr el riesgo de reducirlos a los comportamientos directamente observados, sino buscando, por el contrario, la trama oculta que les da unidad y coherencia.

Del parentesco entre estructuralismo y marxismo, observemos que en las recientes formulaciones, de Georges Gurvitch, *Dialectiques et sociologie*, y de Louis Althusser, *Lire le Capital*, queda constancia en el libro que comentamos, y se hace hincapié en que es evidente que la formación del sociólogo no puede descuidar la profundización de los análisis marxistas, sobre todo en lo que se refiere a la socio-

logía económica, relación de producción y problemas de clases sociales, y siempre constituye a modo de recurso contra las tendencias de minimizar las perspectivas de transformación y los dinamismos sociales. Es decir, que el ruso-francés Gurvitch, partiendo de Marx y de Proudhon, aboga por la trilogía determinismo, libertad y estructura social.

El funcionalismo del sociólogo de origen polaco Bronislaw Malinowski, en su forma más radical, y en orientación de funcionalismo relativo, en el sentido como lo define Robert K. Merton, en *Teoría y estructuras sociales*, expresa postulado inherente a toda investigación sociológica, puesto que entiende que los hechos sociales no son totalmente explicables o comprensibles sin referirlos a la función que cumplen en conjunto más amplio, sin que confunda la noción de función con la de fin, en convergente método de investigación que se vale tanto de las concepciones del funcionalismo como de las del estructuralismo. Por tanto, el funcionalismo absoluto de Malinowski sostiene que existen necesidades universales, tales como las del sistema biológico impuestas por el metabolismo, mientras que el funcionalismo relativista de Merton, mucho más moderado, en razón de que considera que hay estructuras funcionales y otras disfuncionales.

Macrosociología y microsociología son conceptos que se estudian en el libro. La sociología científica capta fenómenos globales, tales como los movimientos demográficos o la movilidad social. Asimismo procura aprehender fenómenos parciales, como el de la organización social, por ejemplo. Para establecer el estado de la teoría macrosociológica, el filósofo y sociólogo francés, autor de *La lutte des classes*, Raymond Aron entiende que es conveniente plantearse viejas cuestiones: relación comprensiva y correlación demostrada, análisis microscópico y comprensión de la totalidad, sociología empírica y sociología teórica, ciencia e ideología, ciencia y crítica social.

En la sociología de la familia se estudia doble vertiente. El enfoque descriptivo, como agente esencial de socialización, que valoriza la diversidad de formas y de funciones de la agrupación familiar, a través del tiempo y del espacio, de su dimensión, jerarquización, funciones de reproducción, consumo, producción, protección, educación y distracción.

Y el enfoque que se vincula al análisis de las características esenciales de la familia contemporánea, que las transformaciones habidas en las sociedades industriales han modificado, considerablemente, en su configuración, en su papel de socialización y en la vida cotidiana del individuo en el seno de dicha agrupación familiar.

Por los autores del libro se subraya que, aparte de la sociología *stricto sensu* y de las diferentes ramas que la componen, se encuentran otras disciplinas, como la etnología. Estas han adquirido a modo de *status* propio y merecen la consideración de disciplinas sociológicas o ciencias conexas con la sociología, que estudian la vida social, sea bajo las formas más alejadas de lo que es nuestro contexto social corriente, o en función de aspectos patológicos, sea en las relaciones de la vida social con los individuos, o bien bajo el punto de vista de los movimientos de población. Pues bien, defínese a la etnología como estudio de las sociedades que antes recibían el calificativo de primitivas, que no conocieron la escritura y de las que la historia no se ocupa, las que ahora son llamadas, preferentemente, arcaicas o tradicionales. Para los anglosajones etnología se identifica con antropología, mientras que en la República Federal Alemana y Francia se hace la especificación de que antropología es sólo el estudio de las características físicas, somáticas, concernientes a las razas.

En la sección bibliográfica se relacionan las revistas más importantes de los principales países cultivadores de esta ciencia. Por lo que a España respecta, las publicaciones periódicas citadas en el libro son las siguientes: *Cuadernos de Información Económica y Sociológica*, *Revista de Estudios Agro-Sociales*, *Revista del Instituto de Estudios Sociales*, *Revista Internacional de Sociología*, *Papers*, *Sistema y Perspectiva Social*. Como se ve, en la precedente lista no están todas las que son, ni son todas las que están. Es la típica deformación de las cosas vistas a distancia.

En cuanto a libros, la densa bibliografía tiene la discriminación en los apartados siguientes: historia de la sociología y clásicos; introducción a la sociología, sociología general y teoría sociológica; métodos y técnicas de investigación; sociología del arte y de la literatura; sociología del conocimiento; modernización, organización, desarrollo y subdesarrollo en la sociología del cambio; sociología de la educación; sociología de la familia; sociología industrial y del trabajo; sociología de la información y de las comunicaciones de masas; sociología jurídica; sociología del tiempo libre; sociología política; sociología religiosa; sociología rural; sociología urbana; estratificación y clases sociales.

El apéndice relativo al estado actual de la sociología en España se desglosa en cuatro apartados, debiendo hacer, de cada uno, breves comentarios:

La enseñanza de la sociología en España, aparte de la específica Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, tiene el siguiente panorama, en cuanto que se imparte tal disciplina más o menos intensa-

mente, en los Centros que se especifican: Instituto Social León XIII, Escuela Oficial de Sociología, Escuela Crítica de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, Instituto Balmes de Sociología, Instituto de Técnicas Sociales, "Institut Catòlic d'Estudis Socials de Barcelona", Instituto de Estudios Políticos y de Ciencias Sociales de Barcelona, Instituto de Estudios Laborales de Barcelona, Instituto de Ciencias Sociales de Deusto.

La investigación de la sociología en España, independientemente de la realizada en la Universidad, se lleva a cabo en las instituciones privadas que se citan: Instituto de Sociología y Pastoral Aplicada; DATA, S. A.; Instituto de Técnicas Sociales; Instituto de la Opinión Pública; Instituto de Estudios Laborales; Laboratorio ICESB. En lo que atañe a las ayudas a la investigación, se indica que se proporcionan por las siguientes entidades: Fondo para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de Cajas de Ahorros; Fundación Jaime Bofill; Fundación Juan March; Fundación "Foessa", etc.

Las publicaciones hispanas de sociología son numerosísimas, así como las traducciones al español. Se advierte que han aparecido tres nuevas revistas: *Perspectiva Social*, *Sistema* y *Papers*. Agreguemos, por nuestra cuenta, a *Cuadernos de Realidades Sociales*. La crítica sociológica hoy ya se hace palpable, opinan los autores del volumen.

Las salidas para el sociólogo español se agrupan en tres sectores:

Enseñanza, en cuya área se destaca el considerable número de puestos de trabajo que puede proporcionar el Curso de Orientación Universitaria.

Investigación, que por ahora no es corriente se haga de forma regular y con número de sociólogos fijos.

En actividades prácticas: empresas, escuelas, hospitales, Ayuntamientos, Diputaciones, campo casi inexplorable en España y que puede facilitar puestos de trabajo a numerosos sociólogos profesionales.

G. P. E.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

Destaquemos, en nuestro comentario crítico, algunas de las facetas que estimamos más interesantes del contenido de la publicación.

En el capítulo I se da noticia de los aspectos estructurales que, en mayor medida, inciden en el desarrollo y en el perfeccionamiento de la estructura demográfica.

En las perspectivas de empleo, las previsiones estipuladas para los próximos cuatro años muestran el incremento global de necesidades del 15,40 por 100, lo que supone la tasa anual de aumento de necesidad del 3,85 por 100.

La emigración foránea, tanto a Europa como a Ultramar, es de tendencia decreciente, caída que destaca por lo que se refiere a nuestra emigración a Francia, Holanda y Suiza.

Se reseña que en el III Congreso Nacional de la Familia Española se ha procurado que la opinión pública tome conciencia sobre el hecho, evidente, de que existe una entidad social familiar que en ocasiones carece de la consideración debida, y al mismo tiempo que sirva de estímulo para que el planteamiento del hecho familiar sea tenido en cuenta de una forma permanente.

Por lo que atañe al nivel de vida, se transcribe el siguiente anecdótico comentario: para encontrar el óptimo del nivel de vida habría que trabajar en Estados Unidos, vivir en Bogotá y comer en Madrid. En general, los más pobres tienen que trabajar más horas para conseguir los mismos bienes y servicios.

El índice general del coste de vida se desglosa en los siguientes índices sectoriales o de grupo: alimentación, 49,39 por 100; vestido y calzado, 13,94 por 100; vivienda, 7,95 por 100; gastos de casa, 9,89 por 100; gastos diversos, 18,83 por 100.

La estructura cultural es el tema de que se ocupa el capítulo II de la publicación, en lo que la cultura se entiende desde perspectiva sociológica y antropológica, con referencia, asimismo, al conjunto de pautas de pensamiento y comportamiento.

Se formula el siguiente decálogo respecto de la problemática de la Universidad: masificación de estudiantes en los grupos, que no guardan la adecuada proporción profesor-alumno; escasez de profesores, sobre todo de los dedicados exclusivamente a enseñanza e investigación; el sistema de selección del profesorado, justicia, igualdad, fraternidad, cooperación, comunión social y camaradería, abogando por el progreso social y concibiéndose la sociedad como una gran familia. Claro que personas que no son socialistas se preocupan, seriamente, de las cuestiones sociales; muchas de las reivindicaciones fueron compartidas por las derechas coetáneas, y hoy están adoptadas por todos los países adelantados.

Al socialismo de Carlos Marx, llamado por Dalton marxiano, le concede el carácter de viable y científico, en contraposición del de Owen y Fourier, que Marx tilda de utópico, irrealizable y acientífico. Este comprende que las nuevas máquinas constituyen palanca, sin precedentes, capaz de proveer recursos materiales para todo, cuya idea no comparten la mayoría de los socialistas, sino que estiman, por el contrario, que el nuevo planteamiento mecanizado producirá pobreza y miseria.

Los socialistas democráticos estaban en lo cierto, Marx se había equivocado, en cuanto que el Estado podía reformar el capitalismo en las democracias occidentales. El *New Deal* de Roosevelt reformó el capitalismo norteamericano, y subsanó la depresión, sin destruir a la democracia, mediante Estado de Bienestar, integrador, que ha reducido las desigualdades de renta y educación.

En la posguerra de los años 40 la situación se caracteriza por el empleo sostenido, mayor gasto público en la educación, capital y servicio sociales, comercio exterior en expansión y fuertes inversiones del sector privado. Por supuesto que surgen nuevos problemas, tales como la inflación que acompaña al pleno empleo, el comunismo, la deterioración del medio ambiente, etc.

El autor del libro razona, del siguiente modo, la posible convergencia de las economías capitalista y comunista: la admite, en cuanto que las analogías, en su estructura de producción, y en sus resultados económicos, han progresado en los últimos decenios; en cambio, se produce negativamente, al considerar que apenas se conceden probabilidades para que, las diferencias existentes entre las organizaciones económicas soviética y americana, tiendan a hacerse tan

pequeñas como las que se dan, por ejemplo, entre los países occidentales actualmente.

Certera observación la de Dalton cuando recalca que desarrollo económico no es sinónimo de felicidad, puesto que los parámetros del desarrollo pueden concretarse del siguiente modo: acaba con la miseria, el hambre, las epidemias y la mortalidad a temprana edad; transforma la calidad de la vida material, social, política y espiritual; acarrea, en cambio, muchos problemas, públicos y privados, puesto que el desarrollo genera suburbios, desempleo, facciones políticas, contaminación, etc.

Señala Dalton que el desarrollo actual de los pueblos es de signo distinto al que tuvieron, muy anteriormente, Norteamérica y Europa. Sin duda alguna a los actuales países subdesarrollados les sirve de mucho el ejemplo dado por los desarrollados promovidos, incluso desde siglos atrás, por el capitalismo industrial y por el comunismo industrial. Por tanto, ideologías aparte, los pueblos del Tercer Mundo, ávidos de desarrollo, realizan grandes esfuerzos para liberarse de la pobreza, las enfermedades y el analfabetismo.

C. P. Y.

CONTRERAS, REMEDIOS, y CORTÉS, CARMEN. *Catálogo de la Colección Mata Linares*. Madrid (s. i.), 1970-1972. 4 vols. (Archivo Documental Español publicado por la Real Academia de la Historia, tomos XXV, XXVII, XXVIII y XXIX).

El malogrado maestro de bibliógrafos españoles Antonio Rodríguez-Moñino, fallecido hace unos años en Madrid, dio a conocer en un artículo titulado "Los manuscritos americanos en bibliotecas madrileñas (Observaciones bibliográficas a un libro reciente)", que vio la luz en el *Bulletin Hispanique* (Bordeaux), LVIII, núm. 1 (janvier-mars 1956), págs. 51-76, la siguiente lista de veintiocho colecciones de la Real Academia de la Historia, en las cuales existen papeles americanos, a saber: 1. Aguirre. - 2. Álvarez de Sereix. 3. Bauer. - 4. Boturini. - 5. Caballero de Rodas. - 6. Censuras. 7. Fernández Duro. - 8. Fernández San Román. - 9. Herrera. 10. Ustáriz. - 11. Jesuitas. - 12. Laiglesia. - 13. Mata Linares. 14. Mazarredo. - 15. Memorias de Nueva España. - 16. Moreno Sánchez. - 17. Muñoz. - 18. Mutis. - 19. Ruiz de Apodaca. - 20. Ruiz Mantilla. - 21. Salazar y Castro. 22. Sans Barutell. - 23. Torata. 24. Vargas Ponce. - 25. Velázquez.

La docta Corporación publicó, en tres volúmenes, entre los años 1954 y 1956, el Catálogo de la Colección de don Juan Bautista Muñoz (núm. 17), sin duda la más importante de las enumeradas, con advertencia de Miguel Gómez del Campillo y prólogo de Antonio Ballesteros Beretta. El propio Rodríguez-Moñino redactó (Badajoz, 1949) el *Catálogo de los documentos de América existentes en la Colección de Jesuitas* (núm. 11), y como es sabido, los señores Baltasar Cuartero y Huerta, recientemente desaparecido, y Antonio de Vargas Zúñiga y Montero de Espinosa, marqués de Siete Iglesias, son autores del *Índice de la Colección de don Luis de Salazar y Castro* iniciado desde 1950, y llevado a feliz término por el segundo de los nombrados historiadores.

A estos utilísimos inventarios se suma ahora el de la Colección Mata Linares (núm. 13), compilado con excepcional competencia por las señoritas Remedios Contreras y Carmen Cortés. Esta Colección, poco conocida, fue cedida a la Real Academia en 1851 por el Marqués del Socorro, sobrino de su colector, y consta de 126 tomos y un índice. Las autoras del Catálogo que reseñamos describen cada uno de estos tomos, indican su contenido y analizan la documentación que en cada uno de ellos se acumula. En el último figuran los índices onomástico, geográfico y de materias, que posibilitan la consulta y utilización de una serie tan variada y compleja de documentos.

Prologa el Catálogo con unas enjundiosas páginas, tituladas “Don Benito de la Mata Linares”, el docto numerario de la Real Academia don Ciriaco Pérez Bustamante, de feliz memoria. Mata Linares, nacido en Madrid el 28 de diciembre de 1752, se consagró a la carrera de las leyes, y desde 1776 hasta 1803 residió en América (Chile, Perú y Buenos Aires), donde desempeñó cargos de importancia, los cuales pueden verse enumerados con detalle en la exposición que de sus méritos y servicios dirigió el interesado el 6 de marzo de 1799 al ministro de Gracia y Justicia, don José Antonio Caballero, y que el señor Pérez Bustamante reproduce como Apéndice a su estudio introductorio. Regresó nuestro personaje a la Península en 1803, destinado al Consejo de Indias. Al ocurrir la invasión francesa, se puso al servicio del rey José, afilióse más tarde a la masonería, y con el advenimiento al trono de Fernando VII, desapareció de la escena política y administrativa.

Lo que da esencial relieve a su actuación en América, es la circunstancia de haber intervenido Mata Linares como juez sustanciador en la causa que se le siguió en 1781 al cacique de Pampamarca José Gabriel Condorcanqui Tupac Amaru, descendiente del último de los Incas de Vilcacamba, ejecutado en el Cuzco el 18 de mayo del indicado año, y el que asimismo le tocara enjuiciar en 1783, y por igual delito de rebelión, a Diego Cristóbal Tupac Amaru, quien hubo de correr la misma triste suerte que el anterior, de quien era primo, el 19 de julio de 1783.

Mata Linares, “funcionario celosísimo —escribe Pérez Bustamante— tipo característico del burócrata borbónico dieciochesco y sumamente cuidadoso, reunió y archivó más de 10.000 documentos de todo orden, referentes a las más variadas materias: Aduanas, Aranceles eclesiásticos, Audiencias, Patronato Real, Derechos reales, Curatos y Doctrinas, Órdenes religiosas, especialmente Jesuitas, Bienes de difuntos, Cruzada, Misiones, Reducciones, Cabildos, Cere-

monial, Comercio (Compañías, Contrabando, Consulados, Comisos, etcétera), Consejo de Indias, Corregidores, Correos, Poblamiento, Encomiendas, Ganadería, Tratados geográficos e históricos, Indios, Hacienda, Hospicios y Hospitales, Inquisición, Justicia, Juzgados, Matrimonios, Minería, Mita, Montepíos, Negros, Ordenanzas municipales y de Gobierno, Rebeliones y desórdenes (especialmente Tupac Amaru), Relaciones de virreyes, Residencias, Revistas, Ejército, etc.”

Se trata, en definitiva, de una extensa colección de noticias relativas a la historia, legislación, administración y gobierno de la América española, y singularmente de las Audiencias de Chile, Lima, Charcas y Buenos Aires en el último tercio del siglo xviii. Los estudiosos están de plácemes con la aparición de este Catálogo modelo, y la Real Academia, siempre atenta al progreso de los estudios históricos en España e Hispanoamérica, merece los más sinceros elogios por haber alentado la realización de una obra de tan positivo interés, y hecho posible su publicación.

AGUSTÍN MILLARES CARLO

CORNER, E. J. H. *The Seeds of Dicotyledons*. Cambridge University Press. Cambridge 2v. IX + 863 págs., 1976.

The books of E. J. H. Corner, Emeritus Professor of Tropical Botany at the University of Combridge, need no introduction. *The Seeds of Dicotyledons* is a further example of Professor Corner's tremendous knowledge and experience and will, I'm sure, very quickly become recognised as a botanical "classic".

The book consists of two volumes, some 863 pages in total and is divided into 3 parts. Firstly there is an introduction to seed morphology, classification and evolution which forms an excellent basis for the later descriptive parts. The first chapter of the introductory part refers to seed-form and all the various basic types of seeds encountered in the Dicotyledons are described. Professor Corner tends here to be rather scathing in his comments on the lack of clear thinking by many workers in this field. In the following chapter types of seed-coats are comprehensively dealt with and there is very useful clarification of the occasionally ambiguous terminology used when referring to inner and outer integuments. This is followed by a chapter "Chiticism of the arrangement of dicotyledonous families into Orders". Here Professor Corner comments that seed characters indicate the artificial nature of many orders. At least now we have a great deal of further evidence on which to base future conclusions. The concluding chapter of this first part considers seed evolution and has some important comments on neotony and development of seeds. Professor Corner presents some illuminating information on the ancestry of the Marsileaceae and the similarities in some aspects of seed morphology between this family and the Angiosperms.

The second part of the book is concerned with detailed descriptions of the seeds of many plant families and the final part a complete volume of line drawing illustrations of the seeds described.

While one cannot entirely agree with Professor Corner's view that this book is a "vindication" of his controversial Durian theory of Angiosperm Evolution one has to admit that it brings the theory once again to the forefront of consideration. The introduction states "Open any book on flowering plants and find how little there is about their seeds". With the appearance of *The Seeds of Dicotyledons* this void is more than satisfactorily filled and no laboratory researching in plant taxonomy, anatomy or evolution can afford to be without it.

DAVID BRAMWELL

CRO, STELIO. *Descripción de la Sinapia, península en la Tierra Austral. A classical utopia of Spain*. Edited by Stelio Cro. With an Appendix. Mac Master University (Hamilton, Ontario-Canadá), 1975, LVII + 146 págs. y LXXII láminas.

La literatura española no ofrece muchos ejemplos de utopía. Sin embargo, el señor Cro es demasiado radical, cuando afirma que el texto por él publicado es único en su género, desde el punto de vista español: En *L'Avenir du passé* (París, 1972), que me veo en la precisión de citar, he señalado la relación eventual de Bética, país utópico de la célebre novela de Fénelon, con la *Historia de las cuevas de Salamanca* (1733) de Francisco Botello de Moraes, así como la relativa originalidad del *Segundo viaje de Enrique Wanton* (1788), añadido por Gutierre Vaca de Guzmán a su traducción de los *Viaggi*, parcialmente traducidos por él de Z. Seriman. Sin duda sería posible añadir otros ejemplos; pero cabe añadir que no parece fácil que sean numerosos. De todos modos, no cabe duda de que el texto editado por el señor Cro, aun sin ser el único de su categoría, pertenece a un género que no ha conocido los favores de los escritores ni del público español: lo cual es otro modo de decir que se trata de una aportación tan nueva como curiosa al conocimiento del pensamiento español en el Siglo de las Luces.

Esta descripción de la Sinapia está sacada de un manuscrito que pertenece actualmente a la Fundación Universitaria Española y procede del archivo de Campomanes. Se ignora todo cuanto se refiere al nombre de su autor, así como a la fecha de su composición. En este doble aspecto, el examen del texto no ofrece sino indicios claramente insuficientes. El autor sólo puede indicar, con loable prudencia, que se trata de un texto del siglo XVIII. La edición es una escrupulosa transcripción paleográfica del manuscrito único, que casi hace inútil la reproducción fotográfica completa que la acom-

paña. Le sigue, por la sola razón de hallarse incluido en el mismo manuscrito, un texto intitulado *Discurso de la educación*, escrito por la misma mano: el editor considera, aunque sin poderlo probar, que se trata de una obra de fecha posterior y de autor diferente. El interés de este segundo texto no es tan evidente como el del primero.

Como sucede normalmente en todas las utopías, el autor desconocido describe bajo el nombre de Sinapia un país imaginario, su pueblo y sus instituciones, con aparente objetividad, pero dando a entender que las situaciones referidas por él bien podrían servir de ejemplo a los españoles. Esta intención pedagógica o, si se prefiere, el carácter ejemplar del modelo que se propone, se hace todavía más evidente en el último capítulo, que presenta las *Reflexiones* o, mejor, las conclusiones del autor y en donde se indica con toda claridad que este país perfectamente feliz es "perfectísima antípoda de nuestra España". Más que antípoda, es la imagen soñada de una España ideal. Los mismos nombres que menciona el autor, en relación con esta topografía fantástica, son a menudo simples disfraces anagramáticos: *Sinapia* está en lugar de *Ispania*, *lagos* y *mercanos* son en realidad galos y germanos, y el nombre antiguo del país es *Bireia*, o sea Iberia. La descripción geográfica de Sinapia se parece suficientemente con la de la península Ibérica. Por medio de estos procedimientos, el anónimo presenta su país utópico al mismo tiempo que evoca la imagen de una España deseada o, cuando menos, posible.

Su programa utópico no constituye ninguna novedad. La constitución de Sinapia, su gobierno, sus estamentos, su vida social, religiosa e intelectual repiten los numerosos proyectos simétricamente dibujados por tantos autores anteriores o contemporáneos. No es difícil observar que la obra es el eco de muchas ideas conocidas. El editor ha comparado minuciosamente las construcciones quiméricas del anónimo con las obras clásicas de Tomás Moro, Campanella y Bacon. Tuvo razón en hacerlo, pues apenas cabe duda que el anónimo los conocía y los ha utilizado, directa o indirectamente. Cabe pensar, sin embargo, que su cosecha hubiera sido aún más provechosa de haber ensanchado su exploración en dirección a los autores de utopías situadas en tierras australes, principalmente Denis Vairases y Gabriel de Foigny, a quienes nuestro autor desconocido parece acercarse bastante.

De una manera general, las utopías son repúblicas reducidas a números, o quintas esencias geométricas y aritméticas de la realidad: casi todas ellas obedecen a la mística del círculo o a la del cuadrado,

que domina el sistema administrativo a la vez que la vida urbana. El autor de *Sinapia* es, como Tomás Moro, un adepto convencido del esquema cuadrangular. Su país es un verdadero tablero de ajedrez, que indica a la vez la absoluta rigidez de su principio nivelador, que no admite ninguna excepción a la norma, y la imposibilidad de su proyecto, que no podría aplicarse a ninguna geografía real. Además, como en todas las utopías, las mejoras van demasiado lejos: hay abejas que no pican, el oro y la plata no interesan sino como artículos de exportación. Pero, en cambio, hay esclavos, hay una inferioridad absoluta de la mujer y seis horas diarias de trabajo obligatorio. La estructura piramidal de la sociedad, constituida en monarquía aristodemocrática, parece establecida para mantener una tiranía sutilmente graduada, cuyo primer instrumento es el *pater familias*. Sería inútil insistir en los demás detalles, que repiten como un eco más o menos lejano las concepciones vigentes en la utopía de la época. Hay, sin embargo, algunos rasgos que bien podrían certificar su origen hispánico: así, por ejemplo, la organización religiosa, que no difiere mucho de la situación real y admite el culto de las reliquias, la existencia de conventos bastante numerosos y de una censura eclesiástica; o la ocurrencia de considerar como "parte muy principal del gobierno el cuidado y disposición de las fiestas y divertimientos públicos".

Dada la escasez de datos, no resulta fácil aventurar hipótesis en relación con la composición de este texto. Guiado por los pocos indicios que revela el examen crítico del texto, el editor se limita en indicar que *Sinapia* fue escrita entre 1665 y 1802. Sin embargo, el hallar una posibilidad de acercamiento entre las ideas del autor y las de autores tales como Feijoo o Mayans y Siscar, el marco antes indicado se hace mucho más estrecho. La impresión que se desprende del texto es la de una fecha de composición bastante más tardía. El preciso objeto reformista que se afirma en el último capítulo, la aceptación del cartesianismo, la orientación hacia una forma de cristianismo "sin hipocresía, superstición ni vanidad" que se parece bastante con lo que se ha llamado modernamente el cristianismo ilustrado, así como otros rasgos y detalles, coinciden para identificar las ideas del autor anónimo con las del reformismo que caracteriza el reinado de Carlos III. Parece lícito imaginar que este escrito refleja las inquietudes de los años 1765 a 1775, aproximadamente, época crucial en que se reforman las Universidades más importantes y se fomenta la creación de las Sociedades Económicas.

Dadas las relaciones de Campomanes con estas Sociedades, no sería raro que *Sinapia* se explique suficientemente por las preocupaciones de las mismas y represente un proyecto de porvenir y una perspectiva de reformas a largo plazo. En tal caso, la obra equivaldría a lo que hoy es un informe o un anteproyecto, circunstancia que también se da a menudo en la historia de la utopía.

ALEJANDRO CIORANESCU

DEMERSON, PAULA DE. *María Francisca de Sales Portocarrero (condesa del Montijo). Una figura de la Ilustración*. Madrid, Editora Nacional (1975), 433 págs.

Paula y Georges Demerson forman una pareja ejemplar de hispanistas franceses y quien los conoce difícilmente podría citarlos por separado. A su dedicación apasionada al estudio del Siglo de las Luces debemos toda una serie de publicaciones y de investigaciones eruditas, algunas de ellas de primera magnitud y todas ellas encaminadas a completar y valorificar nuestros conocimientos sobre una época de profundas inquietudes y de incansable actividad o, cuando menos, promoción de actividades.

La Ilustración es obra de un número de personas ilustradas: esta perogrullada no es inútil, porque permite comprender el interés que adquiere de repente, en la historiografía española, la biografía individual. Las fuertes personalidades, las iniciativas originales no son quizá más numerosas en el siglo XVIII que en otras épocas de la historia: sólo que ahora el campo parece mejor abonado, el ambiente más preparado y los proyectos, programas y reformas presentan un mayor coeficiente de eficacia que las quimeras de los arbitristas del siglo precedente. De hecho, asistimos en estos últimos años a un resurgimiento de las grandes figuras de la Ilustración, que promete formar con el tiempo una galería de retratos tan abundante como interesante por los problemas que reflejan esos rostros, hasta ayer misteriosos o desconocidos.

Entre estos retratos, el de la sexta condesa del Montijo (1754-1808) no es ni el menos atractivo ni el menos misterioso. La abuela materna de la emperatriz Eugenia desempeñó un papel importante en la sociedad de su tiempo: su nombre se cita a menudo, pero siempre de segunda mano. Los juicios que se han formulado acerca de su personalidad no podrían ser más contradictorios: mojigata y cínica, jansenista y libertina, amiga y enemiga de Godoy, parece evidente

que no podía serlo todo a la vez. Por primera vez, un historiador concienzudo e inteligente consagra a su vida una investigación tal como la merecía el personaje. Se diría que Paula de Demerson no ha escatimado ningún esfuerzo. Su trabajo se funda en la exploración de 31 archivos diferentes, con una enorme aportación de datos nuevos, y en una abundante bibliografía, que se puede considerar como exhaustiva.

Buscar en los archivos no es suficiente: se necesita también saber buscar, tener suerte y la suficiente preparación e inteligencia de su tema, para aprovechar convenientemente sus hallazgos. Ninguna de estas condiciones le falta a Paula de Demerson. Apenas si, escarbando mucho, podríamos añadir unas pocas aclaraciones de detalle. Don Pedro de Silva Sarmiento (págs. 108-10) aparece a menudo en la correspondencia y en las relaciones de viaje de Viera y Clavijo, por haber hecho juntos el viaje a París (1777-1778), en compañía del duque del Infantado y del joven marqués del Viso, yerno de éste y sobrino de don Pedro. Al mencionar a Madame Leprince de Beaumont (p. 170-1) quizá no hubiera sido de más recordar su única obra que todavía se lee, el célebre cuento de *La Belle et la Bête*. No cabe duda de que el caballero de Betancourt que vive en París en 1788 es el célebre ingeniero canario Agustín de Betancourt (pág. 268). Como es fácil ver, sólo se trata de datos laterales, que no rozan más que indirectamente el tema. Por lo demás, parece difícil empresa luchar con la erudición "montijista" de la autora. A ella nada le ha escapado, ni la lista de los autores cuyas obras forman la biblioteca de don Felipe Palafox en la fecha de su casamiento, ni las deudas de los grandes y títulos de la Corte, ni la exacta composición del grupo de los amigos de la condesa.

Estos detalles no son indiferentes. Gracias al conocimiento exacto de los documentos podemos reconstruir por fin la biografía de esta ilustre mujer, tan a menudo mal juzgada por efecto de la mera ignorancia. Así se aclaran, entre otros episodios, la historia de su matrimonio y vida familiar, el misterio de su segundo casamiento con don Estanislao de Lugo, sus relaciones con la Corte y Godoy, las circunstancias de su retiro y muerte. Más importante aún resulta el exacto conocimiento, por fin hecho posible, de la contribución de la condesa del Montijo a la reforma social, por medio de la Junta de Damas de Madrid, de la que fue secretaria y animadora de 1787 a 1805: actividad sorprendente por su amplitud así como por su contenido decididamente reformista, que hace de la condesa la figura más prominente y más original del movimiento feminista de su tiempo: tiempo en que las preocupaciones de las grandes damas

solían ceñirse al cortejo, al juego y, en el mejor de los casos, a la música. Se sabe, además, que la condesa del Montijo fue traductora de una obra francesa de interés entre moral y religioso, sobre el sacramento del matrimonio. Por su pensamiento, por su actividad y por su larga amistad, que luego se transformó en matrimonio, con Estanislao de Lugo, fue el centro del movimiento jansenista español, movimiento que, como había ocurrido un siglo antes en Francia, no podía dejar de arrastrar hondas implicaciones políticas. El centenar de páginas que dedica la señora de Demerson al jansenismo de su personaje, y en general al jansenismo español, son fundamentales para la comprensión de este problema. Me parece que son suficientes razones para agradecerle el esfuerzo considerable de investigación y compulsación de fuentes de difícil acceso. Su obra, en que lo erudito no excluye lo ameno es, sin duda, la mejor biografía femenina del siglo XVIII español y su personaje, aun sin ser una desconocida, no deja de ser una revelación.

ALEJANDRO CIORANESCU

DÍAZ, ELÍAS. *Notas para una historia del pensamiento español actual. 1939-1973*. Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1974, 324 páginas.

El autor advierte que el libro pretende, desde la concreta perspectiva valorativa, la orientación tendente a recuperar y potenciar el pensamiento español de carácter liberal, humanista y democrático, puesto que la libertad de pensamiento, ampliamente concebida, constituye el elemento fundamental y el medio más adecuado de auténtica vida intelectual. Esta cumplirá, rectamente, la función en su aspecto de conciencia crítica de la sociedad, procurando promocionar sus diferentes y, quizá, discrepantes tendencias e individuales expresiones. Sabido es cómo el intelectual reivindica, en condición de exigencia teórica ineludible, amplia y auténtica libertad, tanto crítica como de pensamientos, obvio es que el mundo de la cultura no es posible sin amplio margen de libertad.

Formulemos análisis, aunque sea muy somero, de cada una de las seis etapas que se contemplan en la exposición de Elías Díaz:

Primera etapa: 1939-1945. Comprende desde el final de la guerra civil hasta la terminación de la guerra mundial. Para el autor del libro, los relevantes mojones de este período se identifican con la fundación de conocidas revistas: *Escorial*, con su antecedente en la publicación *Jerarquía*, es el núcleo de confluencia de los intelectuales falangistas más liberales; *Revista de Estudios Políticos*, con los universitarios que luego promocionaron la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, forma el otro frente que habría de luchar, opina Díaz, contra los falangistas de *Escorial*, sus enemigos naturales.

Segunda etapa: 1945-1951. Abarca el lapso de aislamiento intelectual de España. Momento en el que se sitúan las bases de las que después saldría la verdadera sociología científica hispana, con el luminoso foco de atracción en la *Revista de Estudios Políticos*. Época que también tiene como hitos de señalización, los de la polémica que forman la tesis incluidas en dos conocidas obras: *España como problema y España sin problema*.

Tercera etapa: 1951-1956. Período de liberalización intelectual y, en política intelectual, de mayor apertura. La vida intelectual cobra mayor relieve. Se fomentan actitudes de concordia, de comprensión y de diálogo entre los intelectuales españoles del interior y del exilio. La Universidad alcanza madurez e independencia crítica, transformándose, esta última, en clara y directa oposición de sentido democrático y socialista, en ocasiones desbordada por los planteamientos más radicales, con profundas escisiones entre los hombres del *establishment* y revistiendo muy agudos caracteres la que se produce entre la juventud universitaria.

Cuarta etapa: 1956-1962. Surge la ideología tecnocrática que tanto impacto causa en la acción administrativa y gubernamental. Es el fin de la denominada autarquía. Período funcionalista de los líderes socialistas: la crítica científica, de éstos, al absolutismo ideológico *versus* la concepción del fin de las ideologías; lapso de las actitudes analíticas, dialécticas y maquiavelistas del *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*.

Quinta etapa: 1962-1969. Se intensifica la fase de liberalización. Lapso en el que la sociología adquiere especial relevancia y en el que tienen lugar Mesas Redondas de la significación de la de los indicadores sociales, en el que se celebran los "Cursos de Sociología", de la "Escuela de Ciencias Sociales", el "Centro de Enseñanza e Investigación" y cuando aparecen publicaciones importantes de Fundación "Foessa", "Cáritas", etc.

Sexta etapa: 1969-1973. Período que el autor del volumen califica del "miedo a la libertad". Es momento de esplendor de la bibliografía sociológica española, con importantes libros colectivos (participando en su redacción nutridos grupos de sociólogos), entre los que cabe destacar a los siguientes volúmenes: *Los indicadores sociales, a debate; España, ¿una sociedad de consumo?; Estructura social de Andalucía; La España de los años setenta; Las ideologías de la España de hoy*, etc.

En suma, el libro, cuyo comentario crítico concluimos, contiene amplio y fidedigno panorama del movimiento intelectual español, especialmente referido a la dinámica de la doctrina sociopolítica, de 1939 a 1973.

C. P. Y.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

FERNÁNDEZ HERR, ELENA. *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyages, 1755-1823*. Paris, Didier, 1974. 365 págs. (Études de littérature étrangère et comparée, 69).

El título de esta tesis doctoral, presentada en 1970 ante la Universidad de Chicago, intenta decir al mismo tiempo su materia y su punto de vista; pero quizá no resulte tan claro como se podría desear. La materia está formada por las relaciones de viaje por España, publicadas en Francia en la época de referencia; y el punto de vista es el que mantiene que estos relatos han intervenido en una medida importante en la imagen que de España se han hecho los escritores románticos franceses. El tema y su trascendencia no son ninguna novedad, ya que el mismo argumento ha sido tratado a menudo; pero conviene añadir que esta circunstancia no merma el interés del trabajo que examinamos y que ofrece un excelente análisis de la época, quizá la menos estudiada bajo este aspecto. Siguiendo el propósito de la autora, examinaremos con ella el doble cariz del problema.

Puestos a hacer números, los escritores que cuentan en esta época su experiencia española no son muchos: seis autores que parecen merecer una consideración especial (Bourgoing, Fischer, Fleuriot de Langle, Massias, el marqués de Marcillac y Laborde; capítulos II a VIII) y una decena de descripciones de viaje de menor importancia, después. No parece mucho para tres cuartos de siglo de contactos asiduos. Por lo menos, esta circunstancia permite un examen profundizado de las obras, de las impresiones y de la consistencia de estas experiencias. Esta recopilación de datos es más importante de lo que parece, porque se acompaña con un cotejo de fuentes y datos paralelos y con una información histórica y bibliográfica que sitúa perfectamente cada tema.

Los conocimientos bibliográficos de la autora son extensos y demuestran que se trata de un trabajo inteligente y concienzudo. Pero

nunca hubo una bibliografía completa. Se le ha escapado, por ejemplo, el artículo de Fleuriot de Langle sobre *El Viaje de Figaro a Tenerife y su autor*, con reproducción de un texto del que sólo se ha conservado un ejemplar ("Revista de Historia Canaria", 1967, págs. 38-53); y en relación con Humboldt, más que el trabajo de Farinelli, le hubiera convenido utilizar el trabajo importante e injustamente olvidado de Justo Gárate, *El viaje español de Guillermo de Humboldt, 1799-1800* (Buenos Aires, 1946, en 8.º, de 530 págs.). Será más importante observar que, así como su trabajo enlaza perfectamente con los de Martinenche (1922), Bertrand (1931) y Hoffmann (1961), que continúan su materia, deja de relacionarse simétricamente con la época anterior, por faltar de su bibliografía el estudio de Helga Thomae sobre *Französische Reisebeschreibungen über Spanien im XVII Jahrhundert* (Bonn, 1961).

Esta falta de continuidad y de perspectiva, en relación con el pasado, repercute en todo el enfoque de la obra. Debido a ella, la autora, que tan sagazmente relaciona los datos de los viajeros del siglo XVIII con el romanticismo, deja de concebir estos mismos datos como una tradición ya antigua, como parece que deberían considerarse. La obra de Thomae, en muchos aspectos similar a la suya, le hubiera podido documentar que muchas observaciones de los viajeros que examina, son en realidad repeticiones de lecturas anteriores: cosa que de ningún modo podría sorprenderla, ya que ella misma lo señala a menudo, bajo una perspectiva diferente. La importancia que se atribuye a la influencia morisca (p. 87), la gravedad, el orgullo y la pereza como rasgos peculiares del temperamento español (88), el carácter teatral de la devoción española (98), el lugar de la mujer en la sociedad (101), las costumbres (105-8) y muchos rasgos más, se van atribuyendo a los españoles por lo menos desde mediados del siglo XVII. Por otra parte, este cotejo serviría para dar todavía mayor relieve a lo que verdaderamente es nuevo en el siglo XVIII, principalmente la limpieza de Madrid y la buena calidad de los caminos.

De todos modos, la reseña de impresiones de viaje es aleccionadora a la vez que curiosa y entretenida. Demuestra cuán superficial suele ser el conocimiento directo y, en cambio, cuán tenaz se muestra el juicio tradicional de los viajeros franceses. De una manera general se puede decir que su impresión depende de los textos leídos por lo menos tanto como de los países visitados. La literatura puede más que la realidad. La prueba de ello es que, para nosotros mismos, un embustero como Fleuriot, que a lo mejor no sabía de España más de lo que se puede saber por los libros

(por más que nuestra autora sea de diferente opinión), resulta más atractivo, más pintoresco y casi nos atreveríamos a decir más auténtico que el seco y exacto Laborde.

Desgraciadamente, la obra de la señora Fernández Herr está plagada de erratas de imprenta, la mayor parte de ellas fáciles de corregir. Juan de Iriarte no fue miembro de la Academia de la Historia (pág. 82). *Retesillas*, en un texto de Fischer (pág. 137) está en lugar de *redecillas*; no dudamos de que la autora lo sabía, pero no suele explicar o corregir la ortografía de los escritores que cita (en el mismo texto, *Gueteria* en lugar de *Gueteria*).

El segundo problema que suscita este trabajo es el de la relación que existe entre la literatura geográfica examinada y la imagen de España tal como se lo ha forjado el romanticismo francés. Es un problema de orden mucho más general y cuya importancia no puede escapar a ningún historiador de la literatura. La autora sabe muy bien que, aun admitiendo la existencia de una relación causal entre los dos hechos, ésta difícilmente podría ser única y exclusiva. El interés de los románticos para España ha sido explicado ya por circunstancias diversas, que reseña nuestro libro desde su introducción: tradición literaria del siglo xvii, emigración provocada por la Revolución Francesa, contactos de masas con motivo de las guerras napoleónicas. La autora parece considerar que, de todos estos factores, la literatura de viajes es el más importante y que “la imagen de España, tal como la conocieron los románticos, está ya bien configurada a fines del siglo xviii” (p. 196). Pero, si es cierto lo que acabamos de decir en relación con la continuidad de este siglo con el anterior, la imagen romántica de España está ya configurada desde la época de Luis XIII. Y efectivamente las situaciones descritas son sensiblemente las mismas: la autora no deja de señalar pertinentemente que las cosas no han cambiado desde la señora de Aulnoy (págs. 147, 193) y que los soldados de Napoleón ven la Península con los mismos ojos de los que los habían precedido en los mismos caminos (pág. 315).

Concluamos, pues, por donde habíamos empezado: la imagen de España tal como la ven los franceses, viajeros o escritores, es sorprendentemente fiel a sí misma. Si ello es así, los románticos no podían hallar en los viajeros de la generación anterior los elementos de una conversión, sino, cuando más, un documento válido y un suplemento de información. En este caso (y creo que no me equivoco), el excelente trabajo de la señora Fernández Herr documenta más de lo que prueba, o sea, que representa un buen instrumento de trabajo antes que una demostración. En cuanto a las causas de

las simpatías románticas por España, es posible que el problema no se haya planteado en sus términos exactos: porque no es de esperar que estas simpatías hayan sido despertadas por una literatura descriptiva que no respira precisamente la simpatía. Esta no parece ser el efecto de una nueva documentación, sino de una nueva perspectiva. Los románticos se vuelven hacia España, porque buscan el color local, los fuertes contrastes, las pasiones violentas, el temple recio y el sentido dramático y teatral de la vida. En una palabra, que se ponen a amar y añorar lo que todos sabían o creían saber de España, y que hasta entonces habían criticado y sentido como exorbitante.

ALEJANDRO CIORANESCU

FERRERAS, JUAN IGNACIO. *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*. Madrid, Edicusa, 1973, 287 págs.

El profesor Ferreras trata de centrar su estudio sobre la Sociología de la novela, distinguiéndola de la Sociología de la literatura. Su labor, en este sentido, es positiva, consiguiendo aislar, por lo menos en teoría, el objeto principal: la novela española del siglo XIX. Para el autor, la diferencia entre ambas ramas se encuentra en que, para el estudio de la primera, se debe partir de la *problemática* de la obra y, sobre todo, de *las leyes inmanentes* de ésta. La posición de partida, basada en Goldmann, es clara: la prioridad del análisis pertenece a la plasmación artística de una problemática social. Ferreras se define desde el principio: *las homologías y paralelos con la sociedad deben ser ulteriores, posteriores a la verdadera Sociología de la novela, complementarios de la misma* (pág. 66).

Para el lector que conozca la obra teórica de Lukács y Goldmann, la primera parte del libro, *Problemas generales*, le será familiar. Y no sólo en lo referente a las hipótesis que desarrolla el autor a lo largo de este primer apartado, sino incluso en las reflexiones que provocan estos puntos teóricos y en las conclusiones a las que llega Ferreras. Entendámonos, la principal virtud de este libro de ensayos, el mismo autor lo define así, es el aporte de los datos, a veces puramente teóricos, y la lectura crítica de unos supuestos ya dados. La visión personal del autor, que en ocasiones no sobrepasa las cotas alcanzadas por sus modelos, es más discutible; ahora bien, no deja de tener interés si sabemos deslindar los campos de acción de ambas partes.

Las posiciones teóricas básicas, tomadas de Lukács y de Goldmann, respetando los galicismos del autor, se pueden resumir de la siguiente manera: el héroe novelesco es un héroe problemático; la novela es la historia de una búsqueda *degradada*; la novela pertenece al género epopéyico y se caracteriza por la ruptura *insurmon-*

table du héros et du monde; existen dos degradaciones, la del mundo y la del héroe, pero degradaciones que deben formar a la vez una *opposition constitutive et une communauté suffisante*.

Ferreras opina que el término *héroe* no define el género novelesco frente a otros géneros literarios. Argumenta de la siguiente manera: el héroe novelesco *también* es problemático, igual que los héroes de las tragedias y hasta muchos de los héroes líricos. La diferencia, para el autor, está en los diferentes grados que, por medio de las relaciones entre el héroe y el universo de la obra, que es a su vez reflejo del universo real, se establecen dentro de la problemática general de la obra. Para una diferenciación más clara propone distinguir entre dioses, héroes y personajes. Los primeros representan lo universal y son poco problemáticos; los segundos, lo nacional y *arriesgan vida y hacienda pero no pueden ser vencidos*; los terceros, lo individual y *empiezan a jugar un verdadero papel de hombres y de personas*. Estos últimos son los que encajan dentro de las relaciones problemáticas, sin las cuales no puede existir un verdadero mundo novelesco. “Lo problemático no es, como cree Lukács, una manera de ser, sino una manera de existir, una manera de estar, y el héroe es héroe porque actúa como héroe y se comporta como héroe” (pág. 25).

En Lukács el término *degradación* va unido al concepto marxista de alineación (en el sentido de extrañamiento o extranjerización); el autor no cree que se deba aplicar a la literatura novelesca, pues, buscando generalizar, se niega la especificidad histórica del personaje y del universo novelesco. La degradación del héroe se explica mejor, según Ferreras, por una “humanización”, en el sentido de una mayor conquista de personalidad individual; prefiere hablar de un *desarrollo* progresivo más que de una *transformación*. Las diferencias entre ambos vienen dadas por el diferente punto de partida; mientras el filósofo húngaro trata de aplicar un concepto filosófico al análisis de la obra literaria, Ferreras estudia la dinámica de los personajes y del mundo novelesco partiendo de la problemática propia de la obra artística. En este aspecto, el profesor español sigue los pasos de su maestro, Lucien Goldmann, al hacer hincapié en “el carácter específicamente literario” de la novela.

Consecuente con su postura, el tema principal de esta primera parte, y el más extensamente tratado, es el titulado “La problemática, eje de la novela”. Resumiendo: el personaje y el mundo al que se enfrenta son problemáticos; también son problemáticas las relaciones que se establecen entre ambos. Con palabras del autor: “nada puede ser expresado fuera del campo de las relaciones” y “toda relación

sólo puede manifestarse de forma problemática” (pág. 40). El autor debe respetar las leyes inmanentes de la problemática; los personajes deben ser estudiados dentro de esas relaciones problemáticas. La novela que se construya sin respetar estas leyes, propias de la obra novelesca, no será una auténtica obra de creación sino una novela de “tesis”, regida por una voluntad exterior que anula los presupuestos de la creación artística.

Para que exista una problemática, los personajes y el mundo novelesco deben oponerse: precisamente, de este enfrentamiento van a nacer las relaciones problemáticas sin las cuales no existe la verdadera obra novelesca. Cuanto más artística es ésta, más enraizada y vinculada estará a la problemática.

La autonomía artística de la obra queda clara; más ambiguas nos parecen las relaciones, necesarias por otra parte, que se puedan establecer entre los términos “problemática” y “realidad ficticia”. Siguiendo la idea del autor, no cabe duda de que se impone un análisis literario de este “universo novelesco problemático” tan citado. Este punto, primordial si queremos hacer una auténtica Sociología de la novela, se encuentra poco explícito, tanto en las bases teóricas como en los estudios concretos que se recogen en la tercera parte del libro. Las relaciones establecidas entre los diferentes elementos de la obra novelesca son estudiados desde el plano de los “contenidos”; el método, creemos, es más válido para estudiar novelas de “tesis” que obras con una rica materialización artística. Lo que llega hasta nosotros es lo que llamamos, simplificando y para entendernos, “forma”; las tendencias de todo tipo deben manifestarse en el enfoque que el autor haya dado a esa “forma”; todo lo que no esté “ahí” se sale del análisis concreto y debemos completarlo con datos sobre la época y vida del autor. Para comprender adecuadamente los “contenidos”, tenemos que apoyarnos, ante todo, en un estudio lo más científico posible del “cómo”. ¿Cómo podremos comprender ese “universo novelesco”, regido por unas leyes propias, si no descubrimos la “secreta” dinámica que le imprimió su autor? Y sin entender la expresión artística de un mundo novelesco (problemático por definición), ¿es posible establecer la sociología de la novela de determinada época? No debemos entender el “artificio literario” como una superestructura, sino como un elemento, a nuestro juicio el más importante, en creaciones de cierto nivel estético, de la “estructura total”, entendiendo por tal el proceso completo de creación: desde la “visión social” del grupo en que se origina la obra hasta la “visión personal” materializadora, artística e individual.

En el camino “de dentro afuera” que tenemos que recorrer en una verdadera Sociología de la novela, nos topamos con el problema de las relaciones entre la obra y la “realidad real” de la que ésta ha nacido. Más que de paralelismo entre una realidad social, socio-económica, y una realidad novelesca, tenemos que estudiar la “homología” entre las “estructuras mentales de ciertos grupos sociales” (Goldmann) y las “estructuras novelescas que son expresión de una problemática que dimana de la propia obra”. Ferreras, acertadamente, cree que no sólo se establecen estas “homologías” entre una determinada clase, la burguesía, y el género novelesco, como producto genuino de ésta, sino que “existen valores en esas sociedades (que no son de tipo burgués), que por ser transindividuales son universales; es decir, pertenecen, por igual, a todo tipo de sociedades” (pág. 81). La burguesía aportará a este acervo general unos valores genuinos. Todo ello supone una matización oportuna que enriquece la visión, un tanto simplificadora, de las conexiones entre novela y clase burguesa.

Antes de dar una definición de la novela (apartado “Por una definición de la novela”), Ferreras, coherente con la línea teórica adoptada, efectúa cuatro acercamientos desde otros tantos enfoques:

- 1.º Héroe, individuo, problemática: “historia de un individuo problemático”.
- 2.º Individuo y universo: “historia de un individuo problemático frente a un universo” *no* problemático.
- 3.º Universo e individuo: “historia de un individuo (no problemático) frente a un universo problemático”.
- 4.º Las relaciones y el relacionar: “la historia de las relaciones problemáticas entre un individuo y un universo”.

Como resumen lógico, la definición final: “La novela es la historia escrita de las relaciones problemáticas y en su movimiento constitutivo, entre un individuo y un universo”.

El apartado “21 Tesis para una Sociología de la novela ‘burguesa’ española del siglo XIX”, es el resultado de aplicar la teoría expuesta anteriormente a la novela española del siglo XIX. Ferreras aclara, en la breve “Advertencia” que preside este apartado, el carácter teórico de las 21 Tesis: su demostración, dice, sería “prematura” y sólo intenta “provocar la discusión”, necesaria y urgente, sobre las hipótesis expuestas.

Destacaremos las que, a nuestro juicio, son más interesantes:

1. La revolución burguesa de 1868 es el punto de partida de la novela realista.

2. Establece las diferencias entre la novela anterior y la novela posterior a la revolución citada por los contenidos de ambas, no por las estructuras formales.
3. Define el objeto de la Sociología de la novela “burguesa” del siglo XIX, como “el estudio del universo novelístico”, del “universo real” y de las “homologías y relaciones”.
4. El “universo novelesco” es una totalidad significativa regida por leyes immanentes.

La segunda tesis plantea un problema fundamental: ¿existe o no homología entre la estructura del mundo real y la estructura del mundo novelesco? Si la realidad exterior cambia, de algún modo influirá en la expresión artística que se desarrolle en esa realidad. Es más, las homologías y relaciones se establecen entre las estructuras mentales de ciertos grupos de la sociedad y las estructuras literarias de las novelas. Cuando pensemos en “homologías y relaciones”, debemos fijar rigurosamente los objetos entre los que se establecen estas relaciones. El término “sociedad” no nos aclara nada; dentro de esa totalidad debemos centrar nuestra atención sobre las relaciones que, a su vez, se establecen entre el grupo social al que pertenece el creador y la sociedad, y por fin, la “situación” del creador dentro de dicho grupo.

Dado el carácter teórico del apartado que comentamos, el autor no intenta demostrar nada, tampoco nosotros vamos, ni creemos que este sea el lugar apropiado, a demostrar nada, pero sí aconsejaríamos un detenido estudio de las estructuras formales de ambas producciones novelísticas (lenguaje, personajes, dinámica, interacción de los núcleos temáticos, cosmovisión, “tono” narrativo, etc.). Por citar un caso, la diferencia entre las creaciones de “Fernán Caballero” y de Pérez Galdós no se encuentran sólo en los distintos contenidos de sus novelas, sino en la utilización de los recursos técnicos; por ejemplo, compararemos el uso del lenguaje en *Doña Perfecta* (El lenguaje como fuerza destructiva, según Montes Huidobro) y la utilización del mismo elemento en *La Gaviota* (que, ante todo, brilla en las descripciones, pero que carece de la ironía y de la intencionalidad crítica del ejemplo citado, por dar un título, anteriormente).

Ferreras intenta clasificar (*Nota para una Sociología de la novela en el siglo XIX*) las novelas de esta época desde sus distintas problemáticas (románticas, prerrealistas, realistas, naturalistas), y propone una metodología, que estudiaremos más adelante, para los estudios concretos. Establece una lista de autores, clasificándolos

en “antecedentes dudosos”, “antecedentes” y “autores de novelas ‘burguesas’”.

En el ensayo *La Generación del 68*, el autor define así su concepto de Generación: “una generación literaria estará compuesta e integrada por un grupo de escritores que detentan una misma manera de pensar, de ver; es decir, que detentan una misma visión del mundo” (139).

No enlaza el autor la corriente costumbrista y “Fernán Caballero”, con la novela realista. Lo más importante para él es el “corte” que supuso *La Gloriosa*. Al resumir, simplificamos algo las conclusiones del autor, pues él cree que se pueden rastrear “ciertos antecedentes” formales y, coincidiendo con la lenta progresión de la clase burguesa, también un cambio en los contenidos. Todos estos argumentos quedan en un plano muy inferior ante el principal: la Revolución de 1868 como determinante de la novelística posterior. Está por hacer un detallado estudio que nos aclare la posible influencia de la novela anterior a 1868 sobre la llamada “novela realista nacional”. Parece que el mismo Ferreras prepara una serie de obras sobre el tema. En el mercado nacional se encuentran ya *Los orígenes de la novela decimonónica* (Taurus), y *La novela por entregas*, también en la misma editorial.

Los principales rasgos que diferencian a la novela realista de la producción anterior son: modo de hacer, de novelar y visión del mundo burguesa; individuo problemático; nacimiento de la “novela histórica nacional” frente a la novela arqueológica, propia del romanticismo; abandono de la ética tradicional, al estilo de “Fernán Caballero”.

Parecido objetivo, diferenciar una corriente de otra, y además, en este caso, rebatir las teorías que propugnan una influencia del costumbrismo en la novela realista, persigue el estudio “Novela y Costumbrismo”. El costumbrismo, según Ferreras, carece de problemática; cualidad de la que tampoco participan los personajes ni el universo de las obras. Es indudable, y el autor no lo niega explícitamente, la influencia, o supervivencia, quizá mejor el último término, de los cuadros de costumbres, como un elemento más no determinante, en la novela realista; pero está claro que no podemos ver en el costumbrismo un eslabón de un proceso evolutivo que culmine en 1868. Los costumbristas no parten de la realidad sino de una posición intelectual, o literaria, quizá moral (“visión preliminar”, posición previa). Resumiendo, con palabras del autor: “el costumbrismo, subgénero de la novela, se caracteriza principalmente por

la desaparición del movimiento constitutivo de las relaciones novelescas" (190).

El método empleado para estudiar *La Regenta* es una parcelación del análisis en "totalidades relativas": el texto, el autor, la sociedad; el estudio se realiza en ese orden.

Texto { Argumento temático (Decorado, personajes, hilo de la acción)
Argumento intencional (¿Qué quiere decir la obra? Manera de tratar los problemas)

Autor.—Biografía, visión del mundo, grupo social al que pertenece.

Sociedad.—Estado de las fuerzas de producción, relaciones condicionadas por el estado de las fuerzas de producción, régimen social-político, clases y conciencia de clase, e ideología.

Conclusiones.—Intelectual republicano, no socialista, ignora problema obrero, se inhibe de muchos problemas, se sirve del realismo; irónico, tierno, sarcástico, crítico, extremista a veces.

Las conclusiones a las que llega el autor no son nuevas; en realidad, el "nuevo método" no añade nada a lo que ya sabemos sobre la obra, el autor y la sociedad de su tiempo. Puede que su mayor deficiencia resida en el análisis literario; se profundiza en las intenciones del texto, pero no en el propio texto. El análisis se lleva a un nivel, *argumento intencional*, de procedimientos (sátira, ironía, poder sugeridor); no se centra en la escritura.

El estudio dedicado a *Morsamor*, de Valera, no está basado en el método anterior; se trata de una interpretación de los contenidos: se resume la historia, dando una interpretación de la supuesta simbología de ésta. Las consideraciones más interesantes son las que se refieren a la técnica de la novela: la novela no es realista, el protagonista no es un héroe problemático, no existe homología entre el universo de la obra y el universo real; en resumen, la tesis no ha sido tratada novelescamente.

El libro se cierra con un ensayo, más que un "estudio concreto", sobre *El tema americano en la novela española del siglo XIX: orígenes y desarrollo*. Aporta datos y da una visión general del tema.

Ante todo, el libro de Ferreras está pensado a un nivel polémico: se pueden y se deben discutir muchas de las ideas que se exponen en él. Contribuye, además, a ensanchar el difícil, y poco cultivado, campo de la Sociología de la novela española. En una época en que

está de moda "hacer sociología", confundiendo, a veces, lastimosamente la Sociología con la opinión gratuita y otros desaguisados, el libro de Ferreras nos parece un serio intento de centrar y profundizar en la materia. Que no es poco.

ÁNGEL MARTÍNEZ SANMARTÍN

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

GÁMIR, LUIS (y otros). *Política Económica de España*. Madrid, Guadiana, 1975, 512 págs.

Los distintos capítulos de este libro han sido escritos por especialistas o profesionales del sector que, con independencia y objetividad, han tratado el tema con rigor científico, bajo la dirección selectiva, en cuanto a temas y autores, de Luis Gámir, que es el que ha planeado y coordinado la obra. De la mayor parte de estos capítulos haremos, por separado, algunos comentarios.

El capítulo concerniente a la autarquía y la estabilización, redactado por el propio Gámir, ayudado por algunas otras personas, advierte que la política autártica del período 1939-59 fue en parte impuesta. La estabilización constituyó penosa operación, técnicamente bien realizada, políticamente conservadora, que significó intento de utilizar el mercado, de abrirse al exterior y de mayor racionalidad económica.

R. Poveda, en política monetaria y fiscal, pone de manifiesto la estructura de la cartera de créditos de las entidades oficiales de crédito que, en el año 1970, tuvo la siguiente distribución porcentual, desglosada en sectores: agricultura, 16,4; industria, 22,3; naval y pesquero, 10,2; vivienda, 16,2; centros docentes, 3,9; turismo, 2,5; exportación, 8,6; sector público, 15,6; otros, 4,5.

Para J. M. Álvarez de Eulate, la política financiera exterior tiene una vertiente de gran relevancia, que es la de la entrada de capital privado extranjero a largo plazo, por lo que recomienda el cuidadoso examen de los criterios de participación del capital foráneo, la que puede resumirse del siguiente modo:

Valorada adecuadamente la penetración de capital foráneo, se procede a restringirla sólo hacia aquellos sectores en los que no sea mayoritaria; hacia los sectores más interesantes para el desarrollo económico se propiciarán las inversiones que aporten nuevas técnicas, mayor acceso a la tecnología, progresos en los métodos empresariales,

etcétera; máximo impulso a las actividades investigadoras; prohibición de inversiones que obstaculicen la exportación para los productos de la empresa.

En el tema de política fiscal J. E. Canseco ilustra sobre la estructura de los ingresos y gastos públicos. Con referencia al año 1972, la estructura de la composición porcentual de los ingresos públicos es así: impuestos directos sobre sociedades, 10,9; impuestos directos sobre economías domésticas, 18,2; impuestos sobre el capital, 16,7; impuestos indirectos, 16,1; contribución a la seguridad social, 17,0; ingresos no coactivos, 16,7.

En cuanto a la estructura del gasto público en 1972, por categorías económicas, Canseco facilita la siguiente composición porcentual: consumo público, 46,3; transferencias sociales, 15,7; otras transferencias, 14,1; gastos corrientes, 16,9; formación bruta de capital, 14,1; gastos corrientes, 16,9; formación bruta de capital fijo, 17,6; transferencias de capital, 8,9; gastos de capital, 14,2.

Respecto al comercio exterior, Gámir advierte: probablemente la razón fundamental del crecimiento de la economía española en la década de los sesenta fue la apertura al exterior; la política de liberalización comercial, inteligentísima; el mantenimiento de cierto déficit en la balanza de mercancías; adecuada política de importación; la liberalización de 1972-73; la alternativa de la devaluación no es demasiado eficaz y tiene alto coste, por la falta de elasticidad-precio de la balanza comercial.

Este mismo autor, al enjuiciar la política arancelaria colige, de los estudios procedentes, que una relación inversa estadísticamente significativa entre renta *per capita* y protección oficial es evidente. La justificación del proteccionismo está en la diferencia entre los precios de mercado de factores y de productos y sus precios oficiales. El arancel español es muy selectivo.

También analiza Gámir la política de integración económica en Europa, con especial referencia a España y al acuerdo preferencial, contemplado en dos vertientes:

Las preferencias otorgadas por la Comunidad Económica Europea a España: son algo superiores a las de Israel, pero menores que para los demás países.

Concesiones de España a la Comunidad Económica Europea: no son excesivamente importantes, dado el elevado proteccionismo hispano; la preferencia nominal más frecuente es la del 25 por 100.

También analiza Gámir la política de integración económica en Europa en función de la búsqueda de zona de libre-cambio.

En cuanto a la política de salarios, N. Esteve se manifiesta con claridad y contundencia: la productividad no depende sólo del factor trabajo, sino que se puede aumentar por mejora de las cualidades productivas de todos los factores que intervienen en el proceso de producción; dado un aumento de la productividad, que los salarios crezcan a un ritmo menor o igual que aquélla significa reducción o mantenimiento de la parte de la Renta Nacional que pasa a disposición de los asalariados; el criterio de permitir aumento de salarios reales de acuerdo con el crecimiento de la productividad es inadecuado, porque se limita a mantener la parte proporcional de los salarios en la Renta Nacional; no existe razón teórica alguna que impida que los salarios reales aumenten por encima de la productividad, siempre que se reduzcan los beneficios y se mantenga la tasa de inversión.

En España, la planificación indicativa ha implicado la importante cosa de haber promovido núcleo relevante de estudios sobre la economía española. Sin la planificación, la coordinación aún hubiera sido menor. Los Planes tuvieron la utilidad de reducir incertidumbres para el empresario. La planificación, técnicamente ha supuesto avances y aportaciones interesantes, aunque los efectos sobre el desarrollo económico hispano lo hayan sido en pequeña medida.

G. S. de Buruaga, al describir la futura política regional de España, contempla 10 grandes regiones, a escala europea, que comprenden las provincias que más abajo se indican, asignándose, regionalmente, las pesetas de renta *per capita* que asimismo se especifican:

Cataluña: Gerona, Barcelona, Tarragona y Lérida: 68.856.

Vasco-Castellana: Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Navarra, Santander, Burgos, Logroño y Soria: 68.582.

Aragonesa: Huesca, Zaragoza y Teruel: 56.118.

Valenciano-Murciana: Castellón, Valencia y Alicante: 51.670.

Astur-Leonesa: Oviedo, León, Zamora, Salamanca, Palencia y Valladolid: 48.509.

Centro: Segovia, Ávila, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Guadalajara, Cuenca y Albacete: 44.609.

Canaria: Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas: 40.987.

Gallega: La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra: 37.816.

Andaluza: Córdoba, Jaén, Huelva, Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada y Almería: 35.172.

Extremeña: Cáceres y Badajoz: 31.449.

Gámir, sobre política agraria, resume las conclusiones de la siguiente forma: el modelo tradicional de producción agraria es bas-

tante racional; la crisis de la agricultura española provino de elementos y causas externos; la política de precios, apuntaladora del sistema tradicional, ha dificultado la reorientación de oferta y estructuras; la política de protección de la Comunidad Económica Europea no es, precisamente, lo mejor que hace la Comunidad; es fundamental la introducción del capital humano en la política agraria; los latifundios son indefendibles; España debe transformar su oferta agraria, fomentando al máximo la ganadería, sin que los precios y costes internacionales se disparen.

En el tratamiento de la política industrial, J. F. Arenas llama la atención sobre el importante tema de la concentración de empresas. Facilita la siguiente estadística: de 1959 a 1972 se concentraron 1.132 empresas, que dieron lugar a 308 nuevas entidades. Muy pobres se consideran estos resultados. Si la concentración de empresas, concluye Arenas, constituye instrumento singular para ser utilizado en la corrección de las deficiencias de la política poco progresista en materia de dimensión de la empresa, debe ahora ser objeto relevante emprender eficaces acciones que conduzcan a la finalidad de intensificar el movimiento de concentración, puesto que los resultados logrados, hasta la fecha, no han sido, ni de lejos, los que se podían esperar, como denota la estadística anteriormente reseñada.

Otras cuestiones interesantes son las que a continuación se indican, con la expresión del ponente que las desarrolló:

Visión General de la Política de Comercio Interior, por A. Fernández Suárez.

Política de Transportes, por L. Rodríguez Sáez.

Política de Viviendas y Obras Civiles, por J. L. Carreras.

Política de Educación, por C. Toquero y F. Vera.

Lamentamos (advirtiendo que esto es por mero orden de inserción en el libro y no por la calidad de los trabajos) que no podemos ocuparnos detalladamente de cada una de estas materias, puesto que con ese tratamiento desbordaríamos la normal extensión que deben tener estas reseñas, límites que siempre nos gusta respetar.

G. P. E.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

GREIMAS, A. J., y otros. *Estructuralismo. Estructuralismo y lingüística*. Ediciones Nueva Visión. Colección El Pensamiento Estructuralista, dirigida por José SAZBÓN. Buenos Aires, 1971, 177 págs.

En este tomo se recogen opiniones sobre el enunciado titular, de Haudricourt, Granai, Greimas, Martinet, Mouloud, Rastier, Ricoer y Ruwet, pero creemos que, sobre todo para el pensamiento crítico literario, es importante destacar la sección encomendada a Greimas y que lleva por título *Las Relaciones entre Lingüística estructural y Poética*.

Por lo general, de todo lo que el mundo de la lingüística moderna ha estudiado sobre la lengua y el habla, la semántica o la semiología, o sobre la crítica literaria, siempre nos queda una interrogante a veces solo parcialmente formulada: ¿Qué será del mundo poético, si se impone totalmente el criterio científico en el conocimiento de la lengua? ¿No quedará un espacio sin nombrar? ¿No será posible una estructura de lo inconfesablemente acientífico? La contestación a ello pretende darla Greimas: las relaciones entre la Lingüística y la Poética no pueden dejar de ser estrechas. Veamos el devenir de algunos de los términos enunciados según el propio Greimas: del Universo Semántico se pasa al Dominio Literario y de éste al Mundo de los Objetos poéticos. Es decir, que desde el general mundo de las significaciones hemos de pasar por grados a ese mundo poético que nos preocupa como realidad humana innegable. También es necesario resaltar que el dominio literario no ocupa dentro del Universo semántico una zona parcial, como ocurre p. E. con el Derecho o la Religión. En el Dominio Literario todas las formas del contenido —tropos, géneros, etc.— forman parte de las propiedades generales del lenguaje. Es todo el lenguaje. Todo, desde el punto de vista de la forma, forma parte de “como es el lenguaje”. Las diferencias estriban en que, para empezar, la información que nos transmite el mundo literario está ligada a la clausura del discurso.

Desde el punto de vista de la comunicación, una de las más importantes características del mundo literario es que comienza y detiene el flujo de sus informaciones en un momento dado. Valiéndonos de un ejemplo plástico sería análoga a la forma en que el pintor, al crear su obra, la enmarca en un cuadro. Este detenerse del flujo de las informaciones valoriza de forma definitiva y concluyente los contenidos seleccionados y luego cerrados. Desde este momento el discurso se transforma en una estructura literaria, en un objeto con historia y permanencia. Desde este momento también sus relaciones con el Universo Semántico se vuelven especiales. Adquiere de pronto la obra así cerrada la posibilidad de que consideremos en ella nuevas estructuras lingüísticas, categorías de construcción y reglas de funcionamiento.

Pasemos, pues, a la consideración especial de cómo ha de ser la investigación particular de los objetos poéticos dentro de este mundo literario. El mundo literario, con su discurso limitado y con su valoración de la interrupción y la redundancia, la construcción propia y sus reglas de funcionamiento, posee la posibilidad de crear dentro de sí un subconjunto de su propio mundo al que llamamos “mundo de los objetos poéticos”, mucho más restringido pero también mucho más complicado.

Según Greimas para lograr entender este mundo poético debe construirse una metodología y una tecnología propias, dedicadas ambas a describir las articulaciones formales del mismo, entre significado y significante, pues el mensaje poético se transmite como otro cualquiera de los discursos articulados en una lengua natural, y si no ponemos reparo en las unidades poéticas de que está compuesto puede pasar desapercibido ante quien escucha o lee. Lo esencial para comprenderlo es que en este discurso se oye, o se lee, y se entiende *otra cosa*. Estas nuevas unidades poéticas se reconocen por la redundancia sintagmática, al analizar el interior del texto cerrado; por la redundancia paradigmática, al superponer varios textos comparables. Estas nuevas unidades poéticas no tienen por qué ser concomitantes con las articulaciones sintácticas, ni aún con las prosódicas del discurso natural. Son unidades estructurales que se caracterizan por la relación que establecen entre dos términos como mínimo.

Las unidades poéticas proceden de unidades sintagmáticas que se encuentran articuladas en otra forma y de ello surge toda la poesía desde la más antigua a la más moderna. Por ello también las unidades poéticas podemos distinguirlas clasificadas en dos planos. En el plano de la expresión encontramos una serie de valores fonemáticos

propios de la expresión poética, como son la rima o la aliteración. En lo prosódico nos encontramos con el ritmo poético. En el plano del contenido encontramos que a los esquemas sintagmáticos gramaticales, corresponde el valor de los tropos y de la construcción poética con todo su extenso inventario de anomalías lingüísticas y figuras poéticas. Por último, dentro de este plano del contenido, a los esquemas narrativos del enunciado se corresponden en poesía los llamados géneros poéticos. Con ello los esquemas fonéticos y gramaticales se transforman en matrices poéticas y los esquemas prosódicos y narrativos, en modelos de géneros poéticos. La unión de estos dos planos nos da la definición de lo que es el lenguaje poético. En el estudio práctico de estas cuestiones se ha comprobado que las matrices puestas de manifiesto en los sonetos, se pueden encontrar en las timologías, en las onomatopeyas, o en las estructuras subyacentes y hasta en los populares juegos de palabras. Lo que todo esto tiene de común es la reducción de las distancias entre el significado y significante. Diríase que el lenguaje poético —sin dejar de lado la palabra— trata de recuperar el grito original y se sitúa a mitad de camino entre la simple articulación y la articulación lingüística.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

HAMPSON, NORMAN. *Historia Social de la Revolución Francesa*. Madrid, Alianza Universidad, 1974, 283 págs.

El profesor de la Universidad de Manchester, Norman Hampson, partiendo de un tratamiento del tema fundamentalmente cronológico-político, deteniéndose muchas veces en análisis muy detallados y en otras obligándose a generalizar, ha realizado un estudio sociopolítico muy detallado y lúcido del fenómeno tan transcendente, y por ello complejo, que supusieron los hechos revolucionarios ocurridos en Francia desde 1789 a 1795. Como el propio autor nos dice en el prefacio: "En este libro hemos tratado de integrar el análisis social y la descripción de la manera en que los intereses y aspiraciones sociales dieron forma a los movimientos políticos y en que la acción política modificó tanto la estructura social como las ideas de las personas acerca de la sociedad en la que vivían y del lugar que ocupaban dentro de ella."

FRANCIA, EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

En este primer capítulo se analizan los antecedentes sociopolíticos que desencadenaron el advenimiento de la Revolución. La Monarquía autocrática, la sociedad feudal, cada vez más anacrónica, y el poder temporal de una Iglesia vinculada al Estado y desacreditada hacen surgir problemas y conflictos que aumentarán de intensidad a finales del siglo XVIII.

Hampson realiza un estudio escrupuloso de las bases en que se asentaba la sociedad de finales del XVIII. La maquinaria administrativa centralizada que tenía su origen en Richelieu, Mazarino y Luis XIV aún gobernaba desde Versalles, y la voluntad real todavía era el factor decisivo en toda la política nacional. La corte aristocrática y la nobleza habían logrado infiltrarse en el gobierno y monopolizaban todos los puestos ministeriales y los eclesiásticos, con

lo cual la intriga y la política familiar impedían un control eficaz del rey, y la maquinaria gubernamental tendía a paralizarse en rutinas hereditarias. Los miembros de la burguesía adinerada, que gobernaban las ciudades importantes, fueron también adquiriendo la condición de nobles, convirtiéndose así en una oligarquía perpetua. Por tanto el conflicto fundamental de la Francia del XVIII era la lucha de la aristocracia contra el poder en decadencia del absolutismo monárquico.

La división social más importante en Francia era la que distinguía al noble del plebeyo, aunque a su vez la nobleza se hallaba también diferenciada por su ubicación (Corte y provinciana) y por sus funciones (militares, funcionarios, parlamentarios, burgueses prósperos de sinecuras, etc.), despreciándose mutuamente. Esta clase social era propietaria aproximadamente, aunque muy desigualmente repartida, de una quinta parte del suelo del país. Es posible, según apunta acertadamente el autor, que las divisiones existentes en el seno de la nobleza de provincias influyera en la actitud de determinados individuos hacia la Revolución.

Los habitantes de las ciudades, aunque también se hallaban divididos, tenían en común una cosa: las cartas municipales que les protegían de alguna forma de las cargas feudales y de algunos impuestos de la corona. La burguesía se reclutaba fundamentalmente entre los comerciantes y los profesionales. La actitud de esta clase social respecto a la aristocracia era más que de hostilidad, la de aspirar a ingresar en sus filas y lograrse un *status*. Los financieros estaban muy en contacto con el gobierno real, que había llegado a depender de su apoyo mediante empréstitos. Esto motivó que los banqueros quedaran envueltos luego en el movimiento revolucionario al declarar éste el carácter sagrado de la Deuda.

En el panorama económico, se destacaba un freno a la expansión y una depresión en la industria textil por la importación de productos ingleses a partir del tratado comercial de 1786. A esto se añade la lentitud en la industrialización al no haberse abandonado totalmente el sistema gremial, lo que provocó conflictos con los manufactureros-comerciantes que exigían la abolición de los gremios y la libertad en el mercado del trabajo. La burguesía capitalista, influida por las doctrinas fisiocráticas y de Adam Smith, estaba impaciente por derribar un sistema de gobierno y un orden social que obstaculizaba sus progresos. Así, pues, el conjunto de la población urbana no veía con simpatía los progresos del capitalismo, ya que temían perjudicarlo su *status* y estabilidad social. Estos hombres podían unirse a la burguesía para combatir la superestructura aristocrática del *ancien*

régimen, pero se mostraban escépticos en lo referente al mundo feliz de la libre empresa. Los agricultores suponían una población de veinte millones sobre un total de veintiséis, y sobre ellos se imponían una serie de cargas feudales, que tenían una consecuencia social inmediata al convertir el campesinado en un sector empobrecido de la sociedad, que sólo podía sobrevivir todo el año gracias a la industria doméstica.

Con respecto a la Iglesia en la Francia del siglo XVIII, se destaca cómo estaba íntimamente ligada a la sociedad laica y participaba por tanto de su jerarquía y diferencias sociales. Había un clero gubernamental muy numeroso (obispos nobles) y otro empobrecido (curés). Los diezmos iban a parar a las abadías y cabildos catedralicios, y el curé tenía sólo una asignación, casi siempre insuficiente, lo cual le obligaba al desempeño simultáneo de otros cargos. Sus *vicaires* que no tenían esa posibilidad, vivían en auténtica pobreza. La Iglesia estaba exenta de impuestos y daba una contribución quinquenal a la Corona. La educación estaba bajo su control y también la información a través del púlpito.

El autor acaba este capítulo poniendo de manifiesto cómo a partir de 1780 se produjeron una serie de insurrecciones del bajo clero exigiendo una mayor democracia y mejor trato, estas tensiones culminarían en 1788 cuando la Asamblea del clero rompió su alianza con la Corona y se unió a la ofensiva aristocrática contra la monarquía.

LA VICTORIA DE LA ARISTOCRACIA

Con este capítulo Hampson nos descubre cómo lo que actuó de catalizador en las tensiones sociales de la Francia de la segunda mitad del XVIII, transformándolas en una explosión, fue la bancarrota de las finanzas reales, que acabaron derrumbándose con el peso de la guerra de la independencia americana. En tales circunstancias el único camino de la salida era aumentar los impuestos a los órdenes privilegiados, lo que provocó que éstos, utilizando el poder del dinero, intentaran forzar al rey a aceptar alguna forma de constitución aristocrática. Más adelante se expone el fallido intento de Colonne, interventor general de finanzas en 1783, para imponer un nuevo sistema de contribución territorial más justo que lógicamente perjudicaba a los órdenes privilegiados, y que terminó con su sustitución por Brienne, su principal adversario. Brienne tampoco logró aliviar la situación financiera a pesar de tratar con el clero. Las provincias empezaron a inquietarse ante la situación y estallaron

conflictos, pidieron el restablecimiento de los Estados propios y les fue concedido. El resultado fue, debilitar el poder del Gobierno central y que la influencia local pasara a manos de la aristocracia, ya que los antiguos Estados se hallaban dominados por la nobleza. Tras el fracaso de Brienne, que motivó una serie de revueltas provinciales, el rey nombró a Necker, banquero suizo protestante, ministro de finanzas. Éste recurrió a la ayuda del Tercer Estado para lograr su política financiera y frenar la ofensiva de los órdenes privilegiados. Trató a su vez de reforzar la representación del Tercer Estado en los Estados Generales y de recurrir al voto en común. La aristocracia inició la ofensiva contra el Tercer Estado presentando las peticiones igualitarias de éstos como un ataque contra la monarquía.

El conflicto fundamental entre la aristocracia y el Tercer Estado era eminentemente social, aquéllos querían a toda costa defender su *status* y éstos estaban decididos a destruir la concepción de la sociedad que la nobleza hacía suya. Pedían la sustitución del nacimiento por el “mérito”, una sociedad donde todas las puertas estuvieran abiertas al talento y a la educación. Finaliza este capítulo con la exposición detallada de los *Estados Generales*, la conversión del Tercer Estado en Asamblea Nacional, y el triunfo final de la aristocracia al ponerse fin al absolutismo borbónico que aceptaba una *constitución* emanada y controlada por los Estados Generales, que estaban en manos de los órdenes privilegiados.

LA VICTORIA DEL TERCER ESTADO

La primera parte de este capítulo se dedica a estudiar la verdadera composición del Tercer Estado, que no constituía una auténtica representatividad de los plebeyos, y a explicar las distintas propuestas de los *cahiers* de cada Estado y provincia dentro de los Estados Generales. Las peticiones fundamentales se centraban en: la abolición de la prerrogativa real para los arrestos administrativos (*lettres de cachet*), libertad de prensa, igualdad fiscal, supresión de tributación indirecta, responsabilidad de los ministros ante una asamblea elegida por sufragio, e igualdad de acceso a los cargos públicos sin discriminaciones clasistas.

Más adelante se pone de manifiesto el dilema que se le planteó en el verano de 1789 al Tercer Estado para lograr su objetivo. ¿Podría lograrse con el consentimiento del rey y de los órdenes privilegiados, o su realización implicaría necesariamente un conflicto violento? Los conciliadores (Mounier y el Delfinado) eran partidarios del compromiso que garantizase los objetivos esenciales. Los radicales (Breto-

nes, Siéyès, Le Chapelier) consideraban esencial el contacto con las masas, ya que su apoyo era necesario en el momento de la prueba de fuerza. Siéyès propuso que el Tercer Estado se constituyera en Asamblea Nacional, y los diputados, por iniciativa de Mounier, prestaron el célebre *juramento de la Sala del Juego de Pelota*, el 20 de junio de 1789, de no separarse hasta tanto Francia no tuviese una constitución.

La coincidencia de un crítico período de escasez de pan y alimentos con la crisis política de julio propiciarán los acontecimientos para una insurrección popular que llegó a tomar las armas enardecidas por los oradores revolucionarios. El motín se transformó en revolución al asumir la burguesía la dirección de los acontecimientos en lugar de apoyar al rey. Se narran al final del capítulo los sucesos de la toma del arsenal de los Inválidos y de la Bastilla por la recientemente creada milicia popular denominada Guardia Nacional, asimismo se detallan los levantamientos en provincias que culminaron en los asaltos a los palacios de los señores feudales. El poder pasará así a manos del Tercer Estado al producirse la capitulación del rey. El régimen feudal quedaba abolido por la Asamblea Nacional.

EL FRACASO DEL COMPROMISO

Se analizan aquí las divisiones que se crearon después del primer estallido revolucionario en el seno del Tercer Estado. Los radicales contaban con las fuerzas populares de París para intimidar a la Asamblea, y los *monarchiens* se inclinaban hacia la monarquía para instaurar una monarquía constitucional conservadora a través de la creación de una Cámara Alta. La reacción popular no se hizo esperar, produciéndose la invasión de Versalles que condujo al rey hasta París. El "compromiso" de los *monarchiens* fue derrotado. El golpe a la Iglesia no se hizo esperar, y en noviembre se aprobó una Ley en la Asamblea por la cual se vendían las propiedades de la Iglesia y de la Corona en cuatrocientos millones de libras. Las órdenes contemplativas se abolieron en 1790 y en junio de este mismo año se aprobó una Constitución Civil del Clero. El clero de Francia quedó escindido en dos facciones hostiles. La jornada de julio de 1790 cuando los guardias nacionales de toda Francia se reunieron en París para prestar, con Luis XVI, juramento de fidelidad a la Constitución, fue el más importante festival revolucionario. El autor pone en evidencia cómo la cooperación con el rey de los diferentes grupos revolucionarios, bien por considerarlo impotente, o ante la amenaza

de inestabilidad social, es uno de los fenómenos más sorprendentes de este período.

La segunda parte del capítulo se refiere a la proliferación de los clubs revolucionarios (cordeleros de Danton, Jacobinos, Círculo Social de Fauchet...), que insistieron en la necesidad de crear las bases sociales de la propiedad y en la insuficiencia de las reformas puramente políticas, ello recabó el entusiasmo de los habitantes más humildes de las ciudades y la Revolución hundió así sus raíces en los estratos más bajos de la sociedad francesa. Nacerán los *sans-culottes* (los pobres), cuya importancia posterior en el rumbo de la Revolución será transcendente. El rey intentó gestionar la intervención extranjera y a su vez trató de huir a la frontera nordeste y acogerse a la protección del emperador de Austria, pero fue detenido y arrestado. La *masacre* del Campo de Marte en París puso en evidencia que la Revolución no era un movimiento unitario contra la aristocracia. Ello fue motivo de separación entre los que querían hacer concesiones al *ancien regimén* y los que no estaban dispuestos a aceptar esa política y sí a considerar como enemigos de la nación a los revolucionarios conservadores. La Constitución de septiembre de 1791, aprobada por el rey, sólo logró ahondar las diferencias.

LA REVOLUCIÓN DE FRANCIA, 1789-1791

Hampson destaca en este apartado “cómo para poder apreciar correctamente la forma adoptada por la transformación de la sociedad francesa, debe tenerse siempre presente la actualidad que subyace a todo el proceso. En sus propósitos, la transformación consistió en la aplicación de principios universales e inmutables dirigidos a lograr el bien general; en la práctica, aun beneficiando a todas las clases, tendió a transferir el poder desde los diferentes sectores de la aristocracia al cuerpo general de las personas ricas e ilustradas, dentro de la cual la nobleza era sólo una minoría”. En ningún momento del proceso revolucionario se pensó seriamente en la posibilidad de expropiar a una clase social. Las tendencias extremistas sólo surgieron en 1792 cuando la unidad se quebró totalmente. Más adelante, se explica con detenimiento la reorganización de la administración local francesa: elección de los funcionarios, nueva división del territorio en 83 departamentos o unidades administrativas, a su vez divididos en distritos y *communes* (municipios); todos ellos administrados por un Consejo elegido mediante sufragio. Por lo general los departamentos estaban en poder de los burgueses adinerados (monárquicos

constitucionales), los municipios eran más radicales, y las aldeas estaban en manos de los adversarios de los señores.

El sistema judicial se hizo humanitario e imparcial, se abolió la bárbara tortura de la rueda sustituyéndose por una máquina recomendada por un diputado de París, el doctor Guillotin. El mecanismo aseguraba que en adelante las zonas rurales no estarían dominadas por un juez de paz que fuera al tiempo el principal propietario local y el más importante dador del trabajo. El Ejército, aunque continuó siendo de alistamiento voluntario, se democratizó en su jerarquía de mando, llegando los marineros a elegir a sus propios oficiales. La Guardia Nacional continuó como un cuerpo de apoyo semi-militar. Finalmente se apunta, muy acertadamente, cómo la venta de las propiedades eclesiásticas constituyó una oportunidad excepcional, a los que disponían de capital suficiente, para adquirir tierras a precios muy bajos y de ello se beneficiaron todas las clases sociales, aunque lógicamente más la nobleza y las clases medias que los campesinos pobres.

EL VIRAJE

Este capítulo está dedicado al problema y desarrollo de la Guerra Exterior contra el emperador austriaco, medio utilizado por el monarca y los revolucionarios para salir del punto muerto a que había llegado la política interior, con lo cual la Revolución emprendería un nuevo y desconocido rumbo político que terminaría con la cohesión nacional de 1791. Esta guerra duraría, casi sin interrupción, veintitrés años. En adelante la lucha se desarrollaría entre quienes deseaban el restablecimiento de la autoridad real al precio de la derrota de Francia, y aquellos otros cuya lealtad a la Revolución les impulsaba a efectuar cualquier concesión como precio de la victoria militar. La defensa de la Revolución en la primera fase de la guerra tuvo que descansar en la población urbana trabajadora: los *sans-culottes*. Su decidida intervención en el asalto al palacio de las Tullerías el 10 de agosto de 1792 señaló para la nobleza parisiense el fin del *ancien régime*. El 25 de agosto supuso la proclamación más importante de la legislación antifeudal y de medidas a favor del campesinado. Todos los derechos señoriales eran abolidos sin indemnización, a menos que sus propietarios presentaran títulos originales.

LA DIVISIÓN DE REPUBLICANOS

Hampson nos describe aquí las disputas entre girondinos y montagnards en el seno de la Convención Nacional, organismo soberano

elegido para elaborar una nueva Constitución y para gobernar Francia en el intermedio. La composición social de la Convención era muy similar a la de las asambleas anteriores, la mayoría de los diputados procedía de la clase media urbana, predominando los hombres de leyes. Los girondinos acabarían aliándose con los realistas, y los montagnards con los *sans-culottes*.

Más adelante se señala cómo debido a la escasez y elevado precio del grano, la Convención hubo de enfrentarse también con el problema de las agitaciones campesinas y las peticiones de las autoridades locales para que se restableciera la tasa de precios. La Convención acabaría estableciendo una actitud de estricto liberalismo económico, excepto en materia de exportación, llegando a imponerse la pena de muerte para sus infractores. También destaca en este periodo la creación de un Comité de Salvación Pública, compuesto de nueve miembros, para supervisar la gestión del Ejecutivo. Este capítulo acaba describiéndonos la derrota de los girondinos que fueron expulsados de la Convención por los montagnards y sus aliados, los *enragés*.

LA PRECARIA VICTORIA DE LOS "SANS-CULOTTES"

La primera parte del capítulo está dedicada a resaltar la importancia práctica de la Ley de 17 de julio y la de febrero de 1794 sobre legislación del suelo, que terminaron de abolir el feudalismo y todas sus obligaciones sin indemnización alguna. También se estudia la primera Constitución democrática francesa de 1793, lograda gracias a la Montaña, de interés teórico, ya que nunca llegó a aplicarse y que proclamó: el sufragio universal masculino, la responsabilidad de la sociedad de proporcionar trabajo a los hombres capaces y medios de educación y subsistencia a todos los ciudadanos.

Los descalabros militares y la locura de Charlotte Corday al asesinar el 13 de julio al ídolo *sans-culotte* Marat, fue un desencadenante de la cólera revolucionaria. "La defensa nacional se fundió con el avance social de los *sans-culottes* y cuya vida había que proteger mediante la violencia contra los especuladores, acaparadores y ambiciosos generales, capaces de traicionar a la República a cambio de beneficios personales." Los jacobinos pidieron la puesta en marcha del Terror. Se implantó la Ley de Sospechosos que decidió las personas que debían permanecer en prisión. Los antiguos enemigos fueron liquidados por el tribunal revolucionario (María Antonieta, Barnave, madame Roland y Dubarry, dirigentes girondinos...). Más tarde, explica el autor, le tocaría el turno a la Iglesia, que hasta la abolición

de la monarquía había estado identificada con el Estado y la marcha de la Revolución. Los revolucionarios comenzaron a odiar a sus asociados religiosos. Hampson lo atribuye a que la Revolución comenzó a adoptar algunos atributos del culto religioso (juramentos sagrados, altares de la Patria, árboles sagrados de la libertad), asumiendo la forma de una religión cívica similar a la propugnada por Rousseau en el último capítulo del *Contrato social*. Los revolucionarios consideraron además el celibato eclesiástico como un insulto a la moral natural y un repudio del deber de ciudadano a formar y educar una familia patriótica. Se acentuó la campaña de descristianización y casi todas las Iglesias francesas fueron consagradas al culto de la Razón, que era generalmente alguna belleza local.

Los *sans-culottes* alcanzaron de esta forma su apogeo de poder y de influencia política, ya que se les dio preferencia en toda clase de cargos públicos, administrativos y militares. Su victoria fue precaria debido a sus limitaciones, ya que su poder dependía del apoyo que recibieron desde la Convención, y cuando ésta se lo retiró sustituyéndoles por el Comité de Salvación Pública, quedó evidenciada su verdadera condición de agentes primero y víctimas después de los revolucionarios de la clase media.

El penúltimo capítulo, "El doble fracaso de la política de principios y del oportunismo", está dedicado en primer lugar a estudiar las actuaciones del Comité de Salvación Pública con su política nacional unificadora y centralizadora que adoptó una organización burocrática sin paralelo con ningún otro país del siglo XVIII. En otro orden de cosas, las victorias en la Guerra Civil llevaron aparejadas una de las represiones más feroces de prisiones en toda la Revolución (en Lyon hubo 2.000 ejecuciones y en el Loira fueron ahogados otros tantos).

Más adelante se señala cómo después de que los *montagnards* conquistaran en el verano de 1793 el control de la Revolución, se escindieron en facciones enemigas. El Comité se dividió también, y en abril de 1794 comenzaron las "purgas", Danton, Desmoulins, Delacroix y otros diputados jacobinos más fueron juzgados y ejecutados bajo la acusación de entregar secretos del Gobierno al enemigo. El ejército revolucionario quedó disuelto y por primera vez desde la Revolución el Gobierno tenía poder suficiente para imponer su política tanto a la Asamblea como a todo el país. Robespierre y Saint-Just quedaron dueños de la situación, poniendo en práctica su filosofía revolucionaria, en muchos aspectos anticipo de la dictadura del proletariado marxista de los Estados totalitarios del siglo XX, como "fuente de los valores morales". La represión política fue

centralizada y acelerada, siendo aplicada la pena de muerte a todos los "enemigos públicos".

Después de anotar los aspectos positivos de esta última etapa revolucionaria, se describen los acontecimientos finales de la Revolución con el ajusticiamiento de Robespierre y sus amigos, y se analizan algunos hechos posteriores a la Revolución: triunfo de la derecha, inflación económica, neutralidad religiosa, derrota definitiva de los *sans-culottes* y el acercamiento del ejército al poder como precursor del bonapartismo.

El último capítulo del libro estudia las consecuencias de la Revolución Francesa, poniéndose en entredicho tanto su carácter de "encrucijada del mundo moderno" como la exagerada concepción de que fue un período de "indiscriminada carnicería". En apoyo de sus tesis cita a los tratadistas D. Guérin y A. Cobban y maneja asimismo estadísticas y datos comparativos. Hampson saca, entre otras consecuencias, que: la Revolución no trastocó las grandes líneas de la propiedad agraria francesa, acabó con el absolutismo del derecho divino y estimuló el desarrollo de las teorías sociales, que pronto se convertirían en socialistas; y concluye, "en ningún caso resulta posible negar a la Revolución Francesa su trágica estatura como profunda convulsión social de la que la Europa moderna ha nacido".

Este excelente trabajo de Norman Hampson, cuajado de notas a pie de página y complementado con una documentada bibliografía por capítulos, supone una gran aportación a la ya dilatada serie de libros escritos sobre la Revolución Francesa. Su enfoque claramente sociológico, que discurre paralelamente a la enumeración de los sucesos políticos, hacen a esta obra muy atractiva y útil para estudiantes e investigadores en el campo de la historia contemporánea y de la sociología política, ya que ésta puede hallar buena parte de sus raíces en muchos aspectos del fenómeno revolucionario francés de finales del siglo XVIII.

J. L. G.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

HERNÁNDEZ SUÁREZ, MANUEL. *Bibliografía de Galdós - I*. Las Palmas de Gran Canaria. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972 [1974]. 553 págs.

No se puede dudar de que nos encontramos ante una obra clave para el estudio exhaustivo de la heterogénea producción literaria de don Benito Pérez Galdós y desde ahora en adelante todos los estudiosos que deseen trabajar sobre ella, de una manera cierta, segura y eficaz, tienen que contar con este asombroso trabajo realizado durante siete años de tenaz y anónima labor por don Manuel Hernández Suárez: *Bibliografía de Galdós - I*. (Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria).

Cuando una autoridad mundial en la materia como don Agustín Millares Carlo, otro canario de pro, hizo su presentación en la "Casa de Colón", se produjo en tonos de muy razonados elogios y de verdadera admiración a la tremenda labor realizada por su recatado autor durante nada menos que siete años de árida labor de recopilar datos y datos sobre la dispersa y dilatada obra galdosiana. El señor Millares Carlo hizo votos porque el II tomo pueda también llegar al público, puesto que, en efecto, ya lo tiene terminado.

Podríamos extendernos mucho más —escribe en la nota preliminar de su obra don Manuel Hernández Suárez— *sobre la génesis de esta Bibliografía, cuyo tomo II tenemos terminado y preparado para la imprenta, pero creemos que una bibliografía apenas necesita prólogo. Se trata de una sencilla presentación. Sólo nos resta agradecer al Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria el haber hecho posible la publicación de esta obra.*

Para mí resulta un hecho muy digno de estimación que de nuestro medio ambiente cultural o, por mejor decir, desde él haya arrancado hacia todos los horizontes mundiales de cultura y de estudiosos responsables de la obra de don Benito Pérez Galdós, una del contenido

de ésta de don Manuel Hernández Suárez, que estamos comentando y que, sin duda, con toda indiscutible autoridad en la materia hizo su elogio en la tarde de su presentación en la “Casa de Colón”, una figura como la de don Agustín Millares Carlo. Y lo más atractivo del hecho que comentamos es que, además, se haya producido con la sencillez que su autor lo ha hecho sin echar a vuelo ninguna clase de campanas de fanfarria, sino dentro de su diario vivir recoleto y retirado en sus afanes creativos.

Para Canarias tiene que ser un timbre de honor que la obra de un hijo tan universal como don Benito Pérez Galdós pueda desde hoy ser estudiada, si se quiere hacer con verdadera responsabilidad, a base de tener a la mano una guía de ella tan valiosa e imprescindible como la que ha creado, con su eficacia y sencillez características, otro canario de la valía de don Manuel Hernández Suárez.

*El profesor Montesinos —escribe el señor Hernández— reconoce la necesidad de una bibliografía de nuestro gran escritor; a este respecto nos dice lo siguiente... Y por de pronto es una erudición a secas, humilde, resignada, prudente, la que podría llevar a cabo muchas tareas indispensables que, por no haberse intentado nunca en serio, nos tienen privados de textos genuinos sobre los que trabajar con alguna precisión. Carecemos y careceremos por mucho tiempo, de una bibliografía solvente de las obras de Galdós, sin la que es impensable una edición puntual de sus obras. ¿Quién ha visto y estudiado esas primeras ediciones de los Episodios...? Los que no serían siquiera capaces de planear esa bibliografía considerarán el proyecto mil codos por debajo de su dignidad científica. ¡Una bibliografía! ¡Eso lo hace cualquiera que esté dispuesto a emborronar unos miles de fichas! A la vista está... Ahora, sin esa bibliografía es imposible enfrentarse con la tarea de una edición como la que merece la obra de Galdós... (José F. MONTESINOS: *Galdós - I* (Madrid, Editorial Castalia, 1968, pág. XII)).*

Es muy interesante hacer resaltar que el autor de esta obra monumental sobre la de don Benito Pérez Galdós, se ha nutrido de toda la precisa información recogida y que está también en nuestro medio ambiente, o sea, en las bibliotecas de nuestro histórico “Museo Canario” y “Casa-Museo Pérez Galdós”.

“Ambas se complementan —escribe el señor Hernández Suárez— y forman el fondo documental más importante que existe sobre don Benito, con el enorme aliciente para los investigadores de que se encuentran en pleno crecimiento. En el “Museo Canario” se guardan la mayor parte de las primeras ediciones de las obras de Galdós, aparte de otras muchas y de numerosas traducciones. Lo mismo ocurre en la “Casa Museo Pérez Galdós”, dependiente del Cabildo Insular de Gran Canaria, que conserva la propia biblioteca de don Benito, su archivo epis-

tolar, algunos manuscritos de sus obras y unos curiosos álbumes de recortes de prensa. Como fuentes adicionales citaremos la Hemeroteca Municipal de Madrid, inagotable en cuanto a referencias galdosianas se refiere. Asimismo, las numerosas bibliografías parciales que se publican en revistas especializadas: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Índice Histórico Español*, *Revista de Literatura* y tantas otras.”

Este tomo I de la *Bibliografía de Galdós*, está estructurado a base de I: Obras Completas. II: Novelas de la primera época; Novelas españolas contemporáneas. III: Episodios Nacionales. (Primera serie; Segunda serie; Tercera serie; Cuarta serie; Serie final). IV: Teatro. V: Adaptaciones teatrales. VI: Narraciones. VII: Obras inéditas. VIII: Memorias. IX: Prólogos. X: Viajes. XI: Discursos. XII: Poesía. XIII: Artículos. XIV: Cartas. XV: Traducciones. XVI: Miscelánea.

En el capítulo XI, sólo nos encontramos: 1/. Discursos académicos, 1897 y 2/. Entre canarios, 1900. Ya sabemos que en este aspecto a Don Benito había que arrancarle con sacacorchos o cosa por el estilo, como suele decirse, un par de palabras, por lo cual no parece extraño que a lo largo de su vida su actividad oral sea tan reducida y, estoy por decir, que *inevitable...*

Ahora lo que hace falta es que a base de esta obra, básica para los que deseen adentrarse en la heterogénea de Pérez Galdós, con las debidas garantías de andar sobre terreno firme, de que antes se carecía, como apunta el profesor y autoridad galdosiana José F. Montesinos, es que se emprenda la tarea muy necesaria y urgente de una edición verdaderamente auténtica de las *Obras Completas* de Pérez Galdós, podada de la serie de errores, términos equivocados, erratas garrafales, etc., que se observan en las hasta ahora dadas a la publicidad con bastante falta de sentido crítico de sus ocasionales editores, algunos demasiado ocasionales, por no decir otra cosa más apropiada. Esta edición de la obra *completa* y *auténtica* de la producida por Pérez Galdós, con verdadera seriedad y responsabilidad críticas, también debiera ir precedida de un estudio preliminar de altura y categoría intelectual dignas de atención, a fin de dar en tierra con toda la serie de tonterías que se han antepuesto a muchas de las ediciones de las obras galdosianas, en las que sus pretendidos prologuistas se esfuerzan, ante todo por desvirtuar el genuino pensamiento galdosiano y dejarlo reducido a un insignificante azucarillo destinado a disolverse en el contenido de un vulgar vaso de agua... natural o del grifo, como suele decirse.

Muchas cosas más quisiera decir sobre esta obra gigante de don Manuel Hernández Suárez que, como digo, sienta los hitos im-

prescindibles para poderse adentrar en la inmensa creación galdosiana, si se desea estudiarla a fondo y con verdadera seriedad crítica; pero no me atrevo porque al lado de ella me veo demasiado falto de predicados culturales para hacerlo con éxito y sin caer en la topiquería al uso. Sólo he deseado atraer la atención de los posibles lectores sobre este trabajo singular que hace unos meses escasos el indiscutido don Agustín Millares Carlo nos dio a conocer, en su presentación, desde una de las tribunas de la “Casa de Colón”, de una manera adecuada y justamente ponderada, secundado por los profesores don Alfonso Armas Ayala y don Sebastián de la Nuez Caballero.

Y deseo terminar estas líneas haciendo resaltar, a mi modo de ver, que entre don Benito Pérez Galdós y don Manuel Hernández Suárez existe la indudable coincidencia que de ambos se puede decir aquello de “*por sus obras los conoceréis*”, pero nunca por sus tufos de voltear campanas de repiqueos impertinentes, egolátricos, narcisistas, tartufos o, sencillamente, *dalinianos*...

A. HURTADO DE MENDOZA

HODGETT, GERALD A. J. *Historia Social y Económica de la Europa Medieval*. Madrid, Alianza Universidad, 1974, 246 págs.

Este libro tiene su origen en una serie de conferencias sobre "Historia Social y Económica de la Edad Media", que el historiador Gerald A. J. Hodgett pronunció en 1967 para la Universidad de Columbia Británica. Se trata de una síntesis muy completa de buena parte de la bibliografía existente y fundamentalmente de las investigaciones llevadas a cabo en las últimas décadas sobre aspectos de la vida social y económica de la Europa medieval, es decir, el milenio comprendido entre la caída del Imperio Romano y el descubrimiento de América. No es una obra de investigación estrictamente original, pero sí una aportación muy valiosa por cuanto se sintetizan hechos, contraponen teorías históricas y se apuntan causas del desarrollo socioeconómico medieval.

La obra está dividida en dieciséis apartados. En la primera parte, se explica la descomposición del Imperio Romano tras la muerte de Teodosio por la división del mismo en dos zonas geográficas (Oriente y Occidente). La caída definitiva del de Oriente (476) por la presión de los pueblos bárbaros (godos, germanos, suevos, vándalos, alanos...), que acabaron asentándose definitivamente en todo el Imperio occidental creando sus propios reinos. Las transformaciones étnicas y lingüísticas que produjeron y su asimilación artística y cultural cristiano-romano-bizantina. También se estudia con detalle el progreso técnico en los sistemas agrícolas (cultivos, arados, molino de agua, especies) y ganaderos, poniéndose de manifiesto la lentitud de la economía rural, aunque más importante en el norte que en el sur, durante el período que va desde el año 500 al 100.

Más adelante se explica el origen y evolución del señorío, claro exponente del feudalismo, "mediante el cual los hombres libres, ante la inseguridad de sus cosechas, buscaban el patrocinio de un rico propietario, al que ofrecían sus pequeñas tierras, obligándose por su

parte a una serie de cargos y prestaciones para con su protector". Al hablarnos del desarrollo de la industria y el comercio en los primeros siglos medievales, Gerald Hodggett contrapone las teorías de Dopsch y Henri Pirenne sobre otros historiadores que mantienen que el eclipse del "gran comercio" del Mediterráneo se realizó a partir del siglo v. Aquéllos niegan el carácter de "bárbaros" aplicado a los germanos, y Henri Pirenne, en su obra *Mahomet et Charlemagne*, mantiene la tesis de que la decadencia del gran comercio se debió a los avances del Islam a fines del siglo vii, que provocó la sustitución monetaria del oro por la plata y posteriormente la del papiro por el pergamino. Hodggett por su parte, opina que "ni las invasiones germánicas, ni la aparición del mundo islámico, eclipsaron por completo la actividad comercial, ya que en el Norte floreció el comercio a partir de los siglos viii y ix a través de los vikingos, que establecieron contactos comerciales desde Escandinavia hasta Constantinopla a través de Rusia". También se hace referencia al mapa de Vinland y al posible contacto noruego con las costas americanas en el siglo x.

Después se describe el renacimiento comercial de la Europa occidental (Italia), a partir del siglo x, a costa de los árabes y bizantinos. La organización del comercio y la banca en Italia como consecuencia de la explosión demográfica de los siglos x al xiv y de las Cruzadas. La postura de la Iglesia, contraria al sistema de crédito con intereses, frenaría en parte este desarrollo, aunque no impidió que en 1408 se estableciera en Génova el primer Banco público (San Jorge).

Al estudiar el crecimiento económico de los siglos xii y xiii, pone en evidencia la carencia de datos numéricos y parte del principio de que "deben estudiarse los cambios estructurales en la economía como problema sociológico", es decir, de la relajación de la estructura social. Factores tales como, economía eminentemente agrícola, lentitud en los adelantos técnicos, principios religiosos y la dificultad de movilizar a las fuerzas de producción (tierra, trabajo, capital) son, entre otros, analizados con precisión aquí.

En otro apartado se exponen los medios de transporte utilizados en la Edad Media (caminos, carreteras, vehículos, sistemas de navegación...). Capítulo aparte merece el estudio de las dos zonas más desarrolladas de la Europa medieval: *Bizancio* y *Córdoba*. Sus sistemas de cultura, arte, demografía, economía, etc., se examinan con detalle, así como su benéfica influencia en toda Europa.

Al referirse a la industria de la construcción se exponen los núcleos más importantes, su origen claramente defensivo (castillos, murallas)

y religioso (iglesias, catedrales, monasterios), y de expansión demográfica, especialmente a partir del siglo xi. Asimismo se estudia someramente el nacimiento de los estilos románico y gótico, y las agrupaciones de mano de obra especializada (albañiles libres), poniéndose de manifiesto el carácter *capitalista* de la organización de la producción de la construcción, ya que los albañiles no poseían ni sus materiales, ni sus medios de trabajo, no pudiendo superar su condición de asalariados.

Tras analizar el desarrollo histórico, geográfico y sociológico de los sistemas de la industria textil y metalúrgica, así como los avances tecnológicos producidos (altos hornos para la obtención del hierro), Hodgett concluye su documentado trabajo estudiando detenidamente las relaciones feudales en las sociedades agrarias y las técnicas y cultivos en el trabajo de la tierra, que garantizaron un mayor nivel de vida a buena parte de la población a base del trabajo intensivo del suelo". Finalmente, evidencia cómo los descubrimientos geográficos del siglo xv abrieron nuevas rutas comerciales por el Atlántico y el Índico, y, también, que la imprenta ofreció a Europa inmensas posibilidades para la difusión de la cultura. "Aunque el nacionalismo estaba resquebrajando la unidad de la cultura, rota ya con la caída del Imperio Romano, la semejanza de las formas de vida en toda Europa fue tan grande que no volvería a conocerse nuevamente hasta el siglo xx."

JOSÉ LORENZO GARCÍA

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

IFACH, MARÍA GRACIA. *Miguel Hernández, rayo que no cesa*. Editorial Plaza-Janés, S. A., Barcelona, 1975, 350 págs.

Es ésta, sin duda, la más completa biografía dedicada al gran poeta oriolano, publicada hasta ahora, incluidos el ya lejano estudio de Concha Zardoya¹ y el más próximo del hispanista Darío Puccini.²

Por ser la autora levantina como Miguel y haberle tratado de cerca en la época de la guerra civil (y acaso también haya contribuido su sensibilidad femenina), ha podido ofrecernos con emoción y justeza "paralelamente vida y obra" "a través de mi humana captación del humanísimo poeta", como ella dice en el prólogo.

Recogiendo documentos directos de sus manuscritos, cartas o papeles íntimos, desde su adolescencia hasta su encarcelamiento y desastrada muerte, que Josefina Manresa, la viuda del poeta, ha guardado con exquisita devoción, y naturalmente los testimonios directos o indirectos de escritores (como Carmen Conde, Alexandre Guerrero Zamora, Azcoaga, Rodríguez Spiteri, etc.), o de correspondientes y amigos (como Molina, Martínez Marín, Ramón Sijé, Martínez Arenas, Carlos Fenoll, etc.), o tomándolos de otros investigadores y obras anteriores (como Concha Zardoya, C. Couffon, Cano Ballesta, Puccini, etc.), nuestra autora ha enriquecido extraordinariamente este precioso y a la vez profundo estudio biográfico de uno de los más humanos y más grandes poetas de nuestro tiempo.

Temas polémicos de la vida íntima de M. Hernández, como son las relaciones con su familia, especialmente entre padre e hijo, o el tema de su religiosidad, o la actitud de los intelectuales y amigos en sus sucesivos viajes a Madrid y después de la guerra con motivo

¹ Véase, "M. H., vida y obra. Antología", *Rev. Hispánica Moderna*, julio-octubre 1955.

² Véase, *M. H. Vida y Poesía*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1970.

de su encarcelamiento, los resuelve valientemente y creemos que con justicia y acierto. En cuanto al primer tema dice de modo tajante que Miguel es “incomprendido y extranjero en su propia casa, un día y otro, un año y otro año, en lucha con el carácter irascible del padre, que se opone a que estudie y a que lea siquiera” (p. 26). En cuanto a la religiosidad de Miguel, a pesar de su cordial relación con los jesuitas de Orihuela, con los que no dejó de tener contacto —gracias a la comprensión del P. Almarcha— se negó desde niño a seguir la carrera eclesiástica, en parte por el ejemplo de su propio padre y en parte por su desapego de los ritos católicos, aunque como afirma María Gracia, siguiendo a otros biógrafos, a causa de la influencia de su entrañable amigo Pepe Marín (Sijé), siempre permaneció dentro de la ideología y la creencia cristianas, y concluye: “Yo entiendo que M. H. fue cristiano convencido, no por seguir una postura ancestral y gratuita, sino por su propio discernimiento” (p. 119).

En cuanto al contacto de Miguel con los intelectuales de su época, en su primer viaje (1931), aunque fue bien recibido por Giménez Caballero, Aurora de Albornoz, y por sus jóvenes compañeros de colegio, Augusto Posada y J. Bellod, a parte de “auténticas limosnas”, como dice la autora, nada hicieron por buscarle algo estable en la capital. En el segundo viaje (1934) a pesar de que se pone en contacto con Bergamín, María Zambrano y García Lorca, y su nombre va siendo más conocido gracias a su primera obra *Perito en Lunas* (1933) y a la revista oriolana *El Gallo Crisis* (1934), donde colabora, tampoco logra una ayuda positiva, y tiene que regresar de nuevo a su pueblo. Es, al fin, en su tercer viaje (a fines del mismo año) cuando consigue, primero trabajo en las Misiones Pedagógicas, que dirigen E. Azcoaga y J. A. Maravall (dato poco conocido), y luego logra su estabilidad junto a José María de Cossío en la elaboración de la Enciclopedia de los Toros, trabajo que, aunque muchas veces le pareció árido, le permitió establecerse en Madrid, y llegar a la curva máxima de su asimilación y expresión poéticas en contacto con Neruda y Aleixandre.

Cuando nuestra biógrafa se enfrenta con el último período de la vida de Miguel Hernández, que titula “Calvario de cárceles y muerte” (1939-42), al que le dedica casi una tercera parte de su obra, lo enlaza con sus esporádicas detenciones anteriores, como la de Alcázar de San Juan (1932) y la de San Fernando del Jarama (1936), detenido, en ambas ocasiones, por no llevar la documentación, siendo objeto de malos tratos, como si en ello se presagiara su largo peregrinar por las cárceles de la posguerra y su dolorosa muerte.

Nos relata con toda prolijidad la serie de acontecimientos, con angustia contenida, que presididos por un impulso fatídico o un sino trágico, le llevaron a Miguel a su tierra, apoyándose en su propia inocencia y en su ingenua confianza en la justicia humana, y luego a rechazar todo perdón basado en la renuncia a sus convicciones, según la embajada de J. María de Cossío, J. María Alfaro y Sánchez Mazas, y menos manifestar su voluntad de regeneración —como habían expresado en un escrito sus paisanos— pues como comenta María Gracia Ifach: “Pero es que tampoco tenía de qué ni por qué regenerarse. Esta es la gran verdad y en virtud de esa verdad dirigió sus pasos durante la guerra y durante su éxodo de prisionero” (pág. 247).

Como todo buen biógrafo, nuestra autora, quiere dar unidad y coherencia a la vida de su héroe, lo que consigue casi siempre, señalando la evolución del hombre y del poeta, camino hacia la cima de su virilidad y de su expresión. Así vemos cómo uno de los aspectos más detalladamente estudiados, es el proceso de su sentido amoroso erótico y trascendente, desde el contacto con la naturaleza a su propia experiencia vital —que después de algunos titubeos— se relaciona con Josefina, su único y probado gran amor, relatado a través de sus cartas, notas, comunicaciones directas de la viuda y desde sus primeros tímidos poemas amorosos hasta los viriles y fogosos del *Rayo que no cesa* (1936), rayo amoroso que le perseguirá —en sus anhelantes ausencias— toda su vida, y hasta los poemas más profundos del “esposo soldado”, enlazados con el fruto del amor en “el hijo de la luz y de la sombra”.

Paralelamente a este proceso, pero no estudiado tan detenidamente, sigue María Gracia Ifach la evolución religioso-político-ideológica, del poeta, enmarcada primero en el ambiente levítico-oriolano, abierto luego a los aires nuevos de su superdotado amigo y primer guía Ramón Sijé, con sus enlaces madrileños de la revista *Cruz y Raya*, hasta su integración, bien abonada por su contacto con las raíces populares de su vida, en las ideas renovadoras de los intelectuales, que se terminan por consolidar con los hitos que van jalonando los acontecimientos: levantamiento de los mineros de Asturias, estallido de la guerra civil, la muerte de García Lorca y finalmente sus actuaciones en el bando republicano, que le arrastran desde las cóleras, casi panfletarias de *Viento del pueblo* (1937) hasta los apasionados poemas del “odio por amor” del *Hombre que acecha* (1938-39), y los versos de su “última voz encarcelada” (como dice V. de la Concha) y estrangulada, cuyos mejores poemas aún se le quedaron dentro como indica su biógrafa.

Para completar la biografía de Miguel Hernández la autora añade, al final, una tabla cronológica de su vida y de su obra, una bibliografía de las ediciones de sus obras publicadas hasta la fecha y otra de las poesías incluidas en antologías y selecciones, y, finalmente, otra de traducciones más importantes. Hubiera sido conveniente incluir un índice onomástico y de obras citadas en el texto, siempre útiles al lector curioso y al investigador literario.

Ahora que Miguel Hernández está en olor de multitud y de juventud, parecía un oportunismo la publicación de una nueva biografía sobre el poeta, pero el que la lea comprobará que no se trata de salir del paso con un relato más o menos novelesco, sino de un profundo y sentido estudio realizado a lo largo de varios años, hecho con rigor, con documentada y exacta bibliografía —dispersa en periódicos, revistas, libros, de los más variados países y provincias españolas—, y avalada, sobre todo, como indicamos, por el contacto directo del más íntimo archivo del poeta, que conserva su amada e inolvidable Josefina, y todo ello organizado y expuesto con un estilo sereno, contenido no exento de una profunda emoción, donde si algo pudiera censurarse es la insistencia en el aspecto familiar, en detrimento de sus contactos humanos e intelectuales con los hombres de la *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*, *Caballo verde para la poesía*, *Hora de España*, *El Mono azul*, etc., pero eso sería materia para otro estudio, así como la recopilación de su epistolario inédito, del que María Gracia Ifach nos da aquí unas muestras, y el disperso por tantos libros y revistas.³

SEBASTIÁN DE LA NUEZ

³ Al año de la publicación de esta excelente biografía, ya se puede enriquecer con nuevos libros y ensayos, tan interesantes con el no comentado, de MARIE CHEVALIER, *L'homme, ses oeuvres et son destin*, Dijon, 1974, y los más recientes de MUÑOZ HIDALGO, *Cómo fue Miguel Hernández* (1974) y el de SÁNCHEZ VIDAL, *Miguel Hernández en la encrucijada*, publicado en *Cuadernos para el diálogo* (1976).

INSTITUTO DE MÚSICA RELIGIOSA DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CUENCA. *Polifonía de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Cuenca: Alonso Xuárez y Julián Martínez Díaz*. Estudios biográficos y transcripciones musicales por RESTITUTO NAVARRO GONZALO y MIGUEL MARTÍNEZ MILLÁN; revisión y notas de ANTONIO IGLESIAS y JESÚS LÓPEZ COBOS; investigación y recopilación de ANTONIO IGLESIAS. Cuenca, 1970, XXXIX págs. de texto, 6 láminas y 206 págs. de transcripciones musicales, notas críticas e índice general.

Es éste el sexto volumen de los que anualmente se realizan con motivo de la Semana de Música Religiosa de Cuenca. El objetivo principal que persigue es dar a conocer la antigua música de dos de los más significados maestros de capilla de la catedral conquense: Alonso Xuárez, cuya actividad cubre las tres últimas décadas del siglo XVII (1665-1696), con un paréntesis de diez años (1675-1684) que pasó en Sevilla, y Julián Martínez Díaz, su sucesor, que falleció en Cuenca en 1729. Para ello, el promotor de la obra, Antonio Iglesias, convocó a don Restituto Navarro, a la sazón maestro de capilla de la catedral conquense, y a don Miguel Martínez Millán, organista de la misma catedral, repartiéndoles el trabajo a realizar: Alonso Xuárez para don Restituto y Julián Martínez para don Miguel. Con la colaboración de López Cobos, Iglesias se encargaría de supervisar los trabajos, bajo el declarado pretexto de “revisiones y notas”.

El libro se divide en dos partes: una de investigación histórica en torno a los dos maestros elegidos y otra dedicada a la edición de alguna música de ambos. Veamos lo que, en cada una de estas dos partes, se ha realizado con cada uno de los dos maestros.

R. Navarro se atiene a publicar una serie de acuerdos capitulares referidos a las fechas límites de la llegada de Xuárez a Cuenca desde

Madrid, a su despedida para Sevilla, su retorno a Cuenca diez años después y su fallecimiento. Deja en blanco la investigación intermedia referente a los largos veinte años, repartidos en dos etapas, de su actuación en la catedral. En este sentido, delimita perfectamente los años de la actividad profesional de Xuárez y deja una puerta abierta a una posterior investigación más exhaustiva. Dentro de este mismo criterio se manifiesta Martínez Millán al estudiar a su biografiado: se limita a detallar las circunstancias de las oposiciones que ganó el maestro Julián Martínez en Cuenca en enero de 1697 y, a continuación, reseña la fecha de su fallecimiento.

En realidad, tanto Navarro como Martínez Millán son músicos, no historiadores, y desde esta perspectiva y teniendo en cuenta las escasas posibilidades que existen en Cuenca de consultar obras especializadas y ampliar la investigación, ambos han cumplido bien su cometido. Lo que parece incomprensible es que sus “supervisores”, asentados en Madrid, no les hayan prestado una colaboración más eficaz, dando incluso por buenos algunos importantes errores de bulto. Veamos un ejemplo:

R. Navarro comienza la comunicación histórica sobre su biografiado afirmando que “es inútil buscar una noticia de Alonso Xuárez en historias y diccionarios musicales”, a excepción de una breve nota que publicó Saldoni en sus *Efemérides...* hace ya más de cien años. Indudablemente, si hubiera buscado en otros diccionarios no por la X, sino por la S o por la J, hubiera sido más afortunado. Pero esto no sólo referido a diccionarios. La realidad es que un músico de la talla de Alonso Xuárez ha interesado desde mediados del siglo XIX, en que Hilarión Eslava publicó ya motetes suyos en su *Lira Sacro-Hispana* con una nota biográfica, que fue la que le sirvió de base a Saldoni. Por otra parte, en 1904 apareció en Sevilla una preciosa obra histórico-musical del investigador hispalense Simón de la Rosa y López, *Los seises de la catedral de Sevilla*, en cuyas páginas 154 a 157 se incluye una extensa semblanza biográfica de Xuárez, escrita nada menos que por su contemporáneo y amigo, el canónigo Juan de Loaysa. Y esto no es todo, pues en diversos números del *Anuario Musical*, que desde 1947 publica en Barcelona el Instituto Español de Musicología del C. S. I. C., han aparecido diversos trabajos con luengas alusiones y documentos sobre Alonso Xuárez que no han sido en absoluto aprovechados.

Sorprende leer unas comunicaciones complementarias de López Cobos, quien a título de hacerse cargo de la investigación en Madrid se limita a extraer unas notas nada novedosas del catálogo musical de la Biblioteca Nacional, elaborado hace años por J. Subirá y

H. Inglés. Esto se comenta por sí solo. Por su parte, Iglesias se lamenta de no haber llevado a cabo una investigación más completa por no haberse podido trasladar a Sevilla (hasta aquí iría bien encaminado). El Escorial, Montserrat o Munich (!). ¿Qué esperaba encontrar en estos últimos lugares, aparte de alguna obra de Xuárez que nada significará al lado de las centenas de composiciones de este maestro conservadas en Cuenca y Sevilla? Podría haber seguido citando también, en este orden de cosas, a Valladolid, Las Palmas y otras localidades donde también se conservan obras de Xuárez. Pero no es ese el camino a seguir: la investigación sobre Xuárez, habría que hacerla en Madrid, desde donde salió para Cuenca, en Toledo, donde se formó con el maestro Tomás Micieles, y en Guadalajara, de donde era natural; pero todo esto se ignora cuando no se lee nada de lo mucho que ya se ha publicado.

Por otra parte, si se hubiera exigido a los investigadores cuquenses tan siquiera una somera lectura de las actas capitulares de la época de sus biografiados, no hubiera sido difícil descubrir que Julián Martínez fue de niño colegial de San José en Cuenca y alumno aventajado de Alonso Xuárez. Resulta gracioso comprobar que es ésta una publicación sobre maestro y discípulo, sin que las numerosas personas que han intervenido en su elaboración lo llegaran ni siquiera a sospechar.

En cuanto a la música, se han elegido nueve obras litúrgicas de texto latino: seis de A. Xuárez y tres de J. Martínez Díaz. Todas son excelentes, como era de esperar en tan grandes músicos. Las normas de publicación resultan lo suficientemente diplomáticas como para poder emprender, a partir de esta edición, una restitución de las obras correctamente realizada. Aclaremos, llevando esta cuestión al terreno serio que le corresponde, que hay aquí una absoluta ignorancia de la técnica de edición aplicable a este tipo de música: la crítica de las fuentes brilla por su ausencia; el problema de las tesituras no interesa nada; el de la *semitonía subintellecta* aparece malamente resuelto en unas notas finales de A. Iglesias, y la resolución del bajo continuo no ha preocupado en absoluto ni a los transcritores ni a los supervisores.

Como consecuencia de todo esto quisiéramos exponer, a título de ejemplo, lo que acontece sólo en *O María*, el primer motete de Xuárez que abre la parte musical. Se han incluido en la edición de esta pieza, como obra del propio Xuárez, dos partes de violín que, sin duda alguna, fueron añadidas por un maestro posterior, del siglo XVIII. Estas partes tardías de violines fueron escritas originalmente en tesitura real, en tanto que la obra de Xuárez aparece

notada una cuarta por encima de su efecto verdadero. El transcriptor tendría que haber trasportado las voces y el bajo continuo a la tonalidad real, de acuerdo con lo indicado por todos los teóricos de la época; lo que se ha hecho, en cambio, es trasportar la parte de los violines a una quinta grave, con lo que operan en una tesitura de auténticas violas y quedan desfasados una octava entera con respecto al conjunto. ¿A qué seguir enumerando yerros, propios del más absoluto diletantismo musicológico?

Hay quienes se indignan cuando ven que se invierte dinero en costosas publicaciones realizadas por gentes sin competencia alguna. Nosotros creemos que, a pesar de todo, existe un aspecto positivo en este tipo de iniciativas: es mejor que exista esta publicación a que no haya nada en absoluto. A veces, tristemente, la condición para que se realice “algo” que despierta vivamente nuestra curiosidad científica y cultural es que ese algo se haga por quienes ningún derecho se han ganado para ello.

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

ITURRALDE, JUAN. *El viaje a Atenas y los labios descarnados*, Barral Editores, Barcelona, 1975, 278 págs.

Este tomo de Juan Iturralde, en Barral Editores, encierra dos novelas de casi igual extensión, del mismo autor, que se coloca, en el primer relato, bajo la égida de Acquíloco y en el segundo, bajo la de John Keats. Hay, en ambos, diferencias espaciales, ambientales, temáticas, pero una igualdad de estructuras fundamentales, cuyo esqueleto pudiera resumirse en “el haber sido siempre los seres humanos, seres para la muerte” y cuya única diferencia con este sentimiento y esta realidad común a toda la humanidad se dan en los protagonistas de Iturralde como verdadero morbo, y que la plena conciencia de ese “sentimiento hacia la muerte” se conduzca por los caminos de la revolución, la enfermedad o el accidente.

También hay diversidad de ritmos en estos dos relatos: en la primera novela, el ritmo de la acción es rápido, y en el segundo, muy lento, moroso, hasta lograr un cierto parecido con la prosa modernista o de lo que nos ha quedado del modernismo en el resto del siglo xx, que abandonó esa escuela a bombo y platillo y no ha podido desprenderse de ella. Son ambas novelas, también, procesos intinerantes. En la primera es un muy marcado viaje al pasado que se ha de convertir en viaje en busca de la muerte. Los vehículos en que se realizan son diferentes, pero yo diría que en Iturralde esta referencia a elementos materiales del conjunto y del paisaje narrativo, tienen mucha importancia. En el segundo relato hay intentos tanto de viaje al pasado, siempre presente, como de premoniciones mucho más marcadas y expresas que en el relato neohelénico de la primera narración. En ambas los medios de locomoción están empleados con verdadera maestría. No se trata de esos motivos heredados de la literatura antigua para crear un clima, e investigados por los eruditos como Ernst Robert Curtius. Se trata de una

serie de apoyaturas móviles —trenes, camiones de carga, autobuses, transatlánticos, aviones, etc.— que desempeñan casi el papel de personajes al limitar, con carácter de dioses antiguos, la vida de estas gentes que Iturralde pinta al borde del abismo, o mejor en marcha por el camino de donde no se vuelve jamás.

Casi sin transición, el siglo xx pasó del modernismo al surrealismo, como en algún momento todo el mundo de lo onírico pasa también a primer plano en estas novelas de Iturralde. Muchas veces son imprecisos sus sueños y parece que esta técnica de no delimitar la ha tomado directamente del montaje cinematográfico en que la duermevela y el delirio pueden expresarse en imágenes concretas y muy claras, como a su vez, las cosas reales, pueden hacerse aparecer como borrosas y distantes. A aquella marcha reversible del tiempo, los recuerdos, y a esta confusión de realidad e irrealidad parece en definitiva como si muchas veces el autor le tuviese miedo y creo que es por lo que trata con frecuencia de fijar este tiempo con alusiones a situaciones históricas reales que llega hasta la introducción de páginas periodísticas en un género que, en el fondo de su semántica, entraña todo el problema del fracaso del hombre. Y no hay buena novela sin un buen fracaso.

Este aspecto imprescindible de la novela está representado en el primer relato novelesco en el fracaso —vejez, enfermedad y frustración de atentado— de un revolucionario. En el segundo caso está representado por la frustración de un alto ejecutivo que lleva dentro a un literato y / o / catedrático de literatura, en donde sus eternas dudas, su situación en la pasada guerra civil española, sus aprensiones y enfermedad, han constituido todo un andamiaje “hecho para el fracaso de sus sentimientos”, aunque en lo externo sea un hombre de éxitos y suerte.

No soy muy partidario de que elucubraciones biográficas interrumpan el análisis de “la obra que está ahí”, pero es posible que en el segundo relato muchos vean al autor del mismo, mucho más que en el primero. Quizás sería para otra clase de crítica la de las expresiones tales como el que “los enfermos no soportan las comiseraciones” o el “tanto quejarse” de la página 183 que quizás encierre la verdadera semántica de estos dos relatos. En cualquiera de los casos no voy a entrar en los dudosos y complicados campos de la crítica psicológica dentro de una tan breve reseña.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

LÖVE, A. & LÖVE, D. *Plant Chromosomes*. J. Cramer, Vaduz, 1975.

Los autores de este pequeño libro han superado en mucho su intención de hacer el texto comprensible para aquellos que no hayan tenido un contacto previo con el fenómeno básico de los cromosomas en botánica.

Este libro será de gran ayuda a los estudiantes como guía explícita para las técnicas de investigación cromosomáticas y para su entendimiento. Lo recomiendo también a los graduados y a los que trabajan en el campo citológico como libro de referencia. Abundan las definiciones de toda la terminología que uno es capaz de cruzarse en este campo como también de indicaciones útiles en el uso de material que reflejan muchos años de experiencia y paciencia con los experimentos.

El libro está dividido en seis partes en el que la primera abarca las descripciones básicas de mitosis y meiosis. Las interpretaciones de los complementos mitóticos y meióticos con los que uno generalmente ilustra ciertos aspectos importantes son pequeñas y simples, las encuentro perfectamente adecuadas. En la sección que se ocupa de los números básicos y polyploidia los autores introducen el uso del término "deme" como sustituto de "población local". Esto no puede aceptarse porque el término no implica que los individuales presenten algún parentesco aunque ellos formen una población más que pertenecer a un taxón específico. Los autores admiten que el término fue originalmente propuesto como sufijo, pero parecen ignorar esto porque es el prefijo solo lo que implica el tipo de parentesco. Esta, no obstante, es la única crítica al buen trabajo de los autores de esta materia.

Las otras cinco partes del libro tratan del material, equipos, técnicas de observación, citotécnicas u advertencias sobre publicaciones, materias que no habían sido nunca tratadas tan completas y precisas. Un apéndice de recetas de todas las soluciones esenciales y tinciones

hacen que el texto sea enteramente comprensible y uno se ahorra tiempo y esfuerzo al no necesitar consultar en otros libros más técnicos. Los autores exponen modestamente que su trabajo no pretende explicar todo el gran detalle, pero expresan su esperanza de que el lector se interese en buscar tales informaciones en textos más especializados. Ellos mismos han provisto al lector de esa oportunidad incluyendo una lista extensa de textos para lectores interesados y estos son referidos a lo largo del libro.

Repito que es un libro pequeño, de sólo 184 páginas y 29 figuras pequeñas, y dudo si está justificado el precio de (£ 7.50), precio que puede desanimar al estudiante para quien este libro puede ser de gran utilidad. Está muy bien presentado con sólo dos o tres errores de imprenta, aunque se esperaba por dicho precio una mejor calidad de papel.

ÁNGELA ALDRIDGE

MADURELL I MARIMON, JOSEP MARIA. *Claudi Bornat* [Introducció per Pere Bohigas], Barcelona [Tàrrrega, Arts Gràfiques F. Camps], 1973, 298 pàgs. + 3 hs. (Al frente del título: Fundació Salvador Vives Casajuana).

Con este libro, muy justamente galardonado con el premio Francesc Carreras Candi de 1972, añade su erudito autor una obra más, y de positiva importancia, a la copiosa lista de las que ha dado a la imprenta en el transcurso de su dilatada y fecunda existencia.¹

La mención más antigua (7 de agosto de 1550) presenta a Bornat como librero ("librarius") y ciudadano barcelonés, circunstancia esta última que le supondría una residencia de dos años cuando menos en la ciudad. Del 1 de julio de 1551 data un documento por él firmado,² y en 1552 (colofón de 1553) figura, asimismo, en calidad de librero, en el *Baculus clericalis* de Cucala, impreso por la viuda de Juan Carlos Amorós. Al comentar el documento de 1551, antes citado, preguntábase Rubió si Bornat sería de nacionalidad francesa. Ahora, por el testamento de nuestro impresor, fechado el 12 de octubre de 1580, descubierto y publicado por Madurell,³ sabemos que era "natural de la vila del Pont de Ruua (tal vez Pont de Ruan), regne de Fransa", y "fill de mestre Claudi Bornat, quondam, fundidor de coure..., y de la dona Blanca, de aquell muller". De su matrimonio con una señora de nombre Ana tuvo una hija, llamada como su madre y casada con el librero Onofre Gori, y tres varones, fallecidos prematuramente.

¹ En las observaciones que siguen designamos este libro con las siglas *CB*.

² *Documentos para la historia de la imprenta y librería en Barcelona (1474-1553)*. Recogidos por José María Madurell Marimón. Comentados por Jorge Rubió Balaguer. Barcelona, [1955].

³ *CB*, documento núm. 133, págs. 255-257.

Fue Bornat miembro de la Cofradía barcelonesa de libreros de San Jerónimo desde la fundación de esta entidad en febrero de 1553.⁴ Pronto, por lo menos desde 1556, unió las de tipógrafo a sus actividades como librero. El 1 de septiembre de 1572 se asoció por tiempo de cinco años, susceptibles de ser prorrogados, con Eulalia, viuda de Pedro Montpezat, y con el impresor Simón Arbús, quienes al comprar a Bornat los dos tercios de su imprenta y fundiciones,⁵ creaban un taller que había de funcionar en casa de aquella señora. “Per pacte convingut —escribe Madurell—,⁶ s’hi precisa que el nom de Claudi Bornat aniria al començament i al final del que se estampara pel nostre personatge”.

Carecemos de datos para decidir si este contrato llegó a realizarse. Prevése en él, que durante su vigencia ninguno de los consocios podía tener “ni fer tenir” imprenta en todo el principado de Cataluña, “ni fer estampar a un altre, sinó tan sols al obrador tipogràfic social”. Ahora bien, con pie de imprenta de tal obrador no conocemos ningún libro publicado en este período. Dos nos han llegado en los que consta haber salido de un taller dirigido conjuntamente por Claudio Bornat, quien en el convenio de que tratamos actuaba como librero y no como tipógrafo, y la viuda de Montpezat. Tampoco se explica que la prohibición aludida no afectara a las actividades particulares de Sansón Arbús, por esos años precisamente en pleno desarrollo. Aunque documentalmente no podamos probarlo, creemos que Arbús debió de ser pronto sustituido por otro tipógrafo, que ahora suena por primera vez en la historia de la imprenta barcelonesa: Jaime Cendrat o Sendrat, con quien, el 30 de septiembre de 1573,⁷ vigente aún el anterior convenio, celebró otro nuevo la impresora tantas veces aludida, mediante el cual le vendía en 240 libras un tercio de la imprenta por ella adquirida de Bornat e instalada en su domicilio. Obligábase Cendrat a pagar la indicada cantidad a razón de “quatre lliures cada mes, los quals per soldada guanya en dita companya (la de 1572) y stampa y los guanys se faran en esta companya, y ultra de axó, de sis en sis mesos, sis lliures, y assó fins a tant sia pagat en la susdita quantitat”.

Nueva compañía para la impresión y venta de libros, coplas y otras obras se celebró dos años después, el 25 de agosto de 1575,

⁴ Para su actuación como cofrade, véase *ibid.*, págs. 17-24.

⁵ *Ibid.*, documento 86, págs. 193-196.

⁶ *Ibid.*, pág. 32.

⁷ *Ibid.*, documento 92, págs. 205-206.

entre los libreros Bornat y Farnós, de una parte, y Jaime Cendrat y la viuda de Montpezat de la otra;⁸ entre sus cláusulas figura “que en lo principi de qualsevol llibre de dita Companya hajan de posar lo nom d'en Glaudes y d'en Farnós, és a saber, venense en casa dels dits, y a la darrera dels dits poner Sendrat y na Monpesada”.

Cuatro libros, dos de 1575 y otros tantos de 1576 aparecen impresos, el primero para Bornat, el segundo para éste y Juan Farnós, el tercero para Farnós sólo y el cuarto para Simón García, por “Jaume Cendrat y la viuda Monpesat”; pero esta última, en 1578-1579, desaparece de los pies de imprenta.

Como tipógrafo, produjo Bornat libros tan notables como las *Constitutiones Sacrorum Conciliorum Tarraconensium*, de 1557, en cuya hermosa portada son de admirar la hábil combinación de los tipos capitales con los minúsculos e itálicos; el *Ordinarium Barcinonense*, con sus bien dibujados caracteres romanos grandes y medianos, o bien el *Ars brevis*, de 1565, y los *Colloquia amiliaria*, de 1568, que exhiben una admirable cursiva. Por lo demás de las relaciones de Bornat con los tipógrafos de Italia y Francia dan testimonio, de una parte, el hecho de que el 19 de diciembre de 1570⁹ se comprometió a entregar al Obispo y Cabildo de Tortosa 600 Breviarios del Oficio romano “de bona stampa veneciana” y 400 Misales “de la mateixa e sobredita stampa veneciana, ço és, cent sinquanta de forma de full, y los altres doscents sinquanta de forma de quartió de full del senyal del stamper qui's diu Juncta o del altre per ell”, y de otra, la mención entre las matrices que poseía en 1572, de las correspondientes a la “cursiva de granjon”, alusión segura a la creada por el gran diseñador francés de tipos Robert Granjon.

Una de las primeras marcas usadas por el impresor que nos ocupa, pues figura ya en las antes citadas *Constitutiones Sacrorum Conciliorum Tarraconensium*, impresas en 1557, lleva la leyenda “In Iovis vsqve sinvm”, la cual se explica teniendo en cuenta las palabras con que remata el colofón del libro citado: “En lauri, palmaeque decus super aethera tollit egregios animos, in Iovis usque sinum”. Idéntico escudo se halla en impresiones posteriores, como el *Gestorum Romanorum Epitome*, de L. Floro y los *Progymnasmata*, de Aftonio de Antioquia, e incluso fue usada por otros tipógrafos, como Cormellas. Empero, la marca típica de Bornat, a la que se alude en los pies de imprenta de muchos de sus libros con la frase “Sub aquila forti”, o “A la águila fuerte”, es el águila

⁸ Ibid., documento 98, págs. 210-212.

⁹ Ibid., pág. 15.

y el Niño Jesús. Unas veces, el águila está echada, y en pie, encima de ella el Niño divino, sin orla ni leyenda. Otras el Niño Jesús aparece a horcajadas sobre un águila volante, dentro de un óvalo circuido por la leyenda: "Hic.alma.salvtis.imago.reddita.lvx.terris". Otras veces, finalmente, la misma o parecida figura está incluida en una orla más o menos historiada, con ausencia de la leyenda. También usó Bornat en algunas portadas el grabadito circular del Calvario, que más tarde reaparece en los libros pequeños de Pedro Malo y de otros impresores.

Bajo las rúbricas "El erudito" (págs. 99-100), "El prologuista" (págs. 100-102), "El latinista" (págs. 102-106), "El traductor" (págs. 106-107) y "El poeta" (págs. 107-108), reproduce Madurell los siguientes escritos de Bornat: 1. Dedicatoria en catalán a don Fernando Folch de Cardona y de Anglesola, duque de Soma y gran almirante de Nápoles, que figura en la edición de 1560 de *Les obres del valerós cavaller y elegantíssim poeta Ausias March*. 2. Prólogo en castellano dedicado a Felipe II, que va al frente de la *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada, publicada en 1564. 3. Prólogo en latín al comienzo del *Onomasticon priorum nominum*, de Elio Antonio de Nebrija, que vio la luz en 1561. 4. Prólogo latino a la obra de Juan Holthusio, *Modus examinandi sacrorum ordinum candidatos*, impresa en 1574. 5. Dedicatoria en castellano a don Diego Hurtado de Mendoza, lugarteniente y capitán general en el principado de Cataluña y condados de Rosellón y de Cerdeña, inserta en el libro intitulado *La guerra de Malta*, traducido por Bornat del italiano y salido de sus prensas en 1565, y 6-7. Dos sonetos en catalán tomados de la edición de 1568, y que ya figuran en la de 1566, que Madurell no alcanzó a ver, del *Libret intitulat Directorium Curatorum*, dedicado el uno a don Pedro de Castellet, obispo de Urgel, y el otro a Pedro Mártir Coma, autor de la obra.

No menos interesantes y merecedores de ser divulgadas son las tres producciones de nuestro impresor que publicamos a continuación, y que figuran, respectivamente, en los *Canones et decreta sacrosancti et oecumenici Concilii Tridentini* (1564), en los *Colloquia familiaria*, de Erasmo (1568) y en la versión castellana del antes citado *Directorium curatorum* (1572).

He aquí los textos:

1. Typographus Lectori.S.

Qui de catholica fide rect esentiunt, fatentur emnes utilissimum fuisse humano generi, atque adeo salutare Concilium Tridentinum,

quod eximia summi Dei erga nos clementia, Pii IV Pontificis Maximi sapientia singulari, mirifica Legatorum Cardinalium, qui praeferue vigilantia, maximo etiam Imperatoris, Regum, rerum publicarum Principum et Patrum, qui interfuere consensu, ita confectum absolutumque videmus, ut exitiosum illam animorum pestem, quae quotidie serpebat latius, nunc quidem aliqua iam ex parte compressam esse, brevi autem, ope divina, cinctis populis & nationibus ad communem salutem consentientibus, prorsus tolli posse omnes confidunt: quo merito gratiae sunt habendae primo immortalis Deo maximo, unde bona manant omnia, deinde Pio IV, qui hoc spectavit unum, et in hoc potissimum ab illo primum die, quo summum inter homines omnes potestatem, delatam divinitus, accepit, fixit curas et cogitationes omnes, ut communibus malis generali Concilio mederetur; quo saepe remedio Christiana Respublica erumpentibus vitis occurrit, & impendentes ex dissensione atque discordia calamitates evitavit. Hoc beneficium disseminari quam primum, ac distribui per orbem terrarum, ad propagandam veritatem et divulgandam Ecclesiae Catholicae sententiam necesse est. Itaque nunc eduntur puri Canones et ipsa Decreta cum appendice nulla: tantum ut ea cognoscantur, quae primum sacrosancta Synodus, legitime congregata, deinde Pontifex ipse confirmando servari pariter ab omnibus in perpetuum iussit: nam reliqua Concilii acta, diligentissime per scribas publicos in ipso Concilio excepta et litteris mandata, mox ita emittentur, ut, quaecumque res in controversiam venerit, quaecumque vel sententia dicta, vel oratio habita sit, omnia denique agitata, quaesita, deliberata, suo quidque loco, distincte et abundanter exponantur. Interim accipe summam rei, lector optime, quae ad salutem vehementer pertinet; universam vero Tridentini Concilii, trium Pontificum distinctam temporibus historiam, eodem, cuius ad gloriam haec omnia diriguntur, iuvente Deo propediem expecta. Nullam enim tanti negotii partem ignorare, non modo iucundum est, verum ad multa etiam utile et accomdatum: quod aliorum Conciliorum lectio declarat. Romae. M.D.LXIV.

2. CLAUDIUS BORNAT Bibliopola, atq ue typographus, sapientissimis patriae patribus huius almae Ciuitatis. S. P. D.

Cum nihil charius mihi vnquam fuerit, consules vigilantissimi, ab eo tempore, quo in hac inclyta vrbe vitam edere statui, quam vt labores mei communi Ciuium utilitati potiùs, quam meo quaestui prodesse videren tur: nihil non tentavi semper, nullum non lapidem movi, ut novum (*sic*) aliquid esse cogitarem, vel ex antiquis tam rebus, & quae prorsus oblivioni traditae fuerant, aliquam in vsum reuocarem quae iuvenum studiosorum studia bonarum ad literatum cognitionem posset maximopere promovere. Nam cum omnis opera mea, labores omnis meis libris in emendis ac diuendendis versaretur, magnam occasionem mihi oblatam esse ratus sum in re literaria bonarum discipuli-

narum candidatis aliquid emolumentum adferendi. Quamobrem alias libros varios meis typis excudi curavi, nunc vero libellum hunc Colloquiorum cura Francisci Scobarrii, doctissimi quondam viri aliquot ex auctoribus collectorum, quia nihil aliud magis utile iuventuti bonis in literis instituenda cognovi, iterum excudere statui. Verum cum meum erga rempublicam animum fieri cunctis manifestum exoptem, vobis hanc meam qualem opellam dedicandam existimavi, ut cum prodesse communibus civium studiis curem, vobis reipublicae patribus mea sint vota non obscura. Quid enim mihi suavius esse potest, quam ut intelligam meum hunc animum erga rempublicam a vobis integerrimis reipublicae gubernatoribus approbari? Accipiatis igitur munus hoc perexiguum, quod non ex pondere, sed ex animo offerentis a vobis, quaeso, aestimetur.

3. Al Illustrissimo y Reverendissimo señor el cardenal Servantes, perpetuo administrador del Arzobispado de Tarragona, &c.

Mon señor observandissimo:

Alegrandose tanto y con tanta razon toda esta Provincia, mon señor Illustrissimo, de la tan deseada y felice venida de V. S. Illu., pense ya tambien de dar alguna señal de la parte que me cabia desta comun alegría, con presentar a V. Illus. S. alguna fruta de mi huerta, que fuesse de su gusto. Y entendiendo quan presto esta V. S. Illus. en aprovechar y valer no sólo a este su Arzobispado, cuya cura y administracion particularmente le ha encomendado Dios, pero a toda la universal y Catholica Iglesia, como una de las mas principales columnas de aquella, me atrevi a offercerle esta obra intitulada Directorium Curatorum, traduzida agora nueuamente de lengua cathalana en romance castellano. Porque el gran prouecho que della sacan los curas, como se ha entendido especialmente por su gran requesta, que en poco tiempo he sido forçado de imprimirla tres vezes con grande numero de exemplares cathalanes, no fuesse particular de su provincia y lengua, mas comun de toda España, y de donde se entendiesse su lengua, que se vaya haziendo por su elegancia, y con el imperio de su Rey, otra lengua comun: hasta que salga mas elegante en lengua latina, como esta ya compuesto por su mismo auctor, cuya religion y doctrina como resplandescentes estrellas reluzen por todo el mundo, por ser muy conocidas y alabadas en muchas partes del, como lo fueron especialmente en el sagrado Concilio Tridentino, adonde se mostraron muy señaladas: y agora lo son mas particularmente Rossellon, adonde se vee su admirable luz, y se siente su provechosa influencia, por la especial gracia que hizo Dios al Obispado de Elna, de haverle puesto en su cathedra pontifice, de quien se honrara qualquier otro. Y esto pienso yo bastara por encomendacion de la obra, mayormente para V. S. Illus. que tan conocidos tiene los meritos y valor del autor della. A quien soy cierto yo hago muy

grande servicio en ofrecer y ponerla debaxo del amparo y tutela de V. S. Reverendis. por lo que se le es muy aficionado. V. S. Illus. en esto mirara mi voluntad, pues toda esta puesta en servirle, y rogar a nuestro Señor Dios guarde y prospere La Illustrissima y Reverendis. persona de V. S. De Barcelona, a XVIII de Junio. 1572. De V. Illustris. Señoría muy cierto servidor, que sus Illustrissimas manos besa, Claudio Bornat, impressor.

Bornat vivió aún unos meses después de otorgado su testamento (12 de octubre de 1580), pues falleció el 22 de mayo de 1581 (9). Su última voluntad fue que después de pagadas algunas mandas, “tots los altres... béns meus, mobles e inmoebles, drets, veus y actions mies, qualsevol y aont se vulla que sien, que a mi a pertanguen o per avant me petanyeran en qualsevol manera, dex y atroch a Nostre Senyor Déu, la anima mia y les causes pies devall scrites, instituint Nostre Senyo Déu, la anima mia y les causes pies devall scrites, a mi hereus universals”.

Entre las páginas 61 y 92 del libro que comentamos corre la lista de las “Obras impresas o editadas por Claudio Bornat”, con las oportunas referencias bibliográficas. En esta relación, muy completa, se han deslizado algunas inexactitudes y repeticiones. Madurell, por otra parte, parece haber circunscrito sus investigaciones a las bibliotecas de Barcelona; de haberlas extendido siquiera a la Nacional de Madrid, habría podido citar ejemplares de las obras siguientes: Erasmo, Desiderio, *De octo orationis partium constructione libellus*, 1557: R-27046. Martirano, Coriolanus, *Christus moriens tragedia*, 1560: T-11323. Serra, Francisco, *Consilium sive allegationem iuris*, etcétera, 1562: R-29608. Ariosto, Ludovico, *Orlando furioso*, 1564: R-731. Luis de Granada, O. P. *Instrucción y regla de buen vivir*, 1566: R-27942. Costiol, Jerónimo, *Primera parte de la Crónica del... príncipe don Juan de Austria*, 1572: R-10234.

AGUSTÍN MILLARES CARLO

MARCO, TOMÁS. *Música española de vanguardia*. Madrid, Guadarrama, 1970, 254 págs.

No tratamos aquí sobre una obra escrita por quien fácilmente pudiera ser acusado de desempeñar un ambiguo papel de juez y parte (Tomás Marco es, indiscutiblemente, uno de los más talentosos músicos españoles de la llamada "vanguardia"), sino sobre un gran informe analítico, al margen de todo propósito excluyentista, en el que se procura establecer un orden donde encuadrar a la variada pléyade de creadores españoles adscritos a la pujante fluencia creativa de la "nueva música". La labor no resulta fácil, a menos que, como Marco, se contemple el asunto desde dentro, puesto que, para quienes observan desde fuera el fenómeno de la vanguardia, sus creadores abordan continuamente nuevas posturas estéticas que son en apariencia irreconciliables unas con otras. A Tomás Marco no le ha sido difícil encontrar una estructura formada por una rica gama de "ismos", en cuyas casillas van cayendo, a lo largo de su libro, todas las obras compuestas por la más joven generación de compositores españoles entre 1958, fecha clave de la eclosión musical "revolucionaria" dentro de España, y 1970, en que tiene lugar esta publicación.

El primer problema con que se tropieza Marco es el de su propio escepticismo ante el término "vanguardia". Él es consciente de que no se está refiriendo a una música del futuro, sino del presente, pero de algún modo no tiene más remedio que adoptar, para mejor entendernos entre todos, una palabra en lo que sí aparece implícito cierto matiz de *avanzada*. Esto se produce, en realidad, como consecuencia de una dificultad de asimilación, comprensión o aceptación de este tipo de música por parte del gran público, hecho que, sin duda, conforma en la mente de la generalidad una idea de desfase temporal entre receptor y creador, pareciendo que el primero se encuadra mejor en el presente y el segundo en una

estética que tendrá carta de naturaleza más bien mañana que hoy. Marco analiza algunas causas de este desfase en las postreras páginas del último capítulo de la obra, dando a entender que el punto crítico de este problema estriba en una falta de mentalización dentro de los estamentos de enseñanza, tanto musical como universitaria, en la necesidad de una mayor voluntad de comprensión por parte de la crítica y en una deficientísima distribución del hecho cultural a lo largo y ancho de la geografía española, puesto que hay zonas privilegiadas donde se han alcanzado ya importantes niveles de aceptación que las separan abismalmente de muchas provincias “donde la situación, en este terreno, es exactamente la misma que en el momento en que todo empezaba en los grandes núcleos urbanos”.

Tomás Marco opina que la guerra civil española supuso una ruptura que impidió la consolidación de nuevas estructuras creativas capaces de sustituir el nacionalismo musical español preconizado por Pedrell y llevado a cabo por Albéniz, Granados y Falla. Una nueva mentalidad que empezaba a vislumbrarse antes de 1936 en las actividades de Gerardo Gombau, Gustavo Pittaluga, Julián Bautista, Fernando Remacha, Rodolfo Halffter, Joaquín Homs y, sobre todo, Roberto Gerhard, el único discípulo español de Schönberg, quedó abortada con la dispersión de éstos y el realce, durante los primeros años del franquismo, de una estética musical más bien “andalucista”. Aunque alguno de aquellos creadores, como Gombau, se adscribió al andalucismo, ello no le impidió convertirse después en piedra angular de la irrupción musical vanguardista del 58, primero en el plano pedagógico y orientativo y más tarde activamente; pero la realidad es que esta revolución tuvo que nacer casi por sí sola, antes por influencia de los grandes cambios mentales hacia la avanzada experimentados entre ciertos creadores de artes plásticas (grupo “El Paso”, etc.) que como consecuencia de una lógica evolución histórica en el campo de la composición musical dentro de España.

Para dar una idea de la línea seguida por Marco al estructurar su libro, digamos que está dividido en trece capítulos, cada uno de los cuales tiene un carácter independiente, cerrado, dentro de la obra. Éstos tratan de las siguientes materias: “Los presupuestos”, “La historia de la vanguardia”, “La eclosión dodecafónica”, “La ronda de influencias”, “Expresionismo, impresionismo, expresividad”, “Constructivismo”, “Objetualismo”, “Aleatoriedad”, “Electrónica”, “Palabras y acciones”, “Cita, ‘collage’, criticismo”, “El pensamiento de la música española” y “Movimiento perpetuo”. Generalmente,

Marco clarifica al comienzo de cada apartado la filosofía de los conceptos que en él se tratan, con un lenguaje diáfano y asequible, para entrar a continuación en el análisis que no por lo riguroso pierde atractivo ni amenidad. El autor ha sabido aligerar su texto volcando muy interesantes y enjundiosas informaciones complementarias en las notas correspondientes, y es una lástima que la editorial no distribuyera éstas al pie de las páginas, como es costumbre, sino que aparezcan agrupadas al final del libro, lo que resulta sumamente incómodo para el lector.

Es apasionante sumergirse, llevados de la mano de Tomás Marco, en las profundidades de tan diferentes, controvertidas y contrapuestas tendencias estéticas que configuran la actividad creadora musical de las recientes generaciones españolas, empresa abordada aquí por vez primera con absoluta seriedad y buen tino. El exacto conocimiento que muestra Marco de los nuevos hombres y de todas sus obras, unido a la gran cultura y capacidades de penetración y clarificación que posee, le han llevado a culminar con éxito este libro, que lo mismo puede considerarse como un hito histórico desde el punto de vista musicográfico que como un testimonio fundamental y divulgador de los más recientes hallazgos creativos en España.

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

MARTÍ, SAMUEL. *Alt-Amerika. Musikgeschichte in Bildern*, vol. II, núm. 7. Leipzig, Deutscher Verlag für Musik, 1970, 196 págs. con 152 ilustraciones.

La *Historia de la Música en Ilustraciones* comenzó a editarse en Leipzig hacia el arranque de los años 60 como consecuencia de un vasto proyecto acordado por la asamblea de musicólogos de las dos Alemanias, cuando los objetivos músico-científicos se constituían todavía en motivo de unión cultural del país dividido, prevaleciendo por encima de los intereses políticos: una situación que ya hoy, desgraciadamente, se ha deteriorado mucho. Dentro del amplio programa, cada volumen le fue encomendado al especialista más idóneo. En el caso que nos ocupa, el volumen dedicado a la música de las grandes culturas americanas de la época precolombina fue realizado por el musicólogo Samuel Martí.

Samuel Martí goza de un prestigio internacional bien merecido como eficiente investigador del fenómeno musical en México durante la época prehispánica. Desde sus primeros artículos que, a partir de 1950, fueron apareciendo en *Cuadernos Americanos*, mostró una marcada preferencia por la cuestión organográfica mesoamericana, cuyo análisis llegó a culminar de forma admirable en la segunda edición corregida y aumentada de su libro *Instrumentos musicales precortesianos* (México, 1968). Otra destacada publicación suya, *Canto, danza y música precortesianos* (México, Fondo de Cultura Económica, 1961), ha sido traducida al inglés en los Estados Unidos, apareciendo en Austin a los siete años de publicarse su versión original. En todos estos trabajos aborda Martí el estudio del material arqueológico (los instrumentos conservados y el abundantísimo material iconográfico de las viejas culturas mexicanas) compulsándolo con el informe escrito contenido en las más antiguas crónicas de la época colonial y con la observación directa de supervivencias de rasgos culturales entre los indios actuales: métodos

arqueológico, histórico y etnológico que, en cuidadosa combinación, nos deparan unos resultados más que elocuentes.

El compromiso de abordar una obra en la que necesariamente habría de aplicarse esta misma metodología, pero no sólo referida a México, sino a todas las grandes culturas prehispánicas de América, no podía haber encontrado, a nuestro juicio, más experimentado realizador, pues no cabe duda de que la misma minuciosidad que había mostrado siempre Martí en sus investigaciones musicológicas mexicanas habría de ponerla en práctica, sobre la base de sus vastos conocimientos específicos, al ejecutar su gran informe panamericano. Y ello se pone ya de manifiesto al examinar la amplia bibliografía reunida y utilizada para esta obra, que comprende cerca de 300 títulos de trabajos etnomusicológicos que se refieren a todo el Nuevo Continente.

A la hora de estructurar su labor y de delimitar el amplísimo material disponible, Samuel Martí ha optado por tratar, en una amplia introducción, de los aspectos menos “ilustrables” del tema, abordando, a partir de una breve disquisición sobre los textos de ciertos cantos aztecas, las consideraciones generales referentes a música y religión, música y musicalidad, vida musical y práctica de ejecución música, fuentes escritas, fuentes arqueológicas, cronología y culturas... todo lo cual remata con un concluyente apartado en el que analiza el estado último de la cuestión. Dentro de este sabio planteamiento inicial logra aclarar, por una parte, el espíritu y la psicología musical en la América precolombina desde muy diferentes ángulos de vista, contrastando dentro de cada apartado las diferencias esenciales entre las diversas zonas del continente, y por otra, la variada morfología del material susceptible de estudio. La parte gráfica comentada, que comprende el cuerpo principal de la obra, queda reservada por Martí, principalmente, al estudio minucioso de los instrumentos musicales y de la práctica instrumental.

Esta parte gráfica del libro, profusamente comentada, se refiere, como era obligatorio por definición, a material de *todas* las antiguas culturas del continente, si bien el compilador da amplia preferencia a “su” material sobre las diversas culturas mexicanas. De todas maneras intenta ser equitativo distribuyendo esas ilustraciones a razón (sólo por citar un promedio orientativo) de unas 12 a 15 láminas por cada una de las once zonas culturales en que divide la geografía americana, que de acuerdo con su criterio son las siguientes: Norteamérica; Período preclásico de la Altiplanicie de México; Teotihuacán; Toltecas y Aztecas; México noroccidental; Costa del Golfo de

México; Zapotecas y Mixtecas; Mayas; América Central; Zona andina del norte, y Zona andina central.

El tomo se complementa con diferentes apéndices de mucha utilidad: en primer lugar, una tabla cronológica comparativa de las culturas de Norteamérica y América Central, y otra de las de América Central y Sudamérica, ambas ilustradas con mapas arqueológicos muy orientativos; sigue la amplísima bibliografía especializada sobre el tema, el índice de ilustraciones, el de los nombres y materias citadas en el texto y, por último, el índice general.

Se trata, en definitiva, de una obra realizada con criterio sintetizador de un tema verdaderamente amplísimo, en la que la mentalidad capaz y ordenada de su autor logra dar una gran visión de conjunto y una explicación científica suficiente a las peculiaridades musicales más importantes que se dan en cada una de estas culturas a lo largo de sus historias. El material gráfico está muy bien seleccionado y, por la riqueza de las láminas (unas pocas incluso en color), este libro, a pesar de su alta especialización y de su lenguaje eminentemente técnico, constituye una pieza de consulta tan atractiva y rara en su género como fundamental.

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

MARTÍNEZ CACHERO, J. M. *La Novela española entre 1939-1969. Historia de una aventura*. Madrid, Castalia ("Literatura y sociedad"), 1973. 283 págs.

En medio de la abundante bibliografía reciente sobre el tema de la novela española rigurosamente contemporánea (Clotas, Corrales, Domingo, Gil Casado, Sanz Villanueva, etc.), nos encontramos ante un libro enteramente singular.

Está concebido como historia externa de la producción novelesca que va desde 1939 a 1969 y no trata —salvo breves alusiones inevitables— la novela del exilio (el autor advierte que no es "por ignorancia o menosprecio").

Nos ilustra esta obra (frente a tantos mimetismos y *slogans* como abundan en nuestro panorama crítico) de qué hondo valor interpretativo tiene en sí mismo el dato documentado. Sobre el dato documentado está construido todo el texto.

Claro está que no es el puro dato mostrenco suficiente para sugerir interpretaciones rigurosas y nada subjetivas como las que iremos viendo más adelante: detrás y al hilo del dato se encuentra la inteligente ordenación y la oportuna señalización del investigador que hace caer en la cuenta (implícita o explícitamente) de toda la riqueza de contenido que en el dato se encierra. Se advierte también, como trasfondo, una postura personal hecha de tolerancia y propia exigencia intelectual. De aquí que, con frecuencia, salga mal parado (que no maltratado) el "ideologismo" de toda laya que corroe buena parte de la novela, la crítica o la censura que se ha venido haciendo. Una advertencia innecesaria: la crítica del "ideologismo" a la que aquí aludo no es —ni mucho menos— el "ideologismo", sino esa otra, que desde todos los ángulos está de moda predicar, pero cuya única forma eficaz reside, a mi juicio, simplemente en no caer en lo que se critica (cosa nada frecuente, por cierto y plenamente conseguida aquí).

La Historia de la “aventura” de la novelística de estos años está realizada por décadas, tras un capítulo inicial que sitúa los hechos.

En el primer capítulo (páginas 11-45), se ofrecen datos sobre el estado real de la novela en el momento anterior a la Guerra Civil y se describe la suerte que corrieron —en cuanto a su continuación— los distintos novelistas (los del grupo *Nova novorum* y otros), se habla de las colecciones de novelas por entonces nacidas (*La Novela del sábado*), haciendo referencia a las de aparición posterior: así desfilan *La Novela del Sábado*, *La Novela de “Vértice”*, *La Novela Breve*, *La Novela Corta*, *Novelistas de Hoy*, la otra *Novela del Sábado*, hasta *La novela popular contemporánea, Inédita, Española*, dirigida por Jorge Cela Trulock e iniciada en febrero de 1965. No cabe duda que la historia detallada de estas colecciones sería una importante contribución al estudio social de nuestra Literatura Contemporánea.

En *Los difíciles y oscuros años 40* se pasa revista a todos aquellos acontecimientos que supusieron una “voluntad de resurgimiento” tras los años de la guerra civil. *Escorial*, *El Español*, *La Estafeta Literaria*, la Escuela Oficial de Periodismo y la gestión de Juan Aparicio en general son presentadas positivamente por el autor. La *Editores Nacional*, heredera de las Ediciones *Jerarquía* de la guerra es dirigida desde 1943 por Pedro Laín Entralgo y da a la luz, además de algunas novelas, una colección (*Breviario de la Vida Española*) en los que hay semblanzas de personajes del, a la sazón nefando, siglo XIX, yendo claramente contra la corriente dominante de las biografías de nuestros héroes de la España Imperial. En esta época continúan también los premios nacionales de Literatura (ahora “Francisco Franco” y “José Antonio Primo de Rivera”) que corresponde a novela en 1943, siendo galardonada *La Fiel Infantería*.

Las polémicas culturales del momento que podían centrarse en las convicciones antiesteticistas de la mayoría de los sectores en la situación posbélica y el reto ideológico que supone en su momento el documentado libro *La Generación de 1898*, de Pedro Laín Entralgo, están perfectamente reflejadas en estas páginas.

Otro fuerte caracterizador de estos años, cuyos datos son transcritos en este capítulo, se refiere a la moda de las traducciones de autores extranjeros y a las colecciones de biografía de héroes de nuestro Siglo de Oro, según hemos dicho, de tanta boga en el momento.

Describe a continuación el nacimiento del Premio “Nadal”, transcribe la preocupación de algunos por la falta de crítica solvente en aquellos momentos, da cuenta de las actividades de la censura en las que confluyen influencias políticas y eclesiásticas.

Desde el punto de vista de la novela en sí, es la época del "tremendismo", pero no todo —se nos recuerda— fue tremendismo. Obras de Azorín, Pedro de Lorenzo, Angel María Pascual, el propio Cela, José Ballester, Florentina del Mar (pseudónimo de Carmen Conde), José Félix Tapia, Francisco Montero Galvache, Eulalia Galvarriato, Rafael Sánchez Mazas y Rafael Sánchez Ferlosio son traídas a nuestros ojos como testimonios de "obra" novela de la época.

Termina el capítulo con una "Crónica de varia Lección" en que de manera antitópica se ponderan los siguientes hechos: los éxitos de novela española en la década de los cuarenta (*La Familia de Pascual Duarte*, *Mariona Rebull*, *Nada*, *Lola*, *espejo oscuro*), Baroja y Azorín como supervivientes del 98, la "suerte" de Zuzunegui y sus posibles causas, el olvido de cuatro novelas, a saber: *Leoncio Pancorbo*, de José María Alfaro, *Los dos caminos*, de Pedro Álvarez; *La Fiel Infantería*, de Rafael García Serrano, *Legión*, 1936, de Pedro García Suárez.

La conclusión del capítulo constata cómo, a pesar de los pesares, el género echó a andar y permitió que en la década de los 50 la situación de que partieron los nuevos llegados fuese muy otra. Martínez Cachero afirma: "Hoy día, sabiendo lo ocurrido más tarde, siendo posible comparar décadas con décadas, lo ordinario es olvidarse de que esto fue así y condenar, si bien, a veces, habrá más ignorancia que olvido y menos ignorancia que enturbiaadores prejuicios políticos en quienes así proceden (pág. 149).

De "*La Colmena*" a "*Tiempo de Silencio*" (1951-1962), es el título del capítulo (págs. 151-223), que historia los años cincuenta en sus hechos más significativos: surgimiento de una nueva generación, diferentes grupos de novelistas más o menos rebeldes y/o politizados, amplia nómina de nuevos nombres que son consignados a través de estas páginas.

Como exponente de la postura de un cierto sector de nuestra novelística se trae a colación el *I Coloquio Internacional de Novela* que se celebró en Formentor (26, 27, 28-V-1959) y el libro teórico del novelista Juan Goytisolo *Problemas de la novela*. Los excesos ideológicos (criticados en la siguiente década, incluso, por correligionarios marxistas) del grupo del que fue editor Barral y Castellet máximo teorizador, son puestos de relieve a base de sus propias afirmaciones. Si no se tratara de transcripciones literales, podría pensarse en que se ironizaba.

La nueva situación de la crítica y la constitución de un premio de la misma, la creación de los premios "Miguel de Cervantes" (desde 1949), "Planeta" (desde 1952) y "Biblioteca Breve" (desde

1958), las novelas y los novelistas más significativos, la situación de la "novela católica" en España, la influencia del behaviorismo, las apariciones de *La Colmena* y *El Jarama* están entre los datos que se consignan.

La más extensa crítica de la novelística de Juan Goytisolo está llena de connotaciones negativas en las que —incluso, siendo conteste con ellas el que esto escribe—, se ha de señalar una mayor dosis de interpretación subjetiva que en el resto del libro, si bien es verdad que no hay afirmación que no se apoye sólidamente en los textos de sus novelas y en las declaraciones del propio autor comentado.

Una ponderada valoración de la significación de *Tiempo de Silencio*, novela que la crítica posterior ha potenciado tanto, cierra este penúltimo capítulo.

El capítulo final, *Cansancio y renovación* (págs. 224-259), es ya literalmente actualidad. Se constata en él el cansancio producido por un cierto tipo de realismo, la irrupción de la novela hispanoamericana, el conocimiento en España de la obra inmediata y mediata de los narradores exiliados, la proliferación de los premios y alarmante degeneración de alguno, la recuperación de algunos novelistas que habían dejado de publicar o habían hecho cosas no válidas después de un comienzo prometedor (Laforet, Cela Fernández Santos), la presencia de algunos nuevos valores en el panorama de la novela española, el creciente movimiento crítico.

Se hace historia sobre el proceso de cansancio producido por el realismo "social": muy poco después del coloquio sobre *Realismo y realidad en la literatura contemporánea* (1963), bajo el patrocinio del Instituto francés y el Club de Amigos de la U. N. E. S. C. O. y la presidencia del entonces catedrático de la Universidad de Madrid José L. L. Aranguren, las diversas "carencias" de este realismo son señalados desde diversos ángulos y se comienza a abandonar con rapidez lo que parece ya un barco a la deriva. (No sé por qué, sin embargo, me da la impresión de que el notorio abandonismo de Barral y Castellet, está señalado con excesiva insistencia).

Una abundante recopilación de datos sobre el llamado grupo "metafísico" sobre los premios de novela en esta década (en clara inflación tanto de número como de dotaciones), más una página de epílogo y un índice onomástico y de títulos cierran el capítulo.

Sería ocioso redactar las conclusiones que se desprenden del libro, puesto que el autor mismo las enumera en una *Advertencia inicial*. Son éstas:

“1. La guerra civil no cortó un considerable cultivo novelístico, ni en calidad, ni en cantidad, inexistente en España a la altura de 1936;

2. En la década de los 40, pese a los diversos obstáculos opuestos, la novela española reinició su andadura con una fuerza cuantitativa desconocida anteriormente; unos cuantos autores y títulos, seguros adelantados, quedan como prueba de valor e interés. Sería grave injusticia y, también, gruesa ignorancia proclamar que los novelistas de la llamada generación del medio siglo partieron en su labor de un punto cero;

3. En la década de los 50, donde prepondera el realismo social, no todo fue realismo social politizado; asimismo es muy cierto que no todos los novelistas integrantes de la generación surgida por entonces siguieron un único, rígido y comprometido camino;

4. El realismo social llegó, por la torpe insistencia de algunos de sus adeptos, a producir cansancio y a hacer cada día más patente y urgente la necesidad de una renovación o cambio, conseguido de varios modos y en tiempos distintos. (Algo por el estilo había ocurrido años atrás con el llamado tremendismo. La historia de la novela española de posguerra ¿es, en parte, la historia de tales cansancios?);

5. El balance último de nuestro recorrido histórico-crítico resulta más bien positivo, sin que por esto sean olvidadas las deficiencias y limitaciones que se dieron y aún siguen dándose”.

Sólo nos resta por decir que, efectivamente, creemos que tales son las conclusiones que se infieren de la lectura del presente libro del catedrático de Literatura de la Universidad de Oviedo.

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO

MAYER, A. M. and A. POLJAKOFF-MAYBER. *The Germination of Seeds*, Pergamon Press Ltd., Headington Hill Hall, Oxford, viii + 192 páginas. 1975.

Formato de 26 × 18 cm., encuadernado en tapas duras. El libro corresponde al volumen cinco de una serie internacional de monografías sobre biología pura y aplicada (Plant Physiology). Presenta una visión general de la morfología, bioquímica, fisiología y ecología de las semillas, haciendo énfasis en los procesos relacionados con la germinación. Desde la primera edición en 1963, el texto ha sido puesto al día, así como la amplia bibliografía expuesta al final de cada capítulo. El texto, aunque en inglés, está escrito en un lenguaje sencillo, constando de siete capítulos ordenados en secciones. Aparte del índice de materias, posee índice de las especies tratadas e índice de autores. Las cualidades expuestas, lo hacen un libro de fácil manejo. Buenas ilustraciones, microfotografías electrónicas (de barrido y transmisión), tablas y abundantes gráficas ayudan a la comprensión del texto.

Libro recomendado para aquellos cuyos estudios o trabajo estén en conexión con el conocimiento de las semillas y de los problemas concernientes a su germinación. Como fuente de bibliografía tiene indudable valor, pero en mi opinión, el hecho de que en la relación bibliográfica no figure el título del trabajo, es un inconveniente para el principiante.

Los dos primeros capítulos se centran en aspectos descriptivos: estructura de semillas y plántulas, y composición química de las semillas. La primera parte del capítulo 3, dedicada a los factores que afectan a la germinación, comienza tratando sobre el tiempo en que las semillas pueden permanecer viables, teniendo en cuenta las condiciones ambientales. Se presentan datos comparativos, obtenidos de semillas tomadas de herbarios. La segunda parte se ocupa del efecto de los factores externos sobre la germinación: agua, gases,

temperatura y luz. En el 4 se trata de la dormancia, sus tipos y posibles causas, así como de los medios para superarla. Los inhibidores de la germinación son tratados dentro de los posibles causantes de dormancia. El cinco se ocupa del metabolismo de las semillas germinantes: cambios que afectan a los productos de almacenamiento, degradación y metabolismo de los mismos, síntesis de proteínas y ácidos nucleicos; el intercambio gaseoso y los aspectos bioquímicos de la respiración son discutidos. El tema del sexto capítulo son los efectos de los estimulantes e inhibidores de la germinación sobre el metabolismo y su posible papel regulador. Los ácidos giberélico y abscísico, citokininas, cumarinas y tiourea son estudiados. La ecología de la germinación es el tema del último capítulo. Los factores externos bióticos y abióticos, son estudiados tanto en cuanto a su valor en los diversos hábitats, como en su papel ecológico. Con respecto a la primera edición de la obra, se ha introducido una sección (de un par de páginas) dedicada a las cuestiones concernientes al establecimiento de las plántulas.

VÍCTOR MONTELONGO PARADA

MIGUEL RODRÍGUEZ, AMANDO DE. *Homo sociologicus hispanicus. Para entender a los sociólogos españoles*. Barcelona, Barral, 1973. 292 páginas.

En primer lugar, Amando de Miguel estudia la situación objetiva de sociología hispana en los años 40 y 50. Adviértase que su juicio es desfavorable para la actividad independiente y libre de los sociólogos hispanos de la época. Considera que este grupo, formado por sociólogos españoles nacidos en los primeros años del presente siglo, está muy comprometido políticamente. El condicionante cronológico les obliga a hacer la guerra civil de 1936-39. Es grupo que se siente particularmente influido por el pensamiento alemán. Conjunto de causas que les impele a especial mentalidad, aunque es sabido que los sociólogos, en general, son, entre los intelectuales, los más liberales.

Otra cuestión negativa que señala el libro, en el contexto de la sociología española, es la falta de verdadera comunidad científica. No se da en España esa corriente continua de investigaciones sociales, tan frecuente en otras latitudes, donde se apoya, comenzando por la atmósfera universitaria, económica e institucionalmente el sistema que funciona con el correspondiente cuerpo de investigadores sociológicos. Por el contrario, en nuestra Patria, puede decirse que sus únicos patrocinadores proceden del ámbito empresarial y privado.

Tras de la lógica defensa de sus famosos Informes patrocinados por Fundación FOESSA, aboca el autor del libro en la formulación de las siguientes desproporciones, en torno a la sociología española: gran número de vocaciones y escasos puestos de trabajo. Sin embargo, advierte al respecto, de nuestra concluyente ventaja idiomática en las posibilidades de expansión, puesto que el castellano es lengua oficial de 21 países y es uno de los idiomas extranjeros que tiene mayor predilección entre los estudiantes de todo el mundo.

Como, por otra parte, se favorece el ritmo de cambio y conflictos sociales, debido a que las recientes y amplias hornadas de sociólogos representan, en su opinión, componente ideológico de sumo interés. Es obvio que tal forma de pensar y actuar altera, incluso, el modo tradicional de operar que han tenido los intelectuales españoles. Por tanto, se concluye, en relación con el contexto hispánico, con la formulación de la tesis de que la sociología no es sólo cuestión académica, sino algo que interesa, vitalmente, en estos momentos, a todas las fuerzas activas participantes en nuestro acelerado cambio histórico.

Novedad a destacar, en el pensamiento sociológico del autor del libro que se comenta en la presente recensión, es su decisión de agrupar a los sociólogos españoles por tipos humanos, con abandono, a estos efectos, de la clasificación de los sociólogos, anteriormente hecha, por las diferentes escuelas: católica, empírica y crítica.

Comienza con la descripción del tipo humano editorialista, en el que él mismo se incluye. Es grupo que resulta proclive al comentario de la realidad sociopolítica, con algún toque de argot parsoniano o marxista. El editorialista que provee de conceptos y terminologías al público y a los políticos, al propio tiempo crea ideologías.

Del otro grupo, su despectiva opinión es tajante. Tiene la idea central de remediar, antes de entenderlas, las amarguras de este valle de lágrimas. Sus militantes son los sociólogos de tipo "boy-scout" (que se aprestan a remediar toda clase de problemas), los humanitarios, los reformadores, los entregados a una causa y los que aplican la sociología a las miserias humanas.

Las conclusiones de la encuesta, entre colegas compatriotas, a que Miguel llega, son contradictorias y poco edificantes para la sociología, en su aspecto teórico y de política científica: la sociología es muy conflictiva; los sociólogos se muestran incapaces de explicaciones objetivas sobre la estructura de la profesión; el sociólogo, contradictorio, atormentado e insociable, no revela parte importante de las acuciantes realidades.

Formula la observación de que, en Francia, en la revolución de mayo de 1967 se pedía la muerte de la sociología, sin percatarse, quienes insistentemente proferían tales gritos, que esta revolución la hicieron los sociólogos de la Universidad de Nanterre.

Amando de Miguel sostiene que la profesión de sociólogo es actividad excelsa. De todos los sitios llaman al sociólogo, esta es la verdad, para que evacue su misteriosa opinión sobre los asuntos más controvertidos. La otra faceta, la sociología académica, es algo que

queda, agrega, para nosotros solos, perdidos en pintorescas disquisiciones conceptuales y en divertidas polémicas.

En definitiva, que Amando de Miguel, en su afán sociológico retrospectivo, puesto de manifiesto en varias publicaciones de su ya copiosa bibliografía, con este su pretendido retablillo de la sociología española, consigue, creemos, correcta interpretación del auténtico alcance y significación, entre los sociólogos hispanos, de la nueva y controvertida ciencia de la sociología.

C. P. Y.

Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de Cajas de Ahorros (Madrid), VIII, fasc. 1-2 (1976).

MILLARES CARLO, AGUSTÍN. *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Sección Lengua y Estudios Literarios. México, 1971. 399 págs.

Existe —emboscada— una cierta corriente de opinión que se propone como principal objetivo desvalorizar, y si puede invalidar, el caudal de erudición que el hombre ha ido penosamente acumulando durante siglos. Aparece y desaparece, y en sus períodos de virulencia, a muchos quizá consiga hacer creer que nos es posible e incluso conveniente prescindir del testimonio escrito de nuestro pasado, al que en definitiva se considera como un estorbo. Para los voceros de esta corriente, no sólo sería necesario arrasar las bibliotecas y archivos, los museos y otras instituciones de cultura, sino incluso borrar de nuestra lengua palabras tales como *humanismo*, *erudición*, *bibliografía*, *poligrafía*, *filología*, *etimología*, *lexicología*, etcétera, vocablos por los que deben sentir una particular aversión. Estos iconoclastas probablemente piensan que de esta manera, suprimiendo el nombre, es posible desembarazarse de lo nombrado y de la necesidad objetiva de su existencia. Por otro lado, son los principales propagadores de la eterna cantinela ilusionista de que el hombre debe —para recobrar la felicidad perdida— retornar al grado cero. En definitiva son los peregrinos de El Dorado que caminan de espaldas a la realidad, alejándose cada vez más de la imposible meta que ansían. En el fondo sólo consiguen defender —muy mal y contracorriente— lo establecido, los intereses de los que ven en el ascenso de las masas populares a los bienes materiales y de la cultura un peligro para sus privilegios, entre los que se cuenta el haber detentado históricamente en exclusiva, el acceso a los libros y a la erudición.

Por ello, para los que pensamos todo lo contrario, para los amantes del libro y de las bibliotecas y de su extensión y difusión, resulta aleccionador y reconfortante el manejo de este libro que hoy

comentamos, obra del ilustre polígrafo y humanista, paisano entrañable, don Agustín Millares Carlo. Devoramos sus páginas en busca del dato largo tiempo indagado; nos adentramos en la perspectiva que nos ofrece la descripción razonada del desarrollo y propagación de este medio idóneo de transmisión de cultura; disfrutamos con sus ilustraciones cuidadosamente seleccionadas para cada época y cada avance o descubrimiento; sin darnos casi cuenta somos ganados a través de su lectura por la acertada y competente visión de conjunto que su autor nos regala; y si antes éramos unos tibios amantes del libro y de las bibliotecas donde se conservan y exponen para su uso, ahora quedamos convertidos —por mor de este sabio que es don Agustín— en fervientes y apasionados bibliófilos. Él mismo nos dice, en una advertencia preliminar del libro: “La obra que hoy presentamos a la consideración del público, fruto de largos años de labor y redactada en diversas etapas, no pretende ni con mucho ostentarse como una historia completa y exhaustiva del libro y de las bibliotecas durante el largo período que se extiende desde la Antigüedad grecolatina hasta nuestros días”. Y si bien no se propone efectivamente ser un tratado mastodóntico —que a la postre resultaría oneroso e inmanejable—, el cariño, competencia, erudición y dedicación de su autor, nos brinda la realidad de un libro (mucho más que un simple manual) que, contrariamente a lo que la conocida modestia de don Agustín le hace decir, sí abarca y con singular criterio, todo ese amplio y fructífero período en que el libro —desde sus modestos orígenes de *tablillas enceradas*— y de las bibliotecas (la más antigua que se conoce —nos dice el autor en noticia de Aulio Gelio— fue la del tirano ateniense Pisistrato del siglo iv a. C.) han ido registrando el acontecer, los logros y avances, y la creación imaginativa del hombre, en su lenta evolución histórico-social contradictoria, hasta llegar a ser lo que hoy tenemos conciencia de que somos.

El libro está estructurado en tres partes: Historia del libro. Historia de las bibliotecas. Apéndices. Estos últimos son dos y consisten en una extensa bibliografía dividida en apartados y otra bibliografía más de obras en español sobre técnica de la investigación. Por último una Addenda. Al final hay un índice analítico muy completo. El libro ha sido cuidado por Lauro J. Zavala, como así se reconoce en nota final del autor.

En cuanto a su contenido, difícil, por no decir imposible, el tratar de dar un resumen de materia tan vasta y de tanto pormenor, lo cual no intentaremos, pero sí nos atrevemos a adelantar algunos juicios y opiniones y resaltar determinados aspectos históricos que

nos parezcan relevantes o significativos. Por ejemplo y en el capítulo 1.º, el hecho de que, desde el punto de vista de la historia del libro, sólo se van a tener en cuenta —según manifiesta el autor— tres substancias: *papiro*, *pergamino* y *papel*, que son las que pueden ser consideradas como *materias escriptorias*. Otras como la piedra, el mármol, el plomo, etc., quedarían reservadas a la *epigrafía* y la *paleografía*, disciplinas éstas —continúa diciéndonos— que hoy tienden a borrar sus fronteras tradicionales, para proponerse como objeto común, el estudio de las antiguas escrituras. Así entendemos que queda perfectamente delimitado el campo de estudio que abarca el presente tratado. Epígrafe aparte merecen para el autor las *tablillas enceradas*. La razón principal —añade— consiste en que por su forma y disposición inspiraron las de los *códices*, que en su día sustituyeron al rollo de papiro. De las tres substancias mencionadas, la última, el papel, es la que constituye una revolución definitiva y que unido a la invención de la imprenta por Gutenberg, hacia 1450, dio lugar a la enorme trascendencia y difusión del libro y sus consecuencias de todo tipo tal como lo conocemos hoy. Ambos inventos —nos precisa el autor, y como es bien sabido— tienen antecedentes chinos, el primero introducido en Europa a través de los árabes. En cuanto al segundo (la imprenta), nos dice que no existen pruebas de que estos antecedentes fueran conocidos en Europa.

En lo que se refiere a las bibliotecas, lo más destacable —a mi juicio— referido a todo el período de la antigüedad, son las destrucciones y pérdidas sufridas, de tal manera —tal como nos lo describe don Agustín Millares— que lo que en realidad tenemos es la historia de sus traslados, expolios, ruinas y supervivencias. Por ejemplo:

“La de Pisítrato (que ya hemos mencionado) que Jerjes trasladó a Persia después de la batalla de Salamina, y que más tarde volvió a su lugar de origen devuelta por Seleuco Nicator, rey de Siria” (227). “De la de Platón sabemos que fue abundante, y que en uno de sus viajes adquirió la del filósofo pitagórico Filolao” (Idem), “La colección de libros reunida por Aristóteles pasó a la muerte de éste a su discípulo Teofrasto, quien a su vez la legó a Neleo de Scepis; enterrada a la muerte de éste por sus herederos, a fin de substraerla a las pretensiones de los reyes de Pérgamo, y exhumada más tarde, adquirióla Apelicone de Teios, primer editor de Aristóteles; Sila, conquistador de Atenas, la trasladó a Roma” (págs. 227 y 228). Y no digamos nada de la destrucción de Alejandría en 48 a. de C. y que llegó a contar con más de 400.000 volúmenes (pág. 228).

En cuanto al período de la Alta Edad Media nos dice el autor: “El monacato nacido en Oriente, y pronto trasplantado a las comarcas occidentales, creó una nueva tradición cultural en la que el libro ejerció acción preponderante” (pág. 236). Si bien es harto conocida la enorme importancia del papel jugado por los monjes y monasterios de este período en la difusión y conservación del libro, la amena y rigurosa exposición y el gran acopio de datos de que hace gala el autor, nos hacen adentrarnos en su estudio casi sin esfuerzo, para quedarnos realmente impresionados con la extraordinaria labor cultural desarrollada en este largo período histórico, mal denominado hasta hace muy poco la Edad Oscura.

Finalmente hacemos mención —ya brevemente— al último capítulo del libro, dedicado a las bibliotecas en las épocas Moderna y Contemporánea. El autor nos llama la atención sobre el enorme incremento de las bibliotecas públicas. Es la época de los mecenas y más tarde del despotismo ilustrado. Tanto en Italia (se destaca la Vaticana) como Francia, Inglaterra, España, etc., las bibliotecas son alojadas en suntuosos palacios y se las dota de refinados servicios. Se constituyen en custodia de valiosos manuscritos, libros raros, incunables, grabados, etc. Se confeccionan extensos y completísimos catálogos que facilitan la labor de estudiosos y eruditos. En lo que atañe al mundo hispánico, el autor nos hace una minuciosa y documentada descripción de sus bibliotecas, tanto las nacionales y oficiales como las particulares, destacando la abundancia y calidad de estas últimas. Se extiende también y particularmente en las de los países hispanoamericanos.

Situándonos ya en la época actual, hace destacar los espectaculares logros obtenidos al aplicar la tecnología más avanzada y sofisticada a la catalogación y clasificación de las bibliotecas; la orientación preferente a facilitar la investigación en todos los terrenos y difundir entre un público cada vez más amplio el tesoro de la cultura; la publicación de bibliografías especiales y nacionales; etc.

Cerramos nuestro comentario no sin reconocer nuestro inevitable fracaso al intentar la aventura de querer dar una visión de conjunto de un libro que —en la aparente limitación de tan sólo unas 400 páginas— abarca la alucinante historia del mayor y más fructífero vehículo de comunicación y cultura que el hombre se haya dado. Milagro éste de síntesis y acertado criterio de selección que debemos al infatigable y jovial polígrafo doctor don Agustín Millares Carlo, que une a sus evidentes y conocidas dotes de investigador y erudito,

la también muy importante de amenidad para contarnos una materia que ya de por sí (y dejada en sí) podría resultarnos árida y enojosa.

De esta edición que hoy hemos comentado, sabemos por su autor que se encuentra ya en circulación una nueva reimpresión por la misma editorial, ya que la de 1971 se encontraba agotada.

JOSÉ LUIS GALLARDO

PÉREZ VILA, MANUEL. *Los libros en la Colonia y en la Independencia*
Edición conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de
Carabobo, 1821-1971. Caracas [OCI, Impr. Nacional], 1971.
XII + 236 págs. + 1 hoja; láms.

El profesor Pérez Vila, director de Investigaciones Históricas de la Fundación John Boulton de Caracas, ha tenido la feliz idea de reproducir en el volumen cuyo título encabeza el presente comentario, una serie de estudios, que publicados entre los años 1956 y 1961, no eran ya de fácil consulta, y que por su excepcional calidad merecían ser puestos de nuevo al alcance de los estudiosos. El contenido de *Los libros en la Colonia y en la Independencia* se distribuye en las tres siguientes secciones, que tienen como denominador común la indagación del proceso de la formación intelectual del venezolano durante el período de la dominación española y del de su lucha por la emancipación: I. Lecturas coloniales. II. Bolívar y los libros. III. El ideario de los próceres.

Los dos primeros estudios de la primera sección ("Bibliotecas coloniales de Venezuela" y "Lo que nos dice un viejo inventario") se refieren a un mismo tema, y son una excelente contribución al inventario, a todas luces indispensable para la historia de la cultura en el Nuevo Mundo, que con carácter general tendrá algún día que recopilarse, no sólo de los libros que penetraron en sus comarcas durante el llamado período colonial, sino también de las "librerías", sobre todo las particulares, que en aquéllas existieron dentro de la misma época. Hace unos años dimos a conocer una serie de noticias, susceptibles de muchos aumentos y rectificaciones, que nos fue posible reunir en el transcurso de una prolongada investigación.¹ Como

¹ *Bibliotecas y difusión del libro en Hispanoamérica colonial. Intento bibliográfico*. Caracas, 1970, 54 págs.: Separata del *Boletín Histórico*, editado por la Fundación John Boulton, núm. 22 enero de 1970.

existentes en Venezuela mencionábamos la biblioteca del convento franciscano de Trujillo; la cedida al Seminario caraqueño por el obispo González de Acuña; la del prelado de Mérida de Maracaibo don fray Manuel Cándido de Torrijos; la del también obispo Briceño, de la cual se hizo entrega en 1671 a los padres de la Orden Seráfica, en presencia del síndico apostólico don Pedro Jaspe de Montenegro;² la que existía en el Colegio de la Compañía de Jesús de Mérida al tiempo de la expulsión;³ la reunida por el canónigo caraqueño don Luis Umpiérrez Lozano;⁴ la del Colegio emeritense de San Buenaventura, inventariada en 1791;⁵ la del historiador Oviedo y Baños, especificada en su testamento,⁶ y la del monasterio de San Francisco de Caracas, cuyos libros, juntamente con los que figuraban en el de la Merced, pasaron a nutrir parte de los fondos con los cuales se fundó, por decreto del 11 de julio de 1874, la Biblioteca de la Universidad, y más tarde, la actual Biblioteca Nacional.⁷ A las cuales habrá que añadir la que poseía en Maracaibo don Ignacio Baralt, abuelo del insigne autor del *Diccionario de galicismos*,⁸ en la cual, a vuelta de bastantes libros en francés y alguno en latín, figuraban el *Viaje de España* de Pons; la *Historia de España* del Padre Mariana; la obra del mismo título del también jesuita Masdeu; la *Clave historial* del padre fray Enrique Flórez, O. S. A.; una

² Caracas, Archivo Arq. idiocesano. Véase LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M., *Los archivos históricos de Venezuela* (Maracaibo, Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 1966), pág. 82.

³ ILDEFONSO LEAL, "El Colegio de Jesuitas en Mérida, 1628-1767", en *Revista de Historia* (Universidad Central, Caracas, Venezuela), IV, núm. 25 (enero de 1966), págs. 35-75.

⁴ "Inventario de los bienes del presbítero Luis Umpierrez Lozano, canónigo de merced de la Iglesia Catedral de Caracas (año 1718)". Con nota preliminar de fray CESÁREO DE ARMELLADA, O. F. M. Cap., en *Boletín Histórico* (Caracas, Fundación John Boulton), núm. 11 (mayo de 1966), págs. 175-200.

⁵ "Inventario y avalúo de la Biblioteca del Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida. Año 1791". Introducción y edición de ILDEFONSO LEAL, en *Revista de Historia* (Universidad Central, Caracas, Venezuela), núms. 26-27 (junio de 1966), págs. 63-87.

⁶ GUILLERMO MORÓN, "José de Oviedo y Baños", en su libro *Los cronistas y la historia* (Caracas, Ministerio de Educación, 1957), págs. 85-155.

⁷ BLAS BRUNI CELLI, "Libros sobre la historia de la biblioteca del antiguo convento de San Francisco", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), XLVII, núm. 186 (abril-junio de 1964), págs. 242-264, y en su libro *Estudios históricos*. Caracas, Impr. Nacional, 1964.

⁸ Publicamos su inventario (1806) en nuestra obra *Archivo del Registro principal de Maracaibo. Protocolos de los antiguos escribanos (1790-1836). Índices y extractos* (Maracaibo, 1964), págs. 266-267.

Descripción de las Islas Baleares; el *Espíritu de los mejores diarios de los literatos de España*; las *Ordenanzas del Consulado de Bilbao*; *El erudito Feyjoo* (sic) y *El inimitable Don Quijote*, en tres tomos en pasta; notable partida, porque a Pérez Vila sólo en una lista de libros de las que examinó —la de los que fueron del ex definidor fray Agustín Antonio Álvarez (1808)— le fue dado encontrar “la obra cimera de la literatura castellana”, bien que añade juiciosamente que esto era únicamente prueba de la escasez de los datos que poseía, “ya que el inmortal hijo de Cervantes debió galopar también por la imaginación de más de un criollo venezolano de la época colonial, como entusiasmó a los moradores de Lima y Cuzco, Quito y Bogotá, México y Cartagena de Indias, según lo ha demostrado estupendamente Irving A. Leonard”.⁹

Al Pedro Jaspe de Monasterio, antes citado, ascendiente lejano del Libertador, perteneció la biblioteca estudiada en primer término por Pérez Vila en el capítulo que analizamos, con curiosas noticias que constan en el inventario redactado en 1706, al fallecimiento de su poseedor; “libros que hubieron de sufrir la voracidad del comején y la de los bibliómanos caraqueños de antaño, quienes los tomaban “prestados”, y olvidaban luego devolverlos”.¹⁰ Y a continuación, aporta datos de primera mano, procedentes como los anteriores, de fuentes inéditas, sobre la biblioteca que a bordo de la fragata *Jason* trajo, hacia 1750, el capitán de navío Antonio de Urrutia; los escasos libros del intendente de Venezuela don Tomás González Baca y Godoy, pariente del Príncipe de la Paz, y los de su fiscal don Diego Romero y Montero; las obras de devoción que en apartada plantación de cacao del Valle de Choroni conservaba celosamente el anciano hacendado vasco don Francisco Ignacio de Eyzaguiire; o los libros sospechosos que en 1794 le fueron decomisados a Juan Manuel de Santelíz, corregidor de Siquisique, y los cajones de libros que el mismo año recibía en La Guaira don Gervasio de Navas..., sin olvidar que a comienzos del siglo XIX, el reverendo padre ex definidor fray Agustín Antonio Álvarez, en su convento barquisimetano, solía entretener sus ocios con las discretas locuras del Hidalgo manchego y con la profunda simpleza de su escudero.¹¹

Pertenecen estas palabras al capítulo titulado “Lo que nos dice un viejo inventario”. Trátase del que en 1749, cuando la alarma provocada por la subversión de Juan Francisco de León contra la

⁹ Pág. 13 del libro aquí reseñado.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 14-15.

¹¹ *Ibid.*, pág. 15.

Compañía Gupuzcoana se elaboró para dejar constancia de los bienes que dicha entidad guardaba en sus almacenes de Caracas, breve estudio que vio la luz en la *Revista Bolivariana de Venezuela*¹² como introducción a un valioso trabajo del doctor Vicente de Amézcaga, cuyo título no se nos indica.¹³

Al finalizar este capítulo hace alusión Pérez Vila a los libros poseídos por don Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre del Libertador, sin que pueda determinarse cuáles le correspondieron a este último en la partición de los bienes paternos. Estas noticias vienen a enlazarse con las contenidas en la Sección segunda, que como antes dijimos, está consagrada a “Bolívar y los libros”; pero antes de entrar en este tema, se intercalan dos interesantes apartados, referente el primero a “Polémicas sobre representaciones dramáticas (1775-1829)”, y relativo el segundo a “El canónigo Madariaga y la Inquisición caraqueña”.

Los documentos utilizados arrojan poca luz para establecer si varias comedias (*La piedad de un hijo vence la impiedad de un padre*, y *Real jura de Artajerjes; Dicha y desdicha del hombre; Cada uno para sí; Trampa adelante y El Cid Campeador*), que la guarnición veterana de Caracas deseaba llevar a la escena en 1775, pretensión que originó ciertas diferencias entre el gobernador don José Carlos de Agüero y el provisor y vicario general del Obispado, doctor Miguel Muñoz, llegaron o no a comparecer ante el público. Mejor informados estamos sobre los incidentes a que dio lugar la representación de otra pieza titulada *Para conquistar desprecios más pueden celos que amor*, que acaso figure con las arriba mencionadas, y en el supuesto de que hayan sido de fecha más antigua,¹⁴ en el *Catálogo bibliográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*¹⁵ de Cayetano Alberto de la Barrera. Del expediente utilizado por Pérez Vila se desprende que en la segunda mitad de la Centuria decimoctava los maracaiberos habían tenido ocasión de deleitarse más de una vez con *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, noticia tanto más preciosa, cuanto que si dos

¹² XVIII, núm. 58, págs. 76 y sigs.

¹³ El propio malogrado historiador reprodujo este inventario y aportó otras importantes noticias sobre diversas bibliotecas venezolanas del siglo XVIII en su libro *Hombres de la Compañía Guipuzcoana* (Caracas, 1963), págs. 238-260.

¹⁴ La titulada *El Cid Campeador*, ¿tendrá algo que ver con la bellísima comedia *Las mocedades del Cid* del valenciano Guillén de Castro?

¹⁵ Madrid, 1869. Se lo ha reproducido recientemente: London, Támesis Book Limited, s. a. (1968) (Colección “Támesis”, serie V. Reproducciones en facsimil, vol. 1).

de los documentos por nosotros examinados de los protocolos del Registro Principal de Maracaibo permitían suponer actividades teatrales en esta ciudad alrededor del año 1801, y rectificaban la aseveración de Fernando Guerrero Matheus¹⁶ de haber sido sólo hacia 1830, finalizada la guerra de Independencia, cuando en Maracaibo “se dieron y se vieron las primeras representaciones teatrales a cargo, desde luego, de jóvenes aficionados de la localidad”, los datos que ahora aporta el libro de Pérez autorizan a retrotraer en el tiempo la existencia de esta clase de actividades culturales.

Bien conocida es la personalidad del canónigo chileno don José Cortés de Madariaga, y la activa parte que tomó en la gesta de la emancipación de Venezuela. Se nos representa a este eclesiástico como hombre en cuyo espíritu prendió la chispa revolucionaria a consecuencia de su viaje a Europa, de su contacto con los filósofos de la época y de la influencia en su ideología del calor de las convulsiones que el viejo mundo experimentaba a la sazón; todo lo cual se compadece muy mal con la representación que Madariaga dirigió en 1804 al inquisidor decano del Tribunal del Santo Oficio en Cartagena de Indias, denunciando los peligros que entrañaban el comercio de Venezuela con los norteamericanos, los viajes que los criollos efectuaban a España con el fin de instruirse, y la lectura de ciertos autores franceses, cuyas obras llegaban con facilidad al país desde las vecinas Antillas; escrito en el que nuestro canónigo llegaba a ofrecerse para desempeñar el cargo de comisario inquisitorial, en vista de incapacidad de su titular. La averiguación de los motivos determinantes de tan contradictoria conducta la deja Pérez Vila en manos del lector, pero aprovecha la coyuntura para precisar con gran acierto las causas a las que Madariaga se refería al denunciar la “cierta libertad” con que en Caracas se hablaba de materias políticas.

Los ocho capítulos que integran la segunda parte —Bolívar y los libros— giran en torno a las lecturas y aficiones literarias y científicas del Libertador. En punto a tales inclinaciones, no fue por cierto Simón Bolívar una excepción, como con elocuencia lo dan a entender los datos que se conocen sobre los libros que pertenecieron a otros de los próceres de la Independencia americana. Abarcando en conjunto los capítulos 1, 5 y 7, resulta que las noticias que tenemos de los primeros libros poseídos por el Libertador corresponden a los días subsiguientes a la batalla de Ayacucho: se trata de los contenidos

¹⁶ *Teatro y gente de teatro del Zulia* (Maracaibo, 1962), págs. 11-12.

en una factura, probablemente redactada en Lima, en 1825, en su mayoría franceses, a juzgar por sus títulos; los que figuran en una relación, atribuible a los primeros meses del mismo año, de las obras que Bolívar se proponía llevar consigo al Cuzco y al Alto Perú, y los que a fines de 1827 y 1828 condújole el Capitán Emigdio Briceño desde Lima a Bogotá. Aquí continuó el Libertador enriqueciendo su biblioteca, y cuando en 1830 salió de la ciudad, llevó consigo dos baúles repletos de libros, que dejó en Cartagena, y que a su muerte fueron distribuidos entre sus herederos. En la primera parte de "La biblioteca del Libertador", se refiere Pérez Vila a las obras que fueron del grande hombre y que actualmente se conservan, a saber: el *Contrato social* de Rousseau y el *Art militaire* del Conde de Montecuculli, hoy en la Universidad Central de Venezuela; varios en su Casa Natal, entre los que sobresalen los *Comentarios de la guerra de las Galias* de Julio César, nueve volúmenes de las *Obras* de Federico el Grande y tres tomos de las *Oeuvres militaires* del Mariscal de Vauban, en la Universidad del Cauca.¹⁷ En otro importante trabajo "La formación intelectual de Bolívar: estudios y lecturas"¹⁸ dio a conocer Pérez Vila ocho listas de libros,¹⁹ de las que ahora reproduce tres,²⁰ aunque sin los comentarios, ejemplar y admirable esfuerzo de identificación de las obras inventariadas en aquéllas". "Las tres primeras —escribe—²¹ (señaladas con las letras A, B, C), que corresponden a la niñez y adolescencia de Simón Bolívar, son propiamente una muestra de las obras que se hallaban entonces a su alcance en Caracas, por haber sido de su padre o por figurar en las bibliotecas de sus tíos Palacios. De las listas restantes, cuatro (marcadas D, E, F, G) corresponden a los años 1825 a 1830, y ofrecen una idea de los libros que entonces poseía, aun cuando algunos, como es natural, pudo haberlos adquirido mucho antes de 1825. La última, distinguida con la letra H, es una nota parcial del año 1832 o 1833 sobre la partición de los bienes del Libertador".

¹⁷ El propio infatigable investigador volvió sobre este tema en "Libros de Bolívar en Caracas", trabajo inserto en *Biblioteca Nacional* (Caracas), 6 noviembre-diciembre de 1959), en el cual añade a las anteriores noticias la de un ejemplar de *Las veladas de la quinta* de la MARQUESA DE SILLERY, traducidas por FERNANDO DE GILMAN, hoy propiedad del doctor Joaquín Gabaldón Márquez, que posiblemente perteneció al héroe.

¹⁸ En Sociedad Bolivariana de Venezuela. *Escritos del Libertador. I. Introducción general* (Caracas, 1964), págs. 291-450.

¹⁹ Págs. 391-415.

²⁰ Págs. 84-88.

²¹ *Escritos del Libertador*, pág. 391.

Muy significativo es el hecho de que en 1810 ó 1811 circulara una hoja sin pie de imprenta, atribuida con fundamento a Juan Germán Roscio, titulada *Pensamientos sobre una biblioteca pública en Caracas*. En el libro comentado en las presentes notas²² se ve cómo, fracasado el proyecto, resucitólo en 1814 el propio Libertador, a base de reunir los libros confiscados a los españoles emigrados y gran número de obras que el Comisario de la Inquisición había decomisado a sus legítimos dueños durante los últimos años. Pero “la derrota de La Puerta vino a sembrar la confusión en el campo patriota, y la emigración de comienzos de julio aventó lejos de la capital a Bolívar y a Arvelo”, encargado de la ejecución del proyecto. “Y en marzo de 1817 el Comisario del Santo Oficio mandará quemar 691 tomos de obras diversas, que una vez estuvieron a punto de constituir el núcleo de la biblioteca pública de Caracas, en plena guerra a muerte”.

La tercera sección de *Los libros en la Colonia y en la Independencia* está consagrada al estudio del ideario de los próceres, es decir, de los hombres que contribuyeron al surgimiento de la nacionalidad venezolana: formación intelectual; epistolario, fuente preciosa e insustituible para conocer sus inquietudes y pensamientos; influencia del espíritu de la Ilustración liberal durante la lucha emancipadora..., todo esto lo vemos aquí agudamente analizado, con un dominio absoluto de las fuentes y vertido en una prosa sobria y castigada, no exenta a las veces de un matiz literario discreto y del mejor gusto; cualidades que, por lo demás, campean en los capítulos todos de este libro admirable, que hemos intentado comentar, quizá dejándonos llevar de lo apasionante del tema, con demasiada y torpe prolijidad en las presentes páginas.

Hemos dejado para el final las que Pedro Grases dedica a presentar al público la personalidad de Manuel Pérez Vila; páginas emocionadas y emocionantes, que muy bien pudieran haberse titulado “historia de una amistad y de una colaboración”, que tan fecundas han sido y serán en el futuro para el progreso de los estudios históricos en Venezuela.

AGUSTÍN MILLARES CARLO

²² *Los libros en la Colonia y en la Independencia*, pág. 106.

QUASIMODO, SALVATORE. *Debe y haber*. (Edición bilingüe). Traducción, estudio, notas y comentarios por MILAGROS ARIZMENDI. Narcea, S. A. de Ediciones, Madrid, 1974, 199 págs.

Para el lector de Quasimodo, la escritura de este poeta siciliano (Módica, 1901) se interrumpía —al menos en su versión española— en el tomo titulado *Obra Completa* (Edit. Sur, Buenos Aires, 1958), empresa acometida por varios y excelentes traductores (Carlos Viola Soto, Alejandra Pizarnik, M.^a Cristina Giambelluca, Franco Moggi y Héctor Miguel Angeli).

En 1958, y durante un viaje por Moscú, Quasimodo sufrió una aguda crisis cardíaca que le retuvo seis meses en el hospital del Botkin. Convaleciente, escribe el poema “Varvara Alexandrovna”, meditación sobre *la Rusia umana/ del tempo di Tolstoj o di Majakovskij* que fraternalmente habría de ampararle—, simbolizada en esa *infermiera della sorte*, la última mujer de su lírica. En 1959 recibe, como es sabido, el Premio Nobel, y mientras en la misma Italia se le discute, el poeta se entrega a una intensa actividad viajera por Europa y América; dicta conferencias y da lecturas públicas de sus versos; continúa asimismo su trabajo de traductor de Eurípides, Shakespeare y otros autores clásicos. En 1965 padece un segundo infarto de miocardio; entre otros muros de hospital escribe el poema “Ho fiori e di notte invito i oppi”, con el que se concluye la última etapa de un denso itinerario vital y poético. *Dare e habere* (1958-1966) es, pues, como su título indica, la revisión de una estética, el último inventario de quien conoce la proximidad del fin.

Dare e avere fue divulgado como libro independiente por la editorial Mondadori en 1966, y más tarde, en 1971, agregado al resto de la obra quasimodiana, por la misma casa editora, en el volumen *Poesia e Discorsi sulla poesia*, bajo la responsabilidad de Carlo Bo y de Gilberto Finzi.

Dado el carácter didáctico de la colección en que encuadra *Dare e avere*, Milagros Arizmendi ha elaborado y puesto al frente de su traducción un imprescindible y hasta exhaustivo "Estudio crítico" en el que se describe la trayectoria lírica y humana del poeta, desde sus inicios simbolistas y su relación con otros renovadores del momento —Montale y Ungaretti— hasta la formulación de ese sentimiento de solidaridad humana que, sin detrimento de calidad estética, se muestra en *Debe y haber*. No falta en esa descripción el giro atento y oportuno hacia problemas de literatura comparada, como es el caso de confrontación con la española y concretamente con protagonistas de la llamada generación del 27, a propósito de la poesía "pura".

"Poética de la palabra" —como la llamó Oreste Macrí— que M. Arizmendi acepta distribuir en dos grandes momentos: uno de limos míticos y horóscopos líricos, que comprendería *Acque e terre* (1920-1929), *Oboe sommerso* (1930-1932), *Erato e Apollion* (1932-1936) y *Nuove poesie* (1936-1942). En el otro momento —el de la destrucción de la "Arcadia"— serán los mitos y las metamorfosis del hombre contemporáneo —desde Auschwitz hasta la puesta en órbita del primer satélite artificial— los contenidos que desalojarán con violencia y horror los antiguos arquetipos idílicos. Por tanto, la reafirmación de ese infierno interior que el poeta insinúa en *Debe y haber*, se remonta a las siguientes entregas: *Giorno dopo giorno* (1942-1946), *La vitanon è sogno* (1946-1948), *Il falso e vero verde* (1949-1955) y *La terra impareggiabile* (1955-1958).

En un segundo apartado —"Estado de la cuestión y notas bibliográficas"— Arizmendi indica los derroteros de la crítica ante el contacto Quasimodo-hermetismo y, mientras subraya tres posturas ya tradicionales (negación de la validez de la primera lírica quasimodiana, ruptura entre un "primer" y un "segundo" Quasimodo, valoración del "cambio" del poeta como simple ejercicio literario), esboza en torno a tan fundamental problema crítico una breve bibliografía que aún no ha alcanzado, por cierto, su versión española.

No podía ser más acertado el criterio de esta Biblioteca del Estudiante —dirigida por el Catedrático de la Universidad de Salamanca don José Gómez Molleda— de presentar, confrontados, texto y traducción, ya que, sobre todo en el caso de la poesía de Salvatore Quasimodo, este tipo de presentación subsana y matiza el inevitable malentendido del trasvase lingüístico; si el texto castellano resultante ofrece ese tono característico de traducciones próximas a lo literal, hay que reparar en que el texto original quasimodiano, con

sus “contaminaciones” y perforaciones clásicas, con su extrema tensión simbolista, ya ofrece de por sí un tono interno de trasvases mentales universales.

El volumen se cierra con tres muestras de comentarios estilísticos.

EUGENIO PADORNO

La novela picaresca española, I: *Lazarillo de Tormes*, MATEO ALEMÁN, *Guzmán de Alfarache*, Edición, Introducción y notas de FRANCISCO RICO. Barcelona, 1967, Clásicos Planeta 12, 912 págs.

La perenne validez de nuestros clásicos se ve claramente patentizada, cuando, como en esta ocasión, una profunda comprensión del texto se une a un exhaustivo conocimiento de la literatura y la vida de la época. De este modo los personajes cobran la vida que nunca les faltó y se levantan sobre el tinglado de la eterna farsa, llenando de voces y de ecos a los afortunados lectores. Sabia y esforzada labor ha sido la efectuada por F. Rico sobre los dos textos citados; en primer lugar la Introducción, compuesta por CLXXXIX apretadas páginas, ofrece una interesantísima puesta al día de los puntos tradicionalmente tratados por la crítica con respecto a estas dos obras de nuestra picaresca, es decir, una exhaustiva síntesis de los diversos puntos de vista de los cuales se han estudiado las obras, una puesta en escena histórica de la misma y un fino análisis del instrumental lingüístico y retórico usado en las mismas. Así, con respecto a la primera novela, problemas como el de los elementos folklóricos presentes en *El Lazarillo* o el del significado social de la figura del escudero y su concreción en el amo del muy conocido Tratado III son estudiados con evidente acierto, prueba del cual son las numerosas continuaciones que estos estudios han tenido en posteriores investigaciones; con respecto al *Guzmán*, F. Rico nos dibuja, en primer lugar, casi en un animado cuadro costumbrista, la azarosa vida de su autor; mas equivocado sería entender la afirmación anterior como sugerencia de ahistoricidad, la fábula es, en este caso, apoyada constantemente por los más incontrastables documentos que la autentifican, con lo cual, a su vez, se transforma en histórico suceso; la indudable maestría narrativa de Alemán es claramente demostrada y la unidad estructural de la obra es defendida impecablemente, frente a las infundadas y hoy insostenibles

dicotomías propugnadas por aquellos que vieron en los “excursos” o “digresiones” rupturas de su intencionalidad narrativa. El *Guzmán* nos aparece, por el contrario, como una totalidad coherente donde ha vivido y la reflexión que provoca que el que vive se confunde hasta formar un todo inseparable encaminado a un concreto objetivo: servir de Atalaya de la vida humana.

Los textos impecablemente transcritos y puntuados de tal modo que facilitan una lectura coincidente con los actuales hábitos, incluyen, en nota, las variantes significativas de las ediciones más importantes; y también en las notas encontramos no sólo aclaraciones imprescindibles para su comprensión por el lector actual, sino una visión histórica y literaria de cada uno de los términos o frases usadas, que las ubican dentro de una tradición de la cual nunca quisieran apartarse, sino en la que es preciso considerarlas insertas y, si acaso, como muy significativas cimas. No de otro modo puede considerarse esta edición de F. Rico, asombroso fruto de un joven investigador al cual sólo puede desearse la fecunda continuidad de su labor.

MANUEL PARRA POZUELO

ROMERO DE LECEA, CARLOS. *Introducción a los viejos libros de música*. Madrid, Joyas Bibliográficas, 1976, 138 págs. con 12 ilustraciones facsimilares.

El propósito de este libro es ofrecer al público interesado en los temas bibliográficos españoles un amplio panorama histórico de las circunstancias musicales que se dieron en nuestro país en la segunda mitad del siglo xv, especialmente cuando salieron a la luz una porción de incunables relativos a la teoría musical y a la música litúrgica que, por su cantidad, sitúan a la España de aquel entonces a la cabeza de Europa en este terreno. La obra, según declara su autor, sirve de preámbulo a la publicación facsimilar de los primeros tratados teóricos musicales españoles que se conservan (algunos son hasta hoy ejemplares únicos), a cuyas ediciones acompañará una colección paralela de estudios particulares dedicados a cada uno de ellos y realizados por diversos musicólogos especialistas.

Esta iniciativa particularísima de Carlos Romero de Lecea, muy loable por lo que tiene de generosa y patriótica, emana no sólo de su condición de gran bibliófilo y de amante apasionado de la música, sino de su convencimiento personal de la relación íntima de esta tarea que se ha impuesto con la que tan acertadamente ha venido realizando hasta hace poco: la reproducción en facsímil de las numerosísimas canciones españolas vertidas en los *pliegos sueltos* impresos en los siglos xv y xvi. La hoy ya constatada evidencia de que los compositores cultos de la época de los Reyes Católicos emplearon melodías populares para la composición de sus villancicos profanos y romances refrenda la postura de Romero de Lecea y sirve de nexo entre las dos empresas que acomete.

En este sentido, el autor se esfuerza con éxito por conciliar en su *Introducción a los viejos libros de música* temas musicológicos heterogéneos, aparentemente muy dispares, que en principio sólo parecen tener en común el momento histórico en que están encuadrados: la imprenta y las viejas canciones hispanas, música y universidad, la canción en la enseñanza primaria, el mecenazgo nobiliario

a la música, la música al servicio de la Iglesia, la problemática de la música impresa (tema a cuyas peculiaridades técnicas dedica varios apartados) y, finalmente, un estudio de los diversos aspectos que inciden en la irrupción de los impresos musicales españoles. Estos temas van rodeados de muchos otros de carácter histórico en los que el autor hace gala de un nivel de información verdaderamente notable, aportando incluso datos que para los musicólogos en general han pasado hasta el presente desapercibidos y que, por tanto, añaden muy interesantes novedades al estudio musical de la época. Así, por ejemplo, las noticias sobre la personalidad humanística del llamado Maestro de Osma, posiblemente el primer autor español que imprimió un tratado musical, hoy desaparecido, y la posible relación de este hecho con las disposiciones del obispo de Segovia Juan Arias Dávila en su *Sinodal de Aguilafuente* (1472) para fomentar el adiestramiento musical de sus clérigos en el Estudio General segoviano fundado por él años antes; tal, asimismo, un disperso grupo de textos literarios e históricos referentes a música que no habían sido utilizados hasta hoy.

El libro de Carlos Romero de Lecea ofrece, pues, la particularidad de un planteamiento general muy completo que resulta incluso de muy especial provecho para diversos especialistas: para los biógrafos, literatos e historiadores, por el acierto de integrar exhaustivamente en el estudio de un período cultural el compendio de cuanto se sabe acerca de su aspecto musical, vertiente importantísima frecuentemente olvidada y hasta menospreciada; y para los musicólogos, por el dominio con que relaciona los datos musicales con otros muchos aspectos de la cultura que ellos han abordado no tan profusamente en sus publicaciones. La vasta bibliografía empleada por Romero de Lecea para su libro es fiel exponente de su gran minuciosidad, y si algo importante echamos de menos en él es sólo el no haber aprovechado también un núcleo de opiniones originales sobre este tema vertidas por el musicólogo americano Robert Stevenson en su obra *Spanish Music in the Age of Columbus* (La Haya, 1960), libro no citado por nuestro autor y que en ciertos aspectos guarda un planteamiento muy similar al del suyo.

Digamos finalmente que esta publicación, por su trascendencia y utilidad, bien era merecedora de un índice onomástico que la hiciera más manejable, porque, aunque no sea muy extensa, la cantidad de citas, datos y opiniones tan interesantes que reúne relativos a personajes de la época la convierten, sin duda, en una obra de consulta indispensable.

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

ROMERO DE SOLÍS, PEDRO. *La población española en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, S. A., 1973, 288 págs.

En este libro el autor nos presenta unas propuestas de explicación de las causas que motivaron el gran desarrollo cuantitativo de la población española en los siglos xviii y xix.

La obra está dividida en cuatro capítulos, a través de los cuales nos va exponiendo que este gran desarrollo habría que entenderlo principalmente como efecto del cambio de estructuras feudales de producción hacia un tipo de producción precapitalista. Estos cambios políticos, económicos y sociales, produjeron una redistribución de la riqueza nacional y una distinta consideración del trabajo social, factores que mejoraron las condiciones alimenticias de la población y su capacidad de resistencia contra las terribles enfermedades contagiosas de la época, disminuyendo por ello la mortalidad.

El autor nos pinta la situación social de estos siglos remontándose incluso al xv y xvi analiza cómo el equilibrio agropecuario existente en el Antiguo Régimen se rompe y la agricultura prospera a expensas de la ganadería; cómo la propiedad, de ser semi-colectiva en la época de la Reconquista, a través de distintas vicisitudes llega a concentrarse hasta formar grandes latifundios. Apunta las interrelaciones entre la formación de latifundios y el comercio con las Indias y el desarrollo de la agricultura, acelerado por la demanda de granos para el comercio con América; las fluctuaciones de los precios y el malestar social producido en las clases campesinas, cada vez más empobrecidas y miserables, que dio lugar a grandes revueltas rurales y urbanas.

También señala otros importantes factores que permitieron el gran desarrollo demográfico del siglo xviii. De una parte el desarrollo del comercio y los transportes, y de otra el avance técnico, que per-

mitió controlar mejor los ritmos de las cosechas y la emancipación de los rigores del clima. Es decir, el hombre, de ser mero sujeto aislado en su región, gracias a los anteriores factores tuvo más facilidad para trasladarse de un lugar a otro de la Península y de esta forma podían abastecerse las zonas donde las cosechas habían sido malas con granos de la periferia, de otras regiones o importados.

En este siglo del Despotismo Ilustrado, a la vez que disminuye la mortalidad hay que considerar la tendencia al descenso de la natalidad.

La imagen de la mujer, debido a la influencia de las ideas francesas, se transforma, tanto en su forma de vestir y comportarse, como en lo que es más importante: la consideración de su función social.

Al proceso de individualización o emancipación de la mujer, se opusieron fuerzas tradicionales sin que consiguieran detenerlo.

“La liberalización de las costumbres” y “la erotización de las relaciones sociales”, paralelas al triunfo de las ideas burguesas, produjeron una mayor igualdad entre los sexos, una nueva concepción de la vida y la moralidad y afectaron hasta a la misma institución tradicional de la familia.

Es de importancia considerar la política poblacionista del “poder ilustrado”: premios a la natalidad, protección a la familia, exención de impuestos en Cataluña a los jefes de familias numerosas (doce o más hijos o nietos), etc. Se dieron facilidades a los extranjeros para establecerse en España, y fueron loables los intentos de colonización en agricultura.

De otra parte, el final de la Guerra de Sucesión, indica el fin de la política imperialista de los Austrias y por tanto la repatriación de tropas del exterior. La nación se preparaba para su reconstrucción interior. Pero al ser la población eminentemente campesina, el crecimiento demográfico del siglo se halla ligado a los problemas del hambre y la peste, que guardaban una estrecha relación: tras una época de malas cosechas y hambre, invariablemente aparecía el fantasma de la peste asolando las poblaciones. En este siglo vuelve a aparecer la peste bubónica, aunque de forma más benigna que en siglos anteriores, no desapareciendo totalmente hasta el siglo XIX.

Se describen detalladamente toda la serie de epidemias y enfermedades infecto-contagiosas: fiebres malignas, la angina membranosa, viruela, lepra, etc., así como la terrible plaga de langosta de 1755-56, que azotaron todo el siglo XVIII y contra las cuales no existían conocimientos médicos ni sanitarios convenientemente desarrollados. Casi el único medio de luchar contra los contagios era la huida, cuando aún había tiempo, y la incomunicación de los

poblados. Esta última medida, si bien fue muy practicada, no hacía sino agravar la situación, pues al aislar los poblados, como medida sanitaria, para que no se propagase el contagio, se les cortaba todo medio de abastecimiento exterior, con lo que hambre y enfermedad causaban estragos enormes en la población.

A partir de 1680, la población española inicia una época de crecimiento. Estimada en 7.625.000 habitantes a principios de siglo, alcanza la cifra de unos diez millones y medio en 1787.

Hay una detallada exposición de los distintos empadronamientos y recuentos de población habidos desde 1710 a escala regional, provincial y nacional; pero aunque los intentos fueron loables, los métodos y cálculos de estimación empleados hicieron que los resultados no fueran del todo fiables y los mismos documentos de la época señalan los posibles errores, tanto por exceso como por defecto, contenidos en los mismos. Entre ellos destacan el Catastro de Patiño y Ensenada, en tiempos de Felipe V; el Censo del Conde de Aranda, primero de dimensión nacional, con población distribuida por sexo, edad y estado; el Censo de Floridablanca en 1787, considerado el más importante de los recuentos, aunque tampoco se considera exacto en sus resultados porque los pueblos, temerosos de que el número de sus habitantes repercutiese en sus impuestos y contribuciones, ocultaban o disminuían las cifras; el Censo de Frutos y Manufacturas o Censo de la Riqueza Territorial e Industrial de España en 1799, contra cuya veracidad nos pusieron en guardia sus propios elaboradores. Se detallan las estimaciones de "Miñano-Moreau-Madoz", en las que para 1834 la población española contaba con unos catorce millones y medio de habitantes.

Analizados y comparados detalladamente los recuentos de población y los censos, el autor opina que en esta "segunda etapa (1787-1833) o momento de la crisis general del Antiguo Régimen", el ritmo de crecimiento está un poco "amortiguado" en comparación con el habido en la etapa anterior (1717-1787), o lo que es lo mismo, que la población española debió ir aumentando a lo largo del siglo XVIII para sufrir un "retroceso en el ritmo de crecimiento" en los últimos años del siglo y primeros del XIX, motivado por la epidemia de fiebres tercianas que (salvo Cataluña) azotó a toda la Península y que, combinada con las malas cosechas del último cuarto de siglo, desencadenó un periodo de hambre y escasez que hizo fluctuar los precios del trigo de modo alarmante. (Se exponen detalladamente los problemas que planteó "la libertad del comercio de los granos en razón de los abusos de regatones y monopolistas", las medidas políticas encaminadas a solucionar los problemas y los motines y

revueltas populares habidos como consecuencia de los mismos.) Si a esto unimos las guerras con Francia (1793-1795), que afectaron sobre todo a Navarra, Cataluña y Vascongadas; las crisis del comercio de Indias, motivadas por la guerra de Inglaterra; la enorme desproporción entre el alza exagerada de los precios y el aumento mínimo de los salarios, nos será fácil comprender la dramática situación social de la época y sus repercusiones en el crecimiento demográfico.

En esta época la tierra adquiere una nueva importancia y valor. El sistema del subarriendo se generaliza en la mayor parte de la Península y frente a estos subarrendadores, "caciques", los labradores humildes quedaban en una situación lamentable, ya que un año de malas cosechas los dejaba indefensos y a veces en la más completa indigencia. Son éstos los años en que se recrudece el bandolerismo andaluz y se extiende el fermento revolucionario que subyacía en el alzamiento nacional del 2 de mayo de 1808.

En los primeros años del siglo XIX nuevas epidemias azotaron a la población: la fiebre amarilla, iniciada en Cádiz y extendida posteriormente por toda la nación, y el cólera morbo asiático, la más terrible, que apareció en 1833 y tardó más de treinta años en desaparecer totalmente.

Es necesario constatar las pérdidas humanas habidas como consecuencia de la Guerra de la Independencia: aumento de la mortalidad, disminución de la natalidad y exilio de familias afrancesadas. Se detallan los puntos de penetración de los contagios, itinerarios y causas de los mismos, así como el número de víctimas habido como consecuencia de ellos y de la guerra, todo ampliamente documentado con cifras, cuadros y gráficos estadísticos. Dedicada atención al estudio de los movimientos migratorios gallegos y las causas que los motivaron, a los diferentes ritmos de crecimiento de las provincias, periferia y centro.

Finalmente, y en el capítulo 4.º, expone que tras la depresión de la guerra, a partir de 1833, la población llegó a sumar 15.464.000 habitantes en 1857, cifra cuya validez fue confirmada tres años más tarde por los resultados del censo de 1860. El notable aumento en este período de la población, se debe al crecimiento vegetativo y a "una coyuntura favorable general europea que, en nuestro país, va a unirse a la mejora económica producida por la desamortización de Mendizábal, al fomento de los trabajos públicos, así como al notable aumento del índice de industrialización".

Las tendencias migratorias del centro hacia la periferia y del campo hacia la ciudad se acentúan, surgiendo la contradicción entre

los intereses del campo y los de la ciudad, que estará presente en todas las revueltas del siglo.

En la segunda mitad del siglo XIX el ritmo de crecimiento desciende en relación al habido en la etapa anterior.

Se estudia la situación socio-económica de esta época, las nuevas relaciones de producción y sus repercusiones en relación con la situación política, guerras, revueltas, crisis del comercio y la industria, y el fenómeno de la emigración, de gran importancia en esta segunda mitad del siglo.

El libro, al que el propio autor califica de "estudio de Sociodemografía histórica" es, en mi opinión, un trabajo concienzudo, documentado, y tanto estadística como histórica y socialmente interesante.

Del sumario.—Capítulo primero: La ley fundamental del desarrollo de la población española.—Capítulo segundo: Primera etapa de desarrollo demográfico o época de la transición de una demografía estacionaria a una demografía progresiva (1715-1787).—Capítulo tercero: Segunda etapa o momento de la crisis general del Antiguo Régimen (1787-1833).—Capítulo cuarto: La población en los dos últimos tercios del siglo XIX.—Tercera etapa o época del gran crecimiento cuantitativo de la población (1833-1857).—Cuarta etapa o época de la redistribución a gran escala de la población que determina un descenso del ritmo de crecimiento (1857-1887).—Quinta etapa o época de la definitiva incorporación al régimen moderno de población (1887-1900).

E. PALANCAR

SCEVE, MAURICE. *Microcosme*. Texte établi et commenté par Enzo Giudici, Cassino, Editrice Garigliani y París, Libraire Philosophique Vrin, 1976. 483 págs.

Enzo Giudici, profesor de la Universidad de Roma y director de la revista *Francia*, es uno de los mejores especialistas actuales de la literatura francesa del Renacimiento. Perfecto conocedor de la llamada escuela lionesa, ha publicado ya numerosos y sólidos trabajos sobre Louise Labé y Maurice Scève. Esta nueva contribución pertenece, pues, a una preocupación constante del editor y es fruto de una asidua frecuentación y de un profundo conocimiento de los textos.

De otro modo, difícilmente hubiera podido emprender un trabajo como éste. Maurice Scève goza de una sólida reputación de oscuridad y de hermetismo y los numerosos trabajos hermenéuticos que se van acumulando en nuestros días no han logrado disipar todas las dudas e interpretar correctamente todas las dificultades. Dentro de su obra, el poema *Microcosme* es sin duda el que menos se ha estudiado. Publicado por primera vez en 1562, con carácter posiblemente póstumo, el *Microcosme* representa una moda que hoy llamaríamos "retro", porque mezcla el mundo conceptual de la edad media en general, y de Dante en particular, con la exaltación del hombre y de su capacidad investigadora y creadora y la conciencia estremecida de la maldición original con el optimismo entusiasta tan propio del Renacimiento. El poema es una especie de enciclopedia, muy pedestre en su conjunto, a menudo empachada y torpe en cuanto a la lengua, pero con destellos de belleza y con brillantes imágenes que de vez en cuando surgen en medio de la versificación pedante. De todas formas, la obra es importante, cuando no por sus valores poéticos, por su significación cultural y merece el interés y la erudición crítica de su editor.

La presente edición es del tipo de las que antiguamente se llamaban *variorum*. Giudici sabe mucho de Scève, pero prefiere a menudo no decirlo todo. Como la edición persigue fines principalmente escolares, ha preferido verter en ella la erudición de los demás especialistas, reservando la suya propia para otro estudio, que promete publicar por separado. De este modo, es evidente que su comentario no dice la última palabra, en todos los detalles controvertidos y que, para saber qué es lo que piensa, habrá que esperar la publicación prometida. No por ello deja de ser interesante la edición presente, que reúne las aclaraciones y las hipótesis laboriosamente acumuladas por la última generación de investigadores. Este ocultarse discretamente detrás de la autoridad de los demás no es, sin embargo, una ausencia de criterios propios o de juicios personales: sólo evita discusiones bizantinas alrededor de problemas que a menudo son nimiedades.

Las dudas que quedan por resolver son muchas y cabe suponer que Giudici volverá sobre ellas, para aclararlas. Me permito señalarle aquí algunas, notadas al margen de una lectura demasiado rápida.

Los dos personajes de *La Saulsaye* se llaman Antire y Philermes; sus nombres han sido interpretados diferente e insuficientemente. *Antire* se ha explicado como *Anteros*, cuya derivación parece impropia, fonéticamente y como aplicación al carácter del personaje; o como derivado de *antirrhesis* o “contradicción”, que sería algo más plausible, a juicio de Giudici. No debe excluirse, sin embargo, una derivación (que tampoco resultaría muy correcta) de *eirene*, “paz”, tanto más que el personaje es un enemigo del ocio y un defensor de la idea de una vida considerada como esfuerzo y lucha. Es evidente que el nombre de su interlocutor no tiene relación ni con *Phileros*, ni con *Philermes*, “amigo de la elocuencia”, que son las dos soluciones hasta ahora propuestas por la investigación, sino que representa al griego *Phileremos*, “amigo de la soledad”, que es lo que efectivamente representa ser el personaje.

El primer espejo en que se mira Adán, descubriéndose a sí mismo, es la mirada de Eva. Para decirlo, el poeta encuentra una sugerencia muy bonita, que me parece haber sido mal interpretada. Entiendo que Scève representa al primer hombre mirándose en el espejo de los ojos de Eva y (dice), “de no haber sido por la parte baja de su cara, en la que distinguía las rubias vedijas rizadas (de la barba), al mirarse así hubiera creído que él era ella”. Las dos explicaciones que propone el editor no le convencen; y tiene razón, porque no son pertinentes, ni suficientemente apoyadas en el texto, ni bellas. (*Microcosme*, I, 205).

Tampoco convencen las glosas de los v. I, 333-6, porque implican la idea que el pecado de Adán se confunde con el pecado de la carne: esta idea no sólo no se desprende del párrafo comentado, sino que contradice el v. 468, del que se ve que el conocimiento carnal de la primera pareja es posterior al pecado original. El epíteto *fortunée* aplicado a la tierra (I, 534) se explica por lo que sigue: la tierra es afortunada porque la distinguió el sacrificio de su Creador.

Los versos I, 783-6 son un verdadero rompecabezas. Scève representa el alma de Abel en su último viaje “en el eterno olvido, noche perpetua de la segunda muerte de los que, sin alivio, debajo de ti, cansados de su cansancio, nunca dejarán de serlo”:

En l'éternel oubli, perpetuelle nuit
de la seconde mort à ceux qui, sans soulas,
de leur lasseur lassés ne seront, sous toy, las.

La puntuación es mía. Me parece, en efecto, que es un error reunir la negociación *ne seront* a la indicación que sigue, *sous toi*: todo el malentendido bien podría proceder de esta forma de colocar la puntuación. La explicación que se ofrece no es satisfactoria ni pertinente, porque sitúa a Abel, un inocente, por debajo de los pecadores (*ne seront tous toy*). Creo que se debe entender que Abel se presenta aquí con un destino póstumo diferente del de los pecadores. A Abel le espera el olvido eterno, que para las almas condenadas es, además, una “segunda muerte” (como en Dante) y que, situados en el infierno por debajo de Abel (a quien rescataría Cristo, como a los demás justos del Antiguo Testamento), nunca conocerían el descanso.

La interpretación que ofrece Giudici para los difíciles versos II, 297-301 es correcta; cabe añadir que, para colmo de confusión, a Scève se le deslizó una segunda cópula inútil y embarazosa en el v. 301. Hay otro error, que ha traído de cabeza a los comentaristas, en el v. II, 301. Domado por primera vez, el caballo se somete a las órdenes del jinete:

Petit à petit pas marche, trotte et à ces coups
la terre plaint ses os trop roidement secous.

En el primer verso sobra una sílaba, pero ¿cual? Las ediciones modernas suprimen *et*; Giudici, quizá con más razón, suprime *à*. Si tienen razón los comentaristas, es que no la tiene Scève: porque no es una imagen acertada o pertinente, la de la tierra que gime cuando el caballo camina a *petit pas*. Yo suprimiría *ces*: su presencia

es inútil y viciosa (no se ha dicho antes cuáles eran *estos* golpes) y, además, parece preferible la indicación de los gemidos de la tierra, que interviene à *coups* o por momentos.

En fin, la mención de los viñedos de Bactriana y Sogdiana no puede de ningún modo relacionarse con el conocido sueño de Astiages (II, 448; la explicación es de V. L. Saulnier), sino que debe referirse a la tradición de Baco indio, representado a menudo en estas regiones, por ejemplo, en *Las Bacantes* de Eurípides, cuyo texto no tengo a mano, pero en el que pudo haberse inspirado Scève.

Estas pocas sugerencias no son más que la prueba del interés con que se leen las notas eruditas del editor. Y como el *Microcosme* es un poema erudito, tales detalles y puntualizaciones, que en otros casos serían meras pedanterías, adquieren mayor importancia aquí. Precisamente por esta razón, la presente edición constituye, además de una buena lectura, una suma de conocimientos, un *état des travaux* y una valiosa contribución personal de Enzo Giudici, que la investigación futura no podrá ignorar.

ALEJANDRO CIORANESCU

SKLOVSKI, VÍCTOR. *Sobre la prosa literaria*. Barcelona, Planeta, 1971, 371 págs.

Parte este autor de que las funciones de la lengua, dentro de la actividad humana en general, son diversas:

En primer lugar la lengua es un medio de comunicación.

En segundo lugar la lengua es una forma de razonar, porque es una condición indispensable del pensamiento —y ello aunque el ser pensante esté aislado—. Un concepto, en definitiva, se forma con palabras; y sin conceptos no hay pensamiento.

El lenguaje conduce de lo particular a lo general. Es por lo tanto una forma de abarcar. Es nuestra arma, pero también hemos de cuidar que ella no se interponga entre la realidad y nosotros y limite por ello nuestra percepción del objeto real, de las cosas o del pensamiento de los demás, al quedar todo ello reducido a palabras.

De ello también podemos deducir que con el lenguaje podemos crear cosas que no existen, nuevos objetos-palabras que construyen nuevas realidades pensadas y percibidas, por ello, como objetos reales. Estos nuevos objetos requieren un distanciamiento. El arte de crear, o el arte en sentido estricto, es el arte de concretar el pensamiento en imágenes.

I

Siempre, todo este mundo, ha sido objeto de la preocupación humana. La Retórica, que tantos avatares ha tenido desde Aristóteles a nuestros días, comprendía las descripciones de los tropos y las reglas primarias para disposición del material pensado. En la retórica todo gira en torno a los cambios de sentido. Ya Quintiliano decía que el tropo era una modificación del significado propio de cualquier giro sintáctico lingüístico.

El lenguaje literario, más allá de ser un medio de comunicarse y de razonar, introduce otro elemento: el de la renovación de las señales. Pero queda en pie una cuestión: ¿Este lenguaje literario, como sistema de signos, con las señales renovadas, es realmente *todo* el lenguaje literario? En la metáfora se emplea la coincidencia de determinados sentidos para crear una diferencia de sentidos diversa. En la metonimia “parece” que tratamos de sustituir la denominación de un objeto por la denominación de otro. La sinécdoque es un tropo que se basa en la relación de una parte con el todo. Hoy no tenemos todavía una clasificación indiscutible de la semántica literaria. Pero Guiraud dibujó un cuadro de sus posibilidades en donde la similitud de sentido es la metáfora y la proximidad de sentido sería la metonimia y la sinécdoque.

Sklovski se interesa en el enigma trágico y cree que, ante todo, se trata de una forma de aprender a percibir el objeto. Ese monstruo fabuloso —al parecer de origen mesopotámico, pero gramaticalizado por los griegos— tenía cara y busto de mujer, cuerpo de león y amplias alas de ave. Este monstruo se apostaba en el cruce de los caminos que iban a la ciudad de Tebas, proponía enigmas a los viajeros y devoraba a los que no sabían resolverlos. Así, la literatura, devora sus propias criaturas. En la cerámica vemos cómo se imaginaban estas escenas los griegos. Sobre el capitel de una columna de estilo corintio, la esfinge enarca su cola de león e interroga a Edipo, que está ante el monstruo, sentado, en la misma actitud clásica del pensador y tocado con el petaso de anchas alas. Su calzado más bien parece el alto coturno del actor que el de las sandalias de un peregrino de dañados pies. Al igual que la metáfora, el enigma es una corrección impuesta a la percepción habitual del objeto. Es decir: las cosas no son como parecen sino que hay en ellas una realidad profunda que sólo se puede averiguar desentrañando el enigma. El efecto que se logra con el enigma es el refuerzo de la percepción inmediata.

Más allá de las *squemata* o estructura poética del discurso “según Aristóteles” y más allá de los mismos tropos, está la imagen como modo de conocer. Imagen e imágenes que no son la simple representación del objeto ni el anodino reflejo de los fenómenos. Los oráculos griegos poseían este mitomaniaco deleitarse en lo indirecto.

II

Es muy importante en esta obra de Sklovski la forma sencilla en que describe la estructura y el empleo del lenguaje literario en la

prosa de creaciones humanas tan dispares como el cuento popular ruso —Cfr.: Vladimir Propp— o la obra de Shakespeare, todo ello para tratar de descubrir lo que él llama las *leyes del enlace*.

En resumen, podemos decir que lo que se trata es de lograr una agudeza mayor en la percepción colocando las cosas en oposición unas con otras, modificando para ello la señal (la palabra). Colocar las cosas en oposición unas con otras —casi una forma hegeliana de percibir— y a su vez desfasar las series hasta el punto de lograr entre ellas unas relaciones nuevas es, en definitiva, la única forma de obtener relaciones vivas entre diversas posibilidades. Es lo que han hecho los hablantes y los escritores de todos los tiempos: con muy pocos elementos básicos obtener relaciones insospechadas hasta el momento; nuevas conversaciones, nuevos encuentros, nuevas obras. Esto se puede lograr en las series de anécdotas, cuentos o novelas —desde el *Libro de Patronio* hasta los *Episodios Nacionales*— mediante la busca del enlace. Y abarca por igual a la literatura llamada “seria”, como a la literatura de humor.

Sklovski —como muchos otros críticos— considera que el nacimiento de la novela nueva —otra serie— parte del *Quijote*. Cervantes no intentó —como muchos creen— matar con el *Quijote* los libros de caballería. Y los llamados libros de la Andante Caballería son el apoyo literario de una gran parte de la literatura de Renacimiento: Boiardo, Ariosto, Torcuato Tasso, Rabelais. Buscando algo nuevo, Cervantes descubre la nueva novela. En ello coinciden Sklovski y el discurso del Cura. Según el mismo Sklovski, el comienzo de la segunda parte del *Quijote* —entre Sidi Hamete Benengueli y la reescritura de la moderna crítica francesa— es un discurso sobre lo que es el género novelesco. Se habla de los libros de caballería, pero se establecen las reglas de una amplia fórmula novelística nueva...

Entre dicción y estructura, he aquí el pensamiento de Víctor Sklovski.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

SOTELO, IGNACIO. *Sociología de América Latina*. Madrid, Edit. Tecnos, 1975.

Que una obra sobre América Latina, y para colmo de sociología, haya alcanzado en España su segunda edición es algo que hay que saludar como un verdadero acontecimiento nacional. Porque a pesar de que el propio Sotelo, desde su bien situada atalaya alemana, haya verificado con justeza que la influencia de la ciencia social latinoamericana sobre la sociología europea es un fenómeno reciente y asombroso, lo cierto es que en España —¡oh esa indiferencia española!— las cosas no han sido así, y la ignorancia sobre Latinoamérica sigue campando por sus respetos como latencia de Dios sabe qué anhelos imperialistas frustrados o, más probablemente, como directa consecuencia de la política cultural del utopismo hispanista. Todo ello ha dado como resultado que, como ha escrito Amando de Miguel, “si hay algún español que estudia seriamente algún problema del cambio social en América Latina, se puede asegurar con una gran posibilidad que lo hará en Berlín, Princeton, Madison, Oxford o París, pongo por caso, pero muy difícilmente en una universidad española”. Pues bien, Sotelo es nuestro hombre en Berlín. Los restantes sociólogos españoles conocedores de Latinoamérica se cuentan con los dedos de la mano, y todos ellos se formaron fuera de España: Castells, Pinilla de las Heras, López Pintor y alguno más.

La obra de Sotelo, ni ésta ni ninguna otra suya, no tiene nada del regusto provinciano de casi todo lo que se escribe en España sobre nuestras ex colonias americanas. Está escrita sin complejos de culpa hispanistas, pero también con un oportuno uso de su saber de la historia española, utilizada hasta con *panache*. Eso se refleja en la bibliografía de *Sociología de América Latina*, que no es innecesariamente exhaustiva, pero sí necesariamente esencial. (Sólo echo de menos algunas obras: la de Foster sobre la conquista, la de Ricaurte Soler sobre el positivismo argentino o los recientes trabajos

de O'Donnell sobre autoritarismo). Nada en la obra que comento de las perezosas "bibliografías traducidas" de otras. Si algún defectillo tiene es el de un exceso, quizá, de bibliografía alemana no traducida ni asequible al hispano-leyente. Pero en el berlinés Sotelo no tiene, claro está, nada de esnobismo.

La obra de Sotelo está completamente en línea con la última sociología latinoamericana. Sin beatería ninguna, por cierto. Pues Sotelo es crítico cuando cree que debe serlo, tanto de lo nuevo como de lo viejo. Para estar en línea con la sociología crítica, Sotelo es, desde luego, partidista. Desde la misma advertencia preliminar, ya avisa que él toma partido por los intereses de Latinoamérica, desde cuya perspectiva escribe. Y ello no es moco de pavo para un europeo, parte de una cultura acostumbrada por centurias, tanto de la derecha como la izquierda, a tratar colonialmente a América, como tan agriamente ha destacado Fernández Retamar en "Caliban".¹ La obra de Sotelo no se deja atrapar, como se dice en la solapa, ni por "ideologías modernizadoras" ni por el "utopismo enajenante". Su objetivo es el de la nueva sociología latinoamericana, que no por ser parte de la batalla política de liberación de América Latina, abandona el rigor científico. Su antidogmatismo le lleva tanto a recuperar la historia y a adoptar un inequívoco compromiso revolucionario como a repudiar las totalidades abstractas. Esta toma de posición tiñe todas las páginas de la obra de forma inequívoca.

Sociología de América Latina está dividida en tres partes. La primera se refiere a "Sociología e Historia" y trata de la evolución de la sociología en América Latina y el problema de la colonización ibérica. Sotelo bien agudamente nota que del paquete de la llamada "sociología científica", el componente funcionalista estático era inaplicable a aquella zona del mundo. De ahí que su adaptación se convirtió allí en la creación de una teoría del cambio dualista (sociedad tradicional-sociedad moderna) que significó la reintroducción de contrabando de la filosofía de la historia de la ideología desarrollista, inventada por los países centrales de occidente. A esa teoría dualista se opuso una teoría monista del dependentismo que es, en definitiva, para Sotelo tan errada de enfoque como la de sus antagonistas. En último término, Sotelo, llega a la misma triste consecuencia a que había llegado en su análisis de la "crisis profunda" de la sociología actual: que no es posible una sociología como ciencia autónoma e

¹ R. FERNÁNDEZ RETAMAR, "Caliban", *Casa de las Américas*, año XII, núm. 68, septiembre-octubre, 1971.

incluso que deben suprimirse las carreras de sociología.² Por eso defiende el inicial planteo latinoamericano de las cátedras de sociología en otras facultades en vez de las carreras de sociología, que, al modo de los departamentos norteamericanos, preparan sociólogos profesionales. Lo que es para Sotelo “una especialización de sí harto cuestionable”.

Por otra parte, la cuestión de si América Latina nace como parte del capitalismo o del feudalismo es para Sotelo una opción abstracta. Lo permanente es que América Latina es parte de “un proceso muy temprano de europeización” que sólo el eurocentrismo hegeliano y la interpretación weberiana del origen del capitalismo habían hecho perder de vista. En consecuencia, se plantea la necesidad de una tipología de la conquista que preserve la especificidad de las varias formas de colonización ibérica en América Latina, con sus diversas consecuencias para las historias de los países latinoamericanos.

Para mí, lo mejor de la obra de Sotelo son sus dos últimas partes, donde cumple a las mil maravillas con su expreso propósito de agrupar el estudio de América Latina en torno a conceptos y problemas claves. Como la preparación teórica de Sotelo es considerable, su selección de esos temas claves es todo menos el haz de problemas descriptivos seleccionados con oscuros criterios de tantos manuales anglosajones.

La óptica independiente de Sotelo, nunca alejada de la praxis ni de la historia inmediata, le lleva a plantear en cada asunto que trata los problemas que más duelen.

En el capítulo sobre “estructura y reforma agraria”, Sotelo subraya que la situación actual de la tierra en América Latina es incapaz de dar alimento y sustento a su población y que la transformación de ese problema, que es político, en problema meramente técnico es, precisamente, “el carácter distintivo de la contrarreforma”, tanto como la “colonización” es el falso sustituto de la reforma agraria. Para Sotelo, lo central es el modo de tenencia de la tierra, que sólo puede ser resuelto mediante un cambio que abarque tres momentos: la destrucción del latifundio, su apropiación y la adjudicación o redistribución de la tierra. En cuanto a la urbanización, Sotelo, como toda la sociología crítica, no se deja atrapar por tratamientos parciales. La urbanización, mejor dicho, la superurbanización, es un problema de *toda* la sociedad latinoamericana. Ruralización y urba-

² I. SOTELO, “Sobre la institucionalización de la Sociología en España”, *Sistema*, núm. 3, octubre, 1973.

nización son dos fenómenos correlativos de un proceso de industrialización desigualatorio, que se da tanto en la ciudad como en el campo. Solamente Cuba ha sido capaz de planificar, tras una revolución, la reurbanización del campo.

“La industrialización encallada” es el enunciativo título de otro de los capítulos de esta parte del libro. El autor repasa desde este ángulo la historia de Hispanoamérica desde su independencia política: la temprana detención de un proceso de industrialización autóctono, la integración en un sistema internacional de división del trabajo, la sustitución de importaciones —una “industrialización no intencionada”— y la dependencia del exterior, primero de Inglaterra luego de los Estados Unidos, son las estaciones principales del análisis de Sotelo. Tras descartar la hagiografía sociológica del “empresario innovador”, patrocinada por Hagen y otros, nuestro autor no puede llegar a un resultado más tajante. “La economía latinoamericana —escribe— se halla en la actualidad en una situación de *estrangulamiento externo e interno* que parece invencible mientras no se tomen medidas incompatibles con los mecanismos internos y externos de dominación. Precisamente esta contradicción entre lo necesario y lo posible es lo que define a una situación revolucionaria”. Para Sotelo sólo el Estado es el único motor de desarrollo industrial concebible hoy en la América Latina.

Los conceptos de marginalidad y dependencia son ciertamente cruciales. No se le escapa a Sotelo, que dedica a ellos un capítulo. La marginalidad en la literatura sociológica universal y la latinoamericana en particular, se ha tratado de muchas maneras. Como un fenómeno psicológico individual al modo de Stonequist y los sociólogos norteamericanos de la escuela de Chicago, como una herencia de la conquista, como un tipo de cultura (la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis) o como una forma de no participación. Sotelo se decide sin vacilaciones por el concepto estructural de marginalidad reintroducido por los científicos sociales marxistas. Pero Sotelo no se limita a descansar en la idea del ejército de reserva, recreada por Nun. Al contrario. Porque los marginales en Latinoamérica no son funcionales para el *statu quo*, sino *disfuncionales*, para usar jerga funcionalista, para un contexto económico-social en el que no se puede repetir el experimento europeo. La clave está en la dependencia del factor externo, que es el *deus ex-machina* del último viraje de la sociología latinoamericana.

Pero en este tema, como en tantos otros, Sotelo no se deja obnubilar por ortodoxia alguna, por más tentadoramente “progre” que parezca. No se deja nuestro latinoamericanista arrastrar por la nueva

retórica antiimperialista que agudamente homologa el anticlericalismo decimonónico. “Ambos —dice— atacaron a un problema real, pero hipertrofiando su significación para ocultar una misma impotencia”. Las relaciones externas no son la causa de los males latinoamericanos todos. Hay aspectos positivos y negativos. Lo que hay que tener es una estrategia “que permita, paulatinamente, ir transformando los elementos más perjudiciales de las actuales relaciones”. Y aquí también Sotelo propugna el fortalecimiento del Estado como el único antagonista capaz de enfrentarse al imperialismo.

El tratamiento del concepto de dependencia y la crítica del dependientismo como teoría, me atrevería a calificarlos de antológicos. Muy superiores, a mi juicio, a la crítica de otros autores, como el mejicano Agustín Cueva, demasiado apegados a la ortodoxia marxista. Sotelo descubre agudamente que la congelación dogmática de la dialéctica de la relación de subordinación y dependencia la convierte en una relación mecanicista de dominación, que reduce lo que es sólo el *marco condicional*; en su motor dominante.

La última parte del libro está dedicada a los “portadores de cambio”. Sotelo prefiere hablar de “sectores” para escapar del concepto de clase. Una elección nominal dudosa en la que no voy a entrar aquí. Más importante es la sustancia. Sotelo no se suma al pelotón que está a la búsqueda del sujeto revolucionario salvador tan cara a la literatura mirífica de la izquierda. Le interesa más la selva virgen de las estructuras sociales. En una región que no ha llegado a ser “plenamente industrial”, lo que Sotelo ve es constantes desplazamientos del sujeto revolucionario. Ni el proletariado ni los intelectuales —los favoritos de Marcuse y Wright Mills— ni todas las clases del campesinado tienen de por sí la exclusiva en todo momento y situación del protagonismo revolucionario; sólo la confluencia de unos y otros en determinadas combinaciones para cada situación histórica. Hasta el populismo, que Sotelo desenmascara con acierto, puede ser conveniente si no es el sustitutivo, sino la consecuencia, como en Méjico, de una revolución social.

Tampoco, desde luego, las clases medias, que fueron el niño mimado de la sociología de la modernización. Las heterogéneas clases medias latinoamericanas están marcadas por la ambigüedad y la polivalencia; no son ni mito ni forzoso apéndice de las clases dominantes. Sotelo se aparta también en esto de todo “esencialismo” y, atraído —¿cómo no! por el luego aplastado experimento allendista chileno, cree en la posibilidad de la adhesión de las clases medias al socialismo como la única alternativa posible. Llevado de su anti-

esencialismo ni siquiera se deja arrullar por el canto de sirena liberal de lo que llama “el concepto abstracto del militarismo”. Para él, el militarismo se conoce por sus frutos históricos. Una cosa es el caudillismo decimonónico y el militarismo conservador y otra cosa muy distinta el populismo militar del tipo del peronismo argentino o el “tenentismo” brasileño, o el nuevo militarismo de Brasil y Perú. Las páginas sobre las politización y la frustración de la universidad latinoamericana son de lectura obligada no sólo para latinoamericanos desconcertados, sino también para todos cuantos están en el galimatías universitario de cualquier latitud.

Aunque en lo esencial estoy de acuerdo con las tesis del libro y sobre todo con su conclusión, aplicable, por cierto, a dos tercios de la humanidad, de “la imposibilidad para Latinoamérica de un desarrollo *capitalista*”, no lo estoy con todo lo que Sotelo sostiene. Sería imposible estarlo con un autor tan asertivo como él y sería hacer un desaire a su congénito talante polémico. Me limitaré a un par de puntos.

En primer lugar me referiré a la recepción de la “sociología científica”. Algún derecho me asiste como integrante que fui de su “cuartel general” en Buenos Aires. Para un crítico independiente y sutil como él me parece demasiado socorrido despacharse el intento modernizador de la sociología de los años 50, como hace en este libro y en otros trabajos, “como un incidente marginal” y como “una forma consumada de enajenación”.³ El decir someramente y como de pasada que fue “una reacción saludable a la retórica especulativa” me sabe a poco. El elogio de la tradición filosófica-social latinoamericana es demasiado global. Porque lo *dominante* en la región al tiempo de la introducción de la “sociología científica” no era un pensamiento liberador, sino “la tradicional especulación normativa”, como la llamó el polaco Znaniecki, que también la había padecido en su país, de veta espiritualista y de raigambre elitista. En este punto, el izquierdista nada convencional que es Sotelo se deja atrapar por la fácil dialéctica de la retórica nacionalista de cierta izquierda latinoamericana; lo que Francisco Delich ha desenmascarado como “socio-populismo”.⁴ Hay que ir con mucho más cuidado del que tiene Sotelo en tirar por la borda la bañera de la inadmisibles teoría

³ I. SOTELO, “Notas para una reconsideración de la historia del pensamiento latinoamericano”. Ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, San José de Costa Rica, 1974, p. 13 (mimeo).

⁴ En A. TOURAINE y otros, *Ciencias sociales, ideología y realidad nacional*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970.

estructural funcionalista con el niño del rigor científico. Creo que lo que dijo Germani a repelo en el prólogo a *La imaginación-sociológica* en cuanto a que los males que Mills denunciaba eran sobre todo propios de la cultura norteamericana, pero no de nuestra tradición cultural, sigue siendo una recomendación válida en nuestro mundo, donde la tradición espiritualista de la derecha, prematuramente declarada fallecida, goza de tan buena salud. Aplicar a la cultura iberoamericana la misma vara que la sociología crítica ha sacudido con contundencia en los países centrales, me parece tan “abstracto” como en el plano estructural, con razón, lo son las fórmulas de proletarismo, militarismo o dependentismo que Sotelo tan correctamente denuncia. Una “ciencia de liberación”, por usar una terminología tan cara a nuestro autor, no tiene que significar lo mismo en los países de tradición pragmatista o idealista que en culturas, como la hispánica, marcada a fuego por el pensamiento anticientífico contrarrevolucionario. En esto creo que el universalismo de Sotelo le juega una mala pasada.

Por eso se ve obligado a hinchar el valor genérico del “pensamiento social” latinoamericano, sin hiato alguno en su propio discurso. En efecto, en la *Sociología de América Latina* no hay apenas mención de las ideas de los principales representantes de la filosofía social latinoamericana. Ni Luis Alberto Sánchez, ni Samuel Ramos, ni Zum Felde, ni Octavio Paz, pero tampoco ni una palabra de Scalabrini Ortiz, ni Jauretche, ni Mariategui, ni Barnet, ni Fernández Retamar. Apenas una mención de Martínez Estrada y otra de C. O. Bunge, que confirma lo peor. Es fácil defender al ensayismo social latinoamericano de las sandeces de un Stokes, pero no tan fácil de la caracterización como “nacionalismo cultural” de un conocedor tan ingrato y avezado como Graña.⁵ La dosificada receta soteliana de un “replanteamiento” o acomodación de las relaciones, tan deseable como arriesgada, entre el socialismo latinoamericano y los países centrales capitalistas es válida también en el plano, tan perteneciente a la misma realidad como todo lo demás, del desarrollo de las ciencias sociales. Lo contrario sería hacer propia la doctrina de un nacionalismo sansonista y autoderrotante que tanto daño ha causado a grandes trechos de la historia intelectual de latinoamérica.

Tampoco me resultan convincentes ni en Sotelo ni en sus mentores, como Sánchez Albornoz o Hanke, las alusiones al “genio

⁵ Véase, si no, la polémica llena de *nuances* en torno al tema en la obra colectiva de J. F. Marsal (compilador) *El intelectual latinoamericano*, Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1970.

castellano”, la probada “hombria del héroe” o el “espíritu democrático e igualitario del castellano” insertas en el texto, que tiene un aire mesetario que para el recensor, español no castellano, no reportan las mismas sensaciones reconfortantes que para el autor de *Sociología de América Latina*. Pero eso es otro pleito.

Las interpretaciones, recogidas en el libro, sobre el peronismo o la unidad popular chilena —mera nostalgia el primero y única alternativa de las clases medias la segunda—, que han quedado invalidadas por acontecimientos posteriores, son salvadas por el autor al decir en el epílogo que no ofrece un diagnóstico definitivo, ni un catálogo de recetas seguras y eficaces. Porque, independiente de avatares históricos circunstanciales, lo fundamental de la prognosis del autor en cuanto al futuro de la civilización capitalista en aquella parte del mundo queda en pie.

En resumen, si *Sociología de América Latina* no es “la mejor introducción a los problemas socio-económicos de América Latina”, como se dice panegíricamente a uso de solapa, es ciertamente una muy buena, una de las mejores ciertamente. No en vano ha sido traducida al alemán y al portugués. No en vano es, que yo recuerde, el único libro de este tipo que ha merecido una segunda edición en España.

JUAN F. MARSAL

Sistema (Madrid), núm. 14 (1976).

SUBERO, JOSÉ MANUEL. *Contribución a la historia del periodismo margariteño*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970. 344 págs.; láms.

Formando parte de las ediciones de la Presidencia de la República, en cuya nómina figuran ya trabajos de indudable importancia en relación con la historia de la cultura venezolana, apareció la obra que el cronista margariteño José Manuel Subero, ventajosamente conocido por diversas publicaciones de índole histórico-literaria, consagra a los orígenes y etapas del periodismo en la Isla.

La primera imprenta que funcionó en territorio margariteño, haciendo caso omiso de la que el general Morcillo llevaba consigo y que no llegó a desembarcar, arribó al puerto de Juangriego el 3 de marzo de 1816, con ocasión de la expedición emprendida rumbo a Los Cayos por el Libertador, y la manipulaba un impresor bien conocido, sobre todo después de los trabajos fundamentales de Pedro Grases y del investigador haitiano licenciado Paul Verna. Nos referimos a Juan Baillío.

Transcurren varios años sin noticia alguna de actividades tipográficas en Margarita, y es preciso llegar al de 1845 para encontrarnos con el taller de Pedro Silva, y dos años más tarde, con el de Tadeo C. Carvalho, aun cuando la permanencia regular de la imprenta en la Isla data de 1874, año en que salió de molde (25 de julio) en La Asunción, el *Neo-Espartano*, periódico dirigido por N. Arteaga Revenga.

De qué modo se refleja la vida nacional en las páginas de estas publicaciones es el contenido de la obra del señor Subero, quien recoge en él un conjunto de curiosas noticias de diversa índole: arte, calamidades públicas, sucesos políticos, expulsión del Zulia de los margariteños, artículos sobre el fallecimiento de escritores de nota, secciones poéticas, características de los avisos o anuncios, algunos en verso, teatro, charadas, etc. Se da cuenta en el segundo, con todo

detalle, de los juicios seguidos por ante los tribunales de justicia a periodistas locales por sus informaciones de prensa, y en el tercero, sin duda el más importante de la obra, se inserta la nómina de 340 periódicos publicados en el Estado Nueva Esparta, que el autor ha logrado localizar y describir, con indicación en cada caso de fecha de aparición, director, redactores, número de páginas y columnas, imprenta donde se editaba y tendencia. Se trata de una investigación muy meritoria y completa, que realizada con acuciosidad ejemplar, no se limita conseguir simplemente los datos apuntados, sino que acrecienta su valor e interés con la reproducción en varios casos de "Prospectos", "Notas de presentación" y "Editoriales". Todas estas cualidades hacen de este libro de José Manuel Subero, primero y bien logrado intento de estudiar la evolución hasta nuestros mismos días de la prensa en la Isla de las Perlas, un fundamental repertorio bibliográfico, que viene a sumarse a las muchas y valiosas monografías con las que cuenta por suerte la historia del periodismo en Venezuela.

AGUSTÍN MILLARES CARLO

TODOROV, TZVETAN. *Introduction à la littérature fantastique*. Paris, Poétique/Seuil, 1970. 188 págs.

Partiendo del planteamiento teórico de la posibilidad de existencia del género literario y su alcance, principalmente a través de la crítica de las categorías de N. Frye, Todorov establece una definición del género fantástico, resaltando sus categorías y aislándolo de los géneros que le son vecinos, para pasar después a un análisis del mismo a través de los distintos niveles (verbal, sintáctico y semántico), que hacen posible el acercamiento a la obra literaria. Por último, analiza las distintas funciones de lo fantástico.

Como punto de partida metodológico subraya la necesidad de elaborar hipótesis a partir de un número reducido de obras literarias. Hipótesis que deberá ser confirmada o rechazada a la vista del resto de las obras que puede contener el género. Reafirma la validez del concepto de género, desde el momento en que la obra literaria, si bien es irrepetible y única, no está aislada; de ahí el doble camino necesario, el doble movimiento en su estudio, desde la obra literaria a la literatura —o el género—, y desde el género a la obra. No es la singularidad lo que interesa en un texto literario cuando se considera objeto de análisis sino los elementos comunes a otros textos. Toda descripción de un texto realizada a través del lenguaje deviene generalización, porque en la naturaleza misma del lenguaje está el moverse en la abstracción, en lo genérico.

La propia postura de Todorov queda reflejada en su crítica de las categorías de Frye. Fundamentalmente son: superioridad / inferioridad (del héroe con respecto al lector y a las leyes de la naturaleza), verosimilitud / inverosimilitud (del relato), conciliación / exclusión (del héroe con la sociedad), real / ideal, intelectual / personal, etc. Acusa a Frye de falta de coherencia, de que sus categorías no son suficientemente abstractas y es más, son arbitrarias, elegidas a priori. Sobre todo considera censurable Todorov el hecho de que en muchas

ocasiones, las categorías remiten a elementos no literarios, que nos llevan fuera de la literatura. Por último acusa de simplista su concepto de estructura. Para Todorov las estructuras son “sistemas de reglas rigurosas y abstractas”, en tanto que Frye considera que las estructuras son directamente observables, son algo elemental.

Si bien Todorov no está de acuerdo con el sistema de categorías de Frye, no sucede lo mismo con sus postulados teóricos: practicar los estudios literarios con seriedad y rigor, necesidad de eludir, por ahora, todo juicio de valor; la obra literaria, igual que la literatura en general, forma un sistema; necesidad de operar a golpes sincrónicos; el texto literario no entra en relación de referencia con el mundo; la literatura, en fin se crea a partir de la literatura, no de la realidad. Y serán estos postulados el punto de partida del mismo Todorov.

Considera necesario acceder a la obra literaria, lo mismo que al género, a través de sus tres aspectos constitutivos: verbal, sintáctico y semántico, y a este triple acceso dedicará varios capítulos Todorov y tratará, a lo largo de su libro, de mantenerse en terreno estrictamente literario, revalidando así la posibilidad de un estudio científico de la obra literaria sin necesidad de acudir a otros campos que le son ajenos, sin ignorar, desde luego las limitaciones que para este estudio se encuentra (no se puede “hablar de” literatura. La verdad que podemos lograr será aproximativa, no absoluta).

Refiriéndose el autor, después, estrictamente al género fantástico invalidará una serie de definiciones anteriores estableciendo la suya propia: “La fantastique, c’est l’hésitation éprouvée par un être qui ne connaît que les lois naturelles, face à un événement en apparence surnaturel” (pág. 29).

Tres son las condiciones fundamentales que Todorov considera necesarias para que se dé el género fantástico: 1) duda del lector entre una explicación natural y una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados; 2) que la duda esté representada por un personaje. Que el lector se identifique con el protagonista. (Esta condición si bien lo más frecuente es que se dé, es optativa); 3) la interpretación del lector no ha de ser alegórica ni poética. Estas tres condiciones remiten al triple aspecto que es necesario considerar en la obra literaria: la primera, al aspecto verbal (lo fantástico es un caso particular de “visión” ambigua), la segunda al aspecto sintáctico (“reacciones” ante los acontecimientos del relato) y la tercera al aspecto semántico (tema representado). La tercera característica es más general y escapa a la división en aspectos; es una elección de un nivel de lectura. Se debe producir por tanto, afirma Todorov,

una integración del lector al mundo del protagonista, y la percepción del lector ha de ser llevada al mismo ritmo que la de éste: los acontecimientos han de ser percibidos por él ambigüamente, igual que en el héroe.

Hay también, en consideración de Todorov, dos tipos dentro del género fantástico: aquel en que se duda entre lo real y lo ilusorio, y otro en el que la duda queda establecida entre lo real y lo imaginario. Por último Todorov constata los dos procedimientos de escritura a través de los cuales se consigue la ambigüedad: el imperfecto y la modalización.

En el tercer capítulo Todorov atiende a la delimitación de lo fantástico con respecto a otros géneros que le son vecinos, en particular lo fantástico extraño y lo fantástico maravilloso. Lo verdaderamente fantástico desaparece en el texto en el mismo momento en que la duda desaparece para devenir lo extraño (los acontecimientos aparentemente sobrenaturales hallan su explicación de manera racional), o lo maravilloso (las reglas, las leyes conocidas de este mundo no pueden explicarlos). Lo fantástico se situaría entonces en un presente, en tanto que lo extraño nos remitiría a un pasado y lo maravilloso a un futuro. Lo fantástico sería, pues, sólo el límite que separa lo fantástico extraño de lo fantástico maravilloso. "Il n'y a pas là le fantastique proprement dit: seulement des genres que lui sont voisins. Plus exactement, l'effet fantastique se produit bien mais pendant une partie de la lecture seulement... (?) Une lois le livre achevé, nous comprenons qu'il n'y a pas eu fantastique" (pág. 47). Se nos plantea inmediatamente la validez que puede concederse a un género que sólo esté constituido por fragmentos de obras. Todorov sale al paso: "On peut se demander jusqu'à quel point tient une définition de genre qui laisserait l'oeuvre "changer de genre" du fait d'une simple phrase comme: "A ce moment, il se réveille et vit...". Efectivamente este es un problema que Todorov resuelve con la simple afirmación de que "d'abord, rien ne nous empêche de considérer le fantastique précisément comme un genre toujours évanescent. Une telle catégorie n'aurait d'ailleurs rien d'exceptionnel. La définition du "présent, par exemple..." (pág. 47). Existe, además, "le problème de l'unité de l'oeuvre" que Todorov menciona igualmente. Y este problema permanece de hecho en gran parte de las obras del género, que devienen fantásticas o maravillosas. Sin embargo: "Il serait faux cependant de prétendre que le fantastique ne peut exister qu'en une partie de l'oeuvre. Il est des textes qui maintiennent l'ambigüité jusqu'à la fin, ce qui veut dire aussi: au-delà. Le livre refermé, l'ambigüité demeurera". (pág. 48). Bien

es verdad por otra parte que ya de antemano había afirmado Todorov que “il n’y a aucune nécessité qu’une oeuvre incarne fidèlement son genre, il n’y eu à qu’une probabilité... () les oeuvres ne doivent pas coïncider avec les catégories qui n’ont qu’une existence construite” (pág. 26). El problema, sin embargo, está ahí.

Mayor interés teórico contiene el capítulo “La poésie et l’allegorie”, en el que Todorov analiza las distintas maneras de interpretar el lector no ya la naturaleza de los acontecimientos, sino el texto mismo, haciendo afirmaciones interesantes aunque tal vez discutibles. Lo fantástico corre un nuevo peligro de perderse. Opone dos tipos de lectura, en primer lugar: ficción / poesía, en relación con que el discurso se considere representativo o no. La lectura de lo fantástico debe ser al modo de la ficción. “Les événements rapportés par un texte littéraire sont des “événements” littéraires, et de même que les personnages, sont intérieurs au texte. Mais refuser de ce fait à la littérature tout caractère représentatif, c’est confrondre la référence avec la référent, l’aptitude à dénoter les objets avec les objects eux mêmes. Plus encore, le caractère représentatif commande une partie de la littérature, qu’il est commode de désigner par le terme de “fiction”, cependant que la “poésie” refuse cette aptitude à évoquer et représenter” (pág. 64). Llevada esta última afirmación a sus últimas consecuencias equivaldría a decir que la obra poética no es más que un juego, un manejo de palabras y es el mismo Todorov quien lo afirma más adelante: “Les images poétiques ne sont pas descriptives, qu’elles doivent être lues au pur niveau de la chaîne verbale qu’elles constituent, dans leur littéralité, non pas même à celui de leur référence. L’image poétique est une combinaison de mots non de choses, et il est inutile, plus même: nuisible, de traduire cette combinaison en termes sensoriels” (pág. 65). Es evidente que una lectura poética destruiría lo fantástico dado que rehusa toda representación, en tanto que la literatura fantástica da sus acontecimientos extraños como reales y como tales deben interpretarse para que se produzca la duda en el lector.

Entre las otras dos opciones, alegoría y literalidad, Todorov afirma la necesidad de que la literatura fantástica sea leída en la pura literalidad. Analiza diferentes tipos de alegoría y cómo puede ésta en sus distintos grados, relacionarse con lo fantástico. Pero por el hecho de que unos acontecimientos sean sobrenaturales no se debe proceder a su interpretación alegórica (con lo que lo fantástico, también aquí, desaparecería), a menos que la necesidad de dicha interpretación esté explícita en el texto.

Aislado y definido el género fantástico, Todorov lo analizará en los capítulos 5, 6, 7, 8, 9. Dado que las condiciones necesarias de lo fantástico son la duda, ligada a la ficción y al sentido literal, y que todo texto es un sistema, una estructura, un rasgo de ella ha de permitir la reconstrucción de los demás, “il faut découvrir comment le choix de ce trait affecte les autres, mettre au jour ses répercussions” (pág. 81). Todorov observa la estructura de una obra a través de sus tres propiedades: enunciado, enunciación (pertenecen ambos al aspecto verbal), y aspecto sintáctico.

Respecto al problema del enunciado, Todorov postula cierto empleo del discurso figurado en la literatura fantástica. Relaciona las figuras retóricas con lo fantástico: lo sobrenatural nace a veces de que se toma el sentido figurado al pie de la letra, o porque se realiza el sentido “propio” de una expresión figurada (en ambos casos, relación diacrónica entre las figuras y lo sobrenatural) y, por último, en otros casos la figura y lo sobrenatural son presentadas sincrónicamente y su relación es funcional. Lo fantástico encuentra su origen en las figuras retóricas, nace del lenguaje, es a la vez la consecuencia y la prueba de éste: el universo fantástico no existe más que en palabras, sólo el lenguaje permite concebir lo sobrenatural.

El problema de la enunciación, que analiza Todorov a continuación, nos remite al narrador. Este, en literatura fantástica, narra, generalmente, en primera persona. Ello facilita la no pertinencia de plantearse el problema de la veracidad o no del relato, que revierte en beneficio de la confianza del lector y su identificación con el personaje. No se puede hablar de “verdad” o “mentira” en la obra literaria puesto que las cosas que designan las palabras utilizadas en el texto no existen. Sin embargo, “il faut se garder de confondre le problème de la vérité avec celui de la représentation: “seule” la poésie refuse la représentation, mais “toute” la littérature échappe à la catégorie du vrai et du faux”. (pág. 88.) Conviene, por otra parte, que el narrador esté también representado en el texto (en tanto que narrador, choca estructuralmente la posibilidad de que mienta, en tanto que personaje, puede hacerlo), porque facilita igualmente la identificación del lector. El “yo” pertenece a todos por igual. Si el narrador no estuviera representado (no hay posibilidad por tanto de dudar de sus palabras) estaríamos en lo maravilloso.

El aspecto sintáctico nos remite al problema de la composición. Piensa Todorov que no es pertinente la afirmación de Penzoldt que coloca lo fantástico en una línea de gradación ascendente hasta un clímax. Sustituye la importancia que el autor concede a este rasgo, por otro mucho más general: la necesidad de que el lector vaya per-

cibiendo los hechos al mismo tiempo que los personajes, que respete el tiempo de lectura, la convención irreversible que implica todo texto y que adquiere particular relevancia en las obras fantásticas y en las novelas policíacas. El lector no debe falsear el juego, lo cual haría imposible su identificación, en una misma situación de ambigüedad con el personaje.

Mayor problema ofrece el análisis de tipo semántico, dado que éste no ha sido nunca estructurado desde un punto de vista estrictamente literario. Todorov ha postulado como característica fundamental del género fantástico la duda del lector ante los acontecimientos. Y son los acontecimientos mismos un hecho de orden semántico. Lo fantástico consiste en la duda fundamentalmente, pero si no hay acontecimientos extraños no hay literatura fantástica, porque éstos son una condición necesaria, básica.

Son tres las funciones de lo fantástico en la obra, en consideración de Todorov. Producir un efecto particular en el lector (problema psicológico, extraliterario, que no pertenece al análisis literario propiamente dicho): es la función pragmática. Mantener el suspense: los elementos fantásticos permiten una organización particularmente cerrada de la intriga; es la función sintáctica. Por último, lo fantástico sirve para descubrir un universo fantástico, función tautológica, función semántica que remite a la relación de los signos con lo que designan (su referencia), en tanto que la función pragmática versa sobre la relación de los signos con los que los usan, y la sintáctica sobre la relación de los signos entre ellos. La diferencia de hablar de lo literario en general y de lo fantástico no es cualitativa: sólo de intensidad.

Todorov considera necesario conjugar las dos posturas extremas: aquella que reduce lo literario a un puro contenido (e ignora, por tanto, la especificidad literaria), y la que reduce la literatura a pura forma y niega la pertinencia del estudio de temas en el análisis literario. Precisamente el concepto de estructura, señala Todorov, que considera la obra literaria como una totalidad dinámica, viene a superar la vieja y convencional distinción fondo / forma.

Todorov acusa a la crítica temática de escoger en particular los temas sensualistas como objeto de su estudio. También subraya la falta de abstracción de sus categorías y su carácter no literario. Otras corrientes, sin embargo, consideran la obra literaria como un medio para expresar los pensamientos del autor. Desecha igualmente Todorov otros intentos de clasificación temática por estas mismas razones: categorías escogidas a priori, no literarias, negativa a dejar el campo de lo concreto.

Finalmente señala el problema de que la percepción que el lector tiene de los acontecimientos se haga tan importante que eclipse los acontecimientos mismos (el hecho de orden semántico).

Establece dos grandes redes de temas en literatura fantástica, redes escogidas a partir de un criterio formal e igualmente relacionadas con el lenguaje: "les thèmes du je y les thèmes du tu." Los primeros se centran en la relación hombre / mundo y los segundos en la relación del hombre con sus deseos.

Como pertenecientes al primer grupo, thèmes du je, Todorov subraya dos fundamentalmente: los elementos sobrenaturales y las metamorfosis. Con respecto a los primeros considera que siendo una constante en literatura fantástica, sirven para suplir una causalidad deficiente. No hay causalidad en lo fantástico, todo es causado, aunque las causas no sean suficientemente conocidas. Esto conduce a un pandeterminismo que trae como consecuencia una pan-significación: "puisque des relations, existent á tous les niveaux, entre tous les éléments du monde, ce monde devient hautement signifiant" (pág. 113). Por encima del sentido evidente, siempre se puede descubrir un sentido más profundo, una subinterpretación. Llevado a mayor grado de abstracción, el pandeterminismo significa que "la limite entre le physique et le mental, entre la matière et l'esprit, entre la chose et le mot cesse d'être étanche" (pág. 119).

Respecto a las metamorfosis Todorov afirma que son una transgresión de la separación entre materia y espíritu, y es esta ruptura de límites el común denominador de ambas series de temas. "Au principe générateur de tous les thèmes réunis dans ce premier réseau: le passage de l'esprit à la matière est devenu possible" (pág. 120). Esta ruptura de límites es común al mundo de los locos (confunden lo percibido con lo imaginado) y al mundo de las drogas y de los niños en sus primeros años de vida.

Como consecuencia de esta ley, Todorov subraya, en primer lugar, la multiplicación de la personalidad. Por otra parte, en literatura fantástica rompe con los límites entre el sujeto y el objeto: la comunicación se hace directamente y de un modo generalizado. Lo mismo sucede en el mundo de las drogas, los locos y los niños. La última consecuencia observada por Todorov es la modificación de las categorías fundamentales (tiempo y espacio) dado que el mundo físico y el espiritual se interpenetran.

Límite entre materia y espíritu: de aquí se derivan varios temas fundamentales: causalidad particular, pandeterminismo, multiplicación de la personalidad, ruptura sujeto / objeto, transformación del tiempo y el espacio: son los elementos esenciales de esta primera

red, temas del yo, que hacen referencia a la estructura de las relaciones hombre / mundo, o bien percepción / consciencia (en términos freudianos). Es una posición ante el mundo, un modo de mirarlo: pueden llamarse también “thèmes de regarde”. Los espejos, las gafas se encuentran con frecuencia cuando el hombre ha de dar un paso decisivo hacia lo sobrenatural.

La segunda red, thèmes du tu, hace referencia a la relación del hombre con sus deseos. El punto de partida de esta segunda red es la sexualidad: “La présence ou l’absence de ce thème nos procure un crithère formel pour distinguer, à l’intérieur de la littérature fantastique, deux champs, constitués chacun par un nombre considérable d’éléments thématiques” (pág. 133).

El deseo sexual, expone Todorov, adquiere a veces una importancia transcendental, hasta llegar a ser la experiencia más esencial de la vida. El deseo como tentación sensual, encuentra su encarnación en tipos del mundo sobrenatural: el diablo simbolizará la mujer en tanto que objeto de deseo. A veces se identifica, incluso, con ella. Se produce, por otra parte, una incompatibilidad entre este deseo sexual, entre la mujer y la religión: afirmar la sexualidad es negar la religión, y cuando la sexualidad triunfa, la religión es vituperada. Del mismo modo hay incompatibilidad entre la mujer y la madre, y la presencia de ésta es un obstáculo para la realización del deseo sexual.

A partir de la transformación de esta sexualidad se producen toda una serie de temas que analiza Todorov y que aquí sólo enunciaremos. Proceden todos de la exageración del deseo sexual y son: el incesto, la homosexualidad, el amor en trío, el placer de hacer sufrir (aunque, Todorov observa, no siempre está clara la conexión con lo sexual: a veces es más relación de contigüidad que de equivalencia: se produce la crueldad para eliminar elementos que impedirían la satisfacción del deseo sexual). Otro tema presente es la de la necrofilia, amor a los muertos, ligado en algunos casos al vampirismo.

Concluye Todorov que el punto de partida de esta red es el deseo sexual y que la literatura fantástica tiende a describir sus formas excesivas y sus transformaciones. El tema de la crueldad está también presente aunque no siempre claramente conectado al deseo sexual. Las preocupaciones concernientes a la muerte, cadáveres, vampiros también, afirma Todorov, están ligadas al tema del amor.

La actitud pasiva que se observa en los temas del yo, se transforma aquí en activa: el deseo y sus distintas variantes son las figuras

de donde se toman las relaciones entre los hombres. El hombre no es un observador aislado (temas del yo), sino en relación dinámica con otros. Por ello puede llamarse también a esta red de temas del tú, temas del discurso en tanto que éste se encuentra en la base de todas las relaciones humanas.

Todorov no “interpreta”: sólo constata presencias, releva hechos de importancia. Se mantiene dentro de los límites de la poética. El mismo contrapone poética (tiende a la estructura, conocimiento de un objeto que le es extraño; su objeto de estudio es la literatura en general y su clasificación en géneros a través de la combinación de categorías), e interpretación (atiende al sentido; actitud crítica que tiende a identificarse con la obra misma, a hacerse sujeto. Prefiere el estudio de la obra en particular). Y se sitúa Todorov en la perspectiva de la poética para estudiar el género, porque “le genre représente précisément une structure, une configuration de propriétés littéraires, un inventaire de possibles” (pág. 149).

Explica luego el por qué de esas analogías que establecía entre lo fantástico y el mundo de los niños (porque sólo se pueden descubrir los límites entre materia y espíritu cuando se accede al lenguaje) y el de las drogas y sicópatas (mundos sin lenguaje que rechazan la comunicación en una necesidad de vivir en un presente eterno). La sexualidad se encuentra excluida del mundo de la droga; “le rôle décisif accordé à la sexualité et à ses variations dans le second réseau semble bien se retrouver dans les névroses: les perversions, on l’a assez dit depuis Freud, sont l’exact “négatif” des névroses” (pág. 155). Es decir, Todorov relaciona los temas del “yo” con el mundo de las drogas, sicópatas y niños, como pertenecientes a un mismo paradigma de temas. Del mismo modo constituyen otro paradigma los temas del “tú”, las neurosis y las perversiones.

A continuación pasa Todorov a hacer una crítica al sistema del psicoanálisis freudiano, escogiendo los elementos de éste que pueden ser válidos para la literatura. Son éstos la vertiente del psicoanálisis que puede considerarse como ciencia de estructuras, la descripción de un mecanismo (actividad síquica), el “cómo”, el mecanismo de la lengua y su funcionamiento interno (lingüística): describir el funcionamiento del mecanismo literario. Si interesa en este sentido el psicoanálisis y puede aportar elementos de análisis literario. El otro camino del psicoanálisis se dirige hacia el estudio de una técnica de interpretación, revela el sentido último, el “qué”, es un desciframiento, una traducción (tal imagen fantástica significa tal contenido).

Este camino no puede aportar nada al estudio científico de la obra literaria.

En todo caso el punto de partida del psicoanálisis cuando versa sobre una obra literaria es opuesto al punto de partida en que se halla el estudioso de la literatura. El psicoanálisis tiene como objeto último el estudio de la personalidad del autor y su obra es considerada como instrumento, como medio de acceder a ella: la obra literaria es relegada a un papel secundario, el de simple síntoma de la psique autor. Todorov rechaza el sistema psicoanalítico, al igual que otros sistemas que pretenden una clasificación a partir de la biografía del autor. Esta puede ser pertinente en el estudio de algunas obras pero no se da una relación causa-efecto entre la biografía del autor y su obra ni tampoco el proceso contrario: el carácter particular de la validez de introducir los elementos biográficos en el estudio de la obra, invalida precisamente una clasificación o división basada en tal criterio.

Atiende después Todorov al lugar que la tipología de temas fantásticos establecida por él mismo ocupa en relación con una tipología general de temas literarios. “La littérature fantastique est comme un terrain étroit mais privilégié à partir duquel on peut tirer des hypothèses concernant la littérature en général” (pág. 163). Más adelante explica el por qué “temas del yo” y “temas del tú”: “Le je signifie le relatif isolement de l’homme dans son rapport avec le monde qu’il construit, l’accent placé sur cet affrontement sans qu’un intermédiaire ait à être nommé”. En tanto que “Le tu”, en revanche, renvoie précisément à cet intermédiaire, et c’est le relation tierce qui se trouve à la base du réseau” (pág. 163). La oposición yo-tú es asimétrica: el yo está presente en el tú. Pero también es cierto que no hay “yo” en sí mismo, sino como perteneciente a la relación yo / tú, o yo / él. Yo y tú designan los dos participantes en el acto del discurso: el que enuncia y a quien va dirigido. La presencia de dos interlocutores es el punto de partida, la base de toda situación del discurso, tanto dentro como fuera de la literatura.

Finalmente Todorov pasa revista a las funciones de lo fantástico: visto ya “qué” es lo fantástico, pasa al problema de “por qué” lo fantástico.

Atiende al doble punto de vista: funciones de lo fantástico y funciones de lo sobre-natural (subdivididas éstas en doble función: función social y función literaria, en el interior de la obra). Respecto a la función social subraya que lo fantástico es un medio del que se sirve el autor para decir cosas que en términos “realistas” no habría osado decir, por censura ajena, y por la propia censura que

constituye su mentalidad configurada de acuerdo con unas determinadas estructuras de la época. Las redes de temas del “yo” y del “tú” quedan así relevadas de los tabúes y las censuras: El elemento sobrenatural se introduce para evitarla. “On comprend mieux maintenant pourquoi notre typologie des thèmes coïncidait avec celle des maladies mentales: la fonction du surnaturel est de soustraire le texte à l’action de la loi et par là même de la transgresser” (pág. 167).

La función de lo sobrenatural en el interior de la obra es, en consideración de Todorov, triple: pragmática (emocionar, suspender al lector), semántica (autodesignación, lo sobrenatural constituye su propia manifestación) y, por fin, sintáctica (la naturaleza del relato es la siguiente: situación estable + hecho, que conduce a un desequilibrio + vuelta a lo estable. Las fuerzas sobrenaturales intervienen con rapidez para “aportar una modificación a la situación precedente y romper el equilibrio —o desequilibrio— establecido”, pág. 174.).

Ambas funciones, social y literaria se reducen a una sola: la transgresión de una ley: “L’intervention de l’élément surnaturel constitue toujours une rupture dans le système de règles préétablies et trouve en cela sa justification” (pág. 174).

Respecto a la función de lo fantástico en sí mismo (la reacción que suscita en el lector el acontecimiento sobrenatural), Todorov plantea el problema ligado a ella: la casi desaparición del género fantástico. Hoy hay más cosas que se pueden decir directamente. Por otra parte no se cree más que en una realidad inmutable y externa. Las obras más modernas que podrían considerarse como pertenecientes al género fantástico, *Le Nez*, de Gogol, y *La Métamorphosis*, de Kafka, se escapan de él totalmente. Su estructura no tiene nada que ver con la señalada por Todorov en el género.

Lo fantástico, observa Todorov, era la duda del ser ante la realidad o irrealidad de unos acontecimientos. Pero gracias a la literatura esta distinción entre lo real y lo no real se hace imposible de sostener porque la literatura pasa más allá de ella. Entonces, se plantea Todorov, la literatura fantástica, cuya base se encuentra en esta distinción, ¿no es literatura? De un lado, afirma, en tanto que es puesto en duda el límite real / irreal, propio de toda la literatura, lo fantástico vendría a ser la quintaesencia de la literatura. De otro, en tanto combate la metafísica del lenguaje cotidiano y le da vida, no es más que una propedéutica de la literatura. “La littérature assume l’antithèse entre le réel et l’irréel (...) Une vue courante et simpliste présente la littérature (et le langage) comme une image de la “réalité” (pág. 183). Pero las palabras, afirma To-

dorov, no son “etiquetas colocadas en las cosas”, no son algo separado de las cosas que designan, forman un todo, al igual que forma y fondo en la obra literaria no son más que una única e indivisible estructura dinámica.

Finalmente y atendiendo a esta dialéctica entre lo posible y lo imposible en la literatura dice el autor: “Pour que l’écriture soit possible, elle doit partir de la mort de ce dont elle parle; mais cette mort la rend elle-même impossible, car il n’y a plus quoi écrire. La littérature ne peut devenir possible que pour autant qu’elle se rend impossible” (pág. 183). He aquí, concluye Todorov, el problema imposible de conciliar lo posible y lo imposible. Y, sin embargo, termina, la literatura es.

Para terminar y como rasgos esenciales de esta aportación de Todorov a la literatura, señalaremos su búsqueda de categorías literarias y con el suficiente grado de abstracción. Acceder a la literatura a través de los distintos niveles que la conforman, sin despreciar ninguno de ellos por considerarlo extraliterario y sin salirse de lo literario en el estudio de lo semántico (como hace la crítica temática). La obra literaria es estructura ante todo, y estructura dinámica. Para el crítico la literatura ha de ser fin, no medio. Rechaza todo intento de interpretación de la obra literaria, con lo cual se podría acceder sólo a “parte” de la verdad. Son las constantes de esta obra de Todorov por lo que respecta al planteamiento teórico. Él mismo lleva su sistema a la práctica en un intento loable y necesario de recuperar lo verdaderamente literario en el análisis de los textos, ensayando un estudio científico sin necesidad de salirse hacia otros campos. Su asepsia en el modo de trabajo y su claridad expositiva son tantos positivos que facilitan el acceso a su pensamiento teórico, constantemente apoyado y comprobado sobre los textos mismos.

CONCEPCIÓN CEBALLOS PORRAS

Revista de Literatura (Madrid), XXXVIII (1970 [1976]).

TODOROV, TZVETAN. *Gramática del Decamerón*. Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1973. 190 págs.

“El quehacer crítico de Tzvetan Todorov debe insertarse dentro de la escuela neoformalista o formalista francesa, capitaneada por Roland Barthes, y en la que destacan figuras tan notables como C. Bremond y A. J. Greimas”.

El autor —cuyo prestigio y rigor crítico domina un ámbito estimable en la actualidad europea—, parte de los trabajos de E. Souriau, de los autores arriba citados, pero especialmente de los supuestos teóricos de Vladimir Propp desarrollados en su *Morfología del Cuento* (publicada en ruso en 1928 y vertida en 1958-68 al inglés, en 1966 al italiano, en 1968 al polaco, en 1970 al francés y en 1971 al castellano, y reconocida como el primer logro de entidad propiamente científica dentro de la investigación literaria estructural). Arranca de dichos presupuestos y desde la aplicación de un esquema lingüístico hasta que llega a establecer un nuevo sistema, tal vez menos complicado que el de Propp, pero eso sí, mucho más ambicioso en cuanto formulación de lo que será una ciencia literaria. “Una ciencia cuya existencia estriba en la supresión de los errores y no en el establecimiento de verdades”, según B. Eikembaum, en su *Teoría del Método formal*. Y que Todorov denomina “Narratología”. Es un inteligente esfuerzo en pos del descubrimiento de un posible código del arte. De sus leyes. Código que basa su coherencia y energía en la obra, tomada como objeto, como materia específica que resuelve su propio movimiento y trascendencia.

Ubicado así en esta “literalidad” dicha narratología halla su punto justificatorio de ciencia, puesto que es la determinación de su objeto propio, un “objeto escrito”, en la terminología de Roland Barthes, en *Crítica y Verdad*. Y ya dejados, de una vez por todas, el autor (objeto de una sico-historia), los contenidos (objeto de una

estricta historia), la sociedad (objeto de una sociología, etc.), instituidos en común denominador de los estudios de Literatura...

Esta *Gramática del Decamerón* consta de tres partes: I. Introducción; II. Estudio de las oraciones; III. Estudio de las secuencias, y un apéndice sobre los Hombres-Relatos.

En ella los cien relatos célebres de Boccaccio son sometidos, uno a uno, al procedimiento de una matemática estricta que da como resultado una "Gramática Narrativa".

Claro es que en el establecimiento de esta teoría deben considerarse elementos a su favor tanto la naturaleza homogénea dada por la autoría única de los textos escogidos, cuanto el atrevimiento de sus hipótesis metodológicas. Tal el supuesto de una "gramática universal". Teoría que tiene a su haber el peso de una tradición que el crítico juzga consecuente desde Protágoras a Chomsky. La que le ofrece el siguiente enunciado básico, explicitado conjuntamente con Robert Kilwardky: "La gramática no puede constituirse en ciencia si no es a condición de ser una para todos los hombres. Sólo accidentalmente la gramática enuncia unas reglas propias de una lengua particular, como el latín o el griego... / ...El objeto de la gramática es el mismo para todo el mundo".

Luego parte de la consideración de tres aspectos generales de la estructura del relato: semántico, sintético y verbal. O lo que sería igual: los contenidos que el relato posibilita, la articulación de las unidades que conforman ese posible, y las unidades mínimas. Aspectos, como es natural, calibrados en un nivel de abstracción total.

Elimina el aspecto verbal y se dedica al desarrollo de los dos primeros hasta aislar las unidades narrativas dentro de un ordenamiento oracional de esquemas, lógicamente también de dimensión abstracta. Consigue así el primer estrato básico general que denomina "oración"; parte del que distingue, además, las "secuencias", como otro modelo oracional. (Vale decir que recurre a una serie de sustituciones nomenclaturales y simbólicas respecto de los sistemas de descripción y representación usados por sus antecesores, empezando por las "funciones" o "invariantes" proppianas, los "enlaces" de Bremond, etc., a cambio de una terminología equivalente pero indudablemente más propia), continúa con una simplificación y establece tres categorías primarias (nombre propio, adjetivo, verbo), dentro de la "oración narrativa", la misma que es estudiada exhaustivamente en todos los órdenes de relaciones y secuencias, ambigüedades y combinaciones, encadenamientos y modificantes... y finalmente hace dable su descripción por medio de un cuerpo de

símbolos de un álgebra heterodoxa que dejaría reducido, por ejemplo, el cuento 72 a la siguiente expresión.

$$Xb \text{ (}\Rightarrow YcX\text{) obl} + (Y-cX) \text{ opt } x\Rightarrow Xa \Rightarrow Y (X-b) \\ Y-cX + Xb.$$

Su inteligencia es sencilla si recordamos el resumen de la historia: Peronnella (X) recibe a su amante (b, comisión de adulterio) en ausencia del marido (Y). (Esta falta que se merece castigar, c). Pero un día éste vuelve pronto. Para esconder a su amante Peronnella lo hace meterse en una barrica; cuando el marido entra le dice que ese hombre quería comprar la barrica y se encuentra examinándola (a, falseamiento de la situación). El marido cree el engaño y se alegra de la venta. Para darle mejor aspecto a la barrica se introduce en ella para limpiarla. Mientras tanto el amante hace el amor con Peronnella que coloca su cabeza y sus manos en la abertura de la barrica para tatarla (los paréntesis que agrupan los tres conjuntos indican oraciones modales, la doble flecha “implicación”, el signo +, sucesión y el signo —, negación).

Lograda la descripción de los constituyentes del cuento, asume la abstracción general, cuya imagen sobrepasa los cuentos del *Decamerón*. El *Decamerón* como totalidad, y encuadra el género, el cuento. Para ello opera desde un simple seccionamiento de la estructura sintáctica del cuento en dos partes que Todorov denomina: deseo / modificación. Entendida esta relación dual como planteamiento y transformación. En último término como pregunta / respuesta. “Una historia no puede comenzar más que por una pregunta y no puede cerrarse más que por una respuesta (de lo contrario debería continuar)”. Enunciado que me parece consecuente con el siguiente atisbo cortazariano soslayado sin interés de teorización aparente en su relato *Las Babas del Diablo*: “...Si empiezo a hacer preguntas no contaré nada: mejor contar, quizá contar sea como una respuesta”.

(Acaso se podría disentir argumentando que muchos relatos actuales no ofrecen una respuesta final. Pero no, aquellos relatos “inconclusos”, v. g., *El Sur* de Jorge Luis Borges, *El Coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez, lo son sólo en apariencia. Pues, merced a la estrategia narrativa de lo que se llama dato escondido por elipsis, la “inexistencia” de los datos está suplida en la conciencia del lector, convertido por efecto de dicho recurso técnico en lector implicado a nivel de una cierta coautoría.)

Finalmente estimo que esta Gramática de la narrativa, que excede en lo absoluto contenido y continente de esta reseña, por encima de los puntos discutibles y de las dubitaciones que pueda despertar en los eruditos, a los cuales, además, el propio Todorov la deja abierta, de alguna manera nos obliga a convenir con él “que se comprenderá mejor el relato si se sabe que el personaje es un nombre; la acción, un verbo. Pero también se comprenderá mejor el nombre y el verbo pensando en la función que desempeñan en el relato”.

CARLOS A. CARRIÓN

Revista de Literatura (Madrid), XXXVIII [1970 (1976)].

VARIOS. *José Gorostiza*. Fondo de Cultura Económica, colección Testimonios del Fondo (6). México, 1974.

El volumen que estas líneas se proponen comentar reúne diversos trabajos de Alfonso Reyes, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Octavio G. Barreda, Jaime Torres Bodet, Octavio Paz, Salvador Elizondo, Ramón Xirau, José Alvarado y Gabriel Zaid en torno a la poesía de José Gorostiza, el gran poeta mexicano nacido en 1901 y muerto en México en 1973. Muy particularmente, en torno a *Muerte sin fin*, el poema que, en unión de *Canciones para cantar en las barcas* y algunas otras piezas —escasísimas—, constituye el eje de su obra.

“Pocas veces se habrá dado entre nosotros —escribe Alfonso Reyes— un caso de mayor autenticidad”. Efectivamente, *Muerte sin fin* es un poema nacido en medio de un silencio prolongado por parte de quien supo que el lenguaje, escatimado frente al silencio y al vacío, alcanzaba así su máxima expresividad. Palabra y silencio se complementan de ese modo en el trasiego espejeante del conocimiento poético.

Más que comentar aquí, siquiera sumariamente, cada uno de los trabajos que componen el volumen, debieran estas líneas dar cuenta del denominador común de todos ellos. En términos amplios, coinciden casi todos en situar *Muerte sin fin* en la categoría de los poemas de corte filosófico, máxime cuando el poema perfila nítidamente una reflexión sobre la forma y se abre, discontinuo y atonal, como ocurre con ciertos poemas de Eliot, hacia la pluralidad de significados. Salvador Elizondo, en su trabajo “Espacio-tiempo del poema” propone considerarlo como “un poema sin significado, o como un poema en el que signo y significado son la misma cosa. ¿Cómo sería posible —afirma— comprenderlo (no entenderlo), o contemplarlo, si en él no atribuyéramos a la palabra el máximo valor que atribuimos a la idea? ¿No es acaso el poema ese punto del espacio lingüístico en el que el signo y el significado se encuentran, se

confunden y se identifican?” Jorge Cuesta, por su parte, propone “definir su asunto como los amores de la forma y de la materia”, en un contexto dramático y merodeador de lo alérgico. Sea como sea —no hay contradicción entre Elizondo y Cuesta—, se trata de un poema que traspasa todo significado y se sitúa en un límite *atemporal*. Esa postura “fuera del tiempo”, que comenta Alfonso Reyes citando unas palabras de Octavio Paz, es la que, en cierto modo, explica la *fantasmagoría semántica* del poema. Es decir, fuera de esas nociones —espacio, tiempo— el poema alcanza un estado de perpetuo renacimiento y espejeo en lo relativo a sus significados. Y uno de esos significados es, justamente, la forma: ser una reflexión sobre la forma y sobre la conciencia que la asume.

Otros dos aspectos, en fin, ensanchan nuestra visión del poema: el combate de elementos directamente filosóficos —que convendría estudiar a la luz de la filosofía presocrática— y la lucha por la “creación de un lenguaje dentro del lenguaje”, como afirma Alfonso Reyes. En este poema en el que “no ha pasado nada precisamente porque nada existe para poder pasar” (Ramón Xirau), el lenguaje se revela como buceador del *inconnu* y jardinero de fantasmagorías. ¿Qué vemos, al fin, en un espejo situado frente a otro? Tal parece ser, de hecho, la postura de Gorostiza: “la poesía es una especulación, un juego de espejos, en el que las palabras, puestas unas frente a otras, se reflejan unas a otras hasta lo infinito y se recomponen en un mundo de puras imágenes donde el poeta se adueña de los poderes escondidos y establece contacto con aquel o aquello que está más allá”. Empresa de espejeo; o, como sugiere Alfonso Reyes, duelo en que el poema nos mata o nosotros lo sometemos.

La lectura de *Muerte sin fin* de José Gorostiza conduce a una zona en donde la palabra parece resonar en medio del silencio: un goteo fantasmagórico sobre el vacío. Las imágenes corren parejas a una resonancia entre bloques desérticos: imágenes que resplandecen en el desierto de las imágenes. Es justamente en razón de esa no-imagen, de ese silencio que es, aquí, una inminencia de lenguaje, que *Muerte sin fin* puede ser interpretado a la luz de la *ruptura* de los tejidos parejos de silencio y ausencia. Una de las imágenes, la del vaso de agua, cíclica e incesante, recupera el espacio de un vacío —más el vacío mallarmeano que la vacuidad budista. Como en una gran mayoría de los poemas de Mallarmé, la palabra es aquí el envés petrificado de una figura opuesta al vacío y, a la vez, la palabra que, reflejando el vacío, lo niega. Fluencia y transparencia, cualidades del agua, buscan cristalización y quietud en la imagen que se quiere arquetípica, como la página

opuesta al vacío del poema de Mallarmé. *Muerte sin fin* inaugura para la poesía en castellano una zona en donde la palabra se somete a una revelación en la que el ser se define bajo el imperio verbal. No “alquimia del verbo”: *ser del verbo*, realidad del lenguaje, que es prueba de fuego y, como en la proposición heideggeriana, objeto y límite del conocimiento poético.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Í N D I C E

	<i>Págs.</i>
AGUILAR PIÑAL, FRANCISCO.— <i>Sevilla y el teatro en el siglo XVIII</i> (Enrique Rull)	9
ACUÑA LUCO, LUIS GUSTAVO.— <i>Copihual Chilensische Gedichte - Poemas chilenos</i> (Sebastián de la Nuez)	15
AMIN, SAMIR y otros.— <i>La crisis del Imperialismo</i> (Alfredo Herrera Piqué).	17
ARON, RAYMOND.— <i>La lutte de classes</i> (C. P. Y.)	27
ARONSON, ELLIOT.— <i>Introducción a la Psicología Social</i> (José Lorenzo García)	29
ARTILES, JOAQUÍN.— <i>El libro de Apolonio, poema español del siglo XIII</i> (Antonio de la Nuez Caballero)	37
AUBERT, FRANÇOISE.— <i>Sylvain Maréchal. Passion et faillite d'un égalitaire</i> (Alejandro Cioranescu)	41
BARTRA, AGUSTÍ.— <i>Antología de la poesía norteamericana</i> (Ángel Sánchez Robayna)	45
BORGES, JORGE LUIS.— <i>Otras Inquisiciones. Discusión</i> (Jorge Rodríguez Padrón)	49
BRAMWELL, DAVID y ZOE.— <i>Flores silvestres de las Islas Canarias</i> (Victor Montelongo Parada)	55
BROSSA, JOAN.— <i>Maneres. Poesía d'hui</i> (Andrés Sánchez Robayna)	57
BUTOR, MICHEL.— <i>Repertorio. Estudios y conferencias</i> (Francisco Gallego Galán)	61
CAMPO, SALUSTIANO DEL y otros.— <i>Diccionario de Ciencias Sociales</i> (Carlos Giner de Grado)	69
CASTAÑÓN, JOSÉ MANUEL.— <i>Mi padre y Ramón Gómez de la Serna</i> (Antonio de la Nuez Caballero)	75
CAZENEUVE, JEAN, y otros.— <i>Guía del estudiante de sociología</i> (G. P. E.).	77
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS.— <i>Comentario sociológico. Estructura social de España</i> (C. P. Y.)	81
CONTRERAS, REMEDIOS y CARMEN CORTÉS.— <i>Catálogo de la Colección Mata Linares</i> (Agustín Millares Carlo)	85
CORNER, E. J. H.— <i>The Seeds of Dicotyledons</i> (David Bramwell)	89
CRO, STELIO.— <i>Descripción de la Sinapia, península en la Tierra Austral. A classical utopia of Spain</i> (Alejandro Cioranescu)	91

DEMERTON, PAULA DE.— <i>María Francisca de Sales Portocarrero (condesa de Montijo). Una figura de la Ilustración</i> (Alejandro Cioranescu) ...	95
DÍAZ, ELÍAS.— <i>Notas para una historia del pensamiento español actual 1939-1973</i> (C. P. Y.) ...	99
FERNÁNDEZ HERR, HELENA.— <i>Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage, 1755-1823</i> (Alejandro Cioranescu) ...	101
FERRERAS, JUAN IGNACIO.— <i>Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX</i> (Angel Martínez Sanmartín) ...	105
GÁMIR, LUIS y otros.— <i>Política económica de España</i> (G. P. E.) ...	113
GREIMAS, A. J. y otros.— <i>Estructuralismo. Estructuralismo y lingüística</i> (Antonio de la Nuez Caballero) ...	117
HAMPSON, NORMAN.— <i>Historia social de la Revolución Francesa</i> (J. L. G.).	121
HERNÁNDEZ SUÁREZ, MANUEL.— <i>Bibliografía de Galdós - I</i> (Ambrosio Hurtado de Mendoza) ...	131
HODGETT, GERALD, A. J.— <i>Historia social y Económica de la Europa Medieval</i> (José Lorenzo García) ...	135
IFACH, MARÍA GRACIA.— <i>Miguel Hernández, rayo que no cesa</i> (Sebastián de la Nuez) ...	139
INSTITUTO DE MÚSICA RELIGIOSA DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CUENCA. <i>Polifonía de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Cuenca: Alonso Xuárez y Julián Martínez Díaz</i> (Lothar Siemens Hernández).	143
ITURRALDE, JUAN.— <i>El viaje a Atenas y los labios descarnados</i> (Antonio de la Nuez Caballero) ...	147
LOVE, A. & D. LOVE.— <i>Plant Chromosomes</i> (Angela Aldridge) ...	149
MADURELL I MARIMON, JOSEP-MARIA.— <i>Claudi Bornat</i> (Agustín Millares Carlo) ...	151
MARCO, TOMÁS.— <i>Música española de vanguardia</i> (Lothar Siemens Hernández) ...	159
MARTÍ, SAMUEL.— <i>Alt-Amerika. "Musikgeschichte in Bildern"</i> (Lothar Siemens Hernández) ...	163
MARTÍNEZ CACHERO, J. M.— <i>La novela española entre 1939-1969. Historia de una aventura</i> (Miguel Ángel Garrido Gallardo) ...	167
MAYER, A. M. and A. POLJAKOFF-MAYBER.— <i>The Germination of Seeds</i> (Victor Montelongo Parada) ...	173
MIGUEL RODRÍGUEZ, AMANDO DE.— <i>Homo sociologicus hispanicus. Para entender a los sociólogos españoles</i> (C. P. Y.) ...	175
MILLARES CARLO, AGUSTÍN.— <i>Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas</i> (José Luis Gallardo) ...	179
PÉREZ VILA, MANUEL.— <i>Los libros en la Colonia y en la Independencia</i> (Agustín Millares Carlo) ...	185
QUASIMODO, SALVATORE.— <i>Debe y haber</i> (Eugenio Padorno) ...	193
RICO, FRANCISCO.— <i>La novela picaresca española. I</i> (Manuel Parra Pozuelo) ...	197

ROMERO DE LECEA, CARLOS.— <i>Introducción a los viejos libros de música</i> (Lothar Siemens Hernández)	199
ROMERO DE SOLÍS, PEDRO.— <i>La población española en los siglos XVIII y XIX</i> (E. Palancar)	201
SCEVE, MAURICE.— <i>Microcosme</i> (Alejandro Cioranescu)	207
SKLOVSKI, VICTOR.— <i>Sobre la prosa literaria</i> (Antonio de la Nuez Caba- llero)	211
SOTELO, IGNACIO.— <i>Sociología de América Latina</i> (Juan F. Marsal)	215
SUBERO, JOSÉ MANUEL.— <i>Contribución a la historia del periodismo marga- riteño</i> (Agustín Millares Carlo)	223
TODOROV, TZVETAN.— <i>Introduction à la littérature fantastique</i> (Concepción Ceballos Porras)	225
TODOROV, TZVETAN.— <i>Gramática del Decamerón</i> (Carlos A. Carrión)	237
VARIOS.— <i>José Gorostiza</i> (Andrés Sánchez Robayna)	241

